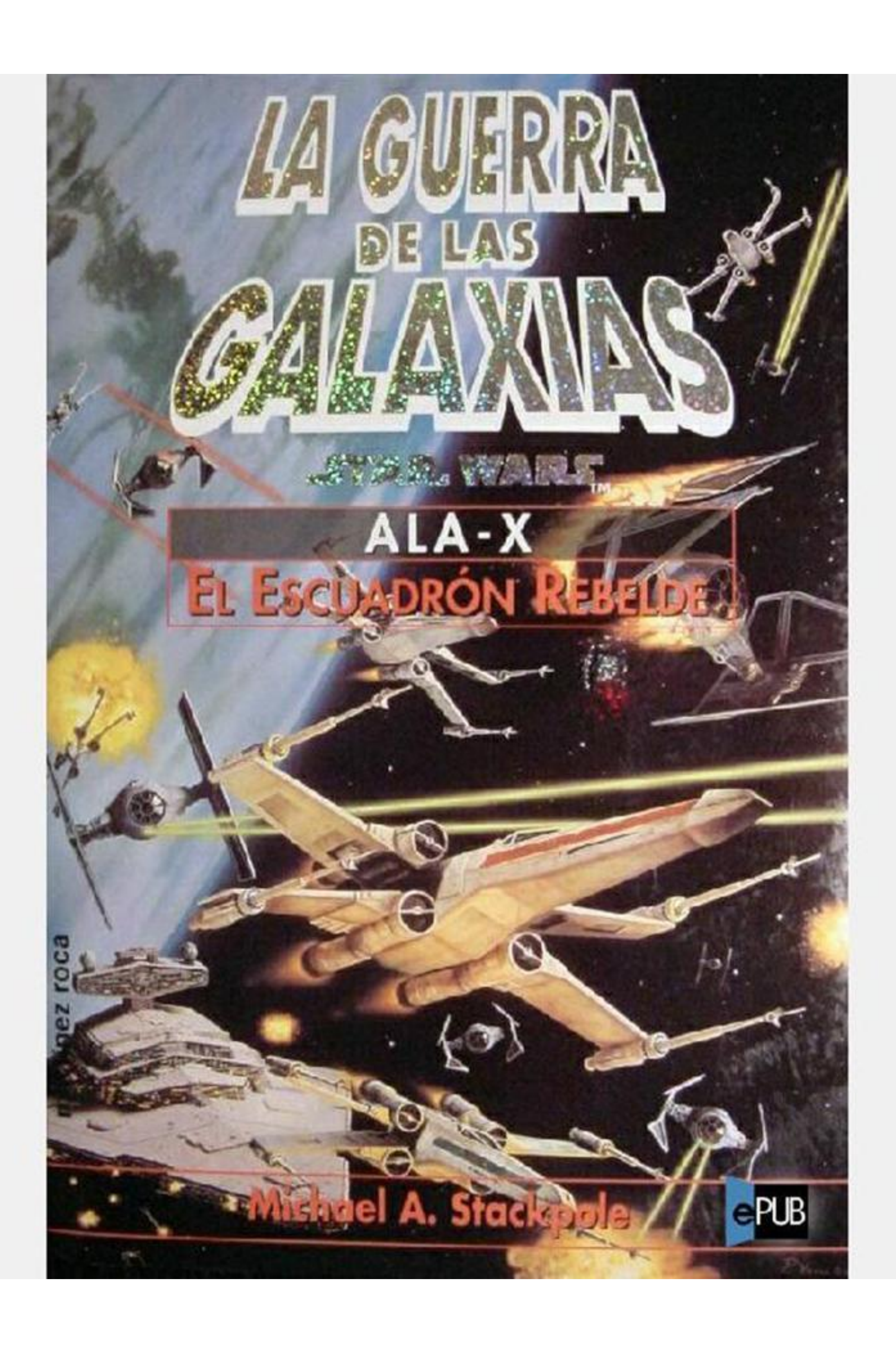

LA GUERRA
DE LAS
GALAXIAS
STAR WARS
ALA-X
EL ESCUADRÓN REBELDE
Michael A. Stackpole
ePUB

El Escuadrón Rebelde, la mítica unidad de ala-X que jugó un papel decisivo en la destrucción de las Estrellas de la Muerte y en todas las grandes victorias obtenidas por la Alianza, había pagado un precio muy alto por su inapreciable contribución a la causa de los rebeldes.

Después de haber perdido muchas vidas, el Escuadrón Rebelde había acabado convirtiéndose en un símbolo amado y respetado que por fin parecía poder abandonar la lucha para pasar a ser un mero recuerdo inolvidable.

Pero la muerte del Emperador no bastó para acabar con el Imperio: los señores de la guerra todavía conservan un gran poder, y la temible presencia de Ysanne Isard, la implacable directora del servicio de inteligencia imperial conocida como Corazón de Hielo, amenaza con imponer nuevos horrores y tiranías a una galaxia que no parece capaz de sacudirse el yugo imperial.

Wedge Antilles, el comandante del Escuadrón Rebelde, sabe que la guerra no ha terminado y que su unidad tiene que volver a pagar el elevado precio en vidas exigido por su papel de punta de lanza del avance aliado. Una vez más, el Escuadrón Rebelde volverá a estar presente en los frentes de guerra para ocuparse de las misiones más arriesgadas y para aniquilar a los contingentes de cazas y naves de combate imperiales que protegen el camino hacia Coruscant, el corazón de un Imperio que se niega tozudamente a desaparecer.

Pero antes Antilles tendrá que enfrentarse a la difícil tarea de convertir a un grupo de jóvenes pilotos temerarios e indisciplinados en una auténtica unidad de guerreros espaciales capaces de operar como una maquinaria perfectamente engrasada. Esa tremenda tarea le obligará a conseguir que hombres como el thyferrano Bror Jace y el corelliano Corran Horn aprendan a confiar en pilotos alienígenas a los que acaban de conocer y, al mismo tiempo, lograrán superar las rivalidades que habían surgido entre ellos después de que ambos decidieran alzarse con el codiciado título de as del Escuadrón Rebelde.

Bajo la firme dirección del curtido comandante corelliano, el Escuadrón Rebelde se dispondrá a iniciar una nueva estela de victorias gloriosas y hazañas increíbles. Pero para ello tendrá que sobrevivir a las astutas trampas y los diabólicos planes de Ysanne Isard y de su mano derecha Kirtan Loor, el agente de inteligencia imperial dotado de una asombrosa memoria y una increíble retentiva visual. Isard y Loor estarán firmemente decididos a aniquilar al Escuadrón Rebelde y no se detendrán ante nada con tal de alcanzar su meta.



Ala-X 1

El escuadrón rebelde

Michael A. Stackpole

Versión 1.1

23.11.12



Título original: *X-wing: Rogue Squadron*
Cronología: 6 años D.B.Y (Después de la Batalla de Yavin)
Autor: Michael A. Stackpole
Traducción: Albert Solé
Publicación del original: 1996

Digitalización: Javi-Wan Kenobi
Editor original: jukogo (versión 1.0 epubgratis)
Edición: Bodo-Baas (v1.1)
Base LSW v1.1

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, maquetación, revisión y montado de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Ninguno de nosotros nos dedicamos a esto de manera profesional, ni esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si pensáis que lo merecemos.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en el Grupo Libros de Star Wars.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo con tus amigos si la legislación de tu país así lo permite y bajo tu responsabilidad. Pero por favor, no estafes a nadie vendiéndolo.

Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

A George Lucas

El universo que creó es tan mágico y está tan lleno de vida que recuerdo no sólo cuándo y dónde vi la película por primera vez, sino también cuándo y dónde vi su trailer. Si alguien me hubiera dicho que acabaría escribiendo aventuras que tienen lugar dentro de ese universo, les hubiese dicho que estaban locos.

Una vez más, señor Lucas, ha conseguido que los sueños se convirtieran en realidad.

Agradecimientos

El autor desearía dar las gracias a las siguientes personas por sus distintas contribuciones a este libro:

Silverstein, Tom Dupree y Ricia Mainhardt, por haberme metido en este lío; Sue Rostoni y Lucy Autrey Wilson, por haber conseguido que me resultara tan fácil trabajar en este universo; Kevin J. Anderson, Timothy Zahn, Kathy Tyers, Bill Smith, Bill Slavicsek, Peter Schweighofer, Michael Kogge y Dave Wolverton, por todo el material que han creado y por todos los consejos que llegaron a darme; Lawrence Holland y Edward Kilham, por los juegos de ordenador Ala-X y Caza TIE; Chris Taylor, por haberme indicado qué nave pilotaba Tycho en El retorno del Jedi; mis padres, mi hermana Kerin, mi hermano Patrick y su esposa Joy, por su apoyo y por darme ánimos (y por sus interminables esfuerzos para ordenar el resto de mis libros en los estantes de mi biblioteca); Dermis L. McKiernan, Jennifer Robertson, y especialmente Elizabeth T. Danford, por haber escuchado algunas partes de esta historia mientras estaba siendo escrita y por haber soportado semejante tortura con sonrisas y un evidente deseo de ayudar.

Dramatis personae

Escuadrón Rebelde

COMANDANTE WEDGE ANTILLES *(humano de Corellia)*

CAPITÁN TYCHO CELCHU *(humano de Alderaan)*

TENIENTE CORRAN HORN *(humano de Corellia)*

OORYL QRYGG *(gandiano de Gand)*

NAWARA VEN *(twi'lek de Ryloth)*

RHYSATI YNR *(humana de Bespin)*

BROR JACE *(humano de Thyferra)*

ERISI DLARIT *(humana de Thyferra)*

PESHK VRI'SYK *(bothano de Bothawui)*

GAVIN DARKLIGHTER *(humano de Tatooine)*

RIV SHIEL *(shistavaniano de Uvena III)*

LUJAYNE FORGE *(humana de Kessel)*

ANDOORNI HUI *(rodiana de Rodia)*

ZRAII *(verpiniano de Roche G42)*

M-3PO *(Emetrés; androide de protocolo y reglamentaciones)*

SILBADOR *(unidad astromecánica R2-D2 de Corran)*

MYNOCK *(unidad astromecánica R2-D2 de Wedge)*

ALMIRANTE ACKBAR *(mon calamariano de Mon Calamari)*

GENERAL HORTON SALM *(humano de Norvall II)*

GENERAL LARIN KRE'FEY *(bothano de Bothawui)*

CAPITÁN AFYON *(humano de Alderaan)*

Tripulación del *Patinaje del Pulsar*

MIRAX TERRIK *(humana de Corellia)*

LIAT TSAYV *(sullustano de Sullusta)*

Fuerzas imperiales

YSANNE ISARD, directora de la inteligencia imperial *(humana de Coruscant)*

KIRTAN LOOR, agente de inteligencia *(humano de Churba)*

GENERAL EVIR DERRICOTE *(humano de Kalla)*

1

«Eres bueno, Corran, pero no eres ningún Luke Skywalker». Las mejillas de Corran Horn todavía ardían cada vez que se acordaba de la evaluación de su último ejercicio de simulador llevada a cabo por el comandante Antilles. Las palabras habían sido un simple comentario. No pretendían ser crueles y no fueron pronunciadas en un tono de crueldad, pero aun así habían herido profundamente a Corran. «Nunca he intentado sugerir que fuese tan buen piloto…».

Meneó la cabeza. «No, sólo querías que saltara a la vista y que resultara evidente para todos los que te rodean». Extendió el brazo y accionó los interruptores de arranque de los motores del simulador de ala-X.

—Verde Uno tiene cuatro contactos y está listo para funcionar. —Los interruptores, botones y monitores de la cabina cobraron vida a su alrededor con una serie de destellos—. Energía primaria y secundaria a nivel máximo.

Ooryl Qrygg, el gandiano que volaba como pareja suya en las misiones, comunicó un éxito de inicialización similar con voz entrecortada y estridente.

—Verde Dos en condiciones operacionales.

Verde Tres y Verde Cuatro emitieron su informe, y luego las pantallas externas cobraron vida y empezaron a proyectar un panorama estelar vacío.

—¿Has terminado los cálculos de navegación, Silbador?

La unidad R2 verde y blanca sentada junto a Corran respondió con un trino electrónico, y un instante después los datos de navegación empezaron a surgir del monitor principal de su simulador. Una suave presión sobre un botón bastó para que Corran transmitiera las mismas coordenadas a los otros pilotos del Grupo Verde.

—Que todas las unidades pasen a la velocidad lumínica. Punto de cita en el *Redención*.

Corran conectó el hiperimpulsor del ala-X y las estrellas se alargaron hasta convenirse en cilindros blancos, y después volvieron a convertirse en puntitos de luz y empezaron a girar lentamente, autotransformándose en un túnel de claridad blanca. Corran reprimió el impulso de utilizar la palanca de control para anular el giro. En el espacio, y especialmente en el hiperespacio, el arriba y el abajo eran relativos. La forma en que su nave se moviera a través del hiperespacio carecía de importancia: con tal de que permaneciera en el curso calculado por Silbador y hubiera alcanzado la velocidad suficiente antes de entrar en el hiperespacio, Corran llegaría intacto a su destino.

«Meterse de cabeza en un agujero negro haría que esta misión resultara bastante más fácil…». Todos los pilotos temían la misión del *Redención*. El escenario táctico estaba basado en un ataque imperial dirigido contra naves de evacuación antes de que la primera Estrella de la Muerte hubiera sido destruida. Mientras el *Redención* aguardaba la llegada de tres lanzaderas del servicio de evacuación médica y de la corbeta *Korolev* para recibir a sus heridos, la fragata imperial *Furor Guerrero* danzaba de un extremo a otro del

sistema, iba lanzando al espacio cazas TIE y añadía bombarderos a la confusión general con el objetivo de causar los mayores daños posibles.

Los bombarderos, provistos de una carga máxima de cohetes, podían causar muchos daños. Todos los pilotos tenían su propio nombre para el escenario del *Redención*, y para ellos era conocido como el escenario del *Réquiem*. El *Furor Guerrero* sólo desplegaría cuatro cazas estelares y media docena de bombarderos —respectivamente conocidos en la jerga de los pilotos como «globos oculares» e «incautos»—, pero lo haría siguiendo tal pauta que a los pilotos les resultaría prácticamente imposible salvar al *Korolev*. La corbeta acababa quedando reducida a un blanco enorme, y los bombarderos apenas tenían que hacer ningún esfuerzo para poder descargar sus cohetes sobre ella.

Los puntos estelares volvieron a alargarse cuando el caza salió del hiperespacio. Corran vio al *Redención* hacia babor. Unos momentos después Silbador le informó de que los otros cazas y las lanzaderas del servicio de evacuación médica ya habían llegado. Los cazas anunciaron su presencia, y la primera lanzadera inició la maniobra de atraque en la cubierta del *Redención*.

—Verde Uno, aquí Verde Cuatro.

—Adelante, Cuatro.

—¿Seguimos las reglas, o vamos a hacer algo realmente original?

Corran titubeó durante unos momentos antes de responder. Al preguntar si seguirían las reglas, Nawara Ven se había referido a las teorías generalmente aceptadas sobre la situación. Éstas afirmaban que un piloto debía interpretar el papel de «sabueso de la flota» y avanzar a toda velocidad para entablar combate con el primer TIE mientras los otros tres cazas permanecían cerca de él para prestarle apoyo. Al parecer, mientras hubiera tres cazas disponibles el *Furor Guerrero* seguiría lanzando naves a una considerable distancia del *Korolev*. Cuando no era así, el comportamiento del enemigo se volvía más atrevido y todo el escenario se volvía considerablemente salvaje y encarnizado.

El problema de seguir las reglas era que como estrategia no resultaban demasiado buenas. Ese escenario significaba que un piloto tenía que vérselas con cinco TIE —dos globos oculares y tres incautos— sin contar con ninguna ayuda, y que luego tenía que virar en redondo para enfrentarse a cinco más. Incluso con los enemigos aproximándose en oleadas, las probabilidades de tener éxito contra tal superioridad numérica eran casi inexistentes.

Hacerlo de cualquier otra manera significaba el desastre. «Y además ¿qué hijo leal de Corellia se ha preocupado nunca por lo que digan las probabilidades?».

—Vamos a seguir las reglas. Mantened encendidos los fuegos del hogar y entrad en acción después de que yo haya acabado.

—Entendido. Buena suerte.

—Gracias.

Corran alzó la mano derecha y la puso encima del amuleto de la suerte colgado de una cadena que llevaba en el cuello. Los guantes y la gruesa tela blindada de su traje de

vuelo hacían que apenas pudiera percibir el contacto de la moneda, pero la sensación familiar del metal reposando sobre su esternón hizo que sus labios se curvaran en una sonrisa. «A ti te fue muy útil, papá. Esperemos que sus reservas de suerte no se hayan agotado…».

Corran estaba dispuesto a admitir que había confiado considerablemente en la suerte para que le permitiera superar las dificultades que suponía hacerse un hueco en las fuerzas de la Alianza. Aprender la jerga ya exigía un cierto trabajo: después de todo, pasar de referirse a los cazas estelares TIE como «globos oculares» a llamar «bizcos» a los interceptores tenía cierta lógica, pero muchos otros términos habían nacido de una lógica que se le escapaba. Todos los aspectos de la Rebelión parecían muy extraños en comparación con su vida anterior, y adaptarse a ella no había resultado nada fácil.

«Como tampoco va a serlo salir triunfador de este escenario…».

El *Korolev* se materializó y empezó a avanzar hacia el *Redención*, lo que hizo que Corran iniciara su última comprobación. Había repasado mentalmente aquel escenario una y otra vez. En misiones anteriores, cuando había servido de guardián y protector al papel de «sabueso de la flota» interpretado por otro, había hecho que Silbador registrara todos los datos posibles sobre los estilos de vuelo, vectores de ataque y pautas temporales de los TIE. Los TIE eran pilotados por cadetes distintos en cada simulación, pero su comportamiento siempre venía dictado por las características técnicas del aparato, y además una gran parte de su secuencia de ataque inicial había sido preprogramada.

Un estridente graznido de Silbador informó a Corran de la llegada del *Furor Guerrero*.

—Once kilómetros a popa, ¿eh? Estupendo… —Corran desplazó la palanca de control hacia la derecha e hizo que el ala-X describiese un amplio viraje. Cuando llegó al final de la maniobra, puso los impulsores a máxima potencia. Pulsando otro interruptor de la derecha, colocó los estabilizadores-S en posición de ataque—. Verde Uno iniciando el enfrentamiento.

La voz de Rhysati surgió de la radio, tranquila y firme.

—Cae sobre ellos como un diluvio de babas encima de un hutt.

—Lo haré lo mejor que pueda, Verde Tres.

Corran sonrió e hizo oscilar suavemente el ala-X mientras atravesaba la formación de la Alianza y avanzaba hacia el *Furor Guerrero*. Silbador anunció la aparición de tres bombarderos TIE mediante una suave nota musical, y después elevó un poco el volumen del sonido cuando dos cazas TIE se unieron a ellos.

—Clasifica los bombarderos como blancos uno, dos y tres, Silbador.

Mientras la unidad R2 obedecía esa orden, Corran puso el escudo frontal a máxima potencia e hizo aparecer su programa de puntería láser en el monitor principal. Ajustó el dial de calibración de puntería de la palanca con la mano izquierda y captó a los dos cazas. «Parece que hay como unos tres kilómetros de separación entre los globos oculares y los bombarderos… Bueno, podría ser peor».

La mano derecha de Corran rozó la moneda suspendida debajo de su traje de vuelo. Después respiró hondo, exhaló lentamente el aire y puso la mano sobre la palanca de control, y luego permitió que su pulgar quedara suspendido encima del botón del sistema de fuego. A dos kilómetros de distancia, el monitor hizo aparecer una caja amarilla alrededor del primer caza TIE. La caja se volvió verde cuando la imagen del caza quedó rodeada por la cruz de puntería del sistema, y el estridente canturreo de Silbador llenó la cabina. El pulgar de Corran descendió sobre el botón, enviando tres andanadas láser contra el primer caza.

El primer haz falló el blanco, pero el segundo y el tercero atravesaron la cabina esférica. Los paneles solares hexagonales se desprendieron del casco y giraron locamente por el espacio mientras los motores iónicos estallaban y se convertían en una bola de gases incandescentes en expansión.

Corran hizo que el ala-X describiera un viraje de noventa grados y se abrió paso a través del centro de la explosión. Las ráfagas láser del segundo caza iluminaron sus escudos delanteros, haciendo que le resultara imposible obtener una buena referencia visual del TIE. Silbador dejó escapar un aullido, quejándose así de haberse visto convertido en un objetivo. Corran disparó y supo que había dado en el blanco, pero el TIE alcanzado se alejó a toda velocidad y siguió avanzando hacia el *Korolev*.

«Me parece que ya va siendo hora de ir escribiendo un nuevo capítulo para el escenario del *Réquiem*

—Muéstrame el primer blanco, Silbador.

La imagen del primer bombardero TIE llenó su monitor. Corran activó el control de puntería de los torpedos protónicos. La caja de la imagen se volvió un poco más grande, y Silbador empezó a soltar pitidos mientras suministraba datos al ordenador de puntería para obtener una fijación de disparo.

—Tu velocidad ha bajado al uno por ciento, Verde Uno. ¿Necesitas ayuda?

—Negativo, Verde Dos.

—¿Qué estás haciendo, Corran?

—Convertir el libro en un cuento corto…

«O eso espero», añadió mentalmente.

La caja pasó al rojo, y el pitido de Silbador se volvió continuo. Corran presionó el botón y lanzó el primer cohete.

—Iniciar adquisición del segundo blanco.

La caja pasó al amarillo primero y al rojo después, y el piloto lanzó el segundo cohete.

Los números se sucedieron en una veloz trayectoria hacia el cero mientras los cohetes avanzaban hacia sus objetivos. El primer cohete dio en el blanco a dos kilómetros de distancia, haciendo pedazos al primer bombardero TIE. Unos segundos después, el segundo cohete dio en su blanco. Una explosión tan cegadora como una nova iluminó la cabina del simulador, y después se esfumó en la negrura del espacio.

—Iniciar adquisición del tercer blanco.

En el mismo instante en que daba la orden, Corran ya sabía que la velocidad con que su nave se estaba aproximando al bombardero haría prácticamente imposible disparar el tercer cohete.

—Cancelar el tres.

Corran volvió a acelerar mientras pasaba junto al tercer bombardero, e hizo virar su nave. Volvió a activar la mira láser y se colocó sobre la popa del bombardero.

El piloto del incauto intentó huir de su acometida. Desvió la nave de casco gemelo hacia la izquierda y luego inició un largo viraje hacia la derecha, pero Corran no estaba dispuesto a permitir que se le escapara. Redujo la velocidad, lo que mantuvo al bombardero delante de él, y después le siguió en su viraje. Luego disparó dos ráfagas láser en cuanto volvió a estar encima de su cola, y el ordenador de puntería le informó de que sus disparos habían causado daños en el casco.

El ala derecha del bombardero se elevó en una brusca desviación, y Corran imitó el movimiento. Si hubiera seguido volando en un vector directo, los haces láser disparados por el ala-X habrían pasado a cada lado del fuselaje del bombardero y ese fallo le hubiera proporcionado unos cuantos segundos más de vida. Manteniendo al bombardero centrado en sus miras, Corran obtuvo dos nuevos impactos y vio cómo el voluminoso navío se desintegraba delante de él.

Subiendo el nivel de impulsión al máximo, Corran empezó a buscar al caza que se le había escapado. Lo localizó a dos kilómetros de distancia y yendo hacia el *Korolev*. También divisó a cinco TIE más que se aproximaban por el otro lado de la corbeta, y que se encontraban a unos dieciocho kilómetros de distancia. «Maldición… Ese bombardero me ha obligado a consumir más tiempo del que podía dedicarle».

Volvió a activar el programa de puntería de torpedos y centró las miras sobre el caza restante. La caja de puntería pareció tardar una eternidad en volverse de color rojo y obtener una adquisición de blanco. Corran disparó un cohete y vio cómo atravesaba al caza, y después concentró su atención en los nuevos TIE.

—¿Quieres que entremos en combate, Verde Uno?

Corran meneó la cabeza.

—Negativo, Verde Dos. El *Furor Guerrero* sigue ahí y podría lanzar otra oleada. —Suspiró—. Interceptad a los cazas, pero no os alejéis más de un kilómetro del *Korolev*.

—Vamos a ello.

«Así podrán encargarse de mantener ocupados a los cazas mientras yo les doy una buena paliza a esos incauto…». Corran estudió los datos de navegación que le estaba proporcionando Silbador. El *Korolev*, los bombarderos y su ala-X formaban un triángulo que se iba encogiendo rápidamente. Si volaba en línea recta hacia los bombarderos acabaría describiendo un arco, lo cual consumiría más tiempo del que le quedaba y permitiría que los bombarderos se aproximaran lo suficiente para lanzar sus cohetes contra la corbeta. En lo que concernía a Corran, eso supondría una forma insuperablemente estúpida de perder el tiempo.

—Proporcióname un punto de interceptación situado a seis kilómetros de distancia del *Korolev*, Silbador.

El R2 dejó escapar un silbido casi alegre, como si aquel cálculo fuese tan sencillo que incluso Corran hubiera debido ser capaz de efectuarlo mentalmente. Mientras alteraba el vector de vuelo, Corran vio que dispondría de poco más de un minuto para ocuparse de los bombarderos antes de que estuvieran lo bastante cerca del *Korolev* para atacar. «No es tiempo suficiente…».

Accionando dos interruptores, Corran redirigió una parte de la energía del generador dedicada a la recarga de sus escudos y sistemas láser hacia los motores. El compensador de aceleración necesitó un segundo para entrar en el ciclo reforzado, con el resultado de que el repentino incremento de velocidad de la nave incrustó la espalda de Corran en el acolchado de su sillón de mando. «Espero que esto dé resultado…».

—Verde Uno, el *Furor Guerrero* acaba de acelerar. ¿Podemos entablar combate con los cazas?

—Afirmativo, Verde Tres. Id a por ellos.

Corran frunció el ceño durante unos segundos, sabiendo que los otros pilotos acabarían con los cazas TIE en cuestión de momentos. De esa manera sus compañeros le negarían la posibilidad de llevar a cabo un barrido limpio, pero Corran estaba dispuesto a cambiar dos TIE por la corbeta. «El comandante Antilles quizá podría haber acabado con todos esos enemigos sin que nadie le echara una mano, pero después de todo él tiene dos Estrellas de la Muerte pintadas en el flanco de su ala-X…».

—Marca a los bombarderos cuatro, cinco y seis, Silbador. —La distancia para la interceptación era de tres kilómetros, y Corran había añadido treinta segundos a sus reservas de tiempo de combate—. Adquisición del cuatro.

El ordenador de puntería le mostró que se estaba aproximando a la ruta de vuelo de su objetivo siguiendo un ángulo de cuarenta y cinco grados, lo cual significaba que el vector se hallaba muy desviado. Corran se apresuró a readaptar el generador para que recargara los escudos y los sistemas láser, y luego extrajo todavía más energía de su cuarteto de motores de impulsión fusial lncom 4L4 y la redirigió a la recarga de sus armas y sus escudos.

La redirección de recursos redujo su velocidad. Corran echó la palanca de control hacia atrás, haciendo que el ala-X iniciase un viraje que lo llevó directamente hacia los bombarderos. Después desvió la palanca hacia la izquierda y centró la caja de puntería en el primero de los incautos.

La caja empezó a ponerse amarilla, y luego pasó rápidamente al rojo. Corran disparó un cohete.

—Adquisición del cinco. —La caja de puntería empezó a enrojecer, y el estridente gemido de Silbador creó ecos por toda la cabina. El corelliano disparó un segundo cohete—. Adquisición del seis.

Silbador soltó un graznido.

Corran bajó la mirada hacia sus diagramas. Subiendo por la pantalla entre el paréntesis formado por los informes sobre los impactos de cohetes en los tres bombarderos, vio una anotación referente a Verde Dos.

—Verde Dos, informa.

—Le hemos perdido, Uno.

—¿Un caza acabó con él?

—No hay tiempo para hablar…

La comunicación del twi'lek que pilotaba el Verde Cuatro terminó bruscamente con un siseo de estática.

—¿Rhysati?

—He eliminado a uno, Corran, pero este último es muy bueno.

—Aguanta.

—Haré todo lo que pueda.

—Adquisición del seis, Silbador.

La unidad R2 siseó. El último bombardero ya había dejado atrás el punto de interceptación y se estaba lanzando sobre el *Korolev*. El piloto estaba haciendo que el grueso fuselaje girase lentamente sobre sí mismo, con lo que lo convertía en un blanco difícil para los sistemas de puntería de los cohetes. Pero el *Korolev*, siendo tan enorme como era, ofrecería un blanco lo suficientemente grande para que incluso una nave en rotación pudiera centrar sus miras en él.

«Y en cuanto dicho piloto haya conseguido centrar sus miras, el *Korolev* quedará convenido en un montón de chatarra espacial». Corran volvió a conectar los sistemas láser e hizo avanzar su ala-X. Todavía estaban separados por dos kilómetros de distancia, pero aun así lanzó Corran un par de haces. Sabía que sus probabilidades de dar en el blanco a esa distancia eran ínfimas, pero la luz de los haces se deslizaría junto al TIE y le daría algo en que pensar a su piloto. «Y quiero que esté pensando en mí, no en esa nerf-beta que tiene pastando delante de él».

Corran volvió a redirigir toda la energía a los motores y salió disparado hacia adelante. Dos nuevos haces láser hicieron que el bombardero TIE se desviara un poquito del rumbo, pero Corran ya se encontraba lo bastante cerca para poder proceder a la adquisición del blanco. Las rotaciones de la nave empezaron a volverse más lentas cuando el piloto centró las miras en su objetivo y después, justo cuando Corran se disponía a usar sus haces láser, el bombardero se desvió bruscamente hacia babor.

El corelliano entrecerró los ojos. «Esa nave tiene que estar siendo pilotada por Bror Jace. Ese chico cree que es hora de cobrarse todas las deudas pendiente…». El otro piloto, un humano de Thyferra, era —en opinión de Corran— el segundo mejor piloto del escuadrón de adiestramiento. «Bror va a hacer pedazos al *Korolev*, y los chicos no dejarán de recordármelo continuamente hasta el día de mi muerte. A menos que…».

Corran dirigió toda la energía de sus escudos hacia adelante, dejando su popa en el mismo grado de desnudez padecido por el bombardero TIE desprovisto de escudos.

Siguió a Jace a lo largo de un rápido tonel, y mantuvo la palanca de control empujada hacia adelante.

Cuando emergieron del tonel, Corran lanzó una andanada contra el bombardero. El haz hizo impacto en un ala, pero Jace logró pasar por debajo de la línea de fuego del ala-X. «¡Allá vamos!».

Corran desplazó la palanca de control hacia adelante para seguir el picado del bombardero, pero como su velocidad era un veinte por ciento superior a la de la nave de Jace, el ala-X inició un gran giro. Cuando Corran consiguió invertirlo y salir de él, el bombardero de Jace ya se estaba lanzando sobre la cola del ala-X.

Corran lanzó su caza hacia babor antes de que el bombardero pudiera dejar caer un par de cohetes sobre su cola, y atravesó la línea de fuego del bombardero. «Maniobra básica con una respuesta básica…». Sin ni siquiera mirar los instrumentos y sin prestar ninguna atención a las advertencias que estaba chillando Silbador, Corran volvió a desviar la energía motriz hacia la recarga de escudos. «Un segundo más…».

La respuesta de Jace a la maniobra evasiva de Corran había consistido en ejecutar un salto con inversión del sentido motriz. Haciendo subir la proa de su bombardero en una brusca desviación primero y compensando el vector en la dirección del giro después, Jace consiguió mantenerse dentro del arco descrito por el ala-X. Cuando el bombardero terminó la maniobra, se aproximó muy rápidamente al ala-X… moviéndose demasiado deprisa para que Corran pudiera centrar las miras de un cohete, pero no para que su aproximación le impidiera lanzar una andanada láser.

El bombardero TIE se precipitó sobre el ala-X. Las sirenas de la alarma de colisión empezaron a aullar. Corran casi pudo sentir la excitación que se iba adueñando de Jace a medida que su ala-X se le aproximaba más y más. Sabía que el otro piloto dispararía una andanada rápida y que luego volvería a lanzarse al ataque, furioso por haber fallado el blanco que le ofrecía el ala-X, pero encantado ante aquella ocasión de eliminar a Corran antes de acabar con el *Korolev*.

El piloto del ala-X accionó un interruptor y desvió toda la energía de los escudos a la zona de popa.

El escudo deflector se materializó bajo la forma de una semiesfera a unos veinte metros por detrás del ala-X. Diseñado para disipar los impactos de las armas cinéticas y de energía, no tuvo ninguna dificultad para proteger el caza de la doble andanada láser del bombardero. Si el bombardero hubiera utilizado cohetes, el escudo podría haber absorbido todos los daños que fueran capaces de causar, aunque las explosiones habrían bastado para destruirlo.

El bombardero TIE, cuya masa era muy superior a la de los cohetes que transportaba, debería haberse abierto paso a través de los escudos y quizá incluso habría podido destruir al caza, pero chocó con el escudo siguiendo un vector angular y rebotó en él. La colisión disipó la mitad de la energía del escudo de popa e hizo que el ala-X oscilara locamente, pero por lo demás el caza no sufrió ningún daño.

Pero no podía decirse lo mismo del bombardero, que carecía de escudos. El impacto había sido aproximadamente equivalente al de un vehículo que chocara con una pared de ferrocreto mientras iba a sesenta kilómetros por hora. Esa colisión quizá no hubiera causado daños muy serios a un vehículo de superficie, pero los vehículos de superficie son decididamente menos delicados que los navíos de combate estelar. El ala de estribor cedió hacia adentro, y se fue doblando alrededor de la cabina del bombardero. Los dos módulos de la nave perdieron la alineación original del diseño, con el resultado de que los dos motores salieron disparados en un loco e incontrolable girar a través del espacio de datos del simulador.

—¿Has captado eso, Verde Tres?

Corran no obtuvo respuesta.

—¿Qué le ha ocurrido a Tres, Silbador?

La unidad R2 respondió con un trino lleno de lúgubre melancolía.

«Condenado engendro de un Sith…». Corran ajustó el control de los escudos para igualar la situación de proa con la de popa.

—¿Dónde está?

La imagen de un caza TIE que estaba ejecutando una pasada de ataque a lo largo del *Korolev* apareció en el monitor de Corran. El pequeño caza se deslizó sobre la superficie de la corbeta, esquivando sin ninguna dificultad el tenue fuego de represalia emitido por ésta. «Eso supone tener muchas agallas para lo que es habitual en un caza TIE —pensó Corran, y sonrió—. O mucha arrogancia, y quizá ya va siendo hora de hacérsela paga…».

El corelliano volvió a activar el programa de puntería de los torpedos protónicos y centró las miras en el TIE. El caza intentó romper la conexión, pero las andanadas turboláser del *Korolev* le impidieron moverse. La caja de puntería de Corran enrojeció, y su dedo lanzó el torpedo.

—Un globo ocular menos…

El cohete fue directamente hacia el caza, pero el piloto viró bruscamente hacia babor y aceleró, haciendo que el cohete fallara el blanco. «¡Hermosa maniobra!». Corran aceleró e inició un rápido descenso para colocarse detrás del TIE, pero mientras lo hacía el TIE desapareció de su pantalla delantera y reapareció en su arco de popa. Corran desvió la palanca de control hacia la derecha al mismo tiempo que tiraba de ella, haciendo que el ala-X ascendiera hacia estribor, y después invirtió el vector y se desvió hacia la izquierda.

Un haz láser hizo que el asiento del simulador fuera recorrido por una rápida vibración. «¡Menos mal que tenía toda la energía de los escudos concentrada en la popa!». Corran los reforzó todavía más con energía procedente de sus sistemas láser, y luego igualó los niveles de proa y de popa. Desviando el caza hacia la izquierda y hacia la derecha, esquivó las andanadas láser procedentes de detrás, pero aun así todas pasaron bastante más cerca de él de lo que hubiese querido.

Sabía que Jace había estado pilotando el bombardero, y Jace era el único piloto de la unidad capaz de mantenerse a su altura. «Con la excepción de nuestro jefe de vuelo,

claro… —Los labios de Corran se curvaron en una gran sonrisa—. ¿Ha decidido averiguar lo bueno que soy en realidad, comandante Antilles? Pues entonces permítame que le haga una pequeña exhibición…».

—Asegúrate de que estás bien sujeto, Silbador, porque vamos a hacer unas cuantas piruetas.

Corran se negó a permitir que los gemidos de la unidad R2 le obligaran a reducir la velocidad. Un viraje acompañado por un tonel hizo que el ala-X se irguiera sobre su ala de babor. Tirar de la palanca de control hacia atrás elevó el morro del caza, apartándolo de la trayectoria de vuelo original. El TIE siguió las maniobras de Corran, y después fue cerrando el arco para reducir la distancia. Corran ejecutó otro viraje de noventa grados y después convirtió el giro en un vertiginoso picado. A continuación mantuvo el vector durante tres segundos, y luego tiró de la palanca de control y se lanzó sobre la popa del caza TIE.

Los haces láser del ala-X fallaron el objetivo por una considerable distancia cuando el TIE se desvió hacia la izquierda. Corran aceleró al máximo y se mantuvo pegado al TIE. Permitió que el ala-X se elevara sobre el plano de curso, y luego ejecutó un rizo que consumió el tiempo suficiente para permitirle volver a colocarse detrás del TIE. El TIE se desvió hacia la derecha, y Corran salió disparado hacia la izquierda.

Mantuvo los ojos clavados en la pantalla indicadora mientras la distancia que lo separaba del TIE iba aumentando hasta convenirse en un kilómetro y medio, después de lo cual el ritmo de incremento empezó a frenarse. «Quieres que pongamos a prueba la resistencia de nuestras proas, ¿eh? ¡Estupendo! Porque yo tengo escudos y tú no…». Si el comandante Antilles quería cometer lo que virtualmente era un suicidio, Corran le ayudaría en todo lo posible. Tiró de la palanca de control hasta dejarla pegada a su esternón y ejecutó un rizo de inversión. «¡Voy a por ti!».

Los dos cazas estelares se encontraban cada vez más cerca el uno del otro. Corran centró a su enemigo en la mira y esperó la ocasión de disparar. Sin escudos el caza TIE moriría con una sola ráfaga, y Corran quería que la eliminación fuera lo más limpia posible. Su caja de puntería empezó a parpadear con destellos verdosos mientras el TIE entraba y salía del centro, y luego se estabilizó en el verde al reducirse la distancia.

El TIE empezó a disparar con los sistemas ajustados en alcance máximo y consiguió anotarse algunos impactos. A esa distancia los láseres no causaban ningún auténtico daño en los escudos, lo cual hizo que Corran se preguntan por qué Wedge estaba desperdiciando la energía. Un instante después el verde de la caja de puntería empezó a parpadear otra vez, y Corran lo comprendió todo. «¡Los fogonazos que se esparcen sobre mis escudos interfieren el funcionamiento de mi sistema de puntería! ¡Será mejor que acabe con él ahora mismo!».

Corran dejó caer el dedo sobre el botón de disparo, creando rojizas agujas de energía láser que surcaron el espacio para lanzarse sobre el caza TIE. El corelliano no pudo ver si le había dado a algo. Una serie de luces se encendieron y se apagaron en la cabina, y Silbador empezó a emitir estridentes gemidos. El monitor principal de Corran se

oscureció de repente, sus escudos se desvanecieron y los controles del armamento dejaron de funcionar.

El piloto volvió la cabeza de un lado a otro.

—¿Dónde se ha metido, Silbador?

Un monitor cobró vida delante de él con un parpadeo luminoso y un informe de diagnóstico empezó a desfilar por la pantalla. Los informes de daños estaban rodeados por líneas color rojo sangre.

—Sensores fuera, láseres fuera, escudos fuera, motor fuera… ¡Me he convertido en un hutt suspendido en el vacío!

Los sensores del ala-X habían dejado de funcionar, por lo que el androide R2 no podría localizar al caza TIE en el caso de que éste se encontrara fuera del radio de alcance de sus detectores. Silbador informó de ello a Corran con un balido lleno de ansiedad.

—Intenta tranquilizarte, Silbador. Lo primero que debes hacer es devolverme mis escudos, y deprisa.

Corran siguió volviendo la cabeza de un lado a otro, intentando localizar al caza TIE. «Me está dejando hervir en mi propia salsa, ¿eh, señor? Ahora acabará con el *Korolev* y luego vendrá a por mí… —El piloto frunció el ceño, y sintió cómo un escalofrío helado se deslizaba por su columna vertebral—. Tiene razón, comandante: no soy ningún Luke Skywalker. ¡Me alegro de que piense que no lo hago del todo mal, pero quiero ser el mejor!».

Y entonces el panorama estelar se ennegreció de repente, y la cápsula del simulador se abrió con un siseo ahogado. El dosel se levantó, y el sonido de unas estridentes carcajadas llenó la cabina. Corran estuvo a punto de dejar caer el escudo protector sobre su casco para evitar que sus tres amigos pudieran ver cómo se estaba ruborizando. «No hagas más tonterías, Corran… Será mejor que aguante el castigo que me he merecido». Se levantó, se quitó el casco y meneó la cabeza.

—Bien, por lo menos ya se ha acabado.

El twi'lek, Nawara Ven, aplaudió.

—Qué modesto eres, Corran…

—¿Eh?

La rubia inmóvil junto al twi'lek alzó la cabeza hacia Corran y le dirigió una sonrisa radiante.

—Has conseguido salir vencedor del escenario del *Redención*.

—¿Qué?

El gandiano de piel gris verdosa asintió y dejó su casco encima del morro del simulador de Corran.

—Acabaste con nueve enemigos. Jace está bastante enfadado.

—Gracias por las buenas noticias, Ooryl, pero eso no impidió que acabaran matándome. —Corran salió del simulador—. El piloto que te dejó fuera de combate, el comandante Antilles… bueno, pues al final también acabó conmigo.

El twi'lek se encogió de hombros.

—Él lleva más tiempo haciendo esto que yo, por lo que no tiene nada de sorprendente que me liquidara.

Rhysati meneó la cabeza, permitiendo que su dorada cabellera se esparciera sobre sus hombros.

—La sorpresa fue que necesitara tanto tiempo para acabar con nosotros, realmente. ¿Estás seguro de que te mató?

Corran frunció el ceño.

—Me parece que no recibí un mensaje de final de misión.

—Resulta evidente que no tienes mucha experiencia de lo que supone morir dentro de estos simuladores, porque en ese caso lo sabrías sin lugar a dudas. —Rhysati dejó escapar una suave carcajada—. Quizá te diera, Corran, pero no te mató. Sobreviviste y ganaste.

Corran parpadeó y luego sonrió.

—Y eliminé a Bror antes de que destruyera el *Korolev*. Por lo menos puedo estar orgulloso de eso.

—Desde luego. —Un hombre de cabellos castaños y cristalinos ojos azules pasó por entre Ooryl y Nawara—. Eres un piloto excepcionalmente bueno.

—Gracias, señor.

El recién llegado le ofreció la mano a Corran.

—Creía que te tenía, pero cuando me dejaste sin motores tu cohete consiguió alcanzarme. Buen trabajo.

Corran estrechó con una cierta vacilación la mano que le estaban ofreciendo. El hombre llevaba un traje de vuelo negro carente de nombre o insignias de rango, aunque la manga izquierda estaba adornada por las tiras de batalla de Hoth, Endor y Bakura.

—Y usted es un auténtico genio con los TIE.

—Muy amable por su parte, señor Horn… Estoy un poquito oxidado, pero lo he pasado realmente en grande. —El hombre le soltó la mano—. La próxima vez les haré sudar un poco más.

Una mujer que llevaba uniforme de teniente le rozó el brazo con las puntas de los dedos.

—El almirante Ackbar ya puede recibirle, señor. Si tiene la bondad de seguirme…

El piloto del TIE dirigió una inclinación de cabeza a los cuatro pilotos de ala-X.

—Todos han volado magníficamente. Ah, y felicidades por haber conseguido la victoria en el escenario.

Corran clavó los ojos en la espalda del hombre mientras éste se alejaba.

—Creía que ese TIE estaba siendo pilotado por el comandante Antilles. Quiero decir que… Bueno, sólo alguien tan bueno como él habría podido acabar con vosotros tres.

Un repentino temblor hizo oscilar las puntas de las colas cefálicas de Nawara Ven.

—Al parecer, ese hombre es tan bueno como el comandante Antilles.

Rhysati asintió.

—Me dejó realmente asombrada, creedme.

—Por lo menos tú pudiste verle. —El gandiano puso su trío de dedos sobre el casco del simulador de Corran y tabaleó suavemente—. Eliminó a Ooryl mientras Ooryl intentaba acabar con su pareja de vuelo, y Ooryl quedó convertido en hidrógeno libre esparcido por el espacio de simulación. Ese tipo es muy, muy bueno…

—Oh, claro. Pero ¿quién es? —Corran frunció el ceño—. Obviamente no es Luke Skywalker, pero estuvo con el Escuadrón Rebelde en Bakura y sobrevivió a Endor.

Los ojos rojizos del twi'lek destellaron.

—Y había un punto negro en el centro de su tira de Endor. Eso quiere decir que también sobrevivió a la misión de la Estrella de la Muerte.

Rhysati deslizó el brazo derecho alrededor del cuello de Corran y le empujó suavemente el mentón con el puño.

—¿Qué importa quién sea en realidad?

—¡Rhys, eliminó a tres de nuestros mejores pilotos y me dejó paralizado en el espacio… y dice que está un poquito oxidado! Quiero saber quién es porque no cabe duda de que es peligroso.

—Lo es, pero no es el piloto más peligroso. Ese honor te corresponde a ti. —Rhysati deslizó su otro brazo alrededor del codo derecho de Nawara—. Así pues, Corran, olvida de una vez que fuiste agente de las fuerzas de seguridad y tú, Nawara, olvida de una vez que fuiste abogado y dejad de darle vueltas a este asunto. Ahora todos somos pilotos, todos estamos en el mismo bando… —sonrió con dulzura—, y el hombre que ha conseguido acabar con la maldición del escenario del *Redención* está a punto de cumplir todas esas promesas sobre una cena y unas cuantas copas que les hizo a sus compañeros de vuelo para que le ayudaran a alzarse con la victoria.

2

Wedge Antilles saludó al almirante Ackbar y mantuvo el saludo hasta que el mon calamariano se lo devolvió.

—Le agradezco que haya accedido a recibirme, señor.

—Verle siempre es un placer, comandante Antilles. —Sin mover la cabeza, Ackbar dirigió un ojo hacia el otro humano presente en su despacho—. El general Salm y yo estábamos analizando el impacto que supone volver a tener al Escuadrón Rebelde en la flota. Salm opina que ya están preparados para entrar en acción, y no cabe duda de que la lista de nombres es impresionante.

El piloto de caza de cabellos castaños asintió.

—Sí, señor. Precisamente quería hablar con usted de ese tema, si es posible… —Wedge vio cómo el rostro de Salm se ensombrecía—. Se han llevado a cabo ciertos cambios sin consultarme previamente.

Salm dejó de contemplar el globo azul suspendido en un rincón del despacho y juntó las manos detrás de la espalda.

—Existen ciertas circunstancias más allá de nuestro control que han hecho necesarios esos cambios, comandante Antilles.

—Soy consciente de ello, señor. Los tenientes Hobbie Klivan y Wes Janson harán un excelente trabajo con los nuevos escuadrones de adiestramiento. —«No quería perderlos, pero lo cierto es que ya había perdido esa batalla hace mucho tiempo».— Y también comprendo el porqué la mitad de vacantes de mi escuadrón son adjudicadas a nombramientos políticos…

Ackbar levantó la cabeza.

—Pero ¿no lo aprueba?

Wedge logró contenerse y se calló la réplica sarcástica que había acudido a sus labios.

—Almirante, he pasado una gran parte de los dos años y medio transcurridos desde que murió el Emperador recorriendo mundos que acababan de incorporarse a la Alianza porque alguien decidió que nuestros nuevos aliados necesitaban ver que teníamos héroes, y que no todos éramos los bandidos que el Imperio afirmaba que éramos. He dado discursos, he besado bebés y he posado para que me sacaran hologramas junto a muchos más líderes mundiales de los que nunca supe que existieran. Estuve allí cuando nuestra maquinaria propagandística convirtió al Escuadrón Rebelde en la aguja que hizo estallar los globos de las Estrellas de la Muerte del Emperador.

Los labios del general humano que dirigía el centro de adiestramiento de cazas estelares de la Rebelión en Folor se curvaron en una sonrisa helada.

—Entonces supongo que comprende por qué es tan importante que nuestros aliados dispongan de representantes dentro de nuestro escuadrón más famoso y admirado.

—Sí, pero también sé distinguir entre un verdadero escuadrón de caza y el monstruo en que han convertido al Escuadrón Rebelde. El Imperio no se va a tirar al suelo y dejarse morir meramente porque vea aparecer a una docena de naves dentro de un sistema.

—Por supuesto que no.

—Pero eso es lo que está sugiriendo nuestro cuerpo diplomático, general. Los bothanos quieren tener un piloto en el Escuadrón Rebelde porque ellos descubrieron la existencia de la segunda Estrella de la Muerte y nosotros acabamos con ella. Y también comprendo por qué es importante que tengamos a dos thyferranos: debemos mantener contentos a los dos conglomerados que controlan la producción de bacta, ¿verdad?

Ackbar alzó una mano palmeada.

—Comandante, creo que la pregunta realmente pertinente es la de si los pilotos seleccionados son inferiores a otros candidatos.

—No lo son, señor, pero…

—¿Pero?

Wedge hizo una profunda inspiración de aire y después lo dejó escapar muy despacio. «Luke me estaría diciendo que la ira no te ayuda en nada. Tiene razón, desde luego, porque la ira no me acercará ni un milímetro a lo que realmente quiero conseguir…».

—Almirante, estoy al mando de un escuadrón de caza. Somos un escuadrón de elite, y lo único que quiero cambiar de mi unidad es nuestro índice de supervivencia. Usted me ha permitido elegir entre los nuevos pilotos que se están incorporando a nuestras fuerzas, y he acabado formando un grupo magnífico. Con un poco más de adiestramiento, creo que puedo llegar a convertirlos en la clase de unidad que llenará de auténtico terror los corazones de los imperiales. Y —añadió, dirigiendo una inclinación de cabeza al general Salm— estoy totalmente de acuerdo con la selección de todos los pilotos de la lista de que disponen salvo en dos casos: Rebelde Cinco y mi oficial ejecutivo.

—El teniente Deegan es un excelente piloto.

—Cierto, general, pero es corelliano… igual que yo y que Corran Horn. Me parece que el hecho de que Corellia disfrute de un exceso de representación dentro del Escuadrón Rebelde no es políticamente prudente.

Uno de los ojos de Ackbar tembló de manera casi imperceptible.

—¿Ha pensado en alguien para sustituirle?

Wedge asintió.

—Me gustaría utilizar a Gavin Darklighter.

Salm se apresuró a menear la cabeza.

—No es más que un joven granjero de Tatooine convencido de que al ser capaz de matar ratas womb a tiros desde un deslizador de superficie puede llegar a convertirle en un héroe.

—Disculpe, señor, pero Luke Skywalker no era más que un joven granjero de Tatooine cuya capacidad para matar ratas womb a tiros desde un deslizador de superficie acabó convirtiéndole en un héroe.

La respuesta de Wedge hizo que el general torciera el gesto.

—No pretenderá sugerir que Darklighter posee el mismo control de la Fuerza del que dispone el comandante Skywalker.

—No soy un experto en ese tema, señor, pero lo que sí sé es que Gavin tiene tanto valor y entusiasmo como Luke. —Wedge se volvió hacia el mon calamariano—. Gavin tenía un primo, Biggs, que estuvo con Luke y conmigo en la trinchera de Yavin. Biggs se quedó con Luke cuando me ordenaron que me retirase, y murió en Yavin. Gavin vino a verme y me dijo que quería unirse a mi escuadrón.

—Lo que el comandante Antilles no le está diciendo, almirante, es que Gavin Darklighter sólo tiene dieciséis años. Es un niño.

—Pues viéndole nadie lo adivinaría.

Un tenue estremecimiento recorrió las espinas faciales de Ackbar.

—Discúlpenme, caballeros, pero determinar la edad de un ser humano basándose en pistas visuales es una habilidad que nunca he conseguido llegar a dominar. Aun así, creo haber entendido al general Salm. Darklighter es francamente joven, ¿no?

—¿Está sugiriendo el almirante que alguien, en algún lugar situado dentro de los confines de la Alianza, no querrá aceptar a Gavin cuando necesitemos meter a un piloto dentro de la cabina de un ala-X? Creo que el comandante Varth estaría encantado de tenerle a bordo.

—Quizá, comandante Antilles, pero Varth tiene mucho más éxito a la hora de mantener con vida a sus pilotos que usted. —La calma con que habló Ackbar impidió que la observación se convirtiera en un hiriente reproche, pero por muy poco—. Y sí, ya sé que el comandante Varth nunca ha tenido que enfrentarse a una Estrella de la Muerte.

El líder del Escuadrón Rebelde frunció el ceño.

—Señor, Gavin vino a verme porque Biggs y yo éramos amigos. Creo que tengo la obligación de ayudarle en todo lo que pueda. Incluso el general Salm estará de acuerdo en que las puntuaciones que Gavin ha obtenido en las pruebas son magníficas: dentro de tres días se enfrentará al escenario del *Redención*, y espero que la puntuación que obtenga en esa prueba no tenga nada que envidiar a la de las anteriores. Quiero que Gavin forme pareja con Shiel, el shistavaniano. Pienso que pueden llegar a ser un buen equipo. —Extendió las manos—. Gavin está totalmente solo en el mundo y busca un nuevo hogar. Permítanme incluirlo en el Escuadrón Rebelde.

Ackbar miró a Salm.

—Dejando aparte ese nebuloso problema de la edad, ¿tiene algún motivo para oponerse a esta elección?

Salm miró a Wedge y acabó inclinando la cabeza.

—En este caso, y si Darklighter obtiene una buena puntuación en su prueba del *Redención*, no veo por qué no podemos permitir que el comandante Antilles se salga con la suya.

«Esto quiere decir que mi elección para el puesto de OE se va a encontrar con la máxima oposición posible… que era justamente lo que me esperaba».

—Muchísimas gracias, general.

La boca de Ackbar se abrió en la imitación mon calamariana de una sonrisa.

—Me parece que ha conseguido imitar a la perfección el grado de sarcasmo habitual en el general Solo.

—Lo siento, señor. —Wedge sonrió, y después unió las manos detrás de su espalda—. También me gustaría poder albergar la esperanza de que el general acabe permitiéndome elegir a mi propio oficial ejecutivo.

El almirante miró a su comandante de cazas estelares.

—¿Quién ocupa esa posición actualmente?

—La capitana Aril Nunb. Es la hermana de Nien Nunb, uno de los otros héroes de Endor. Sus capacidades de pilotaje son tan elevadas como las de su hermano, y trabajó durante mucho tiempo con él en sus días de contrabandista. Sullusta nos está proporcionando ayuda, y no cabe duda de que tenerla en el Escuadrón Rebelde incrementaría el nivel de ayuda del gobierno de SoroSuub.

—¿Tiene algo que decir en contra de esa evaluación?

Wedge meneó la cabeza.

—No, señor.

—¿Y entonces cuál es el problema?

—Aril Nunb es una piloto maravillosa, almirante, y me encantaría tenerla en mi escuadrón, pero no como mi OE. Para ocupar ese puesto necesito a alguien que pueda ayudar a adiestrar a mis pilotos. Lo que hace Aril y lo que hace su hermano es… Bueno, para ellos se trata de algo intuitivo, y no pueden enseñárselo a otros pilotos. Como mi OE, se sentiría frustrada y mis pilotos se sentirían frustrados, y yo tendría que enfrentarme a un auténtico caos.

—¿Y ha pensado en otro candidato?

—Sí, señor. —Wedge miró al general Salm y se preparó para soportar su reacción—. Quiero a Tycho Celchu.

—¡Desde luego que no! —La explosión que Wedge había esperado de Salm no le desilusionó—. Almirante Ackbar, no permitiré bajo ninguna circunstancia que Celchu pueda acercarse a un escuadrón en activo. El mero hecho de que no esté en la cárcel no me impulsa a desear tenerlo bajo mi mando.

—¡La cárcel! —Wedge se había quedado boquiabierto—. Ese hombre no ha hecho nada que merezca ser castigado con el encarcelamiento.

—No se puede confiar en él.

—Pues yo creo que sí.

—Vamos, Antilles… ya sabe por qué clase de experiencias ha pasado, ¿no?

—Lo que sé es que Tycho Celchu es un héroe, y que sus heroicidades están muy por encima de cuanto pueda haber hecho yo. En Hoth luchó como un demonio, y en Endor pilotó un ala-A de tal manera que consiguió que toda una escuadrilla de cazas TIE perdiera su tiempo persiguiéndolo a través de la Estrella de la Muerte. Los mantuvo alejados de nosotros cuando Lando y yo pasamos al ataque y volamos el reactor de la instalación. Combatió en Bakura y después tomó parte en misiones subsiguientes con el escuadrón, y luego se ofreció voluntario… y se ofreció voluntario, general, para pilotar

un caza TIE capturado e ir a Coruscant en una misión secreta. Fue capturado. Escapó. Eso es todo.

—Eso es todo lo que usted quiere ver, Antilles.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted dice que Celchu escapó. —El rostro de Salm se endureció hasta convenirse en una máscara de acero—. Bien, quizá le dejaron marchar.

—Oh, claro. Igual que hicieron en Endor, ¿no? —Wedge torció el gesto, haciendo un terrible esfuerzo para controlar la ira que sentía crecer en su interior—. Está peleando con fantasmas, general.

Salm inclinó la cabeza en un lacónico asentimiento.

—Tiene razón. ¿Y sabe por qué lo hago? Porque quiero evitar que usted y sus pilotos acaben convertidos en fantasmas.

—Bien, pues yo también quiero evitar que eso llegue a ocurrir, y tener a Tycho con nosotros para que adiestre a mis pilotos les proporcionará las máximas posibilidades de supervivencia.

Salm alzó las manos hacia el techo, visiblemente disgustado, y miró al almirante Ackbar.

—¿Lo ve, almirante? Se niega a atender a razones. Sabe que el capitán Celchu es una amenaza, pero prefiere cerrar los ojos ante la realidad.

—Prestaré oídos a cualquier razón en cuanto vea el producto de un poco de razonamiento, señor.

Ackbar alzó las manos.

—Caballeros, por favor… Comandante Antilles, debe admitir que los temores del general Salm tienen su parte de validez. Si hubiese alguna forma de disiparlos, quizá podríamos llegar a un acuerdo.

—Ya había pensado en eso, señor, y he hablado del tema con el capitán Celchu. —Wedge empezó a contar puntos con los dedos—. Tycho ha accedido a pilotar un Cazador de Cabezas Z-95 en nuestros ejercicios de adiestramiento, con la potencia del sistema láser reducida hasta tal punto que sólo puedan pintar un objetivo, no dañarlo. También ha accedido a permitir que se instale un artefacto destructor en el caza estelar, de tal manera que si pretende embestir algo o sale de las rutas espaciales que le hayan sido asignadas, pueda ser destruido mediante un control remoto. Cuando no esté volando, también ha aceptado permanecer bajo arresto domiciliario a menos que vaya acompañado por agentes de seguridad de la Alianza o miembros del escuadrón. También ha accedido a someterse a interrogatorios cuando sea necesario, a dejar examinar toda su correspondencia y archivos de ordenador e, incluso, a que escojamos lo que come y el cuándo y dónde lo come.

Salm dio un paso hacia adelante y se detuvo entre Wedge y el almirante de Mon Calamari.

—Todo esto está muy bien, e incluso podría resultar efectivo, pero no podemos permitirnos el lujo de correr semejante riesgo.

Ackbar parpadeó lentamente.

—¿Y el capitán Celchu ha aceptado esas condiciones?

Wedge asintió.

—Celchu no se diferencia en nada de usted, almirante: también es un guerrero. Lo que sabe y lo que puede enseñar ayudará a mantener con vida a los pilotos. El general Salm nunca permitirá que vuelva a participar en un combate, naturalmente.

—Eso puede grabado en transpariacero.

—Lo cual significa que desempeñar las funciones de instructor es su única forma de contribuir al esfuerzo bélico. Tienen que darle esa oportunidad.

Ackbar activó el pequeño comunicador adherido al cuello de su uniforme.

—Teniente Filla, tenga la bondad de localizar al capitán Celchu y acompáñelo hasta mi despacho. —El mon calamariano alzó la mirada hacia Wedge—. ¿Dónde se encuentra ahora?

Wedge clavó los ojos en el escritorio.

—Debería estar en el complejo de simuladores.

—¿Dónde dice que está? —exclamó Salm, mientras su rostro se volvía de color púrpura.

—Le encontrará en el complejo de simuladores, teniente. Tráigalo aquí inmediatamente. —Ackbar desactivó el comunicador—. ¿El complejo de simuladores?

—Horn tenía que pasar por el escenario del *Redención*. Hay muy pocos pilotos que sepan manejar un TIE tan bien como Tycho, por lo que decidí enfrentarlo a Horn.

Los surcos labiales de Ackbar temblaron.

—Me parece que ya se ha tomado ciertas libertades en lo que concierne al capitán Celchu, comandante.

—Sí, señor, pero no he hecho nada que no fuese estrictamente necesario para conseguir que mis pilotos lleguen a saber volar lo mejor posible. Creo que estoy siendo bastante prudente en todo lo que respecta a este asunto.

—¡El curso de acción más prudente, comandante, y eso suponiendo que quisiera proteger al resto de candidatos y no únicamente a los suyos, hubiese sido el de mantener alejado al capitán Celchu de las instalaciones de los simuladores! —Salm cruzó los brazos sobre el pecho—. Quizá sea un héroe de la Nueva República, pero eso no le autoriza a poner en peligro nuestra seguridad.

«Sí, puede que el hacer volar a Tycho hoy haya sido un poquito prematuro…».

—Procuraré no olvidarlo en el futuro, señor —dijo después, bajando la mirada en una actitud de penitente.

Ackbar rompió el incómodo silencio cargado de tensión que siguió a las palabras de Wedge.

—Lo hecho hecho está. Utilizar al capitán Celchu en el escenario habrá aumentado enormemente su grado de dificultad, ¿no?

Wedge asintió, sin poder evitar que una tenue sonrisa volviera a infiltrarse en sus labios.

—Sí, señor… y eso es justo lo que yo quería conseguir. Horn es realmente bueno, y el trío de pilotos que le han ayudado durante el ejercicio también es bastante bueno. En conjunto, Horn o Bror Jace, el thyferrano, son los mejores pilotos de todo el grupo. Jace es arrogante, lo cual pone muy furioso a Horn y le impulsa a dar el máximo de sí mismo. Horn, por su parte, es impaciente. Eso puede acabar matándole, y la única forma de conseguir que lo entienda es haciendo que alguien le liquide durante los ejercicios. Tycho es capaz de acabar con él.

La puerta del despacho de Ackbar se abrió y una oficial rebelde acompañada por un piloto vestido con un traje de vuelo negro cruzó el umbral.

—El capitán Celchu, almirante.

Tycho se puso firmes.

—Me presento tal como se me ha ordenado, señor.

—Descanse, señor Celchu.

Wedge le dirigió una sonrisa tranquilizadora a Tycho, que era un poco más alto que él.

El almirante se levantó de su sillón.

—Puede irse, teniente. —El mon calamariano esperó a que la puerta se hubiese cerrado detrás de su ayudante, y después señaló a Wedge con una inclinación de la cabeza—. Capitán Celchu, el comandante Antilles me ha dicho que usted ha aceptado un número notablemente elevado de restricciones referentes a su persona y sus actividades. ¿Es cierto eso?

Tycho asintió.

—Sí, señor, lo es.

—¿Es consciente de que pilotará una bomba indefensa, y que carecerá de libertad y de intimidad?

—Sí, señor.

El mon calamariano cerró la boca durante un momento y después contempló en silencio al piloto de ojos azules.

—No se le tratará mejor de lo que se me trataba a mí cuando fui esclavo del Gran Moff Tarkin. De hecho, se le tratará todavía peor, porque el general Salm, aquí presente, cree que usted constituye una amenaza para la Nueva República. ¿Por qué ha aceptado semejante tratamiento?

Tycho se encogió de hombros.

—Porque es mí deber, señor. Decidí unirme a la Rebelión. Escogí helarme en Hoth. Seguí órdenes y ataqué una Estrella de la Muerte. Me ofrecí voluntario para la misión que me metió en todos aquellos líos. Hice todas esas cosas porque eran lo que había aceptado hacer cuando me uní a los rebeldes. —Bajó la mirada—. Además, incluso lo peor que ustedes puedan llegar a hacerme siempre será preferible a la cautividad imperial.

Salm, el sudor reluciendo en su calva cabeza, señaló a Tycho con un dedo.

—Todo esto es muy noble, almirante, pero ¿acaso esperaríamos algo menos de alguien en su posición?

—No, general, y tampoco esperaríamos menos de un noble hijo de Alderaan. —El mon calamariano cogió el cuaderno de datos que había encima de su escritorio—. Voy a firmar unas órdenes para que el capitán Celchu sea nombrado Oficial Ejecutivo del Escuadrón Rebelde, y para que Gavin Darklighter entre a formar parte de él.

Wedge vio ensombrecerse la expresión de Salm, por lo que reprimió la sonrisa que estaba a punto de acudir a sus labios. Aun así, no pudo evitar guiñarle el ojo a Tycho. «Dos vuelos, dos victorias…».

Ackbar echó un vistazo a la pantalla de su cuaderno de datos y después volvió a levantar la mirada hacia ellos.

—Comandante Antilles, espero ser informado acerca de cualquier irregularidad o problema relacionado con su unidad o su personal.

Un androide de protocolo militar M-3PO ha sido asignado a su despacho para ayudarle a redactar los informes. Utilícelo.

El corelliano puso los ojos en blanco.

—Como desee, señor, pero pienso que ese androide podría ser más útil en otros lugares.

—Estoy seguro de que eso es exactamente lo que piensa, comandante, pero ese tipo de decisiones son tomadas por aquellos de nosotros que no hemos rechazado una y otra vez los ascensos.

Wedge alzó las manos.

—Sí, señor.

«Me rindo, almirante —pensó—, pero no ha conseguido engañarme. Le gusta tomar parte en las batallas tanto como a mí, pero usted trabaja con los grandes navíos mientras que yo prefiero las naves veloces».

—Excelente. Me alegro de que nos entendamos el uno al otro. —Ackbar señaló la puerta con una inclinación de la cabeza—. Pueden irse. Supongo que los dos tendrán cosas que celebrar.

—Sí, señor.

—Un último asunto…

Wedge alzó los ojos y vio que Tycho giraba sobre sus talones para mirar al almirante.

—¿Señor? —preguntaron los dos a coro.

—¿Qué opinión le han merecido los pilotos que pasaron por el escenario del *Redención*?

Wedge miró a su OE.

—¿Consiguió acabar con Horn?

Tycho se ruborizó.

—Oh, logré darle… pero no conseguí dejarle tan acabado como me hubiese gustado. Almirante —añadió, sonriendo orgullosamente—, si los pilotos contra los que he volado pueden considerarse representativos del resto de las personas con las que tendré que trabajar, entonces el Escuadrón Rebelde debería estar en condiciones de operar dentro de un par de meses… y no tardará mucho más en convertirse en el azote del Imperio.

3

Kirtan Loor estaba internando evitar que una sonrisita de satisfacción echara a perder la expresión ceñuda e impasible que tanto se había esforzado por conseguir. Quería tener un aspecto implacable y, además, necesitaba serlo.

Temía que fracasaría en ambos aspectos, pero le echaba la culpa a su impaciencia por enfrentarse con una vieja némesis a la que por fin se le había hecho morder el polvo. Lo que había sido una mancha en su historial no tardaría en desaparecer. Y, lo que era todavía más importante, quienes se rieron de él y le ridiculizaron descubrirían que le habían subestimado… y que al hacerlo habían causado su propia perdición.

Kirtan mantuvo la cabeza erguida mientras avanzaba por el pasillo del *Incontenible*. El crucero ligero no había sido construido pensando en gente de su altura, por lo que sintió cómo sus negros cabellos rozaban el techo. Un hombre más cauteloso hubiese encorvado ligeramente los hombros para disminuir las probabilidades de golpearse la cabeza con el soporte de un mamparo o un iluminador. Kirtan, al que en una ocasión le habían dicho que parecía un Gran Moff Tarkin más alto y más joven que el original —sin que le faltara ninguno de los detalles de su modelo, desde la frente crecientemente despejada hasta la delgadez, pasando por las facciones muy marcadas en un rostro de esbeltez casi cadavérica—, siempre hacía cuanto podía para subrayar el parecido.

Tarkin ya llevaba casi siete años muerto, pero el parecido aún le proporcionaba una cierta medida de respeto a Kirtan. En un navío imperial, el respeto no era algo que un oficial de inteligencia tuviera muchas ocasiones de acumular, por lo que Kirtan intentaba hacerse con las máximas reservas posibles. El brazo militar del Imperio nunca había digerido demasiado bien que el gobierno estuviera siendo dirigido por la antigua supervisora de los servicios de inteligencia del Emperador, y la mayoría de sus integrantes descargaban su disgusto sobre sus sirvientes de menor rango.

Kirtan inclinó la cabeza y entró en la antecámara del bloque de celdas del *Incontenible*.

—He venido a entrevistar al prisionero que se llevaron del *Viento Estelar*.

El teniente de guardia echó un vistazo a su cuaderno de datos.

—Acaba de volver de los servicios médicos.

—Lo sé. He visto el informe. —Kirtan lanzó una rápida mirada a la compuerta que los separaba de las celdas—. ¿Se le ha dicho algo al prisionero sobre los resultados de los exámenes?

El rostro del teniente se oscureció.

—No se me ha dicho absolutamente nada sobre los resultados. Si el prisionero padece alguna clase de enfermedad, quiero que se vaya de aquí antes de que infecte a…

El oficial de inteligencia alzó una mano.

—Cálmese, ¿quiere? Si continúa así, conseguirá que su cilindro de rango salga volando de su bolsillo en cualquier momento.

El teniente levantó una mano para examinar sus tiras e insignias de rango, y se sonrojó al descubrir que todas seguían en su sitio.

—Guarde sus pequeños juegos para la escoria rebelde, ¿de acuerdo? Tengo cosas muy importantes que hacer.

—Por supuesto, teniente. —Kirtan le dirigió una sonrisa más propia de un depredador que de un camarada, y después se volvió hacia las celdas—. ¿En cuál está?

—En la número tres. Espere aquí mientras le proporciono una escolta.

—No voy a necesitarla.

—Eso es lo que usted cree, pero el prisionero tiene un índice de cuatro en la Escala de Hostilidad. Ese índice significa que cualquiera que desee interrogarle deberá ir acompañado por dos oficiales.

Kirtan meneó lentamente la cabeza.

—Lo sé. Yo le adjudiqué ese índice, y puedo manejarle.

—Acuérdese de eso cuando esté metido dentro de un tanque bacta intentando quitarse sus huellas dactilares de encima.

—Lo recordaré, teniente.

Kirtan entrelazó las manos a su espalda y echó a andar por la pasarela hexagonal. Sus negras botas crearon un rítmico canturreo sobre la estructura metálica, y Kirtan calculó meticulosamente sus pasos para conseguir que el sonido resultara lo más regular e impresionante posible.

La entrada de la celda número tres se abrió con un siseo de gases presurizados. Una claridad amarillenta se esparció por el pasillo y Kirtan tuvo que doblarse por la cintura para poder pasar por la abertura. Una vez dentro de la celda, se incorporó. Entrecerró los ojos, pero enseguida cambió de parecer. «Siempre me han dicho que cuando hago eso parece como si me doliera algo…».

El prisionero, corpulento y mayor que él, sacó las piernas de la litera y se incorporó hasta quedar sentado.

—Kirtan Loor… Ya me imaginaba que serías tú.

—¿De veras? —Kirtan inyectó sarcasmo en la voz para ocultar su sorpresa—. ¿Cómo has podido imaginártelo?

El prisionero se encogió de hombros.

—De hecho, confiaba en que serías tú.

«¿Qué…?». El oficial de inteligencia soltó un resoplido.

—Lo que quieres decir es que sólo yo podía ser capaz de averiguar tu paradero.

—No. Lo que quiero decir es que sabía que incluso tú serías capaz de encontrar una forma de dar conmigo.

Kirtan no pudo evitar retroceder de manera casi imperceptible ante el veneno que había en la voz del prisionero, y su nuca chocó con el dintel de la entrada. «Ésta no es la forma en que se suponía que debían ir las cosas». Entrecerró los ojos y bajó la mirada hacia el prisionero.

—Vas a morir, Gil Bastra.

—Es exactamente lo que pensé en cuanto vuestros cazas TIE empezaron a disparar.

Kirtan se cruzó de brazos.

—No entiendes hasta qué punto es desesperada tu situación. Pensaste que habías sido más listo que yo y que el Imperio, ¿verdad? Fuiste muy cauteloso, pero no lo suficiente. En estos mismos instantes estás muriendo.

Un fruncimiento de ceño unió las abundantes cejas grises de Bastra.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando capturamos el *Viento Estelar* ordené que se te sometiera a una evaluación médica. Quizá hayas olvidado que siempre recuerdo lo que he visto y oído, y al hacerlo también has olvidado cómo te burlaste de mí por haber utilizado el skirtopanol para interrogar a un contrabandista que estaba colaborando con la Rebelión. Entonces me dijiste que el contrabandista murió durante el interrogatorio porque Billey, su jefe, hacía que su gente se administrara dosis de lotiramina. Esa sustancia metaboliza la droga de interrogatorio y puede inducir amnesia química o, en algunos casos, la muerte. Bien, Bastra… —añadió, curvando los labios en una sonrisa helada—. Los resultados del examen médico muestran que hay niveles bastante elevados de lotiramina en tu sangre.

—Pues entonces supongo que tendrás que matarme a la manera antigua. —Bastra sonrió, y la blancura de sus dientes destelló en su rostro curtido y cubierto por una barba de varios días—. Dado que Vader era el último Jedi, supongo que incluso tendrás que ensuciarte las manos para hacerlo.

—Lo dudo.

—Nunca llegaste a derramar ni una sola gota de sudor haciendo algún trabajo en Corellia, ¿verdad, Loor? —Bastra se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en el mamparo—. Creo que no habrías encajado ni aunque te hubieras esforzado por conseguirlo. Siempre fuiste tu peor enemigo.

—No había nacido para encajar. Tú pertenecías a la seguridad corelliana, y yo era un agente de la inteligencia imperial asignado a tu departamento. —Kirtan se obligó a calmarse y relajó los puños. Después se llevó las manos a los costados y tiró de los extremos de su guerrera negra—. Y ahora eres tu peor enemigo, porque padeces blastonecrosis acelerada.

—¿Qué? Estás mintiendo.

—No, no estoy mintiendo. —Kírtan permitió que un poco de piedad se infiltrara en su voz—. La lotiramina resulta altamente efectiva a la hora de ocultar las enzimas indicadoras de la enfermedad. Aquí, en esta nave, disponemos de unas instalaciones médicas muy superiores a cualquiera de las que puedas encontrar entre los rebeldes. Eso nos permitió detectar la presencia de las enzimas.

Los hombros de Gil Bastra se encorvaron y su cabeza canosa se inclinó. Sus manos se entrelazaron encima de su abultado estómago.

—La fatiga, la pérdida del apetito… Pensaba que sólo me estaba haciendo viejo.

—Así es, y además te estás muriendo. —El oficial de inteligencia se acarició distraídamente el puntiagudo mentón con una mano de largos dedos—. Respecto al

primer problema no puedo hacer nada, pero siempre hay formas de curar la blastonecrosis.

—¿Y lo único que he de hacer para ser curado es entregar a mis amigos?

Kirtan bajó la mirada hacia la silueta gris del hombre inclinado delante de él, y se sintió momentáneamente invadido por los molestos recuerdos de cómo había temido el juicio que Gil Bastra pudiera llegar a emitir sobre él y sobre su trabajo. Bastra no había sido su supervisor directo, pero se encargaba de asignar a los oficiales para que trabajaran con el servicio de inteligencia, y la falta de respeto de Rastra se había reflejado claramente en el personal enviado a trabajar con Kirtan. Cada vez que Kirtan creyó controlar la situación y empezó a sentirse superior, Bastra siempre había conseguido encontrar alguna forma de obligarle a fracasar y dejarle en ridículo.

«¿Es ésta otra de esas veces?». Kirtan expulsó esos pensamientos de su cabeza y asintió lentamente.

—Todavía dispones de más energías y recursos para luchar de lo que quieres hacerme creer. Sé que creaste las nuevas identidades para tus aliados, y que además hiciste un trabajo magnífico. De hecho, sólo cometiste errores en lo referente a tu propia cobertura. Aun así, sabia que te harías con un carguero y te dedicarías a recorrer la galaxia, porque eso era lo que realmente querías hacer. Ya eras demasiado viejo para cambiar tu forma de vida y convertirla en algo totalmente distinto y ajeno que te permitiera no ser detectado. Decidiste correr el riesgo, y has perdido.

La cabeza de Bastra se fue irguiendo poco a poco. Bastra vio que el viejo fuego aún ardía en sus ojos azules.

—No te daré nada.

—Oh, por supuesto. Ya sé que no lo harás. —El oficial de inteligencia dejó escapar una risita—. Pero olvidas que aprendí el arte de interrogar de varios grandes expertos, tú entre ellos. Te sacaré alguna información. Cuando lo haga, y sé que tarde o temprano lo haré, Corran Horn, Iella Wessiri y su esposo serán míos. Es inevitable.

—Estás sobrestimando tus habilidades, y subestimas las mías.

—¿De veras? No lo creo. Te conozco lo suficientemente bien para saber que sólo cederás bajo una presión extrema. Puedo llevarte hasta los límites de tu resistencia y lo haré, y luego puedo sumergirte en un tanque bacta hasta que estés listo para seguir siendo interrogado. —Kirtan juntó las manos—. Pero no eres más que un eslabón de la cadena que me proporcionará a los demás. Corran Horn es demasiado impulsivo y cambiante para dejarse atrapar por cualquier papel que hayas creado para él, y además sé que ese papel ha tenido que resultarle terriblemente restrictivo.

Un prolongado suspiro hizo temblar el pecho de Bastra.

—¿Y cómo sabes eso?

Kirtan se golpeó suavemente la sien con la punta de un dedo.

—¿Acaso piensas que he olvidado vuestra terrible discusión? Decidiste protegerle porque su padre había sido tu socio cuando empezaste, pero eres un hombre vengativo, Gil Bastra. Sea cual sea el papel que hayas creado para Corran, estoy seguro de que le

oprimirá a cada día que pase… meramente para recordarle que le debe la vida a un hombre al cual odiaba.

La grasa onduló debajo del mono de vuelo gris del prisionero cuando éste se echó a reír.

—Me conoces muy bien.

—Desde luego.

—Pero no lo suficiente —dijo Bastra, obsequiándole con una sonrisa que era toda dientes y desafío—. Soy vengativo… lo bastante para tirar de los hilos de tal forma que un oficial de inteligencia caído en desgracia tuviera que pasarse el resto de su carrera corriendo de un lado a otro de la galaxia en un intento de capturar a tres personas con las que había trabajado en el pasado. Estoy hablando de tres personas que habían escapado de su pico curvado, y que pudieron escapar porque ese oficial siempre tenía la nariz tan estirada hacia el cielo que era incapaz de darse cuenta incluso de los errores más obvios que cometían esas personas.

Kirtan utilizó el desdén para ocultar su sorpresa.

—Te he atrapado, ¿no?

—Y has necesitado casi dos años para hacerlo. ¿Nunca te has preguntado por qué? ¿Nunca te has preguntado por qué siempre aparecía una nueva pista justo cuando estabas a punto de darte por vencido? —Bastra se levantó. Aunque el prisionero era casi treinta centímetros más bajo que Kirtan, el oficial de inteligencia se sintió extrañamente empequeñecido por su presencia—. Quería que fueras detrás de mí. Cada segundo que dedicabas a seguir mi rastro y cada momento en el que yo parecía más fácil de atrapar que los demás me convenían, porque sabía que te dedicarías a ir detrás de mí. Y mientras me estuvieras persiguiendo, no perseguirías a los demás.

Kirtan dirigió un dedo tembloroso hacia el rostro del prisionero.

—Eso no importa, porque se te puede aplastar… y se te aplastará. Te arrancaré todo lo que necesito para encontrar a los demás.

—Te equivocas, Kirtan. Soy un agujero negro que está atrayendo a tu carrera hacía su corazón. —Bastra volvió a sentarse en la litera.

—Acuérdate de eso cuando haya muerto, porque me pasaré toda la eternidad riéndome de ti.

«Esto no puede continuar. ¡No voy a consentir que siga humillándome durante más tiempo!».

—Me acordaré de tus palabras, Gil Bastra, pero tardarás mucho tiempo en poder reír. La única eternidad que conocerás será tu interrogatorio… y te garantizo, y te lo garantizo personalmente, que irás a tu tumba habiendo traicionado a aquellos que confiaban ciegamente en ti.

4

Corran hizo un vano intento de pillar al vuelo la llave hidráulica con la mano derecha cuando la herramienta cayó de la cubierta del motor de estribor del ala-X. Las yemas de sus dedos rozaron el extremo del mango de la llave hidráulica, haciendo que saliera despedida hacia la cubierta de ferrocreto del hangar. Medio segundo después, cuando su rodilla derecha resbaló de repente y le hizo perder el equilibrio, Corran comprendió que no haber logrado coger la herramienta era el menos grave de sus problemas. Intentó meter la mano izquierda en el hueco del compartimiento motriz abierto, pero tampoco lo consiguió, y su fracaso le dejó condenado a precipitarse al vacío, con la cabeza por delante, en pos de la llave hidráulica.

Todavía estaba intentando prepararse para la agonía de dolor causada por un cráneo fracturado cuando se sorprendió al sentir cómo un estallido de dolor florecía en el otro extremo de su cuerpo. Antes de que pudiera entender qué había ocurrido, su todavía convulsa mano izquierda consiguió agarrarse a la capota que no había encontrado antes, abortando así su larga caída al suelo. Corran volvió a izarse a lo alto del estabilizador-S y se quedó acostado sobre el estómago durante unos momentos, considerándose muy afortunado.

Las reprimendas de Silbador fueron ganando volumen a medida que el dolor se iba disipando en el trasero de Corran. El joven corelliano pasó la mano por encima de su nalga izquierda y detectó la presencia de un pequeño desgarrón en su traje de vuelo, y el descubrimiento hizo que se echara a reír.

Sí, Silbador, he tenido mucha suerte de que hayas reaccionado lo suficientemente deprisa para cogerme. Pero ¿crees que la próxima vez tu pinza podría arreglárselas para pillar un poco menos de mi persona y un poco más de mi traje de vuelo?

Silbador se apresuró a emitir una estridente réplica que Corran prefirió ignorar.

El piloto giró sobre su trasero, sintiendo sólo una pequeña punzada al hacerlo.

—Bueno, ¿sigo necesitando la herramienta o ha bastado con el último ajuste?

La voz electrónica del androide pasó de los agudos a los graves en una excelente imitación de un suspiro.

—No, está muy claro que sigo necesitándola. —Corran frunció el ceño.

—Tendrías que haber cogido la llave en vez de cogerme a mí, Silbador. Yo puedo volver a trepar hasta aquí arriba sin ayuda, pero ella no.

Mientras pronunciaba esas palabras y empezaba a deslizarse hacia el borde delantero del estabilizador-S, Corran cayó en la cuenta de que no había oído cómo la llave hidráulica chocaba con el suelo. «Qué extraño…».

Un instante después asomó la cabeza por encima del borde del ala y vio a una sonriente mujer de cabellos castaños que estaba alzando la llave hidráulica hacia él.

—Es tuya, ¿verdad?

Corran asintió.

—Sí. Gracias.

La mujer le pasó la llave hidráulica, y después subió a la carretilla que Corran había utilizado antes para encaramarse a lo alto del estabilizador-S.

—¿Necesitas ayuda?

—No. A pesar de lo que pueda decir el androide, ya casi he conseguido arreglarlo.

—Oh. —La mujer extendió la mano hacia él—. Me llamo Lujayne Forge.

—Lo sé. Te he visto por aquí.

—Has hecho algo más que eso. Pilotaste uno de los incautos a los que tuve que enfrentarme en el escenario del *Redención*. —Apoyó su esbelto cuerpo en el flanco del caza, intersectando las letras de colores verde y blanco que indicaban que el ala-X era propiedad de la Fuerza de Seguridad de Corellia—. Dejaste fuera de combate al *Korolev*.

Corran cerró el receptor de la llave hidráulica sobre el remache primario de ajuste del extractor centrífugo de residuos y la empujó hacia la izquierda.

—Eso fue pura suerte. Nawara Ven ya había derribado los escudos con sus cohetes. El mérito fue más suyo que mío. Aun así, lo hiciste bastante bien.

Los ojos castaños de Lujayne se entrecerraron de manera casi imperceptible.

—Sí, me imagino que sí. Pero de todas maneras me gustaría hacerte una pregunta.

Corran se irguió.

—Adelante.

—Tu manera de perseguirme con ese bombardero… ¿Lo hiciste meramente como parte del ejercicio, o había algo más en ello?

—¿Algo más?

Lujayne pareció titubear, y acabó asintiendo.

—Verás, me estaba preguntando si habías decidido acabar conmigo como fuese meramente porque soy de Kessel…

Corran parpadeó, muy sorprendido.

Lujayne se rió y después golpeó suavemente la insignia de la Fuerza de Seguridad Corelliana con un nudillo.

—Estuviste con ellos, y enviaste gente a Kessel. En lo que a ti concierne, en Kessel sólo había prisioneros o contrabandistas que deberían haber estado prisioneros. Y cuando los prisioneros y los contrabandistas liberaron el planeta de la tiranía de los imperiales, entonces… bueno, a tus ojos eso no cambió nada, ¿verdad?

Corran depositó la llave hidráulica en un lugar seguro y alzó las manos.

—Eh, un momento… Estás llegando a un montón de conclusiones de una forma demasiado apresurada.

—Quizá. Pero dime una cosa, Corran. ¿Sabías que soy de Kessel o lo ignorabas?

—Bueno, lo sabía.

—Y ahora dime que eso no tiene absolutamente ninguna importancia para ti.

—No la tiene, de veras.

—Oh, apuesto a que no.

La decidida tensión de su mandíbula y la forma en que cruzó los brazos delante del pecho indicaron a Corran que no le creía. Había una considerable cantidad de ira en sus

palabras, pero también un poco de dolor y pena. Corran podía enfrentarse a la primera emoción, porque cuando se movía por esos ambientes no había conocido a ningún contrabandista o criminal que no estuviese lleno de ira. Pero el dolor y la pena no resultaban tan usuales, e hicieron que Corran se sintiera bastante incómodo.

—¿Qué te impulsa a pensar que el que procedas de Kessel hace que te considere como una especie de enemiga?

—La forma en que te estás comportando. —La expresión de Lujayne se suavizó un poco y una parte de la ira desapareció de ella, pero eso sólo sirvió para permitir que una fracción todavía mayor de preocupación y pena se hiciera repentinamente perceptible en sus palabras—. Tiendes a mantenerte alejado de los demás. No estableces ninguna clase de relaciones con el resto de nosotros… dejando aparte un pequeño círculo de pilotos a los que consideras tan buenos como tú. Siempre estás observando y escuchando, y siempre estás evaluando y juzgando. No soy la única que se ha dado cuenta de ello, porque otros también lo han notado.

—Forge… Lujayne, me parece que estás haciendo metros de lo que apenas son unos cuantos micrones.

—No lo creo, y no quiero ser juzgada por cosas sobre las que no poseo ningún grado de control. —Su mentón se alzó, y sus ojos destellaron con un repentino apasionamiento—. Mi padre se ofreció voluntario para ir a Kessel formando parte de un programa de la Antigua República que enseñaba a los prisioneros cómo volver a funcionar dentro de la sociedad en cuanto los hubieran puesto en libertad. Mi madre era una de sus alumnas. Se enamoraron y mi padre se quedó en Kessel: siguen viviendo ahí, junto con la mayoría de mis hermanos y hermanas. Los dos son buenas personas y su programa con los prisioneros fue concebido para facilitar tu trabajo haciendo que los criminales adquiriesen otras capacidades, de tal forma que no tuvieran que volver al crimen una vez hubieran quedado en libertad.

Corran suspiró, y sus hombros se encorvaron.

—Eso me parece magnífico. De veras, es lo que pienso… Ojala hubiera miles de personas como tus padres haciendo esa clase de trabajo. Pero aunque hubiera sabido todo eso, habría seguido queriendo acabar contigo durante el ejercicio.

—Oh. Así que el que yo venga de Kessel no tuvo nada que ver con ello, ¿verdad?

Corran estuvo a punto de responder a su pregunta con una negativa automática, pero se contuvo y resultó evidente que Lujayne percibió su vacilación.

—Quizá, y sólo quizá, tuvo algo que ver con mi forma de pilotar. Supongo que decidí que si eras de Kessel y podías pilotar una nave, eso quería decir que tenías que ser una contrabandista, y que era importante para mí que fuera capaz de hacerlo mejor que tú.

Lujayne asintió, pero su expresión no pasó de la preocupación al triunfo satisfecho como Corran había esperado que ocurriría.

—Lo creo, y puedo entenderlo. Pero sigue habiendo alguna cosa más, ¿no?

—Oye, si mi manera de volar impidió que hicieras un buen papel en el ejercicio… bueno, en ese caso lo siento. Pero ahora realmente no dispongo de tiempo para hablar de esto.

—¿No dispones de tiempo o no quieres hablar de ello?

Silbador dijo algo en un graznido electrónico que no podía sonar más tranquilo y despreocupado.

—No te metas en esto, ¿de acuerdo? —La frustración hizo que Corran apretara los puños—. Estás decidida a hacer una montaña de esta pequeñez, ¿verdad, Forge?

Lujayne meneó la cabeza al mismo tiempo que una sonrisa iluminaba su cara.

—Si hubieras llegado hasta este punto en un interrogatorio, ¿te darías por vencido precisamente ahora? Corran dejó escapar una carcajada que tenía bastante de bufido.

—No.

—Bien, pues entonces explícate.

A Corran no se le pasó por alto que la voz de Lujayne contenía algo más que una simple petición de que le explicara su conducta durante el escenario del *Redención*. Durante una fracción de segundo se acordó de las ocasiones en que Iella Wessiri, su compañera en la Fuerza de Seguridad, le había planteado exigencias similares. «Iella era una conciliadora. Siempre estaba intentando poner paz entre los miembros de la unidad… Eso es lo que Lujayne está intentando hacer ahora, lo cual significa que he conseguido caerle bastante mal a algunos de los pilotos que están intentando incorporarse a la unidad».

—Volviendo al ejercicio, lo único que quería era averiguar hasta qué punto sabías pilotar una nave. Ya he conseguido hacerme una idea de qué nivel pueden alcanzar algunos de los otros pilotos con respecto a mí, pero no me había enfrentado contigo. ¿Y sabes una cosa? No lo haces nada mal, Lujayne…

—Pero no soy tan buena como tú y Bror Jace.

Corran sonrió, y después intentó ocultar su reacción con un fruncimiento de ceño.

—Cierto, pero sigues siendo francamente buena. Me gustaría pensar que el resto de los pilotos serán capaces de llegar a hacerlo igual de bien. Incluso estaba dispuesto a hacer el papel de enemigo contra el joven Gimbel en su escenario del *Redención* mañana, pero Jace se ofreció voluntario antes de que yo tuviera ocasión de hacerlo.

—Se llama Gavin, Gavin Darklighter.

—Bueno, pues contra Gavin…

—¿Y no querías tener que ponerte a las órdenes de Jace?

—¿Lo querrías tú?

Lujayne sonrió.

—Pudiendo elegir, supongo que no. Después de ti, es el más frío y distante de todo el grupo.

Corran sintió una vaga incomodidad.

—Soy mucho más accesible que Jace.

—Ah, ¿sí? Pues por lo menos él se ha dignado compartir algunas horas de diversión con nosotros en el centro de descanso. Comparado contigo, Jace es un archivo de datos abierto a todo el mundo.

Corran se volvió hacia la izquierda y señaló al androide astromecánico con un dedo.

—Ni se te ocurra decir algo. Lujayne enarcó una ceja.

—Oh… Así que tu androide también cree que deberías relacionarte un poco más con la gente, ¿verdad?

Un sonido que se encontraba a medio camino entre un bufido y un gruñido surgió de la garganta de Corran, pero carecía de la potencia y la convicción suficientes para llegar a ser amenazador.

—A veces Silbador puede volverse realmente insoportable. Su gran problema es que desde que dejé la Fuerza de Seguridad me he visto metido en situaciones en las que tenía que ir con mucho cuidado. He utilizado una serie de identidades que no me permitían mostrarme muy abierto con la gente. Por ejemplo, y de eso hace muy poco tiempo, pasé más de un año como ayudante confidencial de una sucesión de oficiales imperiales altamente incompetentes que gobernaban un mundo del Borde. Un paso en falso, una grieta en mi identidad… y me hubieran descubierto. Y cuando pierdes la costumbre de confiar en las personas y de pasar un rato de diversión con ellas, entonces…

—Comprendo.

—Gracias. —Corran la obsequió con una sonrisa llena de gratitud—. Y además, ahora estoy aprendiendo un montón de cosas nuevas y he estado intentando concentrarme en el pilotaje. Eso no resulta nada fácil: hay toda una jerga nueva a la que acostumbrarse, y tipos de especies que apenas sabía existieran y con los que ahora tengo que trabajar y con los que incluso he de compartir mi espacio vital.

—Eso puede resultar difícil. Estoy compartiendo mi habitación con una rodiana.

—Pues lo siento por ti, pero apuesto a que tendrá muchas menos rarezas que mi compañero de habitación. —Un piloto gandiano acababa de entrar en el hangar, y Corran atrajo su atención con un silbido—. ¿Podrías venir aquí, Ooryl?

La carne gris verdosa del piloto contrastaba agudamente con el vivo color naranja de su traje de vuelo, y las protuberancias nudosas de su exoesqueleto creaban bultos en lugares extraños debajo de la tela mientras caminaba.

—¿Puede Ooryl ser de alguna ayuda?

—Desde que nos asignaron el mismo alojamiento ha habido algo que no acabo de entender, pero no se me había ocurrido hablar de ello contigo hasta ahora. —Corran frunció el ceño—. Espero que no te importe. Podrías tomártelo de una manera personal, y no quiero hacer que te sientas incómodo.

El gandiano se limitó a contemplarle con sus ojos multifacetados.

—Qrygg también esperaría poder evitar cualquier incomodidad, pero puedes preguntar.

Corran asintió, esforzándose para conseguir que su inclinación de cabeza resultara lo más afable posible.

—¿Por qué hablas de ti mismo usando la tercera persona verbal?

—Qrygg lamenta muchísimo no entender tu pregunta.

Lujayne sonrió.

—Lo que quiere decir es que nunca pareces referirte a tu persona usando el pronombre «yo».

—Y además alternas los nombres que usas.

Los segmentos bucales del gandiano se separaron con un chasquido en lo que Corran había acabado decidiendo era la mejor imitación de una sonrisa humana de la que era capaz un gandiano.

—Ooryl entiende.

—¿Y?

Ooryl se cruzó de brazos, y después sus tres dedos subieron y bajaron sobre las placas deltoides de su armadura en un suave repiqueteo.

—En Gand se cree que los nombres son importantes. Cualquier gandiano que no haya logrado nada es llamado gandiano. Antes de que Ooryl recibiese el nombre de Ooryl, Ooryl era conocido como gandiano. En cuanto Ooryl consiguió dejar su huella en el mundo, Ooryl recibió el apellido Qrygg. Más tarde, y a través de superar las dificultades del vuelo y la astronavegación, Ooryl se ganó el derecho a ser llamado Ooryl.

La mujer frunció el ceño.

—Eso sigue sin explicar por qué no usas los pronombres para referirte a ti mismo.

—Qrygg pide disculpas. En Gand sólo a aquellos que han conseguido grandes cosas les está permitido utilizar los pronombres para la autodesignación. El uso de los pronombres lleva consigo la presuposición de que todos los que oyen las palabras sabrán quién es el que las pronuncia, y esta presuposición sólo es cierta en aquellos casos en que quien habla ha alcanzado tal grandeza que su nombre es conocido para todos.

A Corran el sistema le pareció curioso, pero también inexplicablemente satisfactorio. «Siempre parece que quienes utilizan el pronombre “yo” con más frecuencia son aquellos que tienen menos logros para justificar ese uso. Los gandianos han formalizado un sistema que debería habérsenos ocurrido hace mucho tiempo».

—Así que Ooryl es el equivalente de Corran, y Qrygg desempeña la misma función que en mi caso le corresponde a Horn.

—Exactamente.

—¿Y entonces por qué algunas veces te refieres a ti empleando el apellido familiar, y en otras ocasiones empleas tu nombre?

El gandiano bajó la mirada durante unos momentos, y sus segmentos bucales se cerraron.

—Cuando un gandiano ha ofendido a otros, o se siente avergonzado de algunas acciones, eso disminuye los logros alcanzados en la vida. La reducción del nombre es un acto de contrición, una forma de pedir disculpas. A Ooryl le gustaría pensar que Ooryl no será llamado Qrygg con mucha frecuencia, pero Qrygg sabe que las probabilidades de que así sea son escasas.

Silbador soltó un estridente zumbido dirigido a Corran.

—La gente seguiría sabiendo que me llamo Corran aunque utilizáramos ese sistema —dijo Corran, poniendo los ojos en blanco—. Y cualquier androide que quiera conservar su nombre a estas alturas ya hubiese utilizado su pequeño programa de diagnóstico, y me habría dicho si el extractor estaba correctamente ajustado o no.

Lujayne le miró.

—¿Estás teniendo problemas con el motor?

—Nada grave. —Corran señaló el agujero—. Hace algún tiempo tuve que sustituir un extractor, y es importante mantenerlo lo mejor ajustado posible durante los primeros cincuenta parsecs.

Lujayne asintió.

—Hasta que se haya asentado correctamente en la estructura, ¿eh? Pues parece como si estuvieras trabajando en los soportes de sustentación cuando en realidad lo único que deberías hacer es colocar un espaciador en el eje.

—¿Entiendes de este tipo de reparaciones?

Lujayne se encogió de hombros.

—La reparación de deslizadores de superficie figuraba entre las capacidades profesionales que enseñaba mi padre. El T-47 utiliza prácticamente los mismos sistemas de extracción de residuos y restos para el motor. Lo que estás haciendo dará resultado, pero tendrás que seguir efectuando ajustes durante los próximos seis meses. Puedo medir un espaciador y hacer que te lo reduzcan al tamaño adecuado en cosa de media hora.

—¿De veras?

—Claro, si es que realmente quieres la ayuda.

Corran frunció el ceño.

—¿Y por qué no iba a quererla?

—Me deberías un favor, y tendrías que confiar en mí.

Confiar en alguien a quien no conocía haría que Corran se sintiera un poco incómodo, pero no hasta el extremo de que fuese incapaz de hacerlo.

—Comprendo. Pero creo que puedo confiar en ti.

—Entonces, trato hecho.

Ooryl alzó la mirada hacia Lujayne.

—¿Necesitarás un espaciador y unos calibradores láser? Ooryl los obtendrá, si así lo deseas.

—Sí, por favor.

Corran apoyó la espalda en el timón.

—Te agradezco la ayuda.

Lujayne sonrió maliciosamente.

—Espero que sigas pensando lo mismo una vez sepas en qué consiste mi favor.

—Adelante.

—Después de que hayamos reparado tu ala-X, vendrás conmigo al centro de descanso y conocerás a algunos de los otros pilotos que tienen bastantes probabilidades de entrar

en el escuadrón. A estas alturas todos nos hemos hecho una idea muy clara de la situación: Gavin todavía es una incógnita, pero Bror Jace cree que probablemente conseguirá eliminarlo de la competición. Algunos de nosotros nos encontramos en la franja inferior de lo que pensamos serán puntuaciones aceptables, pero esperamos lograrlo. Bien, el caso es que nos reunimos ahí abajo, intercambiamos historias y nos vamos conociendo los unos a los otros. Como no cabe duda de que lograrás formar parte de la unidad, deberías pasar un rato con nosotros.

Corran asintió.

—De acuerdo. Lo haré, pero ése no es el favor que te debo.

—Si prefieres verlo así…

—Desde luego. —Corran le sonrió—. Estoy en deuda contigo por algo más que el mero hecho de que me hayas echado una mano con ese motor. Pedirme que me haga amigo de unas personas a las que ya debería estar empezando a conocer no constituye un favor que te esté haciendo a ti, sino un favor que me estaré haciendo a mí mismo. Pero antes quiero dejar clara una cosa… Supongo que no tendré que aprender a llevarme bien con Bror Jace, ¿verdad?

—¿Por qué tendrías que ser el primero en conseguirlo?

—Perfecto. —Mientras Ooryl volvía con la pieza y la herramienta, Corran le guiñó el ojo a Lujayne—. Bien, vamos a dejar arreglado este motor y luego podremos tratar de averiguar si existe alguna forma de «reparar» mis relaciones con el resto del Escuadrón Rebelde.

5

Corran Horn intentó expulsar la sonrisa de sus labios cuando entró en el anfiteatro blanco utilizado para las reuniones, y un instante después vio que todos los pilotos que podían sonreír estaban absolutamente radiantes. «Ni una sola de las expresiones de nerviosismo que todos teníamos la otra noche en el centro de descanso…». El primer mensaje de los varios acumulados en su cuaderno de datos le había informado de que después del desayuno debía acudir a la primera reunión oficial del Escuadrón Rebelde. A pesar de que se trataba de la primera notificación oficial de que había conseguido entrar en el escuadrón, el mensaje no podía estar redactado en un tono más rutinario y aséptico.

Corran había estado bastante seguro de que lo conseguiría, pero pese a la tranquilizadora insistencia de los otros candidatos nunca se había permitido dar por sentado que lo lograría. En el pasado se había llevado más de una desilusión al dar por seguras demasiadas cosas. Eso había acabado llevándole a unirse a la Rebelión, desde luego, lo que en conjunto no era mala cosa, pero le había alejado considerablemente del sitio en el que se había imaginado que se encontraría durante aquella etapa de su vida.

No se había permitido el lujo de creer que lo conseguiría antes de llegar a salvar el último obstáculo, pero aun así estaba orgulloso de haber sido seleccionado para el escuadrón. Corran siempre había intentado dar lo mejor de sí mismo en todo lo que hacía. Entró en la Academia de la Fuerza de Seguridad de Corellia apenas hubo terminado la secundaria, y continuó la tradición familiar de los Horn estableciendo nuevos récords durante el proceso de adiestramiento. Una de las últimas marcas que sobrepasó había sido obtenida por su padre, Hal, veinte años antes, y a su vez Hal había superado el récord fijado por su propio padre.

«Y ahora soy un rebelde, un fuera de la ley… ¿Qué dirían mi padre y mi abuelo si me vieran? —Un extraño frío interno hizo que se le pusiera la piel de gallina—. Bueno, estoy seguro de que verme convertido en un imperial aún les hubiese gustado menos».

Rhysati Ynr agitó la mano para indicarle que se sentara en su banco.

—Lo conseguimos. Realmente lo hemos conseguido…

—El comandante Antilles ha sido muy amable al coincidir con la opinión de nuestro grupo. —Corran subió los peldaños hasta llegar a la hilera de Rhysati y se sentó junto a ella—. En ciertos aspectos, todavía no he acabado de digerirlo.

El gandiano, que estaba sentado detrás de ellos, se inclinó hacia adelante.

—Ooryl se ha enterado de que tu escenario del *Redención* obtuvo la puntuación más elevada de nuestro ciclo de adiestramiento.

Corran, que había descubierto que exagerar sus expresiones ayudaba a que Ooryl comprendiese mejor su alcance, obsequió al gandiano con una enorme sonrisa.

—¿Quién quedó en segundo lugar? Apuesto a que fue Bror Jace. El gandiano meneó la cabeza.

—Gavin Darklighter venció al thyferrano.

—¿Qué el chico venció a Jace?

Corran volvió la cabeza hacia el banco en el que el alto y delgado piloto de cabellos castaños procedente de Tatooine estaba hablando con Shiel, el hombre-lobo shistavaniano de oscuro pelaje. Corran, que había acumulado años de experiencia en los espaciopuertos y estaciones de Corellia, ya se había dado cuenta de que Gavin era bastante joven a pesar de su tamaño. «Se le nota en los ojos… Los años sencillamente no están ahí, pero al parecer las habilidades de pilotaje sí».

El twi'lek se sentó junto a Ooryl y curvó una de sus colas cefálicas, extendiéndola por encima de su hombro izquierdo.

—Jace se lo tomó igual de mal que si hubieras sido tú quien le venció. Se ofreció voluntario para pilotar un globo ocular durante el ejercicio de Gavin, y un cohete acabó con él casi al instante. Nunca tuvo una sola posibilidad.

Corran asintió y luego alzó la mirada hacia la sección de la parte delantera de la sala en la que estaba Bror. Alto, esbelto y apuesto, el piloto de rubios cabellos y ojos azules había demostrado ser muy bueno durante los ejercicios de selección. El corelliano pensó que Jace incluso hubiese podido llegar a caerle bien, pero el problema estribaba en que su ego era tan grande como un Destructor Estelar… y probablemente casi igual de mortífero. Los casos de ego exagerado que Corran había conocido en la Fuerza de Seguridad siempre despedían un intenso resplandor, pero también acababan consumiéndose muy pronto. Al final siempre llegaba un momento en el que se metían en una situación que hubiesen podido evitar con toda facilidad si hubieran estado pensando con un mínimo de lógica.

Corran lanzó una sonrisa en la dirección de Jace y obtuvo como respuesta una inclinación de cabeza de la mujer de cabellos negros con la que estaba hablando Jace.

—¿Qué tal le fue a Erisi Dlarit en el ejercicio, Ooryl?

—Quedó hacia la mitad de la cacería, después de Nawara Ven y por delante de Ooryl. Lujayne Forge quedó al final del grupo, con los demás entremedio. Aun así las puntuaciones fueron muy buenas, pero hay una competencia realmente feroz.

Wedge Antilles entró en la sala y fue hacia el lugar en el que el proyector holográfico brotaba del suelo como una seta mecánica. Un instante después Corran vio reunirse con él al piloto misterioso del día anterior y a un androide 3P3 negro con un diseño de cabeza bastante peculiar. La estructura recordaba al diseño de concha visto en los androides controladores de vuelo, donde el disco cóncavo superior se superponía al inferior pero dejaba un agujero facial. Aquel diseño tan poco usual tenía su lógica, dada la falta de piezas de repuesto para los androides por una parte y el hecho de que aquel androide en concreto hubiera sido asignado a un escuadrón de caza por otra. El asomo de cresta sagital que se alzaba sobre su cabeza le daba un aspecto un tanto marcial.

—Si tenéis la bondad de sentaros… Soy Wedge Antilles, el comandante del Escuadrón Rebelde. —El hombre de ojos verdes sonrió afablemente—. Me gustaría daros la bienvenida y felicitaros por haber sido elegidos para el Escuadrón Rebelde. Quiero repasar con vosotros los criterios básicos que hemos utilizado a la hora de hacer nuestra

selección, e informaros de lo que se esperará de vosotros a medida que prosiga vuestro adiestramiento y se nos vayan asignando misiones.

Wedge contempló a su audiencia y Corran sintió una especie de estremecimiento cuando sus ojos se encontraron con los del comandante. «Sus ojos han visto los años —pensó—. De hecho, han visto más años de los que debería…». Corran conocía el pasado de Wedge porque Hal Horn había sido uno de los investigadores que siguieron el rastro de los piratas que mataron a la familia de Wedge en Gus Treta. Hal había mantenido estrechamente vigilado a Wedge, y cuando éste empezó a dedicarse al contrabando de armas para la Rebelión le declaró una causa perdida.

Wedge dejó escapar el aliento en una lenta exhalación.

—Todos conocéis la historia de este escuadrón. Incluso antes de que fuera creado formalmente, ya se nos asignó la misión de destruir a la primera Estrella de la Muerte. La destruimos, y perdimos a muchos pilotos magníficos durante el proceso. Todos ellos eran y son héroes de la Rebelión, y en los años venideros llegarán a ser tan famosos como algunos de los antiguos Caballeros Jedi. Después de aquello, el Escuadrón Rebelde estuvo muy ocupado protegiendo convoyes y atacando navíos imperiales. Cubrimos la evacuación de Hoth, luchamos en Gall y un año más tarde, en Endor, destruimos otra Estrella de la Muerte. Desde allí fuimos a Bakura y nos enfrentamos a los ssi-rruuk.

»Después de siete años de combates incesantes, el liderazgo de la Nueva República decidió reconstruir y revitalizar esta unidad. Fue una decisión muy sabia porque todos nosotros —todos los que habíamos sobrevivido— habíamos visto incorporarse a muchos pilotos nuevos al Escuadrón Rebelde y los habíamos visto morir en él. —Wedge volvió la mirada hacia el piloto misterioso—. Todos los veteranos querían que el Escuadrón Rebelde siguiera existiendo, pero también querían que los pilotos que ingresaban en él recibieran el adiestramiento necesario para sobrevivir.

El piloto del TIE asintió para indicar que estaba totalmente de acuerdo con las afirmaciones de Wedge. El comandante volvió a clavar la mirada en los nuevos pilotos.

—Hace cosa de un año el almirante Ackbar, a petición del Consejo Provisional, me mostró los planes para la reforma del Escuadrón Rebelde. El Escuadrón Rebelde se había convertido en un símbolo para la Alianza. Tenía que ser capaz de estar a la altura de su leyenda y poder volver a convertirse en un grupo de pilotos de elite a los que se pudiera recurrir para la clase de misiones imposibles que el Escuadrón Rebelde siempre había conseguido llevar a cabo. Como sabéis, hemos entrevistado y examinado a un montón de pilotos, casi cien para cada una de las doce vacantes que ahora estáis ocupando.

—Os cuento todo esto para que seáis conscientes de algo que tal vez hayáis pasado por alto durante vuestro proceso de selección. Sois pilotos de elite y sois algo más que meramente eso, pero da igual quienes seáis o lo buenos que seáis, porque nunca se os considerará tan buenos como Biggs Darklighter o Jek Porkins o cualquier otro que haya muerto sirviendo al Escuadrón Rebelde. Ellos son leyendas y esta unidad es una leyenda, y ninguno de nosotros conseguirá jamás llegar a ser más de lo que son ellos.

«Salvo en el caso de alguien como usted, comandante, que ya es más… —Una sonrisa floreció en el rostro de Corran—. Y siempre puedo soñar, ¿verdad?».

Wedge extendió las manos.

—Puestos a decir la verdad, la mayoría de vosotros ya sois mejores pilotos que muchos de los hombres y mujeres que han muerto combatiendo con esta unidad. Formáis un grupo muy ecléctico: dos de vosotros teníais marcas de muerte en vuestra contra antes de uniros a la Alianza, y los demás os las ganaréis tan pronto como el Imperio se entere de quién ha sido asignado a esta unidad. Fuisteis elegidos por vuestras capacidades de vuelo y por otras capacidades que poseéis porque el almirante Ackbar quiere que esta unidad sea algo más que un escuadrón de caza. Quiere que seamos capaces de operar independientemente en el caso de que ello sea necesario, y que podamos llevar a cabo operaciones que normalmente requerirían un grupo mucho más grande de individuos.

Rhysati se inclinó hacia Corran.

—El barón-administrador Calrissian disponía de su propio grupo de comandos-piloto. No consiguieron evitar que Darth Vader siguiera causando problemas, pero aun así hay que reconocer que la idea tenía cierto mérito.

Corran asintió.

—La Fuerza de Seguridad disponía de su propio Equipo de Respuesta Táctica. El que quieran convertir el Escuadrón Rebelde en algo similar explica por qué algunos de nosotros hemos conseguido superar las pruebas en tanto que otros fracasaron.

Corran todavía se estaba preguntando qué habilidades especiales iba a aportar Gavin al grupo, pero estaba dispuesto a esperar una respuesta en vez de limitarse a dar por sentado que ésta no existía.

El comandante siguió hablando.

—Durante el próximo mes se os someterá al adiestramiento más intensivo por el que hayáis pasado jamás. El capitán Celchu se encargará de ello. Para aquellos de vosotros que no le conocéis, os diré que el capitán Celchu se graduó en la Academia Naval Imperial y sirvió como piloto de cazas TIE. Abandonó el servicio imperial después de que el Imperio destruyera Alderaan, su mundo natal. Se unió al escuadrón poco después y participó en todo lo que hicimos, desde la evacuación de Hoth hasta la destrucción de la Estrella de la Muerte en Endor y muchas cosas más. Es un piloto soberbio, como algunos de vosotros ya habéis tenido ocasión de descubrir, y lo que os enseñará os protegerá de los mejores pilotos que el Imperio puede llegar a enviar contra nosotros.

—Wedge volvió la cabeza hacia el androide. —Emetrés es nuestro androide de protocolo militar. Se encargará de todas las solicitudes, asignaciones de deberes y demás funciones administrativas. Os trasladaréis a un complejo independiente para proseguir con vuestro adiestramiento. Emetrés ya tiene las listas de vuestros alojamientos y asignaciones de aparatos iniciales, y os las comunicará al final de esta reunión.

»Bien, ahora todos formáis parte del Escuadrón Rebelde… Lo que podéis esperar del futuro es, básicamente, dosis infinitas de rutina y aburrimiento puntuadas por momentos del terror más absoluto. Sois unos pilotos magníficos, pero los estudios estadísticos

llevados a cabo sobre los pilotos de caza indican que la mayoría de vosotros moriréis en alguna de vuestras primeras cinco misiones. El índice de supervivencia asciende posteriormente, pero aun así no hay muchas probabilidades de que viváis para llegar a ver la destrucción completa del Imperio. La razón es que estaréis aquí para ver cómo se le van cortando pequeños fragmentos. Al Escuadrón Rebelde se le asignarán misiones muy duras y se esperará que las lleve a cabo… precisamente porque somos los mejores pilotos disponibles. —Wedge apoyó las manos en las caderas—. Esto es todo por ahora, a menos que tengáis alguna pregunta.

Jace se levantó.

—¿Cuál será la naturaleza exacta de nuestro adiestramiento? —preguntó—. ¿Consistirá en más trabajo con los simuladores, o dispondremos de auténticos ala-X que pilotar?

—Buena pregunta, y tienes todo el derecho del mundo a hacerla. Emetrés me ha informado de que a nuestro escuadrón se le ha asignado una docena de ala-X. En estos momentos disponemos de diez, y esperamos recibir los otros dos antes de que termine la semana. Cuando lleguen esas naves, empezaremos a entrenarnos con ellas. Hasta entonces, y como forma de suplementar el entrenamiento de vuelo, aumentaremos considerablemente el número de los ejercicios con simulador. —El comandante sonrió—. Y, sí, podrían habernos asignado ala-A o ala-B, pero vamos a utilizar ala-X. Podéis discutir los méritos de las distintas naves entre vosotros, pero el Escuadrón Rebelde siempre ha sido primariamente un escuadrón de ala-X, y seguirá siéndolo. ¿Alguna otra pregunta? ¿No? Pues entonces podéis iros. Volveremos a reunimos mañana a las ocho, y entonces iniciaremos el proceso de convertiros en una auténtica unidad de combate.

Corran se levantó con la intención de ir a agradecer al comandante que le hubiera elegido para el escuadrón, pero Jace se le adelantó y Corran no quería hacer absolutamente nada que pudiera producir la impresión de que estaba imitando a Jace. «Más tarde… Siempre puedo darle las gracias más tarde».

Nawara Ven se acarició el mentón con la mano izquierda.

—Así que dos de nosotros ya hemos recibido la marca de muerte… Me pregunto quiénes serán.

Rhysati le asestó un suave codazo en las costillas.

—¿Quieres decir que no eres tú, Nawara? Después de todo, fuiste abogado.

—Sí, y estoy seguro de que a algunos antiguos clientes míos que todavía están en Kessel les encantaría matarme, pero que yo sepa no he recibido una marca de muerte. —Entrecerró sus ojos rojizos—. El shistavaniano tiene bastantes probabilidades. Enseguida me di cuenta de que el Imperio quiere echarle el guante.

Rhysati frunció el ceño.

—Creo que podemos estar prácticamente seguros de que le ha correspondido una de las marcas. ¿Qué me dices de Andoorni Hui? Es rodiana, y la mayoría de ellos tendían a trabajar para el Imperio. ¿Hizo algo que pudiera enfurecer a sus antiguos jefes?

Ooryl cerró y abrió sus enormes ojos compuestos en un lento parpadeo.

—¿Ella? No. Los rodianos son cazadores que viven y mueren por sus reputaciones. Andoorni es una cazadora que decidió que unirse a la partida de caza más temida y admirada de la galaxia, el Escuadrón Rebelde, era una forma de incrementar su reputación. Ooryl no cree que hiciera nada para atraer la ira de sus antiguos jefes sobre su cabeza.

Rhysati miró a Corran.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Yo? No sé… Creo que nunca me tropecé con ella cuando estaba en la Fuerza de Seguridad, pero me cuesta bastante distinguir a un rodiano de otro y no hablo su lengua. Sé que no figuraba en ninguna de las listas de captura que llegué a ver, lo cual quiere decir que no tenía una marca de muerte antes de que yo abandonara el servicio. —Se encogió de hombros—. Shiel, en cambio, probablemente sí tenga una marca de muerte sobre su persona. Las restricciones a la exploración dictadas por el Emperador hicieron que muchos hombres-lobo tuvieran que abandonar sus actividades habituales. Algunos de ellos decidieron vender sus servicios a la Rebelión y encontraron refugios como Dantooine y Yavin. No creo que al Imperio le haga demasiada gracia esa clase de reacción.

—Más correctamente, señor Horn, Riv Shiel se ganó su marca de muerte cuando mató a los integrantes de un grupo de las tropas de asalto que intentaba capturarle, pensando que era Lak Sivrak. —El negro androide de protocolo estaba subiendo los escalones con cautelosa lentitud—. Disculpen que les interrumpa, y permítanme presentarme. Soy Emetrés, androide de relaciones humanos-organismos cibernéticas y reglas con una especialidad militar. Domino fluidamente más de seis millones de lenguajes, y estoy familiarizado con un número equivalente de doctrinas, reglamentos, códigos de honor y protocolos tanto contemporáneos como históricos.

Un suave temblor hizo vibrar los extremos de las colas cefálicas del twi'lek.

—¿Y también estás familiarizado con los archivos personales de todos los integrantes del escuadrón?

—Oh, sí. —Chispazos dorados ardieron en el oscuro hueco del rostro del androide—. El desempeño de mi función primaria requiere que transporte esos datos conmigo. Sin ellos…

Nawara alzó una mano.

—En ese caso, podrías decirnos a quién corresponde la otra marca de muerte.

—Podría hacerlo. —La cabeza de Emetrés se inclinó en un pronunciado ángulo—. Shiel no ha intentado ocultar su marca de muerte, pero la otra persona no ha hecho ninguna mención de ella. ¿Cree que sería prudente revelar su identidad, señor Horn?

Corran se encogió de hombros.

—Dejé de ser agente de la ley hace bastante tiempo, por lo que no sé si revelar esa información constituiría una violación de la ley. El consejero legal Ven quizá sí lo sepa.

El twi'lek entrecerró los ojos.

—Yo diría que no constituiría ninguna violación de la ley. Se supone que las marcas de muerte impuestas por el Imperio deben ser del dominio público. Y, teniendo en cuenta dónde estamos, difícilmente se puede considerar que una marca de muerte es algo de lo que haya que avergonzarse.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó Rhysati.

—Nawara tiene razón. Más bien se trataría de un honor, ¿verdad? —Corran se cruzó de brazos—. Vamos, Emetrés… dinos qué sabes.

El androide examinó en silencio a Corran durante unos momentos.

—¿Está seguro, señor?

«¿Por qué me lo pregunta?».

—Por supuesto.

—Muy bien. —El androide volvió a erguir la cabeza—. La otra marca de muerte fue emitida después del brutal asesinato y vivisección de media docena de individuos.

Corran sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Quién hizo eso?

—Usted, señor —respondió el androide, y un potente destello luminoso hizo brillar sus ojos—. Se le busca en Drall, en el Sector Corelliano, por el asesinato de seis contrabandistas.

6

Riéndose con tanto entusiasmo que tuvo que sujetarse el estómago, Corran acabó sentándose de golpe. Sólo consiguió aterrizar parcialmente sobre el banco, y terminó en el suelo a los pies de Emetrés.

—Oh, eso carece de importancia —dijo, y alzó las manos para secarse las lágrimas que se deslizaban por su cara—. Ya lo había olvidado por completo.

El gandiano bajó la mirada hacia él.

—Ooryl no estaba al corriente de que el asesinato fuese algo tan gracioso.

Nawara Ven se cruzó de brazos.

—Y no lo es.

Más o menos en el mismo momento en que Rhysati dio un paso hacia atrás, imponiendo de esa manera la presencia de Emetrés entre su persona y Corran, éste comprendió que había destruido muy, rápidamente todo lo que pudiera haber conseguido mediante su labor de relaciones sociales anterior. El joven corelliano se apresuró a levantarse y se puso muy serio.

—Puedo explicarlo. De veras, puedo explicarlo…

El ahogado twi'lek agitó la punta de una de sus colas cefálicas delante del rostro de Corran.

—He oído decir eso anteriormente.

—Sí, bueno, pero a diferencia de lo que probablemente decían tus clientes, esto es la verdad. —Corran volvió la cabeza hacia el androide.

—¿Puedes acceder a archivos de registro desde aquí?

—Soy perfectamente capaz de llevar a cabo una amplia gama de funciones concernientes a ese…

—Me alegro. A ver si puedes acceder a los archivos de defunción correspondientes a los nombres de los informes sobre esos asesinatos, y luego intenta correlacionarlos con los bits de nacimiento. —Los ojos del androide empezaron a parpadear, y Corran se volvió hacia sus compañeros del escuadrón—. Voy a daros la versión abreviada, ¿de acuerdo? En la Fuerza de Seguridad de Corellia teníamos un oficial de enlace imperial que era lo suficientemente ambicioso como para soñar con llegar a ser un Gran Moff, y que además estaba dotado del talento suficiente en lo que respectaba a manipular los reglamentos y la burocracia como para llegar a convenirse en un severo problema. Ese oficial quería que acabáramos con todas las actividades de contrabando rebelde en el sistema, pero nosotros estábamos más interesados en perseguir a la clase de piratas que realmente le hacían daño a la gente, como los contrabandistas de brillestim y similares. Loor, que así se llamaba el oficial de inteligencia, amenazó con acusarnos de estar ayudando a la Rebelión. Los imperiales que huyeron a Corellia después de la muerte del Emperador le proporcionaron un considerable apoyo al Diktat, y eso significaba que de repente los oficiales imperiales disponían del poder suficiente para respaldar sus amenazas.

»Mi jefe, Gil Bastra, decidió crear nuevas identidades para él, mi compañera Iella Wessiri, su esposo Diric y yo, pero sabía que Loor empezaría a sospechar en cuanto se diera cuenta de que pasábamos mucho tiempo juntos fuera del trabajo. Gil y yo creamos los registros de esos contrabandistas, incluimos indicios de que existían y eran realmente terribles, y luego enviamos informes de que habían sido asesinados. Loor vio todos los informes… y el leerlos fue lo más cerca que llegó a estar jamás de una auténtica investigación de campo. En una escena cuidadosamente ensayada, Gil me acusó de haber ejecutado a los contrabandistas y yo dije que no los había matado, y que de todas maneras él no podía demostrar que lo hubiese hecho. Organizamos una gran discusión con un montón de gritos, y Loor dio por sentado que nunca más volvimos a vernos después de aquello. Pero nos vimos, y lo organizamos todo de tal manera que pudiéramos alejamos del Imperio. —Corran suspiró—. Loor y yo no nos llevábamos nada bien. Me amenazó con una marca de muerte por todos esos asesinatos si llegaba a hacer algo que no le gustara. Cuando me largué, cuando Loor me tendió una trampa y no consiguió matarme… Bien, el caso es que cumplió su palabra, y de ahí ha salido la marca de muerte.

El twi'Iek extendió las manos y miró al androide.

—¿Dispones de los registros, Emetrés?

—Sí. Incluyen los bits de nacimiento.

—Gil hizo un buen trabajo. Convierte los datos temporales de sus nacimientos al tiempo militar. Invierte los valores para los minutos y las horas, y luego compáralos con la fecha de nacimiento de la siguiente persona por orden alfabético… utilizando el básico, por supuesto.

El androide inclinó la cabeza hacia la derecha.

—Existe una progresión. La fecha de nacimiento de uno es el mes y el día del nacimiento del siguiente, pero la pauta no llega a completarse.

—Lo hace si añades el día y la hora de mi nacimiento. —Corran sonrió—. —Y además, el hospital en el que nacieron no existe… y la ciudad en que se supone que se encuentra ese hospital tampoco existe.

Rhysati salió de detrás del androide, extendió el brazo hacia Corran y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Me alegra saber que eres inocente, pero ¿no podríais haber encontrado otra cosa aparte de la muerte para engañar a vuestro imperial?

—Bueno, cuando estás en la Fuerza de Seguridad ves tantas muertes que o te las tomas a broma o acaban contigo. Además, ver cómo Loor leía los informes ficticios y reaccionaba a ellos resultó realmente muy divertido.

—En ese caso supongo que el informe de la muerte de Gil Bastra le parecería bastante divertido, ¿no?

Corran se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

La cabeza del androide volvió a erguirse.

—También hay una notificación de la muerte de Gil Bastra. Apareció cuando solicité los datos referentes a todos los nombres del informe.

—Eso es imposible.

—Me temo que no, señor. —La cabeza de Emetrés se inclinó hacia la izquierda—. Iba unida a la transmisión número A34920121 de la red holográfica imperial.

El piloto meneó la cabeza y deseó no sentirse tan inexplicablemente vacío por dentro. «¿Gil, muerto?».

—No. No lo creo… Gil no puede haber muerto.

El twi'lek le ayudó a sentarse en el banco.

—¿Qué grado de fiabilidad tiene el informe de su muerte?

Los ojos del androide emitieron una rápida serie de destellos.

—Responder a esa pregunta podría poner en peligro las operaciones de recogida de datos de inteligencia.

—¿Y qué más da, Nawara? —Corran se pasó las manos por la cara—. Era lo bastante fiable para ser emitido por la red holográfica.

Nawara esbozó una sonrisa meticulosamente medida, aunque la visión de sus afilados dientes contenía una sombra de amenaza.

—No, Corran: lo único que sabemos es que el informe de una muerte fue emitido por la red holográfica. Eso no nos dice absolutamente nada acerca de la fiabilidad de la información en la que se basaba el informe. Ese informe podría estar basado en algo que hizo tu Gil, o incluso en algo que vuestro Loor hizo a fin de localizarte.

«Tiene razón…».

—El que seas capaz de detectar esa clase de inconsistencia significa que debías de ser un gran abogado.

El twi'lek le dio una palmada en el hombro.

—Si hubieras intentado establecer un caso contra uno de mis clientes te lo habría hecho pasar muy mal, Corran… y eso tanto si mi cliente estaba mintiendo acerca de su inocencia como si decía la verdad. Bien, Emetrés, ¿hasta qué punto es fiable ese informe? ¿Existen otros informes que lo corroboren?

—No dispongo de ningún informe relacionado.

—Y el que dispusieras de alguno no cambiaría en nada las cosas, por lo menos si se trataba de informes procedentes de la Fuerza de seguridad de Corellia. Gil tenía pleno acceso a esa base de datos. De la misma forma en que creó nuevas identidades para él mismo, mi compañera, su esposo y para mí, hubiese introducido todos los datos necesarios a fin de que todo pareciese lo más real posible. Os aseguro que hizo un trabajo realmente concienzudo: disponíamos de identidades temporales que nos permitirían viajar a los mundos en los que había creado identidades muy sólidas detrás de las que podríamos escondernos. En mi último destino, me hizo trabajar como ayudante personal del Prefecto Militar local.

Rhysati clavó sus ojos color avellana en el rostro de Corran.

—¿Nos estás diciendo que no eres Corran Horn?

—No, no… Soy Corran Horn. Utilicé las identidades que Gil creó para mí cuando tuve que huir y necesité esconderme, pero me uní a la Rebelión bajo mi verdadera identidad. —Corran respiró hondo, y después dejó escapar un prolongado suspiro—. Escuchad, todo lo que os he dicho acerca de mí es verdad, pero… Bueno, no os lo he dicho todo. No es que no haya confiado en vosotros, pero hay muchas cosas de las que no quería hablar y…

Rhysati extendió el brazo y le apretó suavemente el hombro.

—Eh, todos tenemos malos recuerdos.

—Gracias, Rhys. —Corran estaba sintiendo una extraña opresión en el pecho, pero cuando empezó a hablar notó que una parte de la tensión se iba disipando poco a poco—. Había muchas cuentas pendientes entre Loor y yo, y al saber que iba a largarme de allí empecé a desafiarle realmente en serio. Loor decidió darme una lección. En lo que pensaba sería mi última misión, cogí un ala-X del depósito de aparatos que habíamos capturado y reconvertido para nuestro uso. Se suponía que tenía que someter a una inspección sorpresa a los pequeños contrabandistas que estaban llegando al sistema. Silbador y yo subimos al ala-X: la unidad R2 había estado conmigo en las operaciones de campo, y yo disponía de todos los nuevos expedientes de identidad que Gil había creado para mí. Sin que Loor lo supiera, Silbador ya había computado un cierto número de saltos desde Corellia Porque había planeado llevármelo conmigo cuando me fuera.

»Cuando llegué al sitio en el que se suponía que estaban los contrabandistas, encontré restos de naves y dos escuadrillas de cazas TIE con muchas ganas de guerra. Iluminé a un par de los cazas con mis cañones láser, y luego salté al hiperespacio. Ese es el principio de una larga historia sobre el cómo y el por qué estoy aquí ahora.

Emetrés, los ojos reluciendo como estrellas en su negro rostro, bajó la mirada hacia él.

—¿Dispone de copias de los archivos de identidad del señor Bastra y los demás, señor?

—No. Gil era la única persona que tenía un juego completo, y estoy seguro de que los destruyó. Sólo dispongo del mío, y está guardado en la memoria de Silbador.

—Si pudiera proporcionarme sus expedientes, señor, entonces quizá podría examinar nuestras bases de datos y ver si puedo localizar otros expedientes que hayan sido manipulados de manera similar, lo cual me permitiría determinar si la nueva identidad del señor Bastra nos es conocida.

—Ooryl percibe la sabiduría de este plan.

Corran volvió la cabeza para dirigirle una sonrisa por encima del hombro al gandiano.

—Yo también. No veo en qué puede perjudicarnos.

—Si me lo permite, señor, entonces solicitaré dicha información a su unidad R2 e intentaré resolver este misterio.

Corran asintió.

—Haz todo lo que necesites hacer.

—Sí, señor, lo cual me recuerda una cosa… —El androide entregó a cada piloto una delgada tira de plástico provista de una cinta magnética negra—. Son las asignaciones de sus alojamientos. El señor Horn y el señor Qrygg seguirán estando juntos. Señor Ven, usted se alojará con el señor Jace, y la señorita Ynr compartirá una habitación con la señorita Dlarit.

El corelliano volvió la mirada hacia el gandiano.

—Por lo menos sé que no roncas —dijo, mientras pensaba que en realidad ni siquiera sabía si respiraba.

Los tejidos blandos del interior de la boca de Ooryl ondularon durante unos segundos.

—Ooryl cree que tú tampoco roncas. Ooryl no duerme de la misma manera que la mayoría de los demás, por lo que tu producción ocasional de sonidos rítmicos de naturaleza nocturna no supone ningún problema. De hecho, Ooryl incluso la encuentra un poco relajante y tranquilizadora.

—Es la primera vez que la oigo describir como «relajante y tranquilizadora». —Corran se sonrojó, y después se levantó y le dio unas palmaditas en el brazo—. De hecho, amigo mío, me parece que no hay absolutamente nada en tu compañero de habitación que pueda ser descrito empleando esas palabras.

Los rojizos ojos de Nawara se oscurecieron levemente.

—No voy a enfrentarme a Jace en una lucha por el espacio reflectante para exhibirme, por lo que creo que nuestros conflictos serán mínimos… lo cual va a ser un gran alivio. Rhysati, en cambio, tendrá más problemas con la otra thyferraniana.

—¿Por qué? ¿Piensas que voy a perder el tiempo preocupándome por mi aspecto para impresionaros? Ni lo sueñes. —Rhysati se cruzó de brazos—. Voy a dedicar todo mi tiempo a convenirme en el mejor piloto del escuadrón, así que el amor no ocupa un puesto muy alto en mi lista de prioridades.

Corran sonrió.

—Y además no necesitas esforzarte para estar hermosa, Rhys.

—Ah, claro. Recuerda eso cuando convierta tu ala-X en un montón de chatarra medio fundida.

—Oh, espero que no haga eso, señorita Ynr… —Una nota quejumbrosa se infiltró en la voz de Emetrés mientras agitaba los brazos—. Los impresos que tendría que rellenar, el consejo de guerra y las solicitudes para los sistemas y las piezas de repuesto… Sería un trabajo realmente interminable.

—Tranquilízate, Emetrés. Sólo estaba bromeando.

—Ah. Oh… Sí, claro. Por supuesto. —Los brazos del androide negro descendieron hasta quedar pegados a sus costados—. Si no me necesitan para nada más, localizaré a ese Silbador suyo, señor Horn, y veré qué puedo hacer para averiguar algo más sobre el destino de su amigo.

—Gracias, Emetrés. —Corran reprimió una sonrisa mientras el androide giraba sobre sus pies y echaba a andar hacia la puerta con pasos tan cortos como cautelosos—. ¿Tuviste que tratar con androides de protocolo en los tribunales, Nawara?

Las puntas de las colas cefálicas del twi'lek retrocedieron levemente.

—Funcionaban como asesores paralegales, pero no se les permitía entrar en el tribunal sin pernos de sujeción. En una ocasión un juez le tiró su mazo a uno.

—Espero que no fuera al tuyo.

—No. Mi presencia no era excesivamente bienvenida en los tribunales imperiales, por lo que cualquier androide que hubiera podido permitirme emplear tampoco habría podido tener acceso a los tribunales.

Rhysati frunció el ceño.

—Pero entonces no había ninguna posibilidad de que la defensa que ofrecías a tus clientes fuese tan eficiente como hubiera debido ser. Eso no es justo.

—La ley y la justicia rara vez se ven servidas al mismo tiempo —replicó Nawara, y se encogió de hombros—. La búsqueda de la justicia ha acabado llevándonos a todos a la Alianza, ¿verdad? Rhys, tú quieres justicia por el traslado forzoso de tu familia cuando el Imperio la obligó a huir de Bespin. Yo estoy buscando la clase de justicia que no pude conseguir para mis clientes. Corran quiere la justicia negada a personas inocentes oprimidas por los funcionarios imperiales. —Nawara hizo una pausa y se volvió hacia el gandiano—. ¿Y tú, amigo mío? ¿Cuál es la justicia que andas buscando?

Los párpados acorazados de Ooryl se unieron durante un segundo sobre sus ojos multifacetados.

—Ooryl no cree que pudieras entender del todo qué es lo que Ooryl busca. La aceptación que Ooryl ha conocido aquí ciertamente es un alivio muy bienvenido después de los prejuicios del Imperio. Eso bastará como la justicia de Ooryl.

—No cabe duda de que es una búsqueda realmente noble, Ooryl —le aseguró Nawara.

Corran fue el primer integrante del cuarteto en salir de la sala de reuniones. La ruta hacia sus nuevos hogares los sacó del complejo principal a través de un túnel y los condujo hasta un conjunto de habitaciones y suites más pequeño. En un pasado ya un tanto lejano la base rebelde había sido un enorme complejo minero de Folor, la luna más grande de Commenor. El sistema de Commenor había sido elegido debido al elevado nivel de tráfico comercial que lo atravesaba, y a causa de su proximidad a Corellia y los mundos del Núcleo.

Corran permitió que su mano derecha se deslizara sobre la lisa superficie de las paredes del túnel.

—¿Realmente buscamos la justicia, Nawara, o en realidad queremos venganza?

—¿O se trata de un caso, Corran, en el que la venganza y la justicia son dos aspectos de la misma cosa? Todos queremos ver caer al Imperio. La muerte del Emperador supuso un progreso para nuestra causa, pero no hasta para conducir el conflicto a la conclusión que deseamos. Tres de cada diez mundos se encuentran en un estado de rebelión declarada y puede que otro veinte por ciento preste un apoyo nominal a nuestra lucha, pero la mitad de los mundos siguen estando firmemente aliados contra nosotros. Cuando el Emperador disolvió el Senado, entregó el control de sus provincias a los Moffs. No

creo que Palpatine pensara que esa acción constituyese una barrera protectora contra el desastre, pero ha acabado conviniéndose en eso.

—Lo sé. Si no fuera porque algunos de los Moffs intentan alzarse con el poder e imponerse a los demás, ahora estaríamos a punto de vernos expulsados del Núcleo. —El corelliano frunció el ceño—. Pero con Vader y el Emperador muertos y las Estrellas de la Muerte destruidas, me pregunto si la Rebelión no ha perdido una parte de su apasionado ímpetu inicial.

—Estoy de acuerdo contigo. —Rhysati pasó a la primera fila del cuarteto, y después se volvió para retroceder por el pasillo hasta detenerse delante de ellos—. Vader era un símbolo, al igual que el Emperador, y cuando murieron el alivio fue palpable. Pienso que entonces mucha gente creyó que la Rebelión había alcanzado todos sus objetivos. Me parece que la revitalización del Escuadrón Rebelde es un signo de que por lo menos el comandante Antilles y el almirante Ackbar no comparten esa creencia.

El twi'lek tomó una de sus colas cefálicas entre dos dedos y se la echó hacia atrás, extendiéndola por encima de su hombro izquierdo.

—Al derrotar al Emperador en Endor, la Rebelión demostró que era un auténtico poder con el que había que contar dentro de la galaxia. Un mes después de Endor, el Consejo Provisional de la Alianza emitió su Declaración de una Nueva República. La Rebelión se convirtió en un gobierno, aunque se tratara de un gobierno cuyos recursos reales eran muy reducidos, y presentó una alternativa al Imperio. Los mundos que se unen a la Nueva República lo están haciendo bajo sus propios términos, y esas negociaciones distan mucho de ser tranquilas y rápidas. Destruir al Emperador hizo que muchas naciones se unieran al bando de la Rebelión, pero las que lo hicieron fueron básicamente aquellas que se sentían más oprimidas o amenazadas.

Corran reflexionó durante unos momentos antes de hablar.

—Lo que estás diciendo es que la victoria de Endor transformó una insurrección militar en una entidad política.

—No es exactamente eso, pero se le acerca bastante. La política siempre formó parte de la Rebelión, pero mientras se estaba librando la guerra, ese aspecto permaneció considerablemente dormido, Con la muerte del Emperador se volvió más importante, porque permitía que la Rebelión dispusiera de más mundos sin tener que recurrir a la conquista militar. —Nawara extendió un dedo terminado en una garra para señalar hacia atrás—. La gira victoriosa del comandante Antilles muestra lo importante que era y es la política para la Rebelión, porque un líder militar clave fue apartado del servicio y obligado a desempeñar funciones diplomáticas.

—Y además está todo lo que se cuenta sobre Luke Skywalker y la posibilidad de restablecer los Caballeros Jedi —dijo Rhysati, y sonrió—. Los Jedi ya habían sido aniquilados cuando nací, pero mi abuela solía contarme historias sobre ellos y las Guerras Clónicas.

—Mi abuelo luchó en las Guerras Clónicas.

El twi'lek miró a Corran.

—¿Tu abuelo era un Jedi?

—No, sólo era oficial de la Fuerza de Seguridad, igual que lo fuimos mi padre y yo. Conoció a algunos Caballeros Jedi y combatió junto a ellos en un par de acciones libradas cerca de Corellia, pero nunca llegó a ser un Jedi. Su mejor amigo lo era y murió en las guerras, pero el abuelo apenas hablaba de esos tiempos. —Corran bajó la mirada—. Cuando Vader empezó a perseguir a todos los Jedi, los recursos de la Fuerza de Seguridad fueron utilizados para localizarlos… y a mi abuelo eso no le gustó nada.

—La clase de resentimiento que esa acción imperial engendró entre la gente constituye precisamente el medio, gracias al que la Alianza puede incorporar nuevos mundos. La princesa Organa y el ejército de diplomáticos que trabajan para la Alianza han hecho más para fortalecer la Nueva República de lo que podría hacer toda la flota Katana… suponiendo que esa leyenda fuera una realidad y que dispusiéramos del control de dicha flota. Aun así, hay un límite a lo que los diplomáticos pueden llegar a hacer.

—De ahí la reconstitución del Escuadrón Rebelde.

—Eso creo, Corran.

Rhysati frunció el ceño.

—¿Qué se me está escapando?

Corran señaló a Nawara con una inclinación de la cabeza.

—Está diciendo que los diplomáticos ya han extraído prácticamente todo el mineral que pueden llegar a proporcionarnos. Los mundos que quieren unirse a nosotros lo han hecho y aquellos que no quieren unirse a nosotros no lo han hecho, y los que no están muy seguros de lo que quieren hacer necesitarán algo que los convenza. Thyferra, por ejemplo, es la fuente del noventa y cinco por ciento del bacta de la galaxia. En estos momentos Thyferra es neutral y obtiene grandes beneficios vendiendo bacta a todos los bandos, pero queremos tenerlos con nosotros. Introducir a un par de thyferranos en el Escuadrón Rebelde les envía el mensaje de que nos parecen muy valiosos, al igual que ocurre con el hecho de tener bothanos en el escuadrón.

—Y la unidad está mandada por un corelliano y cuenta con otro piloto corelliano. —Nawara se golpeó el pecho con la mano—. En cuanto a mí, o represento a los twi'leks o a los abogados.

Rhysati se rió.

—En ese caso, supongo que yo represento a los refugiados.

Ooryl chasqueó un trío de dedos sobre su tarjeta de datos.

—Ooryl representa a Gand.

—Entonces, y si esta unidad es un símbolo que está lleno de símbolos, se supone que debemos hacer algo muy simbólico para conseguir que más mundos se unan a la Nueva República. —Corran sonrió—. Mientras eso signifique que tendré ocasión de hacer caer el peso de la justicia sobre unos cuantos pilotos imperiales, estoy totalmente a favor.

—Oh, creo que dispondrás de esa oportunidad, Corran. —Los ojos de color rosado del twi'lek se oscurecieron hasta adquirir el color de la sangre seca—. Me parece que el Escuadrón Rebelde dispondrá de la más grande de esa clase de oportunidades.

—¿Crees saber cuál será nuestro próximo objetivo, Nawara?

—Es pura lógica, Corran. —Las colas cefálicas del twi'lek temblaron al unísono—. Antes de que transcurra mucho tiempo deberemos enfrentarnos al mayor de todos los símbolos. Esperemos que nos adiestren muy bien, porque el Escuadrón Rebelde va a ser la punta de la lanza que la Alianza hundirá en el corazón del Imperio.

Un escalofrío helado descendió por la columna vertebral de Corran.

—¿Coruscant?

—Cuanto más pronto caiga, más pronto se desintegrará el Imperio.

—Nunca he querido ir a Coruscant. —El piloto corelliano sonrió—. Pero si he de ir, hacerlo dentro de la cabina de un ala-X rebelde servirá para que la visita resulte muchísimo más memorable.

7

Wedge Antilles hizo que la sonrisa llena de orgullo desapareciera de sus labios en cuanto inició la inspección de su ala-X.

—Recién remodelado, y el acabado es realmente impecable… Estupendo —dijo mientras deslizaba los dedos por la parte inferior del cono de proa, y después subrayó esa valoración con una firme inclinación de la cabeza para que quienes no podían oírle pudiesen determinar lo que estaba diciendo y pensando.

El ritmo del trabajo se había frenado considerablemente por todo el cavernoso hangar cuando Wedge entró en él para inspeccionar su nave. Su escuadrón ya había salido de la zona y le esperaba en el lado oscuro de Folor, por lo que le habían dejado solo con el personal técnico. Aparte del ala-X de Wedge, tres ala-X más en los que se estaba trabajando y unos cuantos cazas de otros modelos seriamente dañados, había poco que pudiera absorber la atención de las dotaciones. Mientras hacían una gran exhibición de enrollar cables y clasificar herramientas, todas le observaban e intentaban percibir la forma en que el comandante del Escuadrón Rebelde reaccionaba a su trabajo.

Wedge siguió avanzando hacia estribor, y se fijó en lo limpios que las dotaciones habían dejado los lanzadores de torpedos protónicos. Otro asentimiento. El volumen y la velocidad del zumbido de fondo de las conversaciones se incrementaron un poco, pero Wedge lo ignoró y prosiguió su lenta circunvalación del aparato.

Hubiese podido citar docenas de razones para llevar a cabo una inspección de su caza antes de volar en él, y todas ellas hubiesen sido irreprochables, sólidas y militarmente correctas. El caza estelar le había acompañado a lo largo de siete años de encarnizadas batallas con una cantidad de fallos mínima. La inspección le permitiría detectar cualquier posible problema antes de salir al espacio, y eso le ahorraría una larga espera hasta la llegada de un equipo de rescate.

Y, lo que era todavía más importante que eso, el que inspeccionase personalmente su nave constituiría un buen ejemplo para el resto del Escuadrón Rebelde. Wedge quería combatir la creencia de que el que fuesen pilotos de elite hacía que estuvieran por encima de la clase de obligaciones y deberes prosaicos y rutinarios con los que tenían que cargar los otros pilotos. La mayoría de su gente no era así, pero no quería que el aura de pereza generada por una persona se fuera extendiendo lentamente al resto del escuadrón. Los pilotos no estaban allí para verle, pero Wedge sabía que la nueva de su inspección acabaría llegando hasta ellos. «Y si sé hacer bien esto, entonces lamentarán haberse perdido el espectáculo…».

Se detuvo durante unos momentos para contemplar las hileras de cazas TIE, bombarderos e interceptores pintados sobre el flanco de la nave. Dos grandes Estrellas de la Muerte enmarcaban la colección de naves, y los cazas ssi-ruuk habían empezado a formar una nueva hilera justo encima de la franja roja que bisectaba el fuselaje. «Llevamos mucho tiempo luchando… y todavía tendremos que seguir luchando durante mucho más tiempo».

Wedge oyó un rápido parloteo detrás de él, y un instante después Emetrés se encargó de traducírselo.

—El jefe Zraii pide que le disculpe por no haber podido representar todas sus victorias en el espacio de que disponía. Las naves de color rojo valen por un escuadrón de victorias, lo cual significa una docena.

Wedge empezó a fruncir el ceño mientras se iba volviendo hacia el androide.

—No sé si lo sabes, pero tengo una cierta idea de cuántas naves hay en un escuadrón.

—Sí, señor, por supuesto. Ya lo sé, pero dado que normalmente los verpinianos cuentan en base seis y que los humanos lo hacen en base diez, el doce, que para un verpiniano es conocido como «cuatro puños», contiene un cierto potencial de confusión que requería una explicación.

El humano alzó las manos en un gesto de rendición.

—Magnífico. Y ahora dile que puede agrupar las victorias por docenas o por montones. Me da igual cómo lo haga, ¿entendido?

—¿Montones muy grandes, señor?

—Una docena de docenas, Emetrés.

—¿Ciento cuarenta y cuatro? ¿Cuatro alas?

—Sí, o cuarenta y ocho puños en verpiniano.

Los ojos de Emetrés se apartaron de Wedge para volverse hacia el insectoide de color marrón que los había estado siguiendo.

—Señor, si hubiera sabido que dominaba el verpiniano de una manera tan fluida…

—Basta, Eme. No domino el verpiniano, pero siempre he tenido bastante buena cabeza para los números. Deja que termine esta inspección, ¿de acuerdo?

Wedge hizo una profunda inspiración de aire y lo dejó escapar muy despacio. «Voy a tener que hablar con Luke y averiguar cómo se las arregla para aguantar a su unidad 3PO… Eh, un momento: eso no servirá de nada. No tengo una hermana cerca para hacer que cargue con el androide».

Fue hacia los motores de estribor e inspeccionó las toberas de refrigeración y lo poco del extractor centrífugo de desechos que consiguió localizar. Después de haber echado un vistazo a los motores, Wedge examinó las lentes de los proyectores del escudo deflector y vio que habían instalado un juego nuevo. Los escudos se encargaban de proporcionar al ala-X la mayor ventaja de que disponía sobre los cazas TIE, y contribuían a su reputación de ser capaz de soportar un gran número de daños antes de quedar fuera de combate. Durante los ejercicios de adiestramiento todos los sistemas láser serían empleados a potencia reducida, pero aun así ver que el equipo del escudo deflector se hallaba en tan buen estado dejó muy complacido a Wedge.

Prestó una gran atención a los cañones láser gemelos montados sobre los extremos de los estabilizadores de la nave. Wedge ejerció presión sobre el de abajo y sintió un ligero desplazamiento antes de que el actuador, que no se hallaba activado, prohibiera cualquier movimiento sucesivo. Eso era una buena noticia, ya que cualquier libertad de

desplazamiento superior a un par de centímetros significaba que los cañones láser podían perder la alineación mientras estaban siendo usados.

—Emetrés, pregúntale a Zraii para qué punto cero ha ajustado estos cañones láser.

El androide y el técnico mantuvieron un rápido intercambio de chasquidos y zumbidos.

—Dice que los ha ajustado para un punto cero de 250 metros, comandante.

—Perfecto.

Antes de despegar para atacar la Estrella de la Muerte, los ala-X habían sido reconfigurados de tal manera que su cero —el punto en el que convergían los cuatro haces— era de casi medio kilómetro. Eso les permitía ser empleados de manera muy efectiva para acabar con objetivos de superficie estacionarios. En el combate espacial, donde las distancias se encogían y los objetivos se movían mucho, mantener el punto focal más cercano incrementaba las probabilidades de apuntarse impactos letales sobre el enemigo. Los cañones láser seguían siendo capaces de acertar a otro caza a más de un kilómetro de distancia, pero siempre eran más temibles en las distancias cortas comunes en los combates individuales entre pilotos.

Los cilindros de los cañones, los supresores de fogonazos, los acopladores de puerta y los difusores de energía parecían estar en perfecto estado. Wedge se inclinó para pasar por debajo de los cañones y fue hacia la popa del ala-X. Transmisores de energía, generadores del campo deflector, toberas de escape, indicadores de células alimentadoras… Todo parecía estar perfectamente. El examen del lado de babor tampoco encontró ningún defecto.

La inspección de Wedge terminó con su regreso a la proa de la nave, después de lo cual dirigió una inclinación de cabeza al técnico verpiniano.

—Tiene tan buen aspecto como si acabara de salir de la fábrica, o quizá incluso todavía mejor.

Emetrés tradujo sus palabras y el verpiniano empezó a emitir zumbidos. Wedge no podía entender lo que le estaba diciendo, pero la afable palmada que el insecto-hombre depositó sobre su brazo unos instantes después le indicó que el entusiasmo que había creído oír era de naturaleza muy positiva.

—¿Qué le has dicho, Emetrés?

—Le dije que usted opina que esta nave es superior a lo que era en su fase de premoldeamiento. Eso es un gran elogio. El técnico ha estado diciendo que le encanta restaurar antigüedades como ésta, y que por eso se ha tomado la libertad de llevar a cabo ciertos ajustes menores que mejorarán el funcionamiento general.

—Oh, maravilloso —dijo Wedge, sonriendo y procurando hablar en un tono lo mis jovial posible.

Los verpinianos, con su fascinación por la tecnología y una capacidad visual que les permitía detectar detalles microscópicos —como las fracturas causadas por la fatiga de los materiales— sin necesidad de utilizar equipo de aumento, figuraban entre los mejores técnicos de apoyo de la galaxia. Pero también eran famosos por su afición a modificar las

naves de las que cuidaban. Wedge nunca había tenido problemas con ellos en ese aspecto, pero abundaban las historias sobre naves en las que los controles habían sido reconfigurados hasta el punto de obtener lo que un verpiniano opinaba era una alineación mucho más eficiente… sin caer en la cuenta de que la inmensa mayoría de pilotos no sólo carecían de visión microscópica, sino que tampoco pensaban en base seis.

Sin dejar de sonreír, Wedge subió por la escalerilla que un ayudante técnico había apoyado en el flanco del ala-X. El piloto se detuvo junto a la cabina y echó un vistazo a su unidad astromecánica. Aparte de identificarla como uno de los androides R5 terminados en una especie de maceta, Wedge no la reconoció. El R5 era un modelo de androide astromecánico más moderno, pero en realidad Wedge prefería los androides astromecánicos R2 terminados en cúpula, como el que utilizaba Luke, debido a que ofrecían un perfil de blanco más reducido al enemigo.

—Aunque pensándolo bien, si se encuentran lo suficientemente cerca para darte tú absorberás los disparos antes de que hagan impacto en la cabina, ¿verdad?

El graznido lleno de pánico del androide hizo que los labios de Wedge se curvaran en una nueva sonrisa.

—No te preocupes. Aún falta bastante tiempo para que empiece el tiroteo…

Wedge se dejó caer en el asiento de pilotaje y se llevó una agradable sorpresa. Una de las mejoras de Zraii había consistido en una remodelación del acolchado de su asiento de eyección. «Esto hará que esos largos saltos hiperespaciales resulten un poco más cómodo…». Wedge se puso el arnés de seguridad y después activó sus sistemas. Todos los monitores e indicadores cobraron vida de la manera esperada.

—Los sistemas de armamento dan luz verde y están en condiciones operativas.

La unidad R5 informó de que todos los sistemas de vuelo y navegación estaban funcionando correctamente, por lo que Wedge se puso el casco y activó su unidad de comunicaciones.

—Aquí Jefe Rebelde solicitando permiso para despegar de la autoridad del Control de Tráfico de Folor.

—Rebelde Uno cuenta con permiso para despegar. Que tenga un buen vuelo, comandante.

—Gracias, Control.

Wedge activó sus generadores de haces repulsores accionando un interruptor y manipuló delicadamente la palanca de control de tal manera que su caza se elevó de la cubierta del hangar en una ascensión tan impecable como decidida. Utilizando los pedales del timón de cola para mantener sincronizados los generadores de impulso ascensional, Wedge evitó las oscilaciones y los bamboleos. Quería que todos los presentes quedaran convencidos sin lugar a dudas de que los controles estaban siendo manejados por una mano experta y firme. Sabía que su manera de despegar circularía por toda la red de rumores de la base, y que servida de tema a todas las conversaciones hasta que algo realmente digno de ser comentado lo sustituyera.

Añadiendo un poco de impulso hacia adelante, introdujo el ala-X en la burbuja magnética de confinamiento atmosférico y la atravesó para salir al exterior desprovisto de aire. Una vez fuera, puso los motores de impulsión fusial Incom 4L4 a máxima potencia y se alejó velozmente de la gris y escarpada superficie lunar. Después elevó ligeramente el morro del ala-X, haciendo que el caza avanzara hacia el horizonte en un suave arco.

La pantalla de datos que había delante de él le informó de que los motores estaban funcionando a un ciento cinco por ciento de eficiencia, un incremento que Wedge atribuyó a las manipulaciones del verpiniano. Disminuyendo el nivel de propulsión a un setenta por ciento primero y a un sesenta y cinco por ciento después, Wedge redujo la velocidad y accionó un interruptor situado sobre su hombro derecho. Los estabilizadores se abrieron y adoptaron la forma de cruz que había dado su nombre al ala-X.

Echó un rápido vistazo a la esquina superior izquierda de la pantalla, y vio que la designación oficial asignada a su unidad R5 era «Mynock».

—¿Te llamas Mynock porque consumes mucha energía?

Una salva de graznidos y silbidos fue traducida bajo la forma de una línea de texto que desfiló rápidamente por el borde superior de la pantalla.

—En una ocasión un piloto dijo que aullaba igual que un mynock cuando estábamos en combate. Un vil infundio, comandante.

—Puedo entenderlo. A nadie le gusta que lo tengan por una rata del espacio. —Wedge meneó la cabeza—. Necesito que hagas un pequeño ajuste en el compensador de aceleración. Quiero una gravedad de cero coma cero cinco.

El androide astromecánico se apresuró a obedecer y Wedge enseguida empezó a sentirse más a gusto dentro de la cabina. Para combatir los efectos de la gravedad negativa y positiva que acompañaban a las maniobras, el caza estelar disponía de un compensador que creaba una bolsa de gravedad neutral tanto para la nave como para el piloto. Eso evitaba un montón de problemas con la circulación y las pérdidas de conocimiento de los pilotos, pero Wedge siempre había tenido la sensación de que le aislaba de la máquina y le impedía ser consciente de su auténtica situación.

Volar con toda la gravedad negada era, para él, como tratar de recoger granos de sal llevando guantes espaciales. Quizá fuera posible, pero resultaría mucho más fácil sin la interferencia. Volar requería utilizar todos los sentidos, y el compensador eliminaba la mayor parte de las sensaciones cinéticas.

«Y eso mata piloto…». Wedge estaba convencido de que algunos pilotos habían muerto innecesariamente porque no podían sentir dónde estaban. Jek Porkins, un tipo muy corpulento que siempre mantenía su compensador al máximo de potencia, acabó chocando con la primera Estrella de la Muerte mientras estaba intentando salir de un picado. Sus repetidos «Puedo hacerlo, puedo hacerlo…» desaparecieron entre un estallido de estática cuando su ala-X se estrelló contra el juguete del Emperador. Si Porkins no hubiera estado volando bajo los efectos de la compensación, hubiese podido darse cuenta de que no estaba saliendo del picado y quizá habría dispuesto de tiempo para hacer alguna otra cosa.

«Volar sin usar la compensación al máximo es otra de las cosas que necesitamos enseñar a estos chicos». Wedge se rió de sí mismo. Dejando aparte a Gavin, todos los integrantes del Escuadrón Rebelde tenían casi su edad o eran más viejos. Wedge pensaba en ellos como chicos porque no hablan tomado parte en la clase de combates en los que habían participado él y Tycho. «Y con lo que les enseñaremos, tal vez sobrevivan más tiempo de lo que consiguieron sobrevivir los demás…».

Wedge describió un nuevo rizo cuando el ala-X llegó a la línea del terminador y la luz del día fue sustituida por la oscuridad. Presionó un botón de la consola para convertir su pantalla en un sensor táctico y captó una docena de estelas. La pantalla informó de la presencia de once ala-X y un Adiestrador Z-95XT, la versión benigna del hermano pequeño del ala-X, e identificó las naves.

Wedge sintonizó la frecuencia táctica del sistema de comunicaciones que compartía con Tycho.

—¿Va todo bien, Tycho?

—Afirmativo. Todos los sistemas funcionan correctamente. Pero ha habido algunos gruñidos acerca del orden de preferencia a la hora de comer. No me sorprende. Pasando a Tac-Uno.

—Recibiendo. Wedge pasó a la frecuencia compartida por el resto del escuadrón y captó la última parte de un comentario hecho por Rebelde Nueve, Corran Horn.

… cerdos ciegos que se revuelcan en el barro, y que tardan una eternidad en hacerlo todo.

—Estoy seguro de que aquellos de tus camaradas que pilotan un ala-Y se sentirán muy complacidos al saber lo que opinas de sus naves, Rebelde Nueve.

—Lo siento, señor.

—Me alegro. El comandante de la unidad redujo la velocidad y suministró a los generadores de sus haces repulsores la energía suficiente para contrarrestar la gravedad de la luna. La referencia a los ala-Y, su baja velocidad y la naturaleza escasamente potente de sus sensores había sido oída en los campamentos rebeldes desde los primeros días de la lucha contra el Imperio. Los ala-B habían sido desarrollados para contrarrestar los defectos del ala-Y y sustituirlo en el servicio activo, pero la producción aún tenía que satisfacer la demanda, por lo que todavía había muchos ala-Y en servicio.

Su reputación de «cerdos perezosos» había llevado a que el campo de prácticas de tiro y bombardeo de Folor acabara siendo conocido como «el comedero de los cerdos». Originalmente el mando de la Alianza lo había llamado la «Trinchera» para conmemorar el recuerdo de los pilotos que murieron en el desfiladero artificial de la Estrella de la Muerte, pero los pilotos no veían que hubiese ninguna razón para insistir en tanta ceremonia. Los ala-Y practicaban sus trayectorias de bombardeo dentro de las curvas y los giros del desfiladero lunar, mientras que los pilotos de los cazas preferían los toneles, rizos y cambios de altitud exigidos por el cinturón de satélites que orbitaba la luna.

—Hoy quiero que todos hagáis un poco de trabajo básico en el campo de tiro. Hemos instalado blancos láser para proporcionaros un cierto número de desafíos de vuelo y

puntería. Vuestra ejecución será puntuada tanto en lo referente a la precisión como a la velocidad, y si os dan perderéis puntos. Si sufrís un fallo de equipo, salid del campo y luego tendréis ocasión de volver a intentarlo en cuanto se haya solucionado el problema. No queremos perderos ni tampoco queremos perder el equipo, así que intentad no hacer ninguna estupidez. ¿Alguna pregunta?

La voz de Horn surgió del receptor del casco del comandante.

—Nuestros cañones láser están ajustados a doscientos cincuenta metros, señor, y como punto cero eso resulta un poco demasiado corto para misiones de ataque contra la superficie.

—Pues entonces supongo que tendrá que hacerlo muy bien y disparar muy deprisa, ¿verdad, señor Horn?

—Sí, señor.

Wedge sonrió.

—Bien, bien… Entonces quizá le gustaría ir el primero. El señor Qrygg será su compañero de ala.

—Sí, señor. —El entusiasmo que impregnaba la voz de Horn no tuvo nada que envidiar a la energía de la maniobra ejecutada por su ala-X—. Pasando a la modalidad de ataque de superficie.

—Buena suerte, señor Horn. —Wedge desactivó su unidad de comunicaciones—. Mynock, consigue un resumen de sensores del R2 de Horn y envíaselo al capitán Celchu en Tac-Tres. Va a recibir una serie de datos de Rebelde Nueve, capitán —añadió, sintonizando la frecuencia de Tac-Dos.

—Serán muy interesantes de ver. Se lo está tomando francamente en serio.

—Cierto, Tycho: ese chico se lo toma todo muy en serio. Quiere establecer una marca que los otros no puedan llegar a igualar. —Wedge asintió lentamente—. Me parece que hoy necesita recibir una lección distinta. Bien, esto es lo que vamos a hacer…

8

Corran salió del picado, empezó a deslizarse sobre la superficie de Folor, y dirigió el morro de su caza hacia el par de montañas que indicaban el inicio del comedero de los cerdos. Una hilera de luces rojas se encendía y se apagaba en una rápida secuencia de parpadeos, pareciendo enviar la luz de las llanuras a las cimas de las montañas grisáceas. Los bordes de incontables cráteres desfilaban a una velocidad vertiginosa por debajo de él.

—Nueve, ¿debería Diez derivar la potencia de los escudos hacia adelante?

—Negativo, Diez. Iguálalos. Probablemente, tendremos objetivos detrás. —Corran echó un vistazo a su pantalla de datos—. Silbador, ¿puedes reforzar mis sensores delanteros? Busca formaciones de fondo y marca todo lo que sea anómalo. Sí, sí, de acuerdo… Antes puedes ocuparte de tu conexión de comunicaciones, pero hazlo de todas maneras. Gracias.

Un par de segundos después, el androide astromecánico hizo lo que se le había pedido y la imagen de la pantalla de datos se volvió más nítida y precisa. Las montañas aparecieron en un verde más claro y los probables blancos —en este caso, las luces de las montañas— quedaron traducidos a círculos rojos que empezaban a parpadear en cuanto se disponía de un buen vector de tiro. Por experiencias pasadas, Corran sabía que Silbador convertiría los círculos en diamantes si éstos demostraban ser hostiles.

El caza entró en la «trinchera», y gigantescas paredes rocosas se alzaron a cada lado de Corran. A diferencia de lo que ocurría en los desfiladeros abiertos en la piedra por el incesante fluir del agua, los muros de aquel cañón eran lo suficientemente escarpados y llenos de ángulos para convertir a un caza en partículas de polvo. «Parece como si estuviera volando por entre un montón de dientes en vez de hacerlo entre piedra…».

Corran pasó por encima de un pequeño promontorio y después descendió hacia un valle en el que dos círculos rojos se convirtieron en diamantes. Sus cañones se desviaron hacia la izquierda e iluminaron el primer blanco mientras los haces láser del gandiano caían sobre el segundo.

—Buen disparo, Diez.

—Ooryl estaba demasiado impaciente. En el futuro Ooryl esperará el permiso para abrir fuego.

—Nada de eso. Dos blancos más. Ya los tengo. —Corran permitió que su caza se desviase hacia la derecha—. Recoge lo que a mí se me vaya cayendo.

—Entendido.

Corran tiró de la palanca de control y empezó a subir a fin de ocuparse del primer blanco, y acabó con él antes de que su láser pudiera descender lo suficiente para devolverle el fuego. Después inicio un viraje hacia la izquierda y volvió al centro del cañón, y luego terminó la maniobra con un rizo interior que lo hizo descender hacia el segundo diamante. El blanco consiguió acertarle una vez antes de que Corran lo eliminara, pero el disparo no atravesó los escudos del caza.

Corran volvió a ascender, elevó su caza sobre el estabilizador-S derecho y se deslizó por una esquina de la trinchera. Al subir un poco más para permitir que sus sensores pudieran examinar el valle más allá de una gran elevación del terreno, se encontró bajo el fuego láser de dos casamatas situadas a casi un kilómetro de distancia. Empujó la palanca de control hacia adelante e hizo descender al ala-X, y luego volvió a ascender hacia la elevación del terreno.

—Voy a ocuparme del de babor, y tú encárgate del de estribor.

El comunicador emitió un breve y estridente silbido para indicar que Ooryl había entendido la orden.

El ala-X pasó a toda velocidad por encima del risco, y enseguida empezó a sufrir el ataque del objetivo situado a la izquierda. Corran descendió por debajo del fuego, con la intención de repetir la veloz ascensión de antes cuando Silbador empezara a gimotear. Una luz de amenaza se encendió en la posición de popa.

—¡Escudos de popa a máxima potencia, Silbador!

Varios haces láser se deslizaron muy cerca del ala-X cuando Corran se desvió hacia la izquierda. Dejó caer el pie sobre el pedal derecho del timón de cola, dirigiendo la impulsión de tal manera que hiciese que la cola de su caza se inclinara hacia la derecha. Esa acción sirvió para sacarle de la trayectoria de fuego de los dos cañones, al mismo tiempo que le permitía mantener el morro dirigido hacia el blanco que pretendía atacar. Corran disparó cuatro ráfagas, acertando con la segunda y la tercera.

Luego hizo que el caza girase para presentar su quilla al muro de la montaña que había alojado el cañón que acababa de reducir al silencio, y después activó los generadores de haces de repulsión. Éstos crearon un campo que lo hizo salir despedido de la pared rocosa, impulsándolo de vuelta hacia el centro del desfiladero. Corran viró hacia estribor, desconectó los generadores de haces de repulsión y descendió para adquirir un poco de velocidad. Al hacerlo apareció por debajo de Ooryl, todavía con andanadas láser que pasaban junto a él.

Silbador cambió las tomas del desfiladero durante un momento y le mostró lo que había estado ocurriendo en aquella sección. La ladera inversa del promontorio ocultaba un emplazamiento artillero. Si Corran no hubiera descendido cuando fue atacado por primera vez, sus sensores quizá habrían conseguido detectar su situación.

«Hubiese subido y girado y lo habría eliminado, y luego habría terminado el giro para ocuparme del blanco del lado derecho. Ooryl habría podido liquidar el blanco de la izquierda, y entonces ya no hubiéramos tenido más problemas».

—Vuelve al panorama delantero, Silbador. —En cuanto vio el despliegue de blancos que se estaba aproximando, Corran redujo la velocidad para disponer de un poco más de tiempo que dedicar a cada objetivo—. Parece que vamos a estar muy ocupados.

Silbador replicó con un comentario electrónico bastante sarcástico referente a la elección de términos demasiado suaves.

Los objetivos se iban sucediendo a gran velocidad, y sus artilleros parecían volverse más precisos a medida que el ala-X se iba internando en la trinchera. Corran acarició su

amuleto de la suerte durante un instante, y después se obligó a concentrarse. Analizó las localizaciones de los objetivos y empezó a planear ángulos de ataque. Describiendo giros y virajes, subiendo y bajando, se fue abriendo paso a través del recorrido de tiro. No consiguió darle a cada uno de los blancos contra los que disparó, pero fueron todavía menos los blancos que lograron acertarle.

Cuando llevaban recorridas dos terceras partes de la trayectoria, Corran y Ooryl se fueron aproximando a otro promontorio como el que había escondido una posición artillera en su ladera posterior.

—Quédate atrás, Diez. Deja que atraiga el fuego de cualquier cañón que pueda haber en la ladera de atrás, y así luego podrás aproximarte para acabar con ellos.

Un estridente chillido respondió a sus palabras. Corran rebasó el promontorio un poco prematuramente y lanzó una andanada contra los cañones de la izquierda. Describiendo un gran viraje hacia la derecha, escapó del fuego procedente de abajo.

—Mitad inferior de la ladera, Diez.

Sin esperar ninguna confirmación, Corran hizo que su ala-X virase y llenó de haces láser el blanco de estribor. El blanco de babor seguía disparando contra él, pero Corran pasó por debajo de su hilera de andanadas y siguió internándose por el desfiladero.

—Ooryl acabó con él, Nueve.

—Felicidades, Diez.

Después de dejar atrás la última curva, Corran vio que el desfiladero se estrechaba un poco antes de entrar en su parte más profunda. Encima de esa cañada cuatro blancos láser disponían de un campo de tiro perfecto para hacer pedazos a cualquier ala-X, pero no podían disparar hacia abajo a fin de batir la hendidura que se abría entre las rocas.

—Dame la anchura de esa cañada, Silbador.

El androide le informó con tonos francamente lúgubres de que el promedio de anchura era de 15 metros, con sólo 12,3 en el punto más angosto.

—Perfecto. Las paredes me cubrirán.

Detrás de él, y anticipándose a su acción, Ooryl ya había elevado su ala-X sobre el estabilizador-S de estribor. Corran sonrió y descendió hacia la cañada al mismo tiempo que se aseguraba de que sus alas se mantuviesen paralelas al suelo.

—Tienes que girar, Nueve.

—Negativo, Diez. Es lo suficientemente ancho: hay un metro de sobra a cada lado.

—Si bajas justo por el centro.

—Si no bajara por el centro, tendríais que ir a mi funeral.

Haciendo una profunda inspiración de aire, Corran se concentró en un punto imaginario situado a unos diez metros del morro de su caza. Mantuvo la mano delicadamente posada sobre la palanca de control y se dirigió hacia ese punto. Mantuvo el ala-X en el centro de la cañada, desviándose levemente hacia la izquierda y hacia la derecha a medida que secciones de la pared iban sobresaliendo de un lado o del otro.

El punto decisivo se fue aproximando. «Con calma, con calma…». Corran se desvió cosa de medio metro hacia babor, y de repente el tramo más estrecho se encontró detrás

de él sin que se hubiera dejado ni una sola partícula de pintura en ninguno de sus lados. Las paredes desfilaban velozmente junto a él, con el negro y el gris confundiéndose. Corran se encontró pilotando su nave casi sin ningún esfuerzo. Sabía que hubiese podido recorrer la trayectoria a velocidad máxima sin tener absolutamente ningún problema.

«Casi parece como si hubiera kilómetros junto a cada estabilizador-S en vez de sólo uno o dos metros… —La línea de luminosidad que indicaba el final de la cañada se fue desplegando ante él—. Y ahora tengo objetivos».

El ala-X salió de la hendidura rocosa en un veloz ascenso y empezó a escupir fuego. Corran empezó por el blanco que se encontraba más abajo, acertándole de lleno con el primer disparo, y luego dirigió las andanadas hacia arriba y hacia estribor mediante un giro y una ascensión. Acabó con el segundo blanco, y después siguió girando hasta que su caza quedó invertido. Dos ráfagas meticulosamente controladas le permitieron eliminar al tercer puesto artillero y Ooryl, siguiendo la maniobra de Corran, se encargó del último.

Corran descendió, viró y pasó a toda velocidad junto a Ooryl cuando se dirigían hacia la salida de la hendidura. Tirando de la palanca de control, hizo que su ala-X quedara erguido sobre la cola y se alejó velozmente de Folor. Un largo rizo le permitió sustituir distancia por tiempo, y Corran pasó por encima del ala de Ooryl mientras los dos avanzaban hacia el punto en el que estaba orbitando el resto del escuadrón.

La voz del comandante Antilles llenó el casco de Corran.

—Una exhibición muy impresionante, señor Horn. Su puntuación es de tres mil doscientos cincuenta sobre los cinco mil puntos posibles. Lo ha hecho francamente bien.

Corran sonrió de oreja a oreja.

—¿Has oído eso, Silbador? El Jefe Rebelde ha quedado impresionado. —El joven corelliano activó su unidad de comunicaciones—. Gracias, señor.

—Ya puede poner rumbo hacia la base, señor Horn. Su participación en este ejercicio ha llegado a su fin. Considérese en libertad de hacer lo que le plazca durante el resto del día.

—Sí, señor. Rebelde Nueve vuelve a casa.

«Sí, podía considerarme en libertad… de ser humillado». Los músculos se tensaron junto a las comisuras de los labios de Corran mientras apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar. Había aguardado en el hangar a que los otros volvieran a la base, con la esperanza de oír que su marca no había sido superada durante el resto del ejercicio. Sabía que estaba deseando recibir felicitaciones por lo maravillosamente bien que había volado, pero no de la forma egoísta en que lo hubiese hecho Bror Jace. Corran no quería reinar sobre los demás desde lo alto de una cima inalcanzable, y sólo deseaba saber que le tenían por un gran piloto.

Los demás habían vuelto en parejas y, en su mayor parte, habían intentado evitarle. Lujayne Forge y Andoorni Hui habían sido las primeras en regresar. Cuando Corran vio aproximarse sus naves, su sonrisa se volvió aún más ancha. Sabía que había superado con

creces cualquier puntuación que hubieran podido obtener. «Son buenos pilotos, pero realmente he estado volando al máximo de mis capacidades. Hoy nadie podía tocarme».

Andoorni había permanecido en silencio, posiblemente sumida en la melancolía o la reflexión… pero ¿quién podía saberlo con una rodiana? Lujayne había estado a punto de pedirle disculpas.

—He obtenido una puntuación de tres mil trescientos, Corran. Andoorni ha obtenido tres mil setecientos cincuenta puntos.

—¿Qué?

Lujayne titubeó, recogiendo un mechón de cabellos castaños detrás de su oreja izquierda.

—Sencillamente era nuestro día de volar bien. Nos inspiraste, de veras…

—Fuiste una auténtica inspiración, Horn.

Las orejas de la rodiana rotaron hacia él, y luego volvieron a su posición original cuando Andoorni se alejó.

Lujayne le sonrió afablemente.

—¿Quieres ir a Horas Bajas y comer algo?

El tono de su voz sugería de una manera muy obvia que Corran quizá quisiera aceptar su oferta para ahorrarse el tener que soportar lo que estaba a punto de caer sobre él.

Pero a pesar de la advertencia no pronunciada en voz alta. Corran había meneado la cabeza.

—Gracias. Puede que te vea en la cafetería más tarde.

Corran siguió esperando a que el resto del escuadrón volviera del entrenamiento. Pesh Vri'syk y Ooryl regresaron juntos. El bothano de rojizo pelaje dio grandes muestras de deleite al poder notificar una puntuación de 4.200. El gandiano no abrió la boca en todo el rato, y cuando por fin habló se limitó a decir:

—Qrygg se anotó cuatro mil cincuenta puntos.

Esa respuesta le indicó a Corran que estaba ocurriendo algo muy extraño. Al volver a referirse a sí mismo utilizando su apellido Ooryl había demostrado que se avergonzaba de su puntuación, pero Corran sabía que en realidad hubiese debido estar radiante. El hecho de que resultara evidente que Ooryl no quería hablar con Corran, y que sólo aceptara hacerlo después de que Corran insistiera, significaba que el motivo de la vergüenza de Ooryl, fuera el que fuese, tenía algo que ver con el corelliano.

Los otros pilotos no dijeron gran cosa y se limitaron a comunicar sus puntuaciones. Todos habían obtenido mejores resultados que Corran, y la mayoría le habían superado en más de 1000 puntos. A Corran eso le parecía totalmente imposible. Sabía que había recorrido aquel trayecto de entrenamiento todo lo bien que podía llegar a hacerlo. «En ejercicios subsiguientes quizá consiguiera obtener esa clase de puntuaciones, pero nunca la primera vez. Eso no es posible. A menos que…».

Corran echó a correr hacia la toma de energía a la que se había conectado Silbador.

—Al principio de nuestra trayectoria estableciste una conexión de comunicaciones con alguien, Silbador. ¿Con quién estuviste en contacto?

El proyector holográfico del androide empezó a brillar. Una imagen en miniatura de Wedge Antilles flotó entre ellos.

—Le enviaste los datos de mis sensores, ¿verdad?

Una seca serie de silbidos de reproche siguió a una nota afirmativa.

—Ya sé que no te prohibí que lo hicieras.

Un estridente graznido hizo que Corran torciera el gesto.

—Sí, aprobé tu acción. Pero nunca vuelvas a difundir esa clase de datos sin contar con mi permiso, Silbador.

El pequeño androide emitió un suave trino electrónico, y después pasó a emplear el mismo canturreo que había utilizado para advenir a Corran cuando Loor entró en el despacho del complejo de la Fuerza de Seguridad. El piloto se volvió y vio cómo el Cazador de Cabezas de adiestramiento atravesaba la burbuja de confinamiento magnético, seguido de cerca por el Jefe Rebelde. Ignorando decididamente los quejumbrosos balidos de Silbador, Corran contempló el descenso de la nave.

—Ya va siendo hora de obtener respuesta a algunas preguntas…

Corran sintió un tirón en la pernera de su traje de vuelo cuando la extensión de pinza de Silbador se cerró sobre la tela. El corelliano se apartó, tirando de la tela con la fuerza suficiente para desgarrarla.

—Ya me traicionaste en una ocasión aquí mismo, Silbador, así que no agraves todavía más el problema.

Las melancólicas notas musicales del androide fueron formando una especie de marcha fúnebre mientras Corran iba hacia el ala-X de Wedge. El joven corelliano se inclinó para pasar por debajo del morro y luego se puso firmes cuando Wedge empezó a bajar por la escalerilla. Con un nudo de ira que le oprimía la garganta, Corran saludó al comandante y mantuvo su mano temblorosa pegada a la frente hasta que Wedge le devolvió el saludo.

—¿Quiere hablar conmigo acerca de algo, señor Horn?

—Sí, señor.

Wedge se quitó los guantes.

—¿Y bien?

—¿Me da su permiso para hablar con franqueza, señor?

—Desahóguese, señor Horn.

Las manos de Corran se convinieron en puños.

—Transmitió mis datos de puntería a todos los demás, ¿verdad? Volé todo lo mejor que podía hacerlo e hice ese trayecto todo lo bien que se puede llegar a hacer cuando es la primera vez que lo recorres. Usted les pasó esos datos a los demás, y eso significa que los demás llevaron a cabo su recorrido basándose en las cosas que yo había hecho. Les proporcionó mi puntuación para que les sirviera como base, y ellos la utilizaron como tal.

Los ojos castaños de Wedge sostuvieron la mirada de Corran sin la más mínima vacilación.

—¿Y…?

—Que no es justo, señor. Soy uno de los mejores pilotos de este escuadrón, pero parece como si fuese el peor. Los otros parecen mejores, pero no lo son. Me han robado.

—Comprendo. ¿Ha terminado?

—No.

—Bien, pues debería… o puede que esté acabado para siempre ¿Me entiende?

El gélido tono de la voz de Wedge llenó de agujas de hielo las entrañas de Corran.

—Sí, señor.

Wedge señaló el exterior de la base con una inclinación de la cabeza.

—Tiene que examinar el por qué está aquí, señor Horn. Forma parte de un equipo, y debe actuar como parte de él. Si necesito que ataque una trinchera de esa forma y que envíe sus datos a un escuadrón de ala-Y que se esté aproximando, entonces le obligaré a hacerlo. Lo bueno que sea usted no significa nada si el resto de pilotos del escuadrón muere. Quizá sea el mejor piloto del escuadrón, pero el escuadrón sólo es tan bueno como el peor de sus pilotos.

»Hoy los demás han aprendido a utilizar los datos de un vuelo de reconocimiento de tal forma que les ayudaran a atravesar un territorio mortífero. Usted ha aprendido que el mero hecho de que sea un buen piloto no le hace más importante que cualquier otro integrante de este escuadrón. Me complace que mi gente haya aprendido esas lecciones. Si usted no las ha aprendido, estoy seguro de que hay otros escuadrones a los que les encantaría poder utilizar las sobras del Escuadrón Rebelde.

Corran sintió que las mejillas le empezaban a arder, y notó un repentino vuelco en el estómago. «Tiene razón. Ha visto lo mismo que vio Lujayne, y ha encontrado una forma de hacerme entender hasta qué punto puede llegar a ser un problema muy serio. Me he estado comportando como un idiota…».

—Sí, señor —dijo, tragando saliva.

—¿Sí qué, señor Horn?

—Me alegro de aprender lo que he aprendido, señor. Quiero seguir con el escuadrón.

Wedge asintió lentamente.

—Excelente, porque no quiero perderle. Tiene todo lo que se necesita para llegar a ser un gran piloto, pero todavía le falta un poco para alcanzar esa meta. Posee las capacidades que necesita, pero formar parte de este escuadrón requiere algo más que saber volar bien.

El adiestramiento que recibirá será un poco distinto del de los demás, pero su necesidad de aprender es igual de grande que la suya. ¿Lo ha entendido?

Corran asintió.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Wedge entregó su casco y sus guantes a un astrotécnico.

—Y sólo para que lo sepa, tiene todo el derecho del mundo a estar furioso. Pero recuerde una cosa: dejarse dominar por esa clase de ira en una batalla supondrá su muerte… y creo que usted tiene tan pocas ganas de que eso ocurra como yo. —El jefe del escuadrón le saludó marcialmente—. Puede irse, señor Horn.

Corran le devolvió el saludo, giró sobre sus talones y se alejó hacia las profundidades del hangar caminando con pasos mecánicos y envarados. Avanzó por entre los cazas, pasando por encima de los cables de energía y dando rodeos para esquivar las carretillas de las herramientas. Se mantuvo deliberadamente alejado del sitio en el que Silbador se estaba recargando, porque la pequeña unidad R2 había llegado a perfeccionar el silbido de la variedad «Ya te lo había dicho», y Corran sabía que lo había oído con excesiva frecuencia desde la muerte de su padre.

—Señor Horn…

Corran se detuvo y parpadeó para expulsar de su mente las nubes de oscuros recuerdos que amenazaban con invadirla. Su mano se alzó en un rápido saludo.

—Capitán Celchu.

El hombre de ojos azules le devolvió el saludo, y después se cruzó de brazos.

—¿Todavía puede caminar y hablar?

—¿Señor?

—O el comandante Antilles está olvidando el arte de bajarle los humos a los reclutas o… —y los labios de Tycho dibujaron una sonrisa torcida— usted está hecho de un material bastante más resistente de lo que me había imaginado.

9

Los verdes ojos de Corran se entrecerraron.

—Pues yo diría que el comandante no ha sido nada blando conmigo, señor.

Tycho alzó una mano.

—Discúlpeme, señor Horn. Me temo que no he sabido expresarme adecuadamente… Su historial en la Fuerza de Seguridad de Corellia y la forma en que tiende a sobresalir en aquellos escenarios donde puede actuar por su cuenta me han hecho pensar que es usted un solitario. A los solitarios no suele gustarles demasiado que se les obligue a operar formando parte de un equipo.

«Pero yo no soy así… ¿O realmente sí lo soy?». Corran frunció el ceño.

—Puedo trabajar en colaboración con otros, pero sé que cuando las cosas empiezan a ponerse realmente feas entonces sólo puedo confiar en mí mismo. No puedo evitar comportarme de esa manera, porque eso es lo que me ha permitido seguir con vida en situaciones bastante difíciles.

Tycho señaló el pasillo que llevaba hacia las profundidades de la base de Folor, y Corran echó a andar junto a él.

—El problema de esa actitud, Corran, es que mantiene alejados a los demás. Hace que les resulte más difícil ayudarte cuando lo necesitas. Les impide estar seguros de que también los ayudarás cuando llegue el momento en que te necesiten.

—Eh, nunca he abandonado a un compañero en apuros.

—No lo dudo, pero usted define a los «compañeros» utilizando sus propios términos… y puede que otros no se vean a sí mismos como amigos suyos. —Los labios de Tycho se unieron para formar una rígida línea cargada de tensión—. Es evidente que el estar aquí no le resulta nada fácil, ¿verdad?

«Está llegando a conclusiones injustificadas. Me he adaptado tan bien como cualquier…». Corran volvió la cabeza hacia la derecha para mirar fijamente a Tycho.

—¿Por qué piensa eso, señor?

—Estuvo en la Fuerza de Seguridad de Corellia, y dedicó una gran parte de su tiempo a perseguir a personas que ahora son sus aliados. Esa transición no es algo que se pueda llevar a cabo de la noche a la mañana.

—A usted también ha tenido que resultarle igual de difícil, señor. Fue un piloto imperial.

Tycho tardó unos momentos en replicar y Corran se dio cuenta de que acababa de abrirse una ventana de vulnerabilidad, y también se percató de que había vuelto a cerrarse casi de inmediato. Lo supo con la certeza con la que había sabido que acababa de detectar las mentiras que los sospechosos le contaban durante los interrogatorios. Sintió un deseo casi incontenible de aprovechar aquella brecha, pero el fugaz destello de dolor que vio brillar en los ojos de Tycho se lo impidió.

—Limitémonos a decir que mi situación era muy distinta de la suya, Corran. —El rostro de Tycho se relajó hasta convenirse en una máscara totalmente desprovista de emociones—. Tanto el momento como las circunstancias eran distintos.

Corran oyó el timbre inconfundible de la sinceridad en las palabras de Tycho, y decidió que sería mejor no seguir insistiendo en ese tema. Aquella sinceridad le permitió pensar con más claridad, y se abrió paso a través de muros que ni siquiera se había dado cuenta de que hubiese erigido.

—Quizá tenga razón, señor. Cuando miro a mí alrededor, veo la clase de escondite de contrabandistas que mi padre y yo siempre ardíamos en deseos de aplastar. Me basta con echarle un vistazo a este sitio para saber que tuvo que ser usado por contrabandistas antes de que la Alianza lo convirtiera en una base. Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora…

—Hubiese estado todavía más convencido de que la Rebelión no tenía la razón de su parte.

—Sí, supongo que sí. —Corran dejó caer la mano derecha sobre su estómago—. Me acuerdo de que cuando el Imperio emitió las órdenes de búsqueda de Han Solo y Chewbacca yo estaba en la Academia de la Fuerza de Seguridad. Los acusaban del asesinato del Gran Moff Tarkin… Ni una palabra sobre la Estrella de la Muerte, por supuesto. También recuerdo haber pensado que si ya estuviera trabajando con la Fuerza de Seguridad, hubiese capturado a Solo. Pensaba que Han Solo era una mancha en el honor de Corellia.

La sombra de una sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Tycho.

—Y sigue pensándolo.

Corran torció el gesto.

—Han Solo transportaba especia de contrabando para un hutt. Tengo entendido que tomó algunas decisiones que hicieron que su vida se convirtiese en un infierno. Puedo entender y aprobar el que liberase esclavos wookies, porque en Corellia no había absolutamente nadie a quien le gustara la esclavitud, pero después de eso llegó a caer bastante bajo.

Tycho asintió.

—Y cuando su vida se desintegró usted no llegó a caer tan bajo, lo cual quiere decir que él no estaba obligado a caer tan bajo.

—Algo por el estilo. —Corran se detuvo cuando iban a entrar en el corredor que los sacaría del hangar—. ¿Eso es lo que piensa de mi opinión, o es lo que piensa de Han Solo en relación con el hecho de que usted abandonara el servicio imperial de la manera en que acabó haciéndolo?

La sonrisa de Tycho se volvió un poco más ancha.

—Qué perspicacia tan interesante… Usted piensa que hubo un momento en el que Han Solo, que había unido su concepto del honor a su servicio al Imperio, se olvidó de que ese honor podía existir fuera del servicio imperial. Me parece que se trata de una idea errónea que debe ser corregida.

—Y el que haya sido corregida le proporcionó la fama, la gloria y a la princesa Organa.

—Cierto, pero lo importante es que Han Solo sabe que el honor existe dentro de tu persona y que sólo puede irradiar hacia el exterior. Lo que ocurra en el exterior no puede cambiarlo o aniquilarlo a menos que abandones tu honor. Muchas personas renuncian al honor con demasiada facilidad, y luego hacen lo que pueden para llenar el vacío que eso ha creado en sus corazones. —Tycho meneó la cabeza—. Le ruego que me disculpe por haberle obligado a oír este pequeño sermón. He dispuesto de una cantidad de tiempo lamentablemente grande para pensar en este tipo de asuntos.

Dos oficiales de seguridad de la Alianza fueron hacia ellos. La teniente habló con voz suave y tranquila.

—¿Ya está listo para volver a su alojamiento, capitán Celchu?

Y de repente el piloto alto y delgado pareció sentirse muy fatigado, como si su esqueleto acabara de encogerse una talla de tal forma que su carne colgara fláccidamente de él.

—Sí, me parece que sí. Muchas gracias por esta conversación, señor Horn.

—De nada, señor.

Tycho dirigió una inclinación de cabeza a la mujer.

—Después de usted.

—No, señor —dijo ella—. Después de usted.

Corran pensó que había algo totalmente equivocado en su tono. Hasta aquel momento había dado por supuesto que se estaba ofreciendo a escoltar al capitán Celchu hasta su alojamiento como un acto de cortesía, pero el repentino y cortante filo adquirido por su voz había transformado las últimas palabras en una orden. «¿Qué razón puede haber para que le estén obligando a volver a su alojamiento? No lo entiendo… Esa mujer le está tratando igual que si fuera un criminal».

Los siguió con la mirada, intentando reconciliar la acción de la oficial de seguridad con una necesidad de proteger a Tycho de alguna amenaza. No podía imaginarse que nadie de la base de la Alianza fuera capaz de seguir guardándole rencor a Tycho por las cosas que había hecho antes de unirse a la causa rebelde. Convertirse en un rebelde era como empezar de nuevo partiendo de cero: la pantalla de datos era borrada, y el pasado quedaba olvidado. «Y sin embargo yo todavía tengo ciertas reservas acerca de Han Solo. Aun así, no quiero asesinarle, por lo que no necesita protección».

Se dio cuenta de que estaba intentando racionalizar el por qué Tycho estaba siendo escoltado por guardias armados y comprendió que la respuesta más sencilla era que, de alguna manera, Tycho suponía una amenaza para la Alianza. La obvia ridiculez de tal idea brillaba con la cegadora intensidad de una supernova, porque si Tycho realmente constituyera alguna clase de amenaza entonces nadie hubiese confiado en él para que enseñara a volar a los pilotos. «Aunque tampoco hay que olvidar que le han asignado un Cazador de Cabezas de entrenamiento…».

—Ah, estás aquí.

La voz femenina hizo que Corran irguiera la cabeza. Un poco más alta que él, pero más delgada y caminando sobre dos piernas muy largas y muy hermosas, la recién llegada entró en el hangar y clavó los ojos en el corelliano. Corran giró sobre sus talones y miró hacia atrás para averiguar a quién se estaba dirigiendo, pero cuando volvió nuevamente la mirada hacia ella, vio que acababa de detenerse justo delante de él.

—Me estaba preguntando dónde te habías metido.

—¿Quién, yo? —Corran enarcó una ceja—. ¿Estás segura de que me buscabas a mí, Erisi?

Erisi asintió, visiblemente segura de sí misma. Un destello de simpatía iluminó sus grandes ojos azules.

—Me enviaron en tu busca. Los demás están en Horas Bajas, hablando de lo que ocurrió ahí fuera.

—¿Y todavía no os habéis reído lo suficiente, y por eso queréis que me reúna con vosotros? —Corran meneó la cabeza—. Gracias, pero… En alguna otra ocasión, ¿de acuerdo?

—No, ahora. —Erisi le cogió por el codo izquierdo—. Queremos que vengas para que podamos disculparnos.

Corran titubeó, intentando ocultar su sorpresa. Erisi parecía sincera, pero era una thyferrana y casi siempre estaba en compañía de Bror Jace. Corran intentó decidir si le estaba tendiendo alguna clase de trampa, pero la delicadeza con la que sus cortos cabellos negros se pegaban a la curva de su largo cuello le distraía y le impedía pensar con claridad.

—No estoy muy seguro de ser buena compañía.

—Tienes que venir —dijo ella, tirando suavemente de su codo para llevarlo hacia el pasillo—. Oye, todos utilizamos tus datos porque el comandante Antilles nos dijo que nuestro ejercicio consistía en hacer precisamente eso. No nos contó lo que había ocurrido y lo que te había hecho hasta que hubimos terminado las trayectorias. Nos ordenó que no te dijéramos nada salvo para notificar nuestras puntuaciones. A nadie le ha gustado demasiado lo ocurrido, y queremos compensarte de alguna manera.

Corran asintió y echó a andar junto a ella.

—¿Y cómo te tocó la misión de venir en mi busca? ¿Sacaste la carta de sabacc más baja?

Erisi, sus ojos dominando un rostro delicadamente esculpido de pómulos esbeltos y firme mandíbula, le sonrió.

—Me ofrecí voluntaria. Nawara Ven y Rhysati Ynr están intentando meter algo de sentido común en la dura cabeza de Bror, y tenía que salir de allí durante un rato.

—¿Y eres capaz de dejar abandonado a otro thyferrano para que se enfrente a una conversación con un ahogado twi'lek?

La carcajada de Erisi creó débiles ecos en el pasillo sumido en la penumbra. Las tiras de iluminación se extendían a lo largo de los bordes del túnel allí donde el suelo se encontraba con las paredes y les proporcionaban la claridad suficiente para moverse, pero

casi todas las personas que se encontraban por delante de ellos quedaban reducidas a siluetas oscuras.

—Bror Jace procede de una familia que posee una parte bastante significativa de las acciones de Zaltin. Los Jace son famosos por ser bastante altivos y difíciles de soportar.

—No me había dado cuenta.

—Pues te tenía por un observador más agudo. —Erisi le apretó suavemente el brazo—. Y además, Bror se ha fijado en ti. Te considera como su gran rival en la lucha por la supremacía dentro de este escuadrón.

—Se está olvidando del comandante y del capitán Celchu.

Erisi meneó la cabeza.

—No se está olvidando de ellos, sino que se limita a ignorarlos. Como dijo el comandante Antilles, quienes han servido con el Escuadrón Rebelde anteriormente son leyendas, y Bror cree que no se puede derrotar a una leyenda. ¿Convertirse en una? Oh, sí. Pero superar a una leyenda… no, eso nunca.

—Te agradezco tu franqueza, Erisi, pero me sorprende un poco oírte hablar de un amigo en unos términos tan poco elogiosos.

—¿Qué te ha hecho pensar que éramos amigos?

—El hecho de que pasas muchísimo tiempo con él, quizá.

—Oh, eso… —Erisi dejó escapar una risita cortés—. Más vale Moff conocido que nuevo enviado del Emperador por conocer. Nunca podré llegar a ser amiga de alguien que ha crecido dentro de la cultura empresarial de Zaltin. Mi gente está con Xucfra, el verdadero líder en la producción y las operaciones de refinado del bacta. Mi tío descubrió la contaminación asherniana del Lote ZX1449F.

—¿De veras?

La mujer le lanzó una rápida mirada de soslayo, el rostro paralizado durante un milisegundo, y después sonrió y le dio una juguetona palmada en el hombro izquierdo.

—¡Oh, vamos! Ya sé que la política empresarial thyferrana resulta muy aburrida, pero para mi gente es tan vital como la sangre. Aunque hay millares de vratix que cultivan alazhi y refinan bacta, en realidad los diez mil humanos que dirigen las corporaciones son quienes hacen que la galaxia pueda disponer del bacta. Al ser una comunidad tan pequeña, y debo admitir que francamente rica, damos mucha importancia a los logros de nuestros parientes.

Corran asintió mientras llegaban a una escalera mecánica que los llevaría hacia las profundidades del corazón de Folor.

—¿Y el elegir a un miembro de cada familia corporativa fue una forma de evitar suspicacias?

—En el caso de que eso fuera posible, por supuesto. —Erisi le guiñó el ojo—. Sospecho que habrían enviado a más de nosotros, pero el establecimiento de un vínculo realmente sólido con la Alianza crea feroces discusiones en Thyferra. Nuestros líderes parecen haber optado por seguir el camino de la neutralidad benigna.

«Y utilizar a un bando en contra del otro significa grandes beneficios para el Cártel del Bacta».

—Sí, pero… Bueno, ¿estás lo suficientemente convencida de que la Rebelión tiene razón como para ofrecerte voluntaria?

—Hay momentos en los que los ideales más elevados deben tener preferencia sobre la seguridad personal.

Salieron de la escalera mecánica y atravesaron una pequeña sala hasta llegar a un orificio oscuro abierto en la lisa suavidad de la piedra fundida. Más allá de él había una ruidosa galería de roca prácticamente desprovista de luz visible, a menos que los intensos colores de los neones estroboscópicos que la reseguían pudieran ser considerados como adecuados para la iluminación. Voces surgidas de docenas de gargantas alienígenas graznaban por debajo del retumbar de la conversación humana o chillaban por encima de él. La pesada atmósfera cargada de humedad apestaba a sudor, humo acre y asfixiante y néctares fermentados procedentes de centenares de mundos de la Alianza y de más de unas cuantas fortalezas imperiales.

Corran se detuvo en el umbral de la cafetería improvisada a la que los rebeldes habían decidido llamar Horas Bajas. «Si todavía estuviera en la Fuerza de Seguridad, pediría refuerzos antes de poner los pies en un sitio semejante…».

Erisi tomó su mano entre las suyas y le guió hacia el interior de la galería. Como si pudiera ver cosas que Corran era incapaz de ver, le fue conduciendo por entre mesas de juegos holográficos y grupitos de pilotos y técnicos. Alguien había instalado un proyector holográfico en un rincón. El aparato parecía estar proyectando un acontecimiento deportivo que se estaba celebrando en Commenor, pero el exoesqueleto acolchado que lucían los jugadores y el balón curiosamente erizado de pinchos que estaban lanzando de un lado a otro no pertenecían a ningún depone conocido por Corran. Dejando aparte a un cuarteto de ugnaughts sentados junto al límite del anillo de proyección que alzaban los ojos hacia las gigantescas figuras, nadie parecía sentir el más mínimo interés por el partido.

El resto del Escuadrón Rebelde se había reunido en un ángulo de la cafetería. El primero en atraer la atención de Corran fue Gavin, tanto por su tamaño como por su nerviosismo. El joven estaba mirando a los distintos alienígenas como si nunca los hubiera visto antes. Eso sorprendió un poco a Corran, porque pensaba que, con Mos Eisley en Tatooine, Gavin ya habría tenido ocasión de hartarse de ver alienígenas. «Aunque dudo que el chico haya pasado mucho tiempo allí. Está tan verde como la espuma de la cerveza de Lomin…».

Bror Jace y Nawara, sentados hacia la derecha, parecían hallarse absortos en una intensa conversación. Shiel pasó junto a Corran y le entregó a Gavin una jarra llena de un líquido humeante que desprendía un olor dulzón. Lujayne le dirigió una sonrisa a Corran nada más verle, y después golpeó suavemente con el borde de su jarra la mesa alrededor de la que estaban sentados.

—Tenemos aquí a Corran.

La reacción del bothano a la llegada de Corran pareció ser relativamente apática, pero todos los demás parecieron complacidos de verle. El twi'lek señaló a Corran con la punta de una cola cefálica, y Bror Jace incluso consiguió sonreír. Levantándose y dando un paso hacia adelante, el piloto thyferrano le ofreció la mano.

—Quiero que sepas que de haberlo sabido no hubiese utilizado tus datos —dijo—. Seré el primero en firmar una carta de protesta dirigida al general Salm.

—¿Una carta de protesta?

Nawara parecía un poquito exasperado.

—Algunos miembros del escuadrón opinan que la forma en que te ha tratado el comandante Antilles exige una protesta oficial. Corran clavó la mirada en los ojos de Nawara.

—¿No eres de la misma opinión?

El twi'lek meneó lentamente la cabeza.

—No creo que vaya a resultar efectivo y, sinceramente, opino que en realidad se trata de un incidente francamente menor.

Corran sonrió.

—Me alegra ver que alguien ha sido capaz de conservar el sentido de la perspectiva.

Los gélidos ojos azules de Bror se entrecerraron.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, amigos míos, que formamos parte de una unidad militar involucrada en una insurrección ilegal contra un gobierno que controla la mayoría de los planetas de esta galaxia. Aquí todos somos voluntarios, y todos hemos venido a este lugar porque esperamos conseguir la libertad para todas las especies conscientes derribando al gobierno. Si no hay más remedio, todos estamos dispuestos a hacer el máximo sacrificio imaginable… y sin embargo, ¿resulta que ahora vamos a protestar porque no nos gusta la forma en que uno de los líderes más condecorados y reverenciados de la Rebelión dirige los ejercicios de adiestramiento? Francamente, no lo creo.

Gavin, que tenía los ojos muy abiertos y llenos de confusión, miró fijamente a Corran.

—Pero lo que te hizo no estuvo bien. Se comportó de una forma implacable y rastrera, y únicamente para herirte y hacerte daño.

—Estoy de acuerdo en que fue bastante desagradable y que actuó de una manera implacable, pero no pretendía herirme ni hacerme daño. —Miró al resto del escuadrón—. El comandante Antilles quería dejarme muy clara una cosa, y lo consiguió. Y también os ha dejado muy clara una cosa, ¿verdad? El que ahora estéis reunidos aquí de esta manera, vuestra incomodidad ante lo que ocurrió y vuestro deseo de protestar por la forma en que he sido tratado significan que sé que vais a estar allí cuando os necesite. Y ahora vosotros sabéis que estoy dispuesto a hacer todo lo que deba hacer para asegurarme de que nuestro escuadrón será capaz de hacer su trabajo. Si eso significa que he de actuar en solitario o con Ooryl, o que he de hacer cualquier otra cosa para obtener la información necesaria, lo haré.

»Lo que todos debemos recordar es esto: nada de cuanto pueda llegar a hacernos el comandante Antilles será peor que lo que el Imperio ya ha hecho en centenares de mundos. Destruyeron Alderaan. Destruyeron a los Jedi, y si pueden nos destruirán. Gracias a lo que hizo hoy, el comandante Antilles sabe que puede contar conmigo… Y espero que vosotros también lo sepáis.

Erisi le tomó la mano izquierda y se la levantó por encima de la cabeza.

—Creo que Corran tiene razón. Quizá no haya sido el mejor piloto del ejercicio de simulación de hoy, pero probablemente es el que más ha aprendido.

Lujayne se levantó, fue hacia Corran y le abrazó.

—Como segunda peor piloto de hoy, te doy las gracias… tanto por tu habilidad como por la sabiduría de que acabas de dar muestra.

Corran se ruborizó ligeramente, liberó su mano izquierda de la suave presa de los dedos de Erisi y retrocedió para salir del abrazo de Lujayne.

—Muchas gracias a todos, pero únicamente para que no penséis que siempre sé ver las situaciones con tanta claridad… bueno, debo admitir que he mantenido una discusión con el comandante Antilles durante la que me hizo ver la mayoría de las cosas que acabo de mencionar.

—¿Gritos? ¿Puñetazos?

—No. Sólo hubo una conversación muy clara y concisa.

Shiel enseñó los dientes y Gavin se rió. Lujayne metió la mano en el bolsillo del muslo de su traje de vuelo y extrajo un puñado de monedas de forma bastante rara. Después se las alargó al twi'lek, quien las tomó y sonrió avariciosamente. Acarició un par de ellas con sus dedos terminados en afiladas garras, y luego alzó la mirada y se quedó tan inmóvil como si acabaran de sorprenderle con las manos manchadas de sangre.

Corran entrelazó las manos y permitió que reposaran sobre la hebilla de su cinturón.

—¿Y esos créditos son para…?

—Por haber ganado la apuesta. —Nawara se guardó las monedas en un bolsillo—. Dije que serías razonable. Rhysati le asestó un codazo.

—Optaste por lo de que sería razonable porque con esa apuesta obtenías las mejores probabilidades.

El twi'lek puso cara de sentirse bastante ofendido.

—Yo mantengo opiniones. No las apuesto.

Corran se echó a reír.

—¿Quién dijo que estaba dispuesto a desafiar al comandante Antilles en un duelo a muerte a bordo de un ala-X?

Erisi alzó la mano.

—Y además las probabilidades estaban bastante igualadas.

—Nawara ganó apostando por lo que había en mi cerebro, pero tú apostaste por lo que había en mi corazón. —Corran señaló la barra—. En honor de tu sagacidad, te invitare a tornar lo que más le apetezca a tu corazón.

Erisi volvió a cogerle la mano izquierda.

—¿Y si eso no tiene precio?

—Pues entonces te invitaré a tomar una copa y hablaremos de qué más se podría hacer para que te sintieras feliz.

Bror Jace se inclinó ante Erisi.

—Para conseguir que se sintiera feliz, deberías hacer que la empresa de su familia obtuviera todavía más beneficios de los que ya está obteniendo.

—Y conseguir eso significa que tendría que hacer algo para aumentar el uso del bacta, ¿verdad? —Corran extendió las manos en un gesto que pretendía abarcar a la totalidad del escuadrón—. Y dado que el Imperio compra bacta y que vamos a disparar contra sus pilotos, tengo la impresión de que no me resultará demasiado difícil.

10

El piloto de la lanzadera volvió la cabeza para mirar por encima del hombro izquierdo.

—Probablemente, querrá ponerse el arnés de seguridad, agente Loor. Vamos a salir del hiperespacio.

Kirtan empezó a luchar con las tiras del arnés y después se apresuró a alzar la cabeza, temiendo que su falta de coordinación traicionara el nerviosismo que sentía.

—Gracias, teniente, pero ya he viajado por esta ruta con anterioridad.

—Sí, señor —replicó untuosamente el piloto—, pero apuesto a que ésta es su primera visita al Centro Imperial.

Kirtan hubiese deseado emitir alguna réplica tan sarcástica que redujera al silencio al piloto, pero de repente se sintió invadido por una abrumadora sensación de desastre. Había dejado transcurrir dos semanas enteras antes de comunicar la muerte de Gil Bastra a sus superiores. Durante ese tiempo, Kirtan analizó frenéticamente todas las pistas que Bastra había ofrecido durante su interrogatorio e intentó expandirlas al máximo. Todas parecían ser callejones sin salida que no llevaban a ninguna parte, pero Kirtan sabía que si conseguía disponer del tiempo suficiente para averiguar su significado oculto, acabarían conduciéndole hasta Corran Horn.

En su informe había intentado poner el mayor énfasis posible en lo positivo, pero pocas horas después de haberlo enviado recibió la orden de presentarse en el Centro Imperial, anteriormente conocido como Coruscant. Se le ordenó que fuera a la capital imperial lo más rápidamente posible. Como si la suerte estuviera de su parte —una suerte en la que Kirtan no veía absolutamente nada de benigno—, el pasaje en una serie de naves fue organizado con las mínimas dificultades posibles. Esta última nave, una lanzadera prestada por el *Agresor*, le llevaba sin ningún esfuerzo hacia su perdición.

El muro de luz visible a través del ventanal se disolvió en un billón de puntos de luz cuando la nave salió del hiperespacio. El Centro Imperial, un mundo grisáceo cubierto de nubes y circundado por un anillo de plataformas defensivas Golan, parecía todavía más imponente y aterrador de lo que se había imaginado Kirtan. El agente de inteligencia había esperado encontrarse con que el mundo que llegó a convertirse en una gigantesca ciudad se hallaba tan muerto y helado como el Emperador que había gobernado desde él. En vez de eso, la presencia del hervidero de nubes iluminadas por la blancura de los relámpagos hacía que la verdadera naturaleza del planeta quedara tan envuelta y escondida como el futuro de Kirtan.

—Centro Imperial, aquí la lanzadera *Objurium* solicitando permiso para entrar en el Vector del Palacio.

—Transmita código de autorización, lanzadera *Objurium*.

—Transmitiendo. —El piloto se volvió nuevamente hacia Kirtan—. Esperemos que el código sea válido. Nos encontramos dentro del radio de alcance de las dos estaciones Golan más cercanas.

—Es absolutamente válido —dijo Kirtan, palideciendo un poco—. Quiero decir que… bueno, es el código que me entregaron junto con mis órdenes.

Se dispuso a dar más explicaciones, pero vio que el piloto y el copiloto intercambiaban un rápido guiño y comprendió que le estaban tomando el pelo.

—No se preocupe, agente Loor, los días en que el Imperio hacía pedazos una de sus propias lanzaderas para matar a un agente del servicio de inteligencia pertenecen al pasado. Andamos escasos de naves y ya no podemos permitirnos ese lujo, y eso es lo que hace que me sienta un poco más seguro.

—¿Y cómo sabe que no he venido hasta aquí únicamente para observar su comportamiento e informar acerca de él, teniente? —replicó Kirtan, adoptando un tono de voz lo más seco y cortante posible.

—Usted no es el primer hombre al que he llevado hacia su muerte, agente Loor.

—Permiso concedido, lanzadera *Objurium* —graznó el comunicador—. Ponga rumbo hacia la baliza 784432.

—Entendido. Control.

El piloto introdujo el número de la baliza en el ordenador de navegación y después lanzó una mirada bastante sombría a su copiloto.

—¿Qué ocurre?

Kirtan intentó no balbucear la pregunta y empezó a prepararse para recibir alguna réplica burlona del piloto, pero ésta no llegó.

—Vamos hacia la Torre 78, nivel 443, hangar 32.

—¿Y?

Kirtan vio que la nuez de Adán del piloto subía y bajaba convulsivamente.

—La única ocasión en la que me asignaron ese vector fue cuando tuve el placer de transportar a lord Vader hasta la presencia del Emperador, señor. Fue después del desastre ocurrido en Yavin.

Kirtan sintió que un frío inexplicable se infiltraba en su cuerpo e iba ascendiendo lentamente a lo largo de su columna, helando una vértebra tras otra. «Me pregunto si lord Vader temía que sus acciones fueran castigadas tal como lo estoy temiendo yo… El Emperador quizá había pensado matarle, pero Vader redimió su vida trayendo noticias de la existencia de otro Jedi a su dueño y señor. —El puño de Kirtan cayó sobre su muslo derecho—. Si hubiera dispuesto de un poco más de tiempo, habría podido entregarles a mi preso…».

Kirtan vio surgir una serie de rayos de las nubes que se extendían delante de la lanzadera. Los relámpagos ascendieron hacia el espacio y se extendieron, iluminando tenuemente una zona hexagonal suspendida encima de las nubes.

—¿Qué es eso?

—El escudo defensivo. —El piloto pulsó un par de botones de su consola de control. Un modelo en miniatura del mundo se materializó entre el piloto y el pasajero, y luego dos esferas formadas por elementos hexagonales envolvieron al mundo. Las esferas empezaron a moverse en direcciones opuestas alrededor del mundo, girando

constantemente y con los hexágonos de la capa superior cubriendo más área que los de la inferior—. Por razones obvias, el Centro Imperial cuenta con el sistema de escudos defensivos más sofisticado del Imperio. Una pequeña porción se desvanecerá para dejarnos pasar, y luego esa sección será reforzada detrás de nosotros al mismo tiempo que otra se abrirá más abajo.

—Nada puede entrar sin permiso.

El piloto asintió.

—Ni salir. Han sorprendido a más de un agente rebelde intentando salir mientras estaban entrando naves. Es una apuesta desesperada, pero casi nunca da resultado.

El copiloto extendió un brazo hacia la consola y pulsó un botón iluminado.

—Hemos pasado el primer escudo.

—Nuestra próxima abertura surgirá a dos grados al norte y cuatro al este.

—Curso fijado, señor.

—Ya no falta mucho para que lleguemos, agente Loor. Lo único que podría ir mal ahora es que una nube empezara a descargar e intentara alcanzar el escudo superior a través de nuestra abertura.

—¿Eso ocurre?

—A veces.

—¿Con frecuencia?

El piloto se encogió de hombros.

—La energía del escudo superior llega a través de aberturas en el escudo inferior. Eso tiende a ionizar un montón de átomos, haciendo que los relámpagos viajen mucho más deprisa por esas rutas. Pero al parecer, nuestro agujero no ha servido como conducto de energía recientemente, por lo que todo debería ir bien.

Las turbulencias envolvieron a la lanzadera mientras ésta atravesaba la capa de nubes. Kirtan tensó algunas de las tiras que lo sujetaban, y luego se agarró al respaldo del sillón del copiloto con la fuerza suficiente para que sus nudillos palidecieran. Hubiese querido culpar de su creciente sensación de náuseas a la forma en que se bamboleaba la lanzadera durante su descenso a través de la atmósfera, pero sabía que aquélla no era la única causa. «El mundo que hay debajo de esas nubes será lo último que veré antes de morir…».

La lanzadera acabó de atravesar el caparazón de vapores extendido alrededor del planeta, y el piloto le sonrió.

—Bienvenido al Centro Imperial, agente Loor.

A pesar de su miedo, Kirtan Loor se dedicó a contemplar el oscuro mundo que se extendía bajo ellos y se sintió abrumado por el panorama. Instantáneamente reconocible, el Palacio Imperial se alzaba como un volcán que se hubiera elevado a sí mismo a través del corazón de la metrópoli que dominaba todo un continente de Coruscant. Las torres lo festoneaban, como pinchos en una corona, y millares de luces destellaban como joyas incrustadas en un mosaico incandescente sobre su piel de piedra. Debajo de él, empequeñecida hasta la insignificancia, se encontraba la Colina del Senado. Sus diminutos edificios —erigidos como monumentos a la justicia y la gloria de la Antigua

República— parecían hallarse paralizados por el temor a que el Palacio fuera a crecer y consumirlos.

Extendiéndose hacia fuera a partir de aquel punto central, brillantes luces de neón de todos los colores imaginables palpitaban como si fuesen nervios que transportaban información al palacio y lo sacaban de él. Kirtan siguió con la mirada un río de luz mientras éste pasaba del rojo y el verde al oro y el azul, extendiéndose desde el corazón del planeta hasta el horizonte. Cuando la nave descendió un poco más, Kirtan vio profundidades esparcidas dentro de las corrientes de claridad en las que se habían ido acumulando los edificios, conviniendo las calles en serpenteantes desfiladeros repletos de obstáculos. Sabía que la luz no podía llegar hasta el fondo de aquellos cañones, y su imaginación no tuvo ninguna dificultad para poblar aquellas negras hendiduras con criaturas pesadillescas y peligros letales.

«Pero el peligro letal al que me enfrento tiene su morada por encima de todo esto…». Kirtan se recostó en su asiento mientras la lanzadera describía un viraje y su morro se elevaba un poco. El piloto estabilizó la *Objurium* mientras accionaba un interruptor situado sobre su cabeza. Un cuadrado rojo apareció en el ventanal de la lanzadera y rodeó la cima de una de las torres del Palacio. Hileras de luces parpadeaban alrededor de una abertura demasiado pequeña para admitir la lanzadera aun suponiendo que ésta tuviese las alas replegadas.

—No podemos estar yendo hacia ahí. ¿Dónde descenderíamos?

—Parece pequeño porque todavía nos encontramos a tres kilómetros de distancia, agente Loor.

Kirtan se quedó boquiabierto mientras su cerebro intentaba imponer una perspectiva a todo lo que estaba viendo. Las calles de abajo, que había tomado por angostos callejones, tenían que ser del tamaño de grandes avenidas. Y las torres no eran esbeltos minaretes parecidos a agujas, sino gigantescos edificios diseñados para alojar a centenares o millares de personas en cada uno de sus niveles. En cuanto a las estructuras de la superficie, recubrían el planeta con un auténtico blindaje formado por capa tras capa de ferrocreto.

Kirtan se estremeció al comprender hasta qué profundidad debían de llegar los cubiles y madrigueras de aquel planeta, aunque dudaba de que nadie hubiera puesto los pies en el subsuelo de la Ciudad Imperial desde hacía siglos.

Que un mundo pudiera albergar tal cantidad de personas le había parecido imposible, pero aquello era Coruscant. Era el corazón de un imperio que podía alardear de millones de mundos conocidos. Si cada uno requería sólo un millar de personas para que se ocuparan de él y de sus problemas, entonces Coruscant tendría que servir de hogar a miles de millones de personas. Y para atender sus necesidades, miles de millones de personas más deberían residir en él, trabajando, construyendo y limpiando.

De repente Kirtan pasó de preguntarse cómo era posible que Coruscant alojase a tantas personas a preguntarse si incluso miles de millones de individuos bastarían para dirigir y regular el funcionamiento del Imperio. «O de lo que queda de él…».

La *Objurium* siguió aproximándose a la torre. La abertura parecía un agujero negro que esperaba la llegada de Kirtan para absorberle y atomizarle. Aunque había muchos argumentos aplastantemente lógicos en contra de la teoría de que el Imperio hubiese gastado la elevada suma de dinero necesaria a fin de traerle hasta Coruscant meramente para matarle, Kirtan sabía que la muerte se encontraba muy cerca y que le estaría buscando. Había fracasado, y el Imperio obligaba a pagar un precio terriblemente elevado por los fracasos.

Kirtan deslizó un dedo a lo largo del cuello de su chaqueta para aflojarlo. Argumentar contra su muerte, dejando aparte el desperdicio del dinero gastado en su viaje, le parecía absoluta e indeciblemente ridículo. La única forma de seguir con vida sería poseer algo que la persona que le había ordenado ir hasta allí pudiera encontrar de valor, pero Kirtan no era más que un hombre. Lo único que se imaginaba poseer y que no estaba duplicado por otras diez, cien o mil personas en Coruscant era su vida. «No poseo nada más que sea realmente único…».

La abertura ya se encontraba lo suficientemente cerca para que Kirtan pudiera ver figuras moviéndose de un lado a otro por entre sus sombras. El piloto pulsó un botón de la consola de control. Las alas de la lanzadera subieron y se unieron mientras el tren de aterrizaje empezaba a bajar. La lanzadera siguió avanzando, entró en el hangar y luego descendió lentamente hasta posarse sobre la cubierta. El aterrizaje sólo estuvo acompañado por una leve sacudida, pero los nervios de Kirtan la amplificaron hasta que le pareció tan terrible como el impacto letal de una hoja vibratoria descargada sobre su cuello.

Preparándose para lo peor, Kirtan dejó caer la palma de la mano sobre la hebilla que reposaba encima de su esternón y se liberó de las tiras del arnés de seguridad.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, teniente.

El piloto le contempló en silencio durante unos momentos, y después asintió.

—Buena suerte, señor.

Kirtan se puso unos guantes de cuero negro y flexionó la mano derecha.

—Que tengan un buen viaje de vuelta al *Agresor*.

El agente de inteligencia se incorporó lentamente, permitiendo que sus piernas se fueran acostumbrando a la gravedad del planeta, y luego dio la espalda a la cabina y fue hacia la rampa de salida. En la base de la rampa cuatro guardias imperiales, resplandecientes con sus uniformes de color escarlata, esperaban en posición de firmes. Cuando Kirtan pasó por entre ellos, los cuatro guardias giraron sobre sus talones como una sola persona y le acompañaron hasta la entrada situada al otro extremo del hangar.

Las pocas personas a las que Kirtan vio en el hangar no le miraron directamente. Incluso cuando Kirtan volvió la cabeza, intentando observar a alguna de ellas por el rabillo del ojo, no le prestaron ninguna atención. «¿Acaso han visto llegar por aquí a tantas personas sin que regresaran que esto ya no les resulta notable? ¿O piensan quizá que prestarme una atención indebida haría que ellos también acabaran siendo arrastrados por lo que va a acabar conmigo?».

La altura de Kirtan casi le permitía poder ver por encima de la cúpula roja de los cascos de los guardias. Por lo que podía ver, los cuatro eran idénticos en altura y demás dimensiones físicas, pero sus capas ocultaban sus cuerpos lo suficientemente bien para que los detalles que quizá los hubieran diferenciado no pudiesen ser distinguidos. Eso hacía que pareciesen ser idénticos a todos los hologramas de guardias imperiales que había visto Kirtan… con una pequeña excepción.

Sus capas estaban ribeteadas por una cinta negra. La escasa luz hacía que resultara difícil de distinguir, y su presencia casi creaba la impresión de que los guardias caminaban a unos centímetros de distancia del suelo. El año de luto oficial obligatorio había terminado hacía más de un año… salvo, naturalmente, en aquellos mundos a los que la notificación de la muerte del Emperador había llegado con retraso o donde, lo que era todavía peor, había inspirado una rebelión abierta. En Coruscant ese posible problema no existía, y en consecuencia Kirtan interpretó la cinta como un signo de la continuada devoción que los guardias seguían profesando a su dueño y señor asesinado.

Salieron del hangar y entraron en un pequeño pasillo que parecía prolongarse interminablemente. Kirtan creyó percibir un ligero arqueamiento del suelo y un temblor en la estructura que le sugirieron que habían entrado en uno de los puentes que se extendían entre la torre y el Palacio propiamente dicho. El angosto pasaje carecía de ventanas, y cualquier clase de adorno que pudiera haber en las paredes estaba tapado por metro tras metro de satén negro.

Después de recorrer aquel pasillo y avanzar por otro, los guardias le llevaron hacia una puerta junto a la que permanecían inmóviles dos miembros de su cuerpo. Sus escoltas se detuvieron cuando los otros dos guardias se volvieron y abrieron las dos hojas de la puerta. Kirtan cruzó el umbral para entrar en una gran sala, cuya pared del fondo estaba totalmente hecha de cristal. La silueta de una mujer alta y delgada se recortaba ante ella, aunque la luz procedente de la superficie del planeta la ribeteaba de rojo.

—Usted es Kirtan Loor.

No era una pregunta, sino una afirmación llena de importantes consecuencias.

—Presentándose tal como se le había ordenado. —Kirtan intentó que su voz sonara tan firme y llena de energía y vitalidad como la de la mujer, pero no lo consiguió y un graznido de puro nerviosismo puntuó su frase—. Puedo explicar mi informe y…

—Si hubiera querido una explicación de su informe, agente Loor, hubiese hecho que sus superiores extrajeran dicha explicación de usted fuera como fuese. —La mujer se volvió lentamente hacia él—. ¿Tiene alguna idea de quién soy?

A Kirtan se le había secado la boca de repente.

—No, señora.

—Me llamo Ysanne Isard, y soy la Inteligencia Imperial. —Extendió los brazos—. Ahora gobierno aquí, y estoy decidida a destruir esta rebelión. Creo que usted puede ayudarme en esa tarea.

Kirtan tragó saliva.

—¿Yo?

—Sí, usted. —Las manos de la mujer volvieron a sus costados—. Espero que mi creencia no sea infundada. Si resulta serlo, me habré tomado muchas molestias y habré gastado mucho dinero para traerle hasta aquí… para nada. Las partidas contables tendrán que ser ajustadas, y no creo que haya ninguna forma de que usted pueda pagar lo que debe.

11

Wedge Antilles sonrió cuando vio que el almirante Ackbar asentía.

—Creo que verá que el escuadrón está haciendo considerables progresos, señor.

El mon calamariano levantó la mirada del cuaderno de datos que había encima de su escritorio.

—Las cifras de ejecución y las puntuaciones obtenidas en los ejercicios son buenas. Su gente es mejor que algunas unidades operacionales.

—Gracias, señor.

—Pero su nivel de disciplina no es el de esas unidades de primera línea, almirante.

Wedge volvió la mirada hacia el general Salm. La irritación que había en su voz hacía juego con la expresión sombría del rostro del hombrecillo. Salm había ascendido a su rango actual desde las filas de los pilotos de ala-Y, y no se sintió nada complacido cuando el Escuadrón Rebelde escenificó un ataque de adiestramiento contra toda un ala de bombarderos ala-Y. Aunque aprobó el ejercicio y lideró uno de los escuadrones, estaba claro que Salm no había esperado que las cosas fueran tan mal para sus alumnos. El Escuadrón Rebelde había perdido cuatro de sus cazas, pero logró destruir a todos los ala-Y salvo seis. Salm fue uno de los supervivientes, lo que Wedge pensaba era una suerte porque, de hecho, si se le hubiese ocurrido antes les habría pedido a sus pilotos que no intentaran abatir a Salm. A pesar de eso, la relación de casi ocho a uno establecida en lo referente a las bajas era mejor de lo que incluso Wedge había imaginado posible y había puesto realmente furioso a Salm.

—Agradezco la opinión de mi escuadrón expresada por el general, pero se trata de pilotos de elite. Pienso que una cierta tolerancia hacia su impetuoso entusiasmo estimula la moral. —Wedge levantó el mentón—. Mi gente tiene que enfrentarse a muchas exigencias y…

—Y en estos momentos —resopló Salm—, no está sabiendo hacer frente a las exigencias marcadas por la reputación de su unidad.

—Le ruego que me disculpe, general, pero creo que está siendo demasiado duro con el Escuadrón Rebelde. —«¡Y la razón es que conseguimos que esos escuadrones suyos llamados Guardián, Vigilante y Campeón merecieran llamarse Lisiado, Enfermo y Moribundo!». El piloto de caza volvió la mirada hacia Ackbar—. No se ha producido ninguna clase de incidentes, dejando aparte el ejercicio en el que el general Salm participó de manera voluntaria, en los que el Escuadrón Rebelde haya hecho nada reprochable.

El líder militar de Mon Cal dejó el cuaderno de datos encima del escritorio.

—Me parece que el general Salm está preocupado, y con cierta razón, acerca de los códigos de ordenador modificados que fueron introducidos en los ordenadores de sus ala-Y. Tengo entendido que dichos códigos hicieron aparecer la insignia del Escuadrón Rebelde en el monitor primario de su unidad después de que sus ala-Y fueran derribados por sus pilotos.

Los ojos de Salm echaban chispas, y Wedge tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no ceder a la tentación de sonreír. Gavin Darklighter había creado la insignia y con la ayuda de Zraii, había introducido una imagen digitalizada de ella en los paquetes de arranque y comunicaciones del escuadrón. La insignia, que consistía en una estrella roja de doce puntas con el símbolo de la Alianza en azul ocupando su centro, contaba con un ala-X en cada punta de la estrella. Aunque la imagen no había sido aprobada oficialmente por la Alianza, los astrotécnicos habían empezado a pintarla en los ala-X del escuadrón, y Emetrés ya había solicitado un envío de blasones con aquel diseño.

Wedge no había podido determinar si fue Corran, Nawara, Shiel, Rhysati o alguna combinación de ellos quien convenció al jefe técnico verpiniano de que añadiera la imagen al paquete de Programas de Resolución de Ataque Objetivo-Agresor, pero sí sabía que la unidad R2 de Horn se había encargado de una parte del trabajo de codificación. Cuando el paquete RAOA informaba a los pilotos de los ala-Y eliminados de su situación dentro del ejercicio, tal como había observado Ackbar, la insignia del Escuadrón Rebelde aparecía de repente para gran irritación de los pilotos de los bombarderos.

—He iniciado una investigación sobre esa situación, señor, y he impuesto ciertas restricciones a los períodos de descanso y entretenimiento de la unidad hasta que averigüe quién hizo exactamente qué en todo este asunto.

Salm no pareció quedar muy impresionado por la explicación.

—Lo que ha hecho es permitir que su escuadrón utilice las instalaciones de recreo de manera exclusiva. Ahora pueden pasar más tiempo en el gimnasio que en cualquier momento anterior, y la sala de reuniones del escuadrón cuenta con más equipo de recreo que la Sala de Oficiales de este complejo. Lujayne Forge pasa más tiempo ejerciendo de secretaria social para su jauría que entrenándose.

—Estoy creando un escuadrón al que se le asignarán misiones muy difíciles, general, y eso significa que necesito que todos confíen en los demás. Si eso supone que tienen que acabar conviniéndose en una especie de grupo cerrado… bien, que así sea.

Ackbar se levantó de su asiento y fue hasta el globo de agua azulada suspendido en el interior de una jaula de haces repulsares. El aparato negaba el efecto gravitatorio, permitiendo que el agua formara un globo perfecto. En su interior un banco de pececitos con franjas azul neón y oro nadaba de un lado a otro. El mon calamariano los estudió durante un momento, y después dirigió una inclinación de cabeza a Salm.

—General, que yo recuerde, sus primeras quejas acerca de las irregularidades cometidas en lo referente al RAOA no tenían nada que ver con la forma en que el Escuadrón Rebelde distribuía su tiempo de descanso y recreo.

—No, señor, pero todo esto resulta altamente indicativo de las dificultades que están creando sus pilotos. Tengo tres escuadrones de bombarderos adiestrándose aquí, así como otros dos escuadrones de cazas. La moral de mis tropas se resiente de que los pilotos del Escuadrón Rebelde estén siendo recompensados por ignorar las reglas operacionales.

Ackbar clavó sus enormes ojos en Salm.

—¿Y cuáles son sus quejas específicas acerca del RAOA?

Los ojos castaños de Salm casi parecían chisporrotear.

—La capacidad para alterar los paquetes de programación de Alto Secreto de que ha dado muestra el Escuadrón Rebelde presenta serias ramificaciones de seguridad, especialmente con Tycho Celchu ocupando el puesto de oficial ejecutivo de esa unidad.

Wedge sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—Almirante, en primer lugar Tycho no tuvo absolutamente nada que ver con el incidente, y en segundo lugar Tycho no ha hecho nada que demuestre que deba considerársele como un riesgo.

Ackbar entrelazó las manos detrás de su espalda.

—Estoy de acuerdo con usted en ambos puntos, pero me pregunto si está dispuesto a admitir que las preocupaciones del general Salm tienen un cierto grado de validez.

El líder del Escuadrón Rebelde titubeó, y al final no llegó a expresar en voz alta la apasionada negativa que había preparado mientras escuchaba las palabras del almirante. Wedge no dudaba de la lealtad de Tycho, pero también era consciente de que no sería nada prudente correr riesgos.

—Sí, señor.

—Excelente, porque voy a hacerle una petición de naturaleza un tanto extraordinaria.

—Sí, señor.

—El Escuadrón Rebelde pasará a la fase operacional antes de que termine la semana.

—¿Qué? —exclamó Wedge, sintiéndose como si acabaran de envolverle en una red aturdidora stokhliana—. Sólo ha transcurrido un mes desde que se formó la unidad, señor. Normalmente el entrenamiento avanzado dura seis meses… cuatro, haciéndolo todo lo más deprisa posible. No estamos preparados.

Ackbar volvió a su escritorio y golpeó suavemente el cuaderno de datos con la punta de una mano-aleta.

—No es eso lo que sugieren sus cifras.

—Almirante, usted ya sabe que una unidad depende de algo más que de las cifras. Mis chicos son buenos pilotos, pero todavía están muy verdes. Necesito más tiempo.

Salm cruzó los brazos delante de su pecho.

—El Escuadrón Rebelde ya ha entrado en combate anteriormente con menos adiestramiento.

—Sí, y perdí a muchos hombres y mujeres magníficos a causa de ello. —Wedge extendió los brazos en un gesto de súplica dirigido a Ackbar—. Almirante, ni siquiera he llevado a cabo ningún ejercicio de hipersalto con esos pilotos…

—Ah, pero yo creía que todos los pilotos eran sometidos a un examen previo para determinar su nivel de capacidad en lo referente a la astronavegación.

—Y todos lo superaron, pero… —Wedge iba a decir que Gavin Darklighter necesitaba más horas de astronavegación, pero Lujayne le había estado supervisando y había informado de que Gavin poseía un don natural para ese tipo de vuelos. «Igual que

su primo… Maldición, esto no me gusta nada»— aun así, preferiría disponer de un poco más de tiempo para someterlos a más ejercicios de adiestramiento.

—A todos nos gustaría poder disponer de ese lujo, comandante, pero tenemos que prescindir de él. —Salm frunció el ceño—. Mis ala-Y, esa ala de bombarderos a la que ustedes derrotaron tan elegantemente, pasarán a la fase operacional dentro de dos semanas.

Wedge no dijo nada. «Mi gente se encuentra mucho más cerca de estar preparada para entrar en combate que la de Salm. Como siempre, las necesidades de la Rebelión están por encima de las necesidades de su gente… Pero supongo que ya lo sabíamos cuando decidimos unimos a la Rebelión, ¿no?».

—Almirante, ¿puedo organizar al menos unos cuantos ejercicios de astronavegación para que mi gente esté en condiciones de actuar conjuntamente cuando salga del hiperespacio?

—Por supuesto, comandante. De hecho, dispongo de la misión perfecta para que la utilice con vistas a ello. —Ackbar rozó la pantalla de su cuaderno de datos en dos o tres puntos y las luces de su despacho empezaron a perder intensidad. Al mismo tiempo, un disco de estrellas apareció entre el techo y el suelo. La imagen quedó en posición vertical y un círculo verde aumentó lentamente una sección hasta mostrar Commenor, localizándolo justo al lado de la densidad del Núcleo Galáctico—. Voy a trasladar al Escuadrón Rebelde a Talasea, en el sistema de Morobe.

Los ojos de Wedge se entrecerraron incluso antes de que otro círculo verde pudiera aparecer para indicar la situación del nuevo sistema.

—Eso queda yendo hacia el Núcleo desde aquí.

Ackbar asintió.

—En el Consejo Provisional se han mantenido muchas discusiones acerca de cómo deberíamos proceder en la guerra contra el Imperio. Una gran parte de lo que hemos discutido ha tenido su paralelo en las conversaciones mantenidas por la inmensa mayoría de ciudadanos, tanto rebeldes como imperiales.

—¿Vamos a ir a por Coruscant? ¿Quiere decir que el Centro Imperial pasará a ser el objetivo?

Las pequeñas espinas faciales del mentón de Ackbar temblaron de manera casi imperceptible.

—En realidad no tenemos mucho donde elegir si queremos acabar con los últimos restos del Imperio… aunque tampoco debemos olvidar que esa meta puede tardar generaciones en ser alcanzada. Muchos de los Moffs están adoptando una actitud de «esperar y ver» con respecto a la Nueva República. Otros, como Zsinj, se han autoproclamado señores de la guerra y están haciendo cuanto pueden para consolidar sus dominios a expensas de los de los vecinos más débiles. Cualquiera de esos señores de la guerra podría decidir volver sus fuerzas hacia Coruscant y, después de conquistarla, proclamarse heredero al trono de Palpatine.

—Lo cual significa que debemos llegar allí antes que ellos.

—O por lo menos dar la impresión de que estamos decididos a hacerlo, desanimando así a otros de cualquier intento de usurpar nuestro lugar en la galaxia. —Salm intentó hablar despacio y con calma, pero su deseo de ver a los rebeldes en el poder hizo que las palabras salieran de sus labios con un cierto apresuramiento—. Esos aspirantes no tardarán en descubrir que no hemos luchado durante tanto tiempo sólo para darles una oportunidad de saquear sistemas enteros.

Wedge estaba totalmente de acuerdo con los sentimientos del general, pero sabía que conquistar Coruscant distaría mucho de resultar sencillo.

—Pues me parece que una alternativa bastante cómoda para nosotros sería la de permitir que algunos Moffs dieran un paso hacia adelante y permitir que Corazón de Hielo se encargara de ellos.

—Su opinión también ha sido oída en nuestras reuniones. Se acabó decidiendo que el dejar abandonado a alguien, fuese quien fuese, a las delicadas atenciones de Corazón de Hielo constituiría un crimen de enormes proporciones.

Ysanne Isard había llenado el vacío de poder dejado por la muerte del Emperador. La hija del último Director de Seguridad Interna de Palpatine había crecido en la corte del Emperador. Wedge había oído rumores de que fue amante del Emperador durante un tiempo, pero no tenía ninguna forma de verificar la historia. Lo que sí sabía era que había traicionado a su padre ante el Emperador, afirmando que estaba a punto de unirse a la Alianza. Su padre fue ejecutado inmediatamente, y se decía que la misma Isard disparó el haz desintegrador que puso fin a su vida. El Emperador la nombró sustituta de su padre, y en su ausencia Isard había demostrado poseer una notable capacidad para mantener unido el núcleo del Imperio.

El guerrero de Mon Calamari señaló el diagrama galáctico.

—Desde Talasea, el Escuadrón Rebelde proporcionará escolta a naves que se irán internando cada vez más y que crearán mundos fortificados y depósitos de suministros. Su gente sólo será una unidad entre las muchas que sondearán las defensas centrales del Imperio.

—Quieren averiguar con qué fuerza responderá Corazón de Hielo, ¿verdad? ¿Evaluarán la intensidad de su respuesta a través de la rapidez con que reaccione y cuál sea la naturaleza de esa reacción?

—Sí, y también determinaremos cuáles son las rutas de suministro más adecuadas para iniciar un proceso de disrupción.

Wedge pensó que el plan no podía ser más lógico. Aunque el espacio proporcionaba un número ilimitado de formas de ir desde un punto hasta otro, había ciertas reglas básicas bastante simples que regían el cómo y adónde viajaban las naves. Una nave alcanzaba la velocidad y la dirección antes de saltar a la velocidad lumínica, y después mantenía la velocidad en el hiperespacio. Una nave que se moviera lo suficientemente deprisa podía evitar fenómenos como los agujeros negros, ahorrándose así algunos de los parsecs que la hubiesen obligado a recorrer una ruta más segura y menos arriesgada.

Los objetos con masa —las estrellas, los agujeros negros, los planetas y los cruceros imperiales de la clase Interdictor— ejercían una cierta influencia sobre el hiperespacio, lo cual significaba que había que dar un rodeo para esquivarlos. Su presencia podía abortar un vuelo hiperespacial y, en el caso de un agujero negro o una estrella, podía suponer el desastre para cualquier nave que se les acercara demasiado. Viajar por el hiperespacio exigía cálculos muy precisos que aprovechaban la velocidad y la masa de una nave para llevarla intacta hasta su destino.

Los riesgos para la navegación disminuían el número de rutas calculables entre lugares, por lo que el comercio tendía a desplazarse a lo largo de corredores predecibles. Dado que viajar por entre las estrellas era bastante caro, los comerciantes elegían rutas que les permitieran visitar los sistemas más susceptibles de proporcionar beneficios durante el trayecto. Esas rutas, que incluían sistemas en los que las naves emergían del hiperespacio para alterar sus vectores de recorrido, eran ampliamente conocidas y la piratería era relativamente común.

Interferir el tráfico de las rutas de aprovisionamiento imperiales tendría un doble efecto para la Rebelión. No sólo privaría a las guarniciones imperiales de los materiales necesarios para librar la guerra, sino que también proporcionaría esos mismos materiales a la Rebelión. La Nueva República y el Imperio usaban distintos modelos de cazas y navíos de guerra, pero suministros como los desintegradores, las raciones y el bacta podían ser empleados sin ninguna dificultad por cualquiera de los dos bandos.

Wedge deslizó una mano a lo largo de su mandíbula, sintiendo el roce del comienzo de la barba.

—Comprendo la misión, y también comprendo lo apremiante de su naturaleza. Pero tengo una pregunta.

Ackbar asintió.

—Adelante, comandante.

—El Escuadrón Rebelde hará el trabajo, pero me estaba preguntando si se nos ha propuesto para él porque somos la unidad que puede llevarlo a cabo o si estamos siendo usados como un símbolo.

—Tan franco como de costumbre, ¿eh? —La coloración del mon calamariano se intensificó hasta volverse de un rosa asalmonado en la cúpula de su cabeza—. Me opuse a emplearlos tan pronto, pero otros observaron que si no eran enviados allí ahora mismo, entonces nuestras operaciones quizá no dispusieran del tiempo necesario para tener éxito… y no les faltaba su parte de razón. El Escuadrón Rebelde es todo un símbolo dentro de la Alianza, y al emplear a sus pilotos para ejercer una fuerte presión contra el Imperio demostramos que estamos decididos a liberar a todos los que viven en el Imperio.

Wedge sintió que se le secaba la boca.

—Pero sólo hay una forma de que nuestro uso pueda servir como símbolo, y es dándole una considerable publicidad. Y esa publicidad tiene que llegar hasta los señores de la guerra a los que espera asuste nuestra presencia.

Los hombros de Ackbar se encorvaron de manera casi imperceptible.

—Sus palabras son como ondulaciones de las discusiones que he mantenido con el Consejo. Borsk Fey'lya es muy persuasivo, y Mon Mothma tiende a hacerle caso en muchos asuntos.

Wedge miró a Salm.

—¡Y a usted le preocupa el que Tycho pueda ser un riesgo para la seguridad!

—Tycho Celchu no arriesgó su vida para informar a la Alianza de la situación de la segunda Estrella de la Muerte.

—No, sólo arriesgó su vida para destruir esa Estrella de la Muerte.

Ackbar se interpuso entre sus subordinados.

—Caballeros, por favor… Si quiero oír peleas y discusiones, siempre puedo asistir a más reuniones del Consejo. Ya sé que necesitan airear sus discrepancias, pero no estoy dispuesto a permitir que libren una y otra vez las mismas viejas batallas.

—Lo siento, señor. Le presento mis disculpas, general.

—Aceptadas, comandante. Le ruego que me perdone, almirante.

Ackbar asintió lentamente.

—Comandante Antilles, en un esfuerzo por reducir al mínimo los daños causados por el perfil público otorgado a su misión, mantendremos en secreto su destino. Eso quiere decir que sus pilotos no sabrán dónde van a ser estacionados, y que sólo se les dirá que van a tomar parte en un ejercicio de adiestramiento bastante largo. El personal de logística y del cuerpo de aprovisionamiento ha preparado listas de equipo que incluyen todo lo que su unidad no podrá llevar consigo durante el viaje. Disponemos de una lanzadera imperial que el capitán Celchu utilizará para transportar suministros durante su viaje.

—¿Y mis pilotos recibirán los datos de navegación correspondientes antes de cada salto?

—Exactamente. Debería proporcionar a sus líderes de vuelo numerosas rutas para las que computarán soluciones de navegación, y luego usted elegirá la adecuada y hará que sea comunicada a su escuadrón en cada cambio de curso. —El mon calamariano señaló la representación de Talasea que estaba mostrando el diagrama, y ésta fue sometida a una rápida ampliación—. El sistema de Morobe es un binario rojo-amarillo, y Talasea es el cuarto planeta en órbita alrededor de la primaria roja. El mundo es frío y húmedo, y tiene vida indígena insectil y reptiliana. También hay mamíferos: son los descendientes salvajes de los animales que fueron llevados hasta allí para una antigua colonia agrícola. Su base se encuentra en el continente-isla de mayor tamaño. La atmósfera presenta una alta saturación de gases y las nieblas son comunes, pero no es un planeta peligroso.

—¿Qué fue de la colonia agrícola?

—A lo largo de los siglos la mayoría de los hijos de los primeros colonos emigraron a mundos en los que podían ver las estrellas y no tenían que trabajar tan duro. El último grupo de habitantes de la colonia cometió el error de ofrecer refugio a un Jedi después de las Guerras Clónicas, y Lord Vader los destruyó como ejemplo. En su isla hay ruinas de

los emplazamientos originales, pero según los informes de nuestra gente ya no queda nada de interés en ellas.

—Hogar, dulce hogar… —Wedge sonrió—. ¿Cuándo tenemos que estar allí?

—Dentro de una semana.

—No es mucho tiempo.

—Ya lo sé —dijo Ackbar—, pero es todo lo que he podido conseguirles. Que la Fuerza los acompañe, comandante Antilles. Espero que no lleguen a necesitarla.

12

Kirtan Loor entrelazó las manos detrás de la espalda para que dejaran de temblar.

—Estoy en deuda con usted, señora directora, y me pongo a su servicio.

—Qué amabilidad por su parte, agente Loor…

Ysanne Isard activó un pequeño control con el pulgar. Las luces de la sala se fueron intensificando lentamente mientras escudos ocultos descendían sobre las ventanas. La nueva potencia de la iluminación reveló que la sala tenía un techo muy alto, con vigas de una madera oscura que surgía de las cuatro esquinas y describía una curva para unirse encima del centro del suelo. Las paredes y la alfombra compartían el mismo tono azul oscuro, aunque en la alfombra una franja del mismo rojo escarlata que lucían los guardias imperiales se interponía entre el suelo y el comienzo de las paredes. En el ángulo opuesto al que estaba ocupando, Kirtan vio un escritorio y unos sillones que, pese a ser elegantes, distaban mucho de ser ostentosos y que, de esa manera, armonizaban con la atmósfera generalmente espartana de la sala.

Le sorprendió un poco que una sala espaciosa y que se hallaba prácticamente vacía pudiera producir una impresión general tan decadentemente opulenta. El único aspecto en el que la estancia parecía poder presumir de riqueza era el del espacio desperdiciado, y un instante después Kirtan comprendió la razón. «En un mundo que está tan lleno de gente, desperdiciar semejante cantidad de espacio supone el colmo del lujo…».

Los incesantes paseos de depredadora que Isard estaba llevando a cabo por el centro de la sala apartaron la atención de Kirtan de los sutiles mensajes transmitidos por la arquitectura y el mobiliario. Isard llevaba un uniforme de almirante que sólo se apartaba de lo reglamentario por el hecho de que las botas, los pantalones y la guerrera de gala eran de color rojo. Una banda negra rodeaba la parte superior de su brazo izquierdo, y la guerrera carecía de cilindros o insignias de rango. Pero incluso sin los signos externos del rango, la deliberación y obsesiva concentración con que se movía Isard bastaban para irradiar poder.

Si Kirtan hubiese tenido que aventurar una hipótesis sobre su edad habría dicho que Isard tenía unos doce años más que él, pero aun así la encontraba atractiva. Alta y esbelta, llevaba la negra cabellera bastante larga, y las franjas blancas que descendían de sus sienes le daban un aspecto más exótico que maduro. Su rostro le parecía clásicamente hermoso. Una mandíbula firme y enérgica, unos pómulos elegantemente marcados, una frente despejada, una nariz grácilmente pequeña y unos ojos muy grandes eran precisamente la clase de rasgos que la inmensa mayoría de mujeres habrían matado para poseer, o que habrían estado dispuestas a comprar.

Pero en el mismo instante en que catalogaba todas las facetas y aspectos de Isard que hubieran debido despertar alguna clase de deseo en él —y la aureola de poder que la envolvía resultaba terriblemente excitante—, el miedo se impuso a cualquier posible vestigio de deseo carnal. Cuando Isard le miró, con sus oscuras cejas acentuando la mirada penetrante de sus ojos, Kirtan comprendió dónde moraba la amenaza que había en

ella. Un ojo era de un azul tan frío como los hielos de Hoth, y tan cruel como un hutt cuando tenía ganas de jugar. El otro ojo, el izquierdo, era tan rojo como una fragua, y contenía destellos dorados que relucían con una salvaje determinación. El ojo izquierdo le dijo que cualquier esfuerzo de Kirtan que no estuviera totalmente consagrado a servirla sería recibido con el implacable castigo que prometía el helado ojo derecho.

Kirtan se estremeció, e Isard sonrió.

—Su expediente personal contiene cierto número de datos bastante interesantes, agente Loor. Según él, su índice de retención en lo referente a la memoria visual casi llega al cien por cien.

Kirtan asintió.

—Si lo leo o lo veo, lo recuerdo.

—Eso puede ser una herramienta muy útil si se la aplica correctamente. —La expresión de Isard perdió una parte de su dureza, aunque eso no hizo que Kirtan se sintiera más a salvo—. En el informe sobre Bastra, usted mencionaba no haber usado skirtopanol durante el interrogatorio porque Bastra había estado tomando lotiramina. Eso fue una precaución que aprendió a adoptar debido a un caso investigado en Corellia en el que el uso de esa sustancia tuvo efectos negativos, ¿no?

—El sospechoso murió.

—Su informe también dice que usted utilizó el hecho de que la lotiramina oculta la presencia de la blastonecrosis para obligar a Rastra a enfrentarse con la desagradable realidad de que no tardaría en morir. Cuando eso no surtió efecto, inició el interrogatorio convencional.

Kirtan volvió a asentir.

—Empleé la privación del sueño, la falta de proteínas y las ilusiones holográficas y auditivas de naturaleza coercitiva basadas en lo que sabía sobre él. Todo iba de una manera bastante prometedora hasta que la blastonecrosis empezó a extender una condición séptica generalizada por todo su cuerpo. En ese momento inicié el tratamiento de la enfermedad.

—Y ese tratamiento le mató. —Los ojos de Isard se convinieron en dos ranuras—. ¿Sabe por qué?

—El prisionero sufrió una reacción al bacta utilizado para tratarle.

—¿Sabe por qué?

Kirtan estuvo a punto de ofrecerle la explicación que el androide MD-5 le había dado cuando Bastra murió dentro del tanque bacta, pero sabía que Isard no la aceptaría.

—No.

Isard titubeó durante un segundo, y Kirtan supo que la sinceridad le había permitido escapar del castigo.

—¿Qué significa para usted ZXI449F, en el caso de que signifique algo?

Kirtan reconoció el número al instante, pero retrasó la respuesta hasta haber podido clasificar los detalles y proporcionarles una forma coherente.

—Es el número de lote asignado a una remesa de bacta que fue contaminado por los rebeldes ashernianos en Thyferra. Llegó al Centro Imperial e infectó a casi dos millones de soldados y ciudadanos. Los volvió alérgicos al bacta. —Kirtan frunció el ceño—. Pero Gil Bastra nunca llegó a poner los pies en el Centro Imperial.

—No puede estar totalmente seguro de ello, ¿verdad? Quizá estuvo aquí en algún momento. —Isard meneó la cabeza—. No importa, porque pudo haber estado en contacto con esa remesa de bacta prácticamente en cualquier sitio. Había que librarse de él, y me aseguré de que una gran parte de la remesa iba a parar al mercado negro. Pero eso no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia es el hecho de que la blastonecrosis sea una enfermedad que afecta aproximadamente al dos por ciento de las personas a las que se les administraron dosis de esa remesa de bacta. Un androide médico le hubiese preguntado a un paciente si había recibido alguna dosis de bacta durante los dos últimos años.

—Pero Gil Bastra murió porque yo ordené que se le sometiera al tratamiento y no supe percibir el significado de la enfermedad.

—¡No! —Los ojos de Isard se endurecieron de repente—. Gil Bastra se suicidó.

—¿Qué?

—Sus informes sobre usted figuran en su expediente. El descifrador empleado por usted consiguió hacerlos desaparecer de los archivos corellianos, pero no de mis registros. La mejor evaluación posible de un hombre siempre es la llevada a cabo por sus enemigos.

El estómago de Kirtan empezó a encogerse lentamente sobre sí mismo.

—Esas evaluaciones estaban basadas en prejuicios.

—Quizá, pero Bastra era asombrosamente perceptivo. Escribió que usted confía demasiado en la memoria, y que confía en que la retención de información acabará compensando la insuficiencia del análisis. Sabe tantas cosas, como el hecho prácticamente ignorado por todos de que la interacción de la lotiramina con el skirtopanol resulta fatal, que no se le ocurrió ir más allá de la obvia línea defensiva de Bastra para averiguar hasta dónde habían llegado las cosas. Si lo hubiese hecho, habría descubierto que su prisionero podía ser alérgico al bacta… y Bastra quizá aún estaría con nosotros. —Isard dejó escapar el aire en un prolongado suspiro y tiró de los extremos de su guerrera escarlata—. Bastra le conocía lo suficientemente bien como para saber que no tardaría en morir, y eso le inspiró la esperanza suficiente para proporcionarle información inútil. Aguantó todo lo posible porque quería obtener más tiempo para sus aliados a fin de que éstos pudieran eliminar otros vínculos con su pasado.

Y en ese momento el agente de inteligencia comprendió que la exhibición de bravatas y fanfarronería a que se había entregado Bastra durante su primer encuentro a bordo del *Incontenible* no había sido una mera falsedad vacía de todo auténtico significado. Kirtan sintió que el rostro le empezaba a arder mientras volvía a oír todo lo que había dicho Bastra, pero esta vez con el tono burlón del hombre intacto y brutal. «Lo que me parecía brillantez por mi parte a la hora de detectar sus errores en realidad sólo era un papel que

Bastra representaba para explotar mi eterno sentido de la superioridad, haciendo que fuera detrás de él como un nerf que se dirige al matadero… Llevo dos años comportándome como un estúpido».

Una revelación se abrió paso a través de sus pensamientos y estalló dentro de su cerebro con la potencia suficiente para hacerle estremecer.

—Y he estado siendo engañado durante todavía más tiempo que los dos años que he dedicado a seguir su pista, ¿verdad?

—Excelente, agente Loor. —La expresión de Isard se suavizó ligeramente, como si estuviera a punto de sonreír… pero no llegó a hacerlo—. La responsabilidad del engaño en el que cayó no recae única y exclusivamente sobre usted. Nuestro entrenamiento y nuestro adoctrinamiento tienden a hacer que los agentes y los soldados crean en su propia infalibilidad. Esto ha demostrado ser muy perjudicial para el Imperio. No ha sido el único que cayó en esa trampa… porque incluso el difunto Emperador demostró tener ciertos puntos ciegos.

Kirtan decidió rehuir la invitación de cuestionar la sabiduría del Emperador, o su falta de ella, y se limitó a seguir el curso marcado por su pregunta anterior.

—La «pelea» entre Rastra y Horn sólo fue una farsa. La razón por la que se produjo me había parecido estúpida, y di por sentado que enfrentarse de tal manera a causa de ella era una mera estupidez por su parte.

—Va mejorando, agente Loor.

—Me siento como si el haber comprendido hasta qué punto se me ha manipulado me permitiera ver las cosas con más claridad.

—Un punto ciego ha sido eliminado, y eso le permite ver una parte más grande de lo que está ocurriendo a su alrededor. —Isard deslizó el índice a lo largo de su mandíbula—. Si en vez de haberlas destruido hubiera leído las evaluaciones que Bastra redactó sobre usted, no habría necesitado tanto tiempo para llegar a esta epifanía.

Kirtan asintió con una nueva confianza.

—Y a estas alturas aquellos a los que perseguía ya habrían caído en mis manos.

—Y pensar que lo estaba haciendo tan bien… —Algo que casi parecía un gruñido frunció el rostro de Isard—. No vuelva a empezar, ¿de acuerdo?

Kirtan se ruborizó.

—Lo siento.

—Lo más lamentable es que en realidad no lo siente. Está dando por supuesta una superioridad que no existe. —Se cruzó de brazos—. El Emperador, de manera muy similar, dio por sentado que si destruía a todos los Caballeros Jedi entonces su Caballero Jedi y un puñado de agentes especiales adiestrados en el uso de la Fuerza bastarían para controlar la galaxia. Aunque intenté advertirle, no fue capaz de ver la imposibilidad de demostrar que todos los Jedi habían sido destruidos y que ningún otro Jedi podía alzarse contra él. Su obsesión con los Jedi le cegó a la verdadera amenaza planteada por líderes de la oposición que no son más inteligentes o notables de lo que lo es usted.

«Y como resultado de todo ello, ahora el Imperio se está desmoronando y los rebeldes amenazan con sustituirlo por su propia Nueva República.»

Kirtan asintió.

—Y usted desea restaurar el Imperio.

—No. —La negativa de Isard fue emitida en un tono de voz lo suficientemente gélido para helar la carbonita—. Mi objetivo es aniquilar la Rebelión. La restauración imperial sólo podrá lograrse si los rebeldes son eliminados y ese objetivo sólo podrá alcanzarse si detenemos su empuje militar, causamos graves dificultades a su administración y aplastamos su espíritu. Esas metas están interrelacionadas y cuento con agentes, como usted, que se encuentran trabajando en todos los niveles para conseguir que mis planes lleguen a convertirse en una realidad. ¿Será capaz de soportar la presión inherente a una misión tan vital?

Kirtan acabó asintiendo lentamente después de un instante de vacilación.

—Puedo soportarla. ¿De qué forma puedo serle útil?

Esta vez Isard sonrió, y Kirtan deseó que no lo hubiera hecho.

—Su objetivo consistirá en extirpar el corazón de la Rebelión. Usted será la muerte del Escuadrón Rebelde.

—¿Cómo ha dicho? —Kirtan frunció el ceño, preguntándose si sus oídos no le habrían engañado—. No soy un piloto de caza. No sé nada sobre el Escuadrón Rebelde.

—Ah, pero es un experto en el área que más quiero y deseo. Sirvió en Corellia, y el comandante de la unidad es corelliano.

—Wedge Antilles… Sí, lo sé. —Kirtan alzó las manos—. Pero eso no significa que le conozca. No le conozco, y ni siquiera sé nada acerca de su escuadrón.

—Pero es capaz de aprender.

—Sí, puedo aprender.

—Y aprenderá. —Isard le dirigió una lenta inclinación de cabeza, y después la levantó bruscamente—. También descubrirá que tiene algo muy personal en juego.

Kirtan logró reprimir un respingo.

—¿Sí?

—Nuestra fuente en el interior del escuadrón nos ha informado de que un amigo suyo es un líder de vuelo de notables capacidades.

Una de las cosas que le había dicho Isard volvió a la mente de Kirtan. «La mejor evaluación posible de un hombre siempre es la llevada a cabo por sus enemigo…».

—Corran Horn…

—¿Ve? Ya sabe más sobre ellos de lo que se imaginaba. —Ysanne Isard clavó los ojos en el rostro de Kirtan—. ¿Acepta ser el instrumento de la destrucción del Escuadrón Rebelde?

—Lo acepto con sumo placer, señora directora. —Kirtan no pudo evitar sonreír para sus adentros—. Con el máximo placer imaginable, a decir verdad…

13

Corran se obligó a relajarse. El comandante Antilles había presentado el viaje como un ejercicio de astronavegación y saltos hiperespaciales, pero en lo más profundo de su ser Corran tenía la impresión de que se había callado muchas cosas. Estaba seguro de que si se hubiese tratado de una patrulla formal o de una misión de escolta, Wedge se lo habría dicho. El hecho de que no hubiera dicho nada parecía chocar con la peculiar exigencia de hacerse el equipaje e introducir sus pertenencias personales en los ala-X, y eso había hecho que Corran pensara que iba a tratarse de algo más que un simple ejercicio.

Como resultado de la puntuación obtenida en sus ejercicios, Corran había sido ascendido a teniente y se le había confiado el mando del Grupo Tres. En su nueva calidad de oficial, Corran había esperado que Wedge confiaría lo suficiente en él para ponerle al corriente de lo que estaba ocurriendo en realidad. Aun así, su pasado había hecho que sintiera un gran respeto por la seguridad, y eso suponía un cierto freno para su inquietud.

«Todas esas preocupaciones tuyas carecen de importancia. Ahora lo único que importa es llegar al final del ejercicio…». Después de alejarse de la superficie grisácea y repleta de cicatrices de Folor, Corran se puso al frente del Grupo Tres del Escuadrón Rebelde. Ooryl había vuelto a asumir la posición de estribor en tanto que Lujayne y Andoorni se encontraban a babor, ocupando una disposición similar delante y detrás. Dentro de la unidad disponían de señales de llamada para los aparatos Nueve, Diez, Once y Doce, aunque durante aquel ejercicio operarían como una unidad semi-independiente.

—Intentaremos hacerlo lo mejor posible. Grupo Tres. Silbador os enviará nuestras coordenadas de salto y los parámetros de velocidad. Haced que vuestros R2 las comprueben, e introducid la ruta después. —Corran echó un vistazo a su pantalla de datos para comprobar las posiciones de los dos primeros grupos y de Tycho Celchu, que ocupaba la retaguardia a bordo de una lanzadera de la clase Lambda capturada a los imperiales, la *Prohibida*—. Durante este tramo seguiremos al Grupo Uno, y luego seguiremos al Grupo Dos en el siguiente. Después de eso abriremos la marcha, así que más valdrá que estemos preparados.

Los miembros del grupo dirigido por el joven corelliano fueron indicando que estaban listos para saltar, por lo que Corran sintonizó la frecuencia de mando en su unidad de comunicaciones.

—Grupo Tres listo para saltar en cuanto reciba la indicación, Rebelde Uno.

—Perfecto. Atención todos los grupos: cinco segundos para la señal.

Una vez terminada la réplica de Wedge, Silbador inició la cuenta atrás de los cinco segundos. Corran contempló cómo éstos iban desapareciendo en el indicador digital. Cuando el indicador llegó al cero, conectó el hiperimpulsor del ala-X y se recostó en su asiento mientras las estrellas llenaban la pantalla visara. En el mismo instante en que el color amenazaba con abrumarle mediante su intensidad, su caza entró en el hiperespacio y dejó atrás la capacidad de la luz para maltratarle.

El primer tramo exigiría aproximadamente una hora e hizo que siguieran el plano del plato galáctico, moviéndose contra el sentido del giro de la galaxia. El curso los acercó de manera casi imperceptible al Núcleo, lo cual era bueno porque las bases de datos que contenían información sobre los peligros para la navegación irían mejorando progresivamente a medida que se dirigieran hacia el Núcleo.

«Y hacia Coruscan…».

Corran sabía que la capital imperial no era su objetivo —al menos no para aquel vuelo—, mas estaba seguro de que tarde o temprano acabarían poniendo rumbo hacia ella. Pero su preocupación más inmediata era trazar el curso para el tercer tramo del salto. Aunque Corran no había sido informado de su destino final, el comandante Antilles le había entregado una lista de veinte puntos de inicio y final de trayecto, y el corelliano había calculado las que le parecían las mejores rutas para ejecutar esos saltos. La dirección, velocidad y duración del primer tramo le permitieron eliminar todos los cursos entregados a Rhysati como solución para el segundo tramo salvo dos, y esa considerable reducción del número de puntos de final de trayecto significaba que Corran ya sólo tenía que dar los últimos retoques a dos planes.

Su primer curso, que llevaría a la unidad más lejos a lo largo del disco y la sacaría de la sección más poblada y avanzada de la galaxia, había sido trazado y calculado con mucho cuidado. Varios cúmulos de agujeros negros limitaban las opciones en lo que concernía a ese curso. Corran volvió a repasarlo, y acabó decidiendo que ya no podía ser mejorado.

—Muéstrame el curso hacia el sistema de Morobe, Silbador.

El androide astromecánico emitió un seco zumbido, y una larga serie de números y gráficos empezó a desfilar por la pantalla.

—Sí, ya sé que has hecho todo lo que podías. Congela la salida de datos ahí. —Corran golpeó suavemente el cristal del monitor con la punta de un dedo—. En el sistema de Chorax nos haces dar un rodeo de dos parsecs y medio. En ese sistema sólo hay una masa planetaria, y el sol tampoco es tan grande. Dado que el sistema de Chorax aparece casi al principio de nuestro tramo, si nos aproximas un décimo de parsec más entonces deberíamos salir del hiperespacio lo suficientemente cerca de los planetas habitables de Morobe como para no tener que ejecutar un salto intrasistémico a fin de encontrar la gravedad en el caso de que la necesitemos.

El androide dejó escapar un suave gemido.

Corran se rió.

—Tienes razón. Los datos que utilizaste para computar el curso indicaban que había que mantenerse más alejado del sistema, pero eso se debe a que estás utilizando datos procedentes de los comerciantes y ellos les tienen pánico a los piratas y contrabandistas que actúan en ese sistema. Somos un escuadrón de ala-X, ¿no? No tenemos por qué preocuparnos.

El que la astronavegación y los saltos hiperespaciales resultaran tan complicados hacía que en muchas ocasiones los cursos fueran trazados con el objetivo de pasar lo más

cerca posible de los sistemas habitados, y eso incluso si éstos se hallaban habitados por inadaptados sociales e indeseables. Si un sistema de hiperimpulsión dejaba de funcionar a mitad del vuelo, o se negaba a volver a ponerse en marcha después de una corrección del curso entre dos saltos, encontrarse lo suficientemente cerca de unos mundos de los cuales se podía conseguir ayuda sin excesivas dificultades suponía una auténtica bendición. Tratar de localizar a una nave cuyo salto la había llevado a algún lugar aleatorio de la galaxia decidido por el error resultaba prácticamente imposible, como habían aprendido todos los que habían intentado encontrar a la legendaria flota Katana después de su desaparición.

El primer tramo del viaje terminó sin ningún incidente digno de mención. El Grupo Dos, con Rhysati dirigiéndolo, tomó el relevo del Grupo Uno y empezó a guiar al escuadrón en su nuevo curso. Antes de dar el salto a la velocidad lumínica, el comandante Antilles transmitió a Corran las coordenadas para el tercer salto.

—Así que va a ser Morobe después de todo…

Corran cargó el plan de vuelo por última vez, ignorando el gemido de disgusto de Silbador, y empezó a repasado. El curso parecía hallarse todo lo cerca de la perfección que podía llegar a estarlo dadas las naves que estaban utilizando. Una nave capaz de alcanzar mayores velocidades hubiese podido recortar todavía más la distancia que recorrer acercándose un poco más al sistema de Chorax. El incremento de velocidad le hubiese permitido resistir la influencia de la sombra hiperespacial producida por la masa de la estrella. Si no poseía esa mayor capacidad de resistencia, la nave se vería arrastrada de vuelta al espacio real y hacia el interior del sistema, y muy probablemente sería incapaz de escapar a la presa gravitacional del sol.

—Pero por suerte los ala-X disponen de propulsión más que suficiente para sacarnos de aquí.

Corran echó un vistazo a las lecturas del nivel de combustible de su reactor. Los hiperimpulsores apenas consumían combustible, mientras que los motores sublumínicos lo devoraban. Prepararse para ejecutar un salto a la velocidad lumínica consumía una gran cantidad de combustible, aunque no tanto como librar un combate con otro caza, pero nada de lo que habían hecho durante el viaje hasta aquel momento había planteado grandes exigencias a los motores o al suministro de combustible.

«Cuando ejecutemos mi salto, todavía estaremos en el ochenta y siete por ciento de una carga máxima. Eso es más que suficiente para llegar al sistema de Morobe y volver a casa…».

El escuadrón emergió del hiperespacio y Corran inclinó la palanca de control hacia babor.

—Escuadrón, vamos a seguir un vector de doscientos treinta grados y efectuaremos una depresión de doce grados. Voy a transmitiros el plan de vuelo. —Empujó la palanca de control hacia adelante hasta que el morro del ala-X descendió ligeramente—. Pasaremos a la velocidad lumínica dentro de cinco segundos.

El salto al hiperespacio para aquel tramo pareció efectuarse de manera más fluida y menos trabajosa que los dos anteriores. Corran sabía que esa sensación era meramente ilusoria, y dedicó unos momentos a pensar en ella. De repente se le ocurrió que la razón por la que se sentía más cómodo durante aquel salto que en los anteriores era que lo controlaba. Los errores en el cálculo de un salto hiperespacial podían resultar fatales, y a Corran siempre le había costado muchísimo dejar la responsabilidad de su vida en las manos de otra persona.

—Pero dado que yo hice los cálculos, ahora no he de preocuparme por un error en este tramo. —El estridente zumbido del androide astromecánico le hizo sonreír—. De acuerdo, de acuerdo… Tú hiciste los cálculos, y yo no te ayudé en nada.

Los zumbidos de Silbador se volvieron más apremiantes. El androide astromecánico empezó a mostrarle datos sensores, pero nada de lo que apareció en la pantalla de la cabina tenía absolutamente ningún sentido para Corran.

—Hay otra masa estelar en el sistema de Chorax. Eso es imposible, a menos que…

El sistema de seguridad del hiperimpulsor entró en acción automáticamente antes de que el joven corelliano pudiera transmitir una advertencia a los otros miembros del Escuadrón Rebelde. El caza atravesó una pared de blancura incandescente y entró en la periferia del sistema de Chorax.

Para encontrarse en pleno centro de una encarnizada batalla espacial…

Corran desplazó la palanca de control hacia babor y luego la empujó hacia adelante.

—Rebelde Once, estrella de dispersión. —Confiaba en que Ooryl le siguiera en su veloz movimiento hacia abajo y hacia la izquierda, lo cual despejaría el camino para que el resto del escuadrón entrara en el sistema—. Coloca los estabilizadores-S en posición de ataque. —Corran extendió el brazo derecho y accionó el interruptor correspondiente—. ¿Todavía no has identificado esas naves, Silbador?

El pequeño androide respondió con un pitido lleno de nerviosa urgencia.

—Me conformo con cualquier dato que puedas proporcionarme.

Corran ya sabía que aquella nave tan grande era un crucero Interdictor imperial. Su cuarteto de pozos proyectores de gravedad le permitía crear una sombra hiperespacial aproximadamente equivalente a la de una estrella de dimensiones medianas. Los lnterdictores habían demostrado ser muy efectivos a la hora de tender emboscadas a los contrabandistas y piratas… y la presencia de uno de aquellos cruceros triangulares de seiscientos metros de longitud en el sistema de Chorax no resultaba totalmente inesperada.

Pero no se encontraba allí para tenderles una trampa. Intentando huir del crucero, que Silbador identificó como el *Áspid Negro*, había un yate estelar de la clase Batido modificado. El yate, de unas tres veces la longitud de su ala-X, tenía una tosca forma triangular que quedaba suavizada por la delicada curvatura descendente de sus alas. Parecía de un origen casi orgánico, como si hubiese debido estar nadando por el espacio en vez de estar desplazándose gracias a la impulsión de sus motores iónicos gemelos.

Corran había visto muchos yates modificados durante sus años de servicio en la Fuerza de Seguridad de Corellia, y aquél incluso le parecía vagamente familiar. Normalmente los yates eran modificados para transportar contrabando. Corran no sentía ningún aprecio especial por los contrabandistas, pero el Imperio le caía todavía peor. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo…».

Silbador dejó escapar un seco pitido electrónico. Corran echó un vistazo a su pantalla, y después activó el comunicador.

—Cazas TIE. Bizcos… Quiero decir interceptores. Parece que hay una docena de ellos. —Alzó la mirada hacia el techo de su cabina y sintió una punzada de pánico cuando descubrió que sus ojos no podían ver lo que sus instrumentos le estaban mostrando con tanta claridad en el monitor—. ¿Cuáles son sus órdenes, Rebelde Uno?

—Entablen combate con ellos, pero tengan cuidado con los cañones del crucero —respondió la voz firme y tranquila de Wedge.

—Entendido. Rebelde Diez, acompáñame.

Ooryl indicó que había entendido la orden de Corran mediante un doble chasquido de su comunicador. Al igual que había ocurrido con la orden del comandante Antilles, aquella acción no delató el más leve nerviosismo. El repentino sabor entre acre y amargo que se extendió sobre la lengua de Corran le sorprendió, porque ya se había enfrentado a los imperiales tanto en la vida real como en un sinfín de batallas de simulador. Aun así, nunca se había sentido como se estaba sintiendo en aquellos momentos. El nerviosismo no era nuevo, pero encontrarse tan cerca de perder el control sí suponía una novedad para él.

«Intenta calmarte, Corran. —Su mano subió rápidamente y rozó la moneda que colgaba de su cuello—. Los compañeros de tu escuadrón y los tipos de ese yate confían en ti».

La maniobra que acababan de ejecutar los había hecho descender, por lo que el Interdictor y sus TIE se estaban aproximando por encima de su línea de visión. Corran tiró de la palanca de control y accionó el interruptor que derivaba toda la energía disponible hacia el escudo delantero.

—Toda la energía al escudo delantero, y cambio a los torpedos protónicos.

Una caja de puntería apareció en la pantalla y Corran maniobró el ala-X para dirigir la mira hacia el interceptor. El indicador de alcance mostró un rápido descenso de números a medida que el ala-X se aproximaba al caza imperial.

«Calma, calma… Deja actuar a tus instintos, igual que si esto fuera otro ejercicio de adiestramiento». Corran empujó con suavidad la palanca de control hacia la izquierda y consiguió dejar perfectamente enmarcado al interceptor que venía hacia él. La caja de puntería pasó al rojo y un estridente pitido llenó la cabina. Corran apretó el gatillo, y el primer torpedo salió disparado hacia su objetivo.

Otro torpedo pasó junto al ala-X de Corran y avanzó hacia un interceptor. Las dos naves imperiales se apresuraron a frenar, pero el torpedo de Ooryl redujo su objetivo a

una masa de llamas y restos metálicos. El proyectil de Corran falló su blanco, por lo que el corelliano volvió a conectar los sistemas láser e igualó sus escudos.

—Buen disparo, Diez. ¡Un bizco menos! —Acariciando la moneda que llevaba debajo del traje de vuelo, Corran tragó saliva y conectó su unidad de comunicaciones—. Cúbreme. Voy a por el mío.

Fijando la palanca en la posición de máxima impulsión, Corran hizo que el ala-X se irguiera sobre sus estabilizadores de babor y luego describió un veloz picado que lo colocó encima de la cola del interceptor. El joven corelliano sintonizó sus cañones láser exteriores para que dispararan en tándem y lanzó una ráfaga de energía que abrasó el blindaje de las alas dobladas del interceptor, pero no consiguió destruirlo.

El interceptor se desvió hacia la izquierda, y después ascendió en un veloz giro que acabó colocándolo por encima de la línea de vuelo de Corran. «Si continúa con esa maniobra, pasaré por delante de él y terminaré teniéndolo en la cola…». Corran desplazó la palanca de control hacia la izquierda, describiendo un amplio viraje hacia babor que alejó levemente su caza del interceptor, pero aun así permitió que la nave imperial acabara colocándose detrás de él.

—Ooryl no puede darle, Nueve.

—Ya lo sé, Diez. No te preocupes.

Manteniendo un ojo clavado en el indicador de distancias, Corran hizo que su ala-X siguiera describiendo el largo rizo. «Vamos, vamos… Sabes que quieres acabar conmigo, ¿verdad? ¡Si dispusieras de torpedos protónicos ya me habría convertido en una nube de iones libres, pero no los tienes!».

—Sí, Silbador, sé muy bien qué es lo que estoy haciendo. —Recuperando un poco de confianza en sí mismo, Corran se encogió de hombros—. O por lo menos eso creo…

El piloto del interceptor reaccionó al instante y siguió volando en una trayectoria recta para llegar rápidamente al mismo punto del espacio al que Corran podría llegar lentamente mediante su gran rizo. Viendo que su presa se aproximaba a toda velocidad, Corran ejecutó un centrado y tiró de la palanca de control, estrechando considerablemente el ángulo de su maniobra y haciendo que su cuerpo se hundiera en el asiento de pilotaje.

El ala-X atravesó la línea de vuelo del TIE a veinte metros escasos por detrás de la estructura de bola-y-ala de la nave. Desplazando la palanca de control hacia estribor, Corran hizo que el caza girase 180 grados. Después tiró de la palanca hasta dejarla pegada a su esternón, elevando el morro del ala-X en otro giro que invirtió su curso anterior. Nivelando el caza, se lanzó sobre la cola del TIE después de que su prolongado giro en forma de S le hubiera permitido rebasarlo por una considerable distancia.

«Una distancia letal…». Corran alineó el interceptor en las miras y lo hizo pedazos con dos andanadas láser. Mientras las nubes de fragmentos de la nave desintegrada pasaban junto a él para perderse por el espacio en un vertiginoso girar, Corran activó su unidad de comunicaciones.

—Diez, informa.

—Diez en cobertura. Vector de noventa grados.

—Tengo tu ala, Diez.

Corran desplazó la palanca de control hacia la derecha y vio cómo el ala-X de Ooryl avanzaba velozmente por delante de él para entrar en la estela iónica de un interceptor. El primer disparo del gandiano hizo surgir chorros de chispas y fragmentos de blindaje de la bola central del caza. «¡Uno más y ya será tuyo, Ooryl!».

—¡Nueve y Diez, virad a babor! ¡Salid de ahí!

Ooryl obedeció la orden de Wedge al instante. Su repentino viraje le hizo atravesar la línea de vuelo de Corran, obligando al corelliano a tirar de la palanca de control para desviarse hacia estribor. Corran niveló el caza e inició un viraje hacia babor, pero el estridente gemido de Silbador llenó la cabina. La palanca de control chocó con el pecho de Corran, dejándole atrapado en su asiento de eyección mientras el androide elevaba el morro del ala-X. Una marea roja se fue infiltrando en los límites del campo visual de Corran, y la presión que la palanca estaba ejerciendo sobre su esternón hizo que empezara a resultarle difícil respirar.

La enorme extensión del casco del *Áspid Negro* llenó su pantalla visores «¡Por todas las almas de Alderaan!». El haz azulado de energía surgido de un cañón iónico cayó sobre el ala-X con un estridente siseo y abatió sus escudos. Silbador aulló y la palanca de control se aflojó durante un momento, permitiendo que Corran reaccionara.

Empujó frenéticamente la palanca hacia babor, haciendo que el ala-X describiera un veloz viraje que colocó al Interdictor debajo de sus pies. Después empezó a tirar de la palanca para mostrar su popa al crucero y alejarse de él a toda velocidad, pero un instante después sintió cómo un extraño cosquilleo recorría todo su cuerpo cuando otra andanada iónica rozó los estabilizadores de estribor. Los alaridos del androide astromecánico se interrumpieron de repente, y Corran se vio impulsado hacia el lado izquierdo de la cabina y chocó con él.

El joven corelliano supo lo que había ocurrido sin necesidad de volver la mirada hacia las estrellas que giraban a su alrededor igual que motas de polvo en un tornado de las arenas de Tatooine. El haz iónico había dejado fuera de combate a sus motores sublumínicos de estribor, con lo que el par de motores de babor seguiría funcionando a plena potencia sin encontrar ninguna oposición. Eso había colocado al ala-X en una rotación incontrolable, con la popa persiguiendo a la proa en un incesante girar.

«Pero al menos ahora les costará bastante acertarme…».

Además de desactivar a Silbador, el haz iónico había dejado fuera de combate al compensador de aceleración y a todos los sistemas electrónicos de la cabina. Corran sabía que lo único que podía hacer era apagar los motores y tratar de volver a conectarlos. A menos que dispusiera de alguna clase de energía. —«O hasta que ese crucero me envuelva en un rayo de tracción…»—, el ala-X seguiría dando vueltas igual que un giróscopo. Corran tenía que apagar los motores.

Pero decírselo era mucho más fácil que hacerlo. El panel de desconexión de emergencia estaba colocado en el lado derecho de la cabina. Dado que Corran estaba

siendo incrustado contra el lado opuesto por la fuerza centrífuga, el panel quedaba fuera del alcance de sus dedos desesperadamente estirados. Apretando los dientes hasta hacerlos rechinar, Corran usó su codo izquierdo para apartarse de la pared de la cabina e intentó golpear el panel.

La palanca de control volvió a su posición original, dejándole nuevamente atrapado. Corran la rodeó con la mano derecha e intentó desplazada hacia adelante. El dolor empezó a irradiar del punto en el que la palanca de control había hecho que la moneda de Corran intentara abrirse paso hacia el esternón. «Ve despidiéndote de toda esa tremenda buena suerte…». La palanca hacía que le resultara bastante difícil respirar, añadiendo así otra complicación innecesaria a su apurada situación.

Una sensación de urgencia empezó a hervir dentro de él, imponiéndose al pánico en vez de reforzarlo.

—Suéltame. De. Una. ¡Vez!

Corran redobló sus esfuerzos para mover la palanca de control. Al principio ésta se resistió, pero Corran se negó a dejarse abatir. Concentrándose con todas las fibras de su ser, empujó hasta que la palanca empezó a ceder. Centímetro a centímetro, el corelliano la obligó a irse apartando de su cuerpo. «Si, ya puedo moverme…».

Corran desplazó la palanca todo lo posible hacia la izquierda, y luego la usó para alejarse del lado de babor de la cabina. Con su mano izquierda situada sobre el extremo de la palanca, fue elevando el codo centímetro a centímetro, dejando atrás con una serie de arañazos a una sucesión de interruptores y diales que habían muerto junto con el resto de la nave. En cuanto su brazo quedó situado por encima del extremo de la palanca, Corran se lanzó hacia la derecha, permitiendo que la palanca se deslizara por debajo de su axila, y golpeó el panel de desconexión con el codo derecho.

El palpitar de los motores de babor murió, dejándole a solas con el sonido de su propia respiración en la cabina. La nave seguía girando y la rotación no mostraba señales de frenarse, pero sin fricción o algún otro tipo de resistencia en el vacío del espacio, seguiría girando eternamente. Corran se relajó un poco, dejándose invadir por el alivio que sentía al haber podido desconectar los motores, y como recompensa obtuvo una nueva colisión con el lado de babor de la cabina. Su casco chocó con un mamparo, dejándole un poco aturdido. Junto con el mareo inducido por los giros, el golpe le hizo desear que alguien disparara contra él y pusiera fin a su desgracia.

Pero ese destello de desesperación sólo duró unos segundos, y se disipó cuando otro chispazo de dolor surgió de su esternón. «Quizá nos maten, pero se lo voy a poner lo más difícil posible…». Corran deslizó la mano derecha por encima de su pecho, más allá del medallón y de su hombro izquierdo, y accionó tres interruptores. Desplazando la mano un poco más lejos, levantó una placa de plastiacero que cubría un botón rojo y luego presionó ese botón y esperó que todo saliera lo mejor posible.

Lo que quería oír era el regreso del zumbido palpitante del motor, pero lo que consiguió fue nada. «Los circuitos de ignición deben de haberse quemado. Tiene que haber algo más que pueda hacer». Sin los motores, carecía de energía. Las células de

energía primarias y las células de energía de reserva para los láseres probablemente contenían la energía suficiente para permitirle disponer de las comunicaciones, las toberas de control de dirección y un uso limitado de los sensores, pero acceder a ellas desde el interior de la cabina planteaba ciertos problemas. «Después de todo, no puedo limitarme a aterrizar y hacer unas cuantas conexiones manuales…».

Corran dejó escapar una carcajada.

—No, pero puedo efectuar un descenso manual.

Levantó la pierna izquierda y golppeó una pequeña placa del muro de la cabina con el talón. La presión hizo surgir una barrita instalada en una especie de surco. Corran centró el pie en la barra y la empujó. La barra se alzó debajo de su pie, y Corran volvió a bajarla una y otra vez.

Una serie de chasquidos metálicos procedentes del morro de la nave llegó hasta sus oídos. La barra estaba conectada a un pequeño generador que producía la corriente suficiente para desplegar el tren de aterrizaje del caza. Extenderlo no afectó en lo más mínimo a los giros, pero la recompensa que Corran esperaba obtener no llegaría hasta que el tren de aterrizaje hubiera quedado totalmente fijo y desplegado.

Con un último estremecimiento que Corran percibió a través de la nave, el tren de aterrizaje ocupó las posiciones correspondientes al despliegue completo. El monitor de la cabina volvió a encenderse, y la palanca de control empezó a parecer nuevamente viva debajo de su mano izquierda. Riendo a carcajadas, Corran la empuñó con la mano derecha y la desplazó hacia el lado de estribor de la cabina. La rapidez de los giros empezó a disminuir.

Corran acarició suavemente el medallón con la mano izquierda. Un descenso llevado a cabo sin disponer de energía resultaría seriamente dañino para la inmensa mayoría de formas de vida, por lo que extender el tren de aterrizaje del caza abría un circuito que permitía que las células de energía primarias y de reserva alimentaran las toberas del estabilizador para llevar a cabo maniobras sencillas y activar los sistemas de los haces repulsores. El truco de las células de energía tendía a ser usado principalmente por los técnicos para trasladar de un lado a otro las naves que estaban siendo reparadas o se hallaban estacionadas en las instalaciones de mantenimiento, va que conectar los motores de fusión para disponer de una capacidad de maniobra máxima en recintos cerrados generalmente estaba considerado como muy nocivo para casi todos los seres vivos.

Corran volvió a probar suerte con el sistema de arranque, y obtuvo los mismos resultados que antes. Los diagnósticos le dijeron que había perdido uno de los estabilizadores laterales Incom fi-invertidos de estribor, y que el motor nunca se pondría en marcha mientras los niveles de energía estuvieran fluctuando locamente en todos los circuitos. «Me he quedado sin motores, pero quizá tenga sensores y comunicaciones…».

Conectó esos sistemas, pero no obtuvo nada de los sensores y el comunicador emitió un montón de estática que ocultaba las voces.

—Aquí Rebelde Nueve. No me iría nada mal que alguien me echara una mano…

Mientras esperaba una réplica, Corran conectó los circuitos de lanzamiento de los torpedos protónicos. Sin sensores, su capacidad para acertarle a algo había quedado prácticamente reducida a cero, pero por lo menos podría efectuar uno o dos lanzamientos. «Y probablemente los voy a necesita…».

El *Áspid Negro* se encontraba por encima de él y un poco a estribor. El Escuadrón Rebelde se había reagrupado para formar una pantalla entre el Interdictor y el contrabandista. Corran no podía ver cuántos ala-X seguían estando en condiciones de luchar, y los ocasionales reflejos de la luz del sol en los paneles solares de quadanio de los cazas TIE le indicaron que algunos de los interceptores aún existían, pero parecía haber muchos más ala-X que cazas TIE, y eso era una buena señal.

El Interdictor se aproximó un poco más al combate, con sus cañones iónicos y sus baterías láser escupiendo haces verdes y azules. Los chorros de energía fueron llenando el espacio de nudos y bucles a medida que los artilleros intentaban centrar sus miras en los escurridizos ala-X. Aunque le habían dado con bastante facilidad, Corran sabía que su maniobra para evitar la colisión le había mantenido en un punto dado el tiempo suficiente para que los artilleros pudieran acertarle, y eso únicamente porque se había acercado mucho más al Interdictor de lo que hubiese debido.

Oyó el confuso chisporroteo de una orden por el comunicador, pero no logró entenderla. Un instante después vio una serie de lanzamientos de torpedos protónicos llevados a cabo por los ala-X justo delante de su proa. Los torpedos cayeron sobre la gran nave desde una multitud de ángulos. Por sí sola la potencia de cada uno de los torpedos difícilmente podía suponer una amenaza para el Interdictor, pero el daño combinado de semejante andanada sería lo suficientemente elevado para derribar su escudo delantero. El muro cóncavo de energía brilló con un enfermizo resplandor amarillo antes de implosionar, y Corran estuvo seguro de que había visto cómo varios torpedos estallaban sobre el casco del Interdictor.

—¡Sí, Rebeldes! —Corran dejó escapar una carcajada—. Oh, Silbador, vas a lamentar haberte perdido esto…

El Interdictor elevó el morro para alejar su vulnerable popa de los ala-X. Sus sistemas de derivación podían reparar el escudo dañado proporcionándole más energía, pero eso requeriría desconectar los pozos de los proyectores gravitatorios. Eso, a su vez, permitiría que los ala-X y el yate lograran escapar, con lo que el enfrentamiento se convertiría en una derrota prácticamente segura. «Siempre que no cuentes a los TIE, claro…».

La gran nave ejecutó un giro que se combinó con el rizo para invertir el curso del crucero.

—Está huyendo. ¡Han conseguido asustarlo! ¡Sí! —Un instante después el júbilo de Corran desapareció de repente cuando comprendió que eso significaba que el crucero venía hacia él, y que los TIE supervivientes estaban avanzando detrás del crucero como otros tantos mynocks que persiguieran a un carguero lento—. Tienes mucha suerte de no estar viendo esto, Silbador. Va a ser bastante desagradable.

—Rebelde Nueve, ¿me recibes?

—Te recibo —dijo Corran sin reconocer la voz—. Estoy funcionando con energía parcial. Silbador no responde, y me he quedado más ciego que un ala-Y.

—Aquí Rebelde Cero. Unos bizcos van hacia ti. Tengo dos contactos.

—Oh, más buenas noticias… Gracias, Cero. Bien, considérate en tu casa. —Corran estiró el cuello para ver dónde estaban Tycho y la lanzadera, pero no consiguió localizarlos—. Estoy totalmente desnudo, así que te rogaría que me los quitaras de encima.

—Imposible, Nueve. Sintoniza tus sensores en 354,3.

—¿Qué? —Corran frunció el ceño mientras veía cómo el TIE se iba aproximando—. Eh, te recuerdo que me he convertido en un hutt paralítico.

—Ya me lo has indicado, Nueve. Sintoniza tus sensores. Corran introdujo el código de frecuencia en el teclado que había debajo de su mano izquierda.

—Hecho, Cero.

—Buena cacería, Nueve.

La pantalla de puntería de Corran cobró vida de repente, y su monitor empezó a mostrarle datos de telemetría procedentes de la *Prohibido*. Más allá del diagrama, Corran vio cómo los TIE intentaban librarse de la lanzadera, pero Tycho consiguió mantener sus miras centradas en el primer interceptor a pesar de que estaba pilotando una nave más lenta y menos ágil.

La caja de puntería pasó al rojo y Corran canturreó una imitación de la nota de centrado de Silbador. Después apretó dos veces el gatillo de su palanca de control, enviando dos torpedos contra el primer enemigo.

—Ya me he ocupado de la vanguardia, Cero. Pásame al número dos.

La pantalla emitió un parpadeo, y después Corran describió un viraje y lanzó dos torpedos más contra el TIE enmarcado en rojo dentro de su pantalla táctica. Los pilotos imperiales estaban tan concentrados en su intento de despistar a la lanzadera que los seguía que no tuvieron ninguna posibilidad de reaccionar ante los torpedos que acababan de ser disparados contra ellos.

El primer piloto murió sin haber podido llegar a ejecutar ni siquiera la más básica de las maniobras de evasión. Los torpedos protónicos se abrieron paso a través de la bola de la cabina, haciendo pedazos la nave y convirtiendo el combustible de los motores iónicos en una enorme bola de fuego. El segundo par de torpedos atravesó aquella bola de llamas y arrancó un ala a su objetivo. El segundo interceptor salió despedido en una loca serie de giros a través del espacio. Fragmentos del fuselaje revolotearon por el vacío y luego el TIE estalló en una deslumbrante explosión, ocultando la imagen del lnterdictor en el mismo instante en que éste alcanzaba la velocidad lumínica.

—Unos disparos magníficos, Nueve.

Corran meneó la cabeza.

—Y un pilotaje todavía más magnífico, Nueve. Yo me encargué de la parte más fácil.

—Las victorias son tuyas, Corran. Tres presas confirmadas, y eso te conviene en el mejor del día.

El piloto corelliano se encogió de hombros.

—Bueno, puede que hoy no haya sido un día tan desgraciado después de todo…

—Me alegro de que pienses eso, Nueve.

—¿Por qué, capitán?

—Eres el que ha obtenido más victorias. Eso quiere decir que cuando lleguemos al sitio al que vamos, todas las rondas de bebidas correrán por tu cuenta.

14

Corran desbloqueó los cierres de seguridad de su cabina después de que el yate hubiera apagado sus impulsores de maniobra y la espesa neblina hubiese descendido sobre las dos naves. El yate había vuelto a aparecer en Chorax para recogerle, usando garras de descenso que se cerraron sobre el tren de aterrizaje del ala-X. Eso dejó su nave suspendida del casco dorsal del vate, aferrada a él como una avispa-dauber instalada sobre la espalda de un pájaro. A Corran no le gustaba demasiado aquella situación, pero la distancia que separaba Chorax de Talasea, en el sector de Morobe, era francamente grande y la idea de tener que dejar abandonados a su caza y a Silbador le gustaba todavía menos que la de ser transportado hasta un puerto.

Había desconectado todos los sistemas salvo los de apoyo vital, por lo que no podía comunicarse con el piloto del yate. Corran había quedado impresionado ante la elegante suavidad del descenso en aquel primitivo espaciopuerto. Una espesa niebla lo ocultaba casi todo, y lo poco que había podido distinguir gracias a la claridad desprendida por los impulsores de maniobra parecía estar recubierto por una especie de hiedra de color verde oscuro. Corran vio formas borrosas que parecían edificios, pero la mayoría de ellas estaban cubiertas por tanta vida vegetal que el corelliano se preguntó si la Nueva República no habría cultivado la base en vez de construirla.

Se puso en pie y se estiró, y luego se quitó el casco y los guantes y los dejó encima del asiento de pilotaje. Después salió de la cabina y aterrizó pesadamente sobre el casco del yate. «Hay más gravedad de lo que me esperaba…». Corran buscó una escalerilla para bajar al suelo, pero no consiguió encontrar ninguna. Al final acabó echando a andar por la curvatura del ala, y luego saltó al suelo desde el punto más bajo.

El impacto le dobló las rodillas, y Corran se encontró a cuatro patas.

—O la gravedad es superior a lo que me esperaba, o ese combate me ha dejado realmente agotado.

Mientras se erguía y empezaba a quitarse el barro de las rodillas de su mono de vuelo rojo, Corran comprendió que probablemente se trataba un poco de ambas cosas. «Tengo mucha suerte de estar vivo».

Una escotilla se abrió con un siseo en la quilla del yate y una rampa de abordaje descendió lentamente del hueco. Corran se volvió hacia la rampa, limpiándose las manos en los muslos mientras lo hacía. Un sullustano descendió por la rampa, seguido por un androide de mantenimiento de estructura insectoide fabricado en Verpine. Corran les saludó con una inclinación de la cabeza, pero los dos le ignoraron y se pusieron a esperar junto a la base de la rampa.

Corran supuso que estarían esperando al capitán de la nave, dando por sentado que tenía que tratarse de un hombre porque entre los contrabandistas independientes había muy pocas mujeres. Cuando el capitán bajó por la rampa, el primer atisbo de unas piernas tan largas como hermosas terminadas en botas y de un mono de vuelo azul oscuro ceñido al cuerpo hizo que la teoría de Corran saltara por los aires. Un cinturón-pistolera rodeaba

la esbelta cintura de la recién llegada, y una larga cabellera negra caía sobre el centro de su espalda. La mujer se agarró al soporte delantero de la rampa y luego giró en un movimiento lleno de despreocupada agilidad para encararse con Corran, y el corelliano quedó muy agradablemente impresionado por la sonrisa que iluminaba su hermoso rostro.

—Gracias por el viaje —dijo, volviendo a limpiarse las manos en el mono de vuelo.

La mujer le devolvió la sonrisa mientras acortaba la distancia que los separaba.

—Gracias por la operación de salvamento en el espacio.

—Fue un placer. —El corelliano le ofreció la mano—. Me llamo Corran Horn.

Un destello vagamente peligroso ardió en los ojos castaños de la mujer.

—¿Tienes alguna clase de parentesco con Hal Horn?

—Es… Era mi padre. ¿Por qué?

—Porque persiguió implacablemente a mi padre e hizo que lo enviaran a Kessel. —La mujer clavó un dedo en el pecho de Corran, hincándolo justo allí donde la palanca de control había producido unos cuantos morados—. Si hubiera sabido quién eras, te hubiese dejado allí.

Corran retrocedió, muy sorprendido, y por primera vez vio la insignia de tela que cubría el hombro del mono de vuelo de la mujer. La insignia mostraba una raya de mar corelliana con una barra allí donde hubiesen tenido que estar sus ojos. A causa de la hebra polarizada utilizada para bordar la barra negra, ésta quedaba atravesada por una pequeña línea blanca vertical que iba de un extremo a otro. «Conozco esa insignia… ¡Ya sabía que esta nave me resultaba familiar!».

—Es el *Patinaje del Pulsar*, ¿verdad? Si hubiera sabido que estaba siendo transportado por la nave de Toberas Terrik, me habría quedado allí.

—Veo que ya se han conocido.

Corran giró sobre sus talones y se apresuró a saludar a Wedge.

—Sí, señor.

La mujer apoyó los puños en sus esbeltas caderas.

—No me dijiste quién era este piloto porque sabías que en ese caso no le hubiese transportado, ¿verdad?

Wedge sonrió.

—Sospechaba que en ese caso quizá hubiese habido una cierta fricción, si… ¿Qué tal te han ido las cosas últimamente, Mirax?

—A duras penas consigo ganar lo suficiente para pagar los repuestos y el combustible, Wedge. —Mirax besó al comandante en la mejilla—. También he estado coleccionando historias sobre ti procedentes de todos los rincones de la galaxia. Tus padres se habrían sentido muy orgullosos…

Wedge asintió solemnemente.

—Me gusta pensar que así habría sido.

Los verdes ojos de Corran se entrecerraron.

—Señor, debería saber que el *Patinaje del Pulsar* es una nave con una ampliamente documentada historia de contrabando y que Toberas Terrik es uno de los contrabandistas más famosos que han usado Corellia como base.

El comandante de Corran sonrió.

—Lo sé todo sobre el *Patinaje*, teniente Horn. Tenía quince años cuando ayudé a sustituir la cámara de fusión de ese motor de estribor. El padre de Mirax utilizaba regularmente la estación de aprovisionamiento de mis padres para repostar y hacer reparaciones.

—Pero es que Toberas se dedicaba al contrabando de brille…

Wedge le interrumpió con un fruncimiento de ceño.

—También me ayudó a dar con los piratas que destruyeron la estación de aprovisionamiento y mataron a mis padres… unos piratas que la destruyeron mientras estaban huyendo de la Fuerza de Seguridad de Corellia, y a los que dicha Fuerza de Seguridad jamás consiguió capturar.

—¿Y eso le convierte en un defensor de la ley?

—No, teniente, pero permite ver las cosas desde una nueva perspectiva. —Wedge deslizó un brazo sobre los hombros de Mirax y se los apretó afectuosamente—. Mirax no es su padre. Desde que él se retiró, Mirax ha transportado un montón de suministros para la Alianza. —Se volvió hacia la mujer y clavó los ojos en su rostro—. Y Corran tampoco es su padre, desde luego. Si él no hubiera introducido ciertas modificaciones en el curso que estábamos siguiendo, no habríamos acabado llegando al sistema de Chorax justo a tiempo para salvarte.

Mirax bajó la mirada hacia el suelo. La ira que había estado impregnando su expresión perdió un poco de intensidad, algo a lo que ayudó bastante la aparición del rubor que tiñó sus mejillas.

—Tienes razón, Wedge. Todavía estoy bajo los efectos de la tensión que sentí cuando cayeron sobre mí… El *Áspid Negro* surgió del hiperespacio justo en mi vector de salida, y me atrapó con sus haces gravitatorios. Alguien me ha traicionado.

Corran soltó un bufido.

—Los ladrones no tienen ningún sentido del honor.

Wedge le miró y volvió a fruncir el ceño.

—La explicación más probable es la de que unos cuantos créditos imperiales hayan conseguido comprar más lealtad que la promesa de entregar unos créditos hecha por la Alianza.

Mirax se encogió de hombros.

—Algunos de nosotros pensamos que las promesas de los rebeldes encierran menos peligro que el permitir que el Imperio nos convierta en sus marionetas. —Extendió la mano hacia Corran—. Quiero pedirle disculpas por mi conducta, teniente.

Corran se la estrechó.

—Disculpas aceptadas, pero yo también le pido que me disculpe. Todavía no me he recuperado de la impresión que supone el que todo un crucero dispare contra ti. Mi R2 ha dejado de funcionar, y estoy un poquito preocupado…

Mirax sonrió, y una parte de la tensión que había estado oprimiendo el pecho de Corran se disipó.

—Comprendo. Si puedo serte de alguna ayuda…

—Te agradezco la oferta. —Corran volvió la mirada hacia Wedge—. Probablemente debería hacer que descargaran el ala-X y empezaran a reparar a Silbador.

—Dentro de unos momentos, teniente. Antes quiero hablar con usted. —Wedge señaló el *Patinaje del Pulsar* con un pulgar—. ¿Sabes adónde tenía que ir tu envío, Mirax?

—Se suponía que debía acudir a una cita con una nave para llevar a cabo una transferencia de coordenadas. —Se encogió de hombros—. Según el manifiesto de carga, se trataba de un montón de materiales primarios para establecer una base. Probablemente, casi todo os resultaría de bastante utilidad aquí.

—No lo dudo. —Wedge sacó un comunicador cilíndrico de un bolsillo de su traje de vuelo y lo activó con un movimiento del pulgar—. Antilles a Emetrés.

—Aquí Emetrés, señor. He estado intentando ponerme en contacto con usted desde que llegamos…

Wedge alzó los ojos hacia el cielo.

—Estoy seguro de ello, pero ahora no tengo tiempo para hablar. Necesito que nos envíes un equipo de recuperación provisto de una grúa para que se encarguen del ala-X y la unidad R2 de Horn. También tendrás que obtener el manifiesto de carga del *Patinaje del Pulsar*. Entérate de adónde tenía que ir ese envío de suministros, y averigua si puedes conseguir que lo que necesitamos se quede aquí.

—Sí, señor. Como le estaba diciendo, señor…

—Fin de la transmisión. —Wedge apagó el comunicador y volvió a metérselo en el bolsillo—. Tycho me dijo que no había tenido ningún problema con el androide durante el trayecto hasta aquí, pero soy incapaz de imaginarme por qué.

Mirax volvió la cabeza hacia Wedge y arqueó una ceja.

—Así que le enviaste aquí para que hablara conmigo, ¿eh?

—No es ni con mucho el peor androide de protocolo de que disponemos, créeme. —Wedge le guiñó un ojo—. Limítate a entregarle la tarjeta de datos, y luego retírate al *Patinaje* y amenaza con pegarle un tiro.

—Y asegúrese de disparar dos veces.

—Procuraré no olvidarlo, teniente. —Mirax suspiró—. ¿No sería mucho más sencillo para todos que le transmitiera el manifiesto a vuestro ordenador central?

Wedge torció el gesto.

—En estos momentos Emetrés es nuestro ordenador central.

—Cierto, pero tampoco nos encontramos en la periferia del borde. Este sitio hace que los mundos exteriores parezcan civilizados.

—Me alegro de que lo comprendas. —Wedge le dedicó un saludo abreviado—. Ya hablaremos más tarde, Mirax. Teniente, si tiene la bondad de seguirme…

Corran echó a andar junto a su comandante.

—¿Quería decirme algo, señor?

—Nunca volverá a ser exactamente igual que esa primera vez. —Wedge sonrió—. Enfrentarse a una escuadrilla de cazas enemigos es una cosa, pero tener que luchar bajo la sombra de un navío de guerra de gran tamaño… Bueno, eso puede poner nervioso a cualquiera.

«Quizá ésa ha sido la diferencia entre esta vez y las otra…».

—Le agradezco que me proporcione esa nueva perspectiva, señor.

—También quería felicitarle por la forma en que supo recuperarse ahí fuera. Se encontraba en una situación muy difícil, y logró salir de ella de una manera bastante airosa.

—Fue más cuestión de suerte que de ninguna otra cosa, señor. Si esa segunda andanada me hubiera dado de lleno, ahora me encontraría a bordo de ese Interdictor y Talasea estaría siendo atacada.

—Llámelo como quiera, señor Horn, pero no cabe duda de que lo hizo bastante bien. —Wedge meneó la cabeza—. La forma en que acabó con esos dos enemigos después de que sus sistemas hubieran dejado de funcionar fue muy impresionante.

—Como le dije al capitán Celchu, él se encargó de la parte más difícil y yo me limité a apretar el gatillo. Si hubieran conseguido salir de sus miras, nunca hubiese podido darles. —Corran frunció el ceño—. Y eso me lleva a una pregunta, señor.

—¿Sí?

Corran se detuvo, y unos zarcillos de neblina grisácea ondularon entre los dos.

—El capitán Celchu consiguió obtener una fijación para torpedos sobre esos dos enemigos. ¿Por qué no los destruyó él mismo?

Wedge titubeó durante unos segundos antes de responder, lo que tuvo el efecto instantáneo de poner en guardia a Corran.

—La *Prohibido* está siendo modificada con vistas a los adiestramientos para que pueda simular el perfil de una cañonera de asalto. La lanzadera cuenta con el paquete sensor para los cohetes de demolición, pero no transporta ninguno… y aunque los transportara no podría lanzarlos.

—¿Y entonces por qué no los destruyó con sus láseres? Las lanzaderas de la clase Lambda disponen de cañones láser.

Cuando llegó por fin, la réplica de Wedge sonó sorprendentemente seca y llena de frustración.

—La *Prohibido* no.

Corran bajó la mirada hacia el suelo.

—Comandante, vi cómo personal de seguridad de la Alianza escoltaba al capitán Celchu por todo Folor. Nunca ha contado con armas de un nivel de energía realmente operativo a bordo de su Z-95… ¿y ahora usted me está diciendo que a su lanzadera le han

quitado los cañones láser a pesar de que íbamos a viajar por sectores del Núcleo altamente disputados? ¿Qué está pasando aquí?

Wedge hizo una profunda inspiración de aire, y después lo dejó escapar muy despacio.

—¿Le ha hablado a alguien más de la escolta de seguridad?

—No, yo sólo…

—Teniente, quiero que entienda dos cosas. La primera es que tengo la máxima confianza posible en el capitán Celchu. No tengo absolutamente ninguna reserva acerca de él, su servicio, sus capacidades o su compromiso con la Alianza. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—La segunda es que la cuestión a la que alude es de naturaleza privada, y que concierne únicamente al capitán Celchu. Debido a ella, el capitán ha accedido a someterse a ciertas limitaciones. Él es la única persona que puede hablar de ese asunto, pero tanto él como yo creemos que sacarlo a relucir sólo serviría para crear una distracción dentro de la unidad.

«Como si el no saber nada sobre ella no fuera a suponer una distracción para mi…».

—¿Significa eso que no puedo preguntárselo directamente al capitán?

Wedge se cruzó de brazos.

—Usted ha sido agente de la ley, Corran, y por eso le resulta mucho más fácil y natural sentir suspicacia que confianza. Quiero que se haga una pregunta a sí mismo, ¿de acuerdo? Si pudo confiar en él para que le ayudara a destruir esos dos cazas enemigos, ¿no cree que puede llegar hasta el final en lo que se refiere a la confianza? Celchu no tenía por qué salvarle, pero lo hizo… sabiendo que si los interceptores se volvían contra él estaría tan muerto corno usted.

—Entiendo adónde quiere ir a parar, señor —dijo Corran, asintiendo lentamente—. No le estoy diciendo que no vaya a preguntárselo, a menos que usted me ordene que no lo haga, pero le aseguro que no hablaré con nadie más del asunto. Y si el capitán se niega a responder a mis preguntas… Bien, supongo que entonces tendré que aguantarme. El capitán Celchu me salvó la vida, así que por lo menos le debo eso.

—Perfecto.

—Una cosa más, señor.

—¿Sí, teniente?

Corran volvió la mirada hacia el *Patinaje del Pulsar*.

—Cuando estábamos allí, usted dijo que la Fuerza de Seguridad de Corellia nunca logró capturar a los piratas que habían destruido la estación de Gus Treta y matado a sus padres. Mi padre se ocupó de ese caso, y dedicó muchos esfuerzos a él. Nunca llegó a darse por vencido, sino que sencillamente… Bueno, el canso es que no disponía de las conexiones al otro lado de la ley con que contaba usted. —Tragó saliva—. Creo que si mi padre hubiera sabido que Toberas Terrik le estaba ayudando a dar con esos piratas, hubiera sido un poco más indulgente con él y Toberas no habría tenido que pasar todo ese tiempo en las minas de especia.

Wedge estiró el brazo y le dio una suave palmada en el hombro.

—Toberas no era un Jedi, obviamente, pero tampoco se había vuelto hacia el lado de los Sith, y el tiempo que pasó en Kessel le obligó a dejar el contrabando. Cuando Mirax pueda disponer de un momento en el que se sienta algo más dispuesta a la sinceridad, probablemente admitirá que los cinco años que pasó en la oscuridad de las minas fueron beneficiosos para su padre.

—Dudo que ella y yo vayamos a compartir muchos momentos propicios a la sinceridad, señor.

—¿De veras? Pues yo creo que los dos podrían acabar llevándose bastante bien.

—Nuestros padres se odiaban abiertamente el uno al otro, señor, y eso no constituye los mejores cimientos posibles para una amistad duradera. —Corran meneó la cabeza—. Además, Mirax Terrik es amiga suya y…

—Pero sólo es una amiga. O más bien una hermana, dado que se quedaba a vivir con nosotros cuando su padre tenía que hacer algún viaje especialmente peligroso.

«Así que mi oficial superior la considera como una hermana, ¿eh? Eso sí que constituye todo un incentivo para llegar a conocerla mejor…»., pensó Corran, y sonrió.

—Me lo tomaré como una especie de consejo, señor.

—Hágalo, teniente. Tener amigos nunca le ha hecho daño a nadie.

—¡Señor, señor!

Los dos hombres alzaron la mirada para ver cómo Emetrés surgía de la neblina talaseana. «Su oscurísimo color en este mundo tan apagado… No me extraña que el comandante intente darle esquinazo al androide mientras estemos aquí, pero le va a costar bastante».

Wedge miró a Corran, y en cuestión de un instante Corran supo que los dos habían estado pensando exactamente lo mismo.

—Emetrés… Bien, dejaré que discutas las condiciones de su ala-X con el teniente Horn. Localízame en cuanto hayas acabado.

Corran leyó un «Si puedes hacerlo» en la sonrisa de Wedge mientras el comandante del Escuadrón Rebelde giraba sobre sus talones y se alejaba.

—Como desee, señor. —El androide abortó un saludo, y después desplazó cautelosamente sus pies en un lento giro para volverse hacia Corran—. Acerca de su ala-X… señor, los daños no son tan considerables.

—¿Qué me dices de Silbador?

—Ah, se refiere a su unidad R2. —El androide inclinó su cabeza en forma de concha de una manera casi imperceptible—. Su Silbador se pondrá bien. Se autodesconectó antes de que la andanada iónica pudiera producir el efecto de desconexión masiva, y ello fue posible en virtud de que el disparo estuvo a punto de fallar el blanco. Debo decirle, señor, que inicialmente pensé que…

—Sí, Emetrés, te lo agradezco. Pero… ¿Silbador volverá a funcionar sin problemas?

—Creo que sí, señor, aunque pudo ocurrir lo peor.

—¿Lo peor? —preguntó Corran, y enseguida lamentó haber invitado a Emetrés a que se explican.

—Bien, señor, una conexión energética quedó polarizada negativamente y eso impidió que se llevara a cabo la reinicialización automática. Muchos considerarían que se trata de un problema menor. La conexión tendrá que ser sometida a un reacondicionamiento térmico, pero aquí disponemos de las instalaciones necesarias para ello porque los colonos solían utilizar androides agrícolas y este mundo padece algunas tempestades bastante violentas durante cada estación lluviosa.

—Todo eso es realmente fascinante, Emetrés. —Corran sonrió—. Deberías pedirle al comandante Antilles que te permitiera informar al escuadrón acerca de la climatología de este planeta. —«Así que el comandante quería utilizarme para poder huir del androide, ¿eh?».—. En realidad, deberías exigírselo.

—¿Exigírselo? Oh, cielos…

—Insiste enérgicamente. Quince o veinte minutos de razonar con él deberían convencerle de la necesidad de ello. —Corran asintió solemnemente—. Y ahora, volvamos a mi ala-X. Perdí un estabilizador lateral fi-invertido.

—Correcto, señor. —Emetrés le entregó un cuaderno de datos—. He introducido los impresos de solicitud para dicho componente en este cuaderno de datos. Si tiene la bondad de rellenarlos y de cumplimentar un informe de incidentes, haré que el capitán Celchu los repase y le pida al comandante Antilles que los firme. Después transmitiremos la información al general Salm. Deberíamos disponer del componente dentro de un mes o, como mucho, de dos.

Corran sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¿Uno o dos meses?

—Sí, señor. Usted se trajo su ala-X consigo, y nunca lo ha entregado formalmente a la Alianza. A fin de evitar que los individuos utilizaran la Alianza como si fuera un depósito de mantenimiento, la regulación 119432, subsección 5, párrafo 3, dice con toda claridad que «los aparatos no pertenecientes a la Alianza que estén aliados con o se encuentren operando bajo las órdenes de un comandante de la Alianza recibirán las piezas y el mantenimiento necesarios según lo considere adecuado el oficial al mando y/o el oficial a cargo de la entrega de piezas y de la asistencia de mantenimiento para dicho aparato. Si dicho aparato queda dañado en cualquier acción que no haya sido planeada o aprobada previamente (véase sección 12, párrafo 7, para una lista de excepciones), todos los daños se considerarán no relacionados con la Alianza y en tal caso dicho aparato será reparado únicamente después de que se hayan completado todas las reparaciones de los aparatos que hubieran resultado dañados en acciones aprobadas». Bien, en cuanto a las excepciones…

—Ya es suficiente, Emetrés —dijo Corran, dándose masaje en las sienes—. ¿Es la única forma de conseguir un nuevo estabilizador?

—Conozco con todo detalle las reglas y los reglamentos de más de seis millones de distintas organizaciones militares y paramilitares, señor, y no hay nada que…

El piloto golpeó la negra placa pectoral del androide con un nudillo, y eso detuvo la letanía.

—Emetrés, tiene que haber otros estabilizadores laterales fi-invertidos en existencia aparte de los que tenemos guardados en todos los almacenes y naves de la Alianza. Tanto los Z-95 Cazadores de Cabezas como los Incom T-47 Deslizadores del Aire utilizan ese estabilizador. De hecho, probablemente haya un T-47 averiado en algún lugar de esta base.

—Podría haberlo, señor. —El androide hizo que su cabeza describiera un lento círculo para examinar toda la zona—. Prepararé los impresos necesarios para solicitar una inspección general del sector local.

Dejando caer el cuaderno de datos, Corran extendió los brazos y tomó la cabeza del androide entre las manos. Después tiró de ella, atrayendo la abertura facial de Emetrés hacia él.

—No me estás entendiendo, Emetrés. Los impresos y las solicitudes requerirán mucho tiempo. Sin ese componente, no puedo volar. Si no puedo volar, quedaré atrapado en el suelo y entre esta neblina y eso hará que la vida me resulte insoportable, y no quiero que eso llegue a ocurrir. Tiene que haber algunos componentes que…

—Y reglas que deben ser observadas.

—¡Al cuerno con las reglas!

El androide dio un paso hacia atrás, y la condensación que se había ido acumulando sobre su cabeza le permitió escapar de la presa de Corran.

—¡Señor, pensaba que si existía algún miembro del Escuadrón Rebelde que fuese capaz de valorar la adherencia a las reglas tenía que ser precisamente usted!

Corran suspiró.

—Las reglas tienen su sitio, pero no cuando se vuelven perjudiciales. ¿No podrías sacar el componente de algún sitio aunque fuera saltándote las reglas?

El androide se quedó totalmente inmóvil, con los parpadeos luminosos de sus ojos como única indicación de que seguía funcionando. Al principio el piloto corelliano agradeció el cese del parloteo del androide, pero el silencio se prolongó durante mucho más tiempo de lo que jamás había podido disfrutar de él en presencia de Emetrés.

Los destellos oculares se volvieron asincrónicos, y eso empezó a preocupar un poquito a Corran.

—¿Emetrés?

Los ojos del androide se oscurecieron durante un momento, y después sus miembros y su cabeza temblaron tan violentamente como si acabara de ser fulminado por un rayo.

—¿Emetrés?

Los ojos volvieron a encenderse, y Corran hubiese jurado que la claridad que despedían era un poco más potente que antes.

—Protocolo de obtención irregular activado, señor. —El androide se inclinó y recogió el cuaderno de datos del suelo. Le echó un vistazo, y después meneó la cabeza—. Enviaré una petición a través de los canales reglamentarios, pero creo que podré

encontrarle algo antes de que recibamos cualquier tipo de notificación o ayuda del mando. Usted es un piloto, y mi trabajo consiste en asegurarme de que pueda seguir combatiendo. Considérelo hecho.

Corran pensó que incluso la voz parecía distinta.

—¿Te encuentras bien, Emetrés? ¿Te está afectando toda esta humedad?

—Estoy perfectamente, señor. La humedad no es ningún problema. —Una luz ocular parpadeó rápidamente—. Puede que haya contraído la sombra de algún virus, pero no es nada de lo que haya que preocuparse.

«¿Estoy soñando, o este androide acaba de guiñarme un ojo?».

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. —El androide le saludó marcialmente—. Si no tiene nada más que decirme, señor, empezaré a ocuparme del asunto inmediatamente. Y también haré que le envíen el equipo a su alojamiento, señor.

—Gracias, Emetrés. —Corran le devolvió el saludo—. Puedes irte.

El androide giró sobre un talón y empezó a alejarse. Corran le siguió con la mirada, y luego se estremeció.

—Ooryl no pensaba que hiciera tanto frío aquí.

Corran se volvió y vio al gandiano de piel gris verdosa inmóvil detrás de él. «Otro que sabe confundirse con toda esta niebla…».

—No es frío, Ooryl, sino sólo fatiga. Ha sido un día muy largo, y ha estado lleno de sorpresas.

—Qrygg quería pedir disculpas por haberte abandonado. —El gandiano juntó las manos en un gesto que casi era digno de un penitente—. Qrygg estaba demasiado ocupado esquivando los interceptores pegados a la cola de Qrygg para poder ver que no te encontrabas allí.

—Obedeciste órdenes, igual que lo hubiese hecho yo.

—Qrygg querría darte una muestra de la pena que siente Qrygg. Corran pasó un brazo por encima del exoesqueleto de los hombros del gandiano.

—Voy a decirte qué haremos, ¿de acuerdo? Llévame a mi alojamiento y permíteme disfrutar de ocho horas de sueño, y consideraremos que estamos en paz. ¿Bastará con eso para disipar tu culpabilidad gandiana?

—Ooryl lo encuentra aceptable.

—Estupendo. —Corran agitó su mano izquierda por entre la niebla—. Guíame, Ooryl, y esta vez te prometo que te estaré siguiendo durante todo el trayecto.

15

El pomposo y envarado oficial fulminó a Kirtan Loor con una mirada tan penetrante y abrasadora como un haz láser.

—Ya veo que sus órdenes han sido correctamente redactadas y formalizadas, pero nunca me ha gustado que los operativos de inteligencia se metan en los asuntos de la flota.

—Le agradezco su preocupación, almirante Devlia, así como el que haya abandonado su retiro para volver a ponerse al servicio del Imperio, pero la seguridad imperial debe gozar de preferencia en este momento que, y creo que usted estará de acuerdo en ello, es totalmente decisivo.

El hombrecillo deslizó un dedo a lo largo de su bigote gris y su expresión se volvió un poco menos amenazadora.

—Sólo quería que todo quedara bien claro desde el principio.

—Por supuesto.

A Kirtan le importaban muy poco las preocupaciones del almirante, pero el crucero Interdictor *Áspid Negro* formaba parte de los efectivos que se hallaban bajo las órdenes de Devlia. El informe en el que explicaba cómo cayó en una emboscada tendida por un escuadrón al que había identificado como el Escuadrón Rebelde hizo que recorriera la larga distancia que separaba Coruscant de Vladet, en el sistema de Rachuk, para hablar con la capitana Uwlla Iillor, que se hallaba al mando del *Áspid Negro*. Kirtan sospechaba que una parte muy considerable de la incomodidad de Devlia surgía de que su presencia allí obligaba al almirante a tratar con Iillor, una de las mujeres que habían ascendido hasta puestos de mando en la jerarquía militar para llenar los vacíos surgidos en la Armada Imperial después de la catástrofe de Endor.

El agente de inteligencia descubrió que tenía muchas ganas de conocer a la capitana Iillor. Había leído su expediente, así como el del almirante Devlia y los de la mayor parte de sus oficiales, durante el trayecto desde Coruscant. Los expedientes habían constituido una agradable distracción que le había permitido olvidarse durante un rato de la pesada labor de recopilar los distintos rumores sobre el Escuadrón Rebelde, pero el de Iillor le había parecido particularmente interesante. Al estudiarlo, Kirtan percibió ciertas indicaciones de lo irresistiblemente poderosa que tenía que ser su personalidad para que hubiera logrado ascender hasta tan alto en la Armada Imperial incluso antes de la muerte del Emperador.

Devlia se levantó y alisó su guerrera gris por encima de su redondo estómago.

—Y debo decirle que no toleraré ninguna pregunta que no me parezca pertinente.

—Lo entiendo, señor.

«Sigue soñando, almirante…».

Devlia guió a Kirtan desde su espacioso despacho hasta un estrecho pasillo de la mansión que albergaba al mando. El almirante le precedió al interior de un pequeño estudio que había sido convertido en una sala de conferencias mediante la adición de una

gran mesa que dominaba la estancia. Las estanterías todavía estaban repletas de cajas llenas de tarjetas de datos, y Kirtan pensó que aquella biblioteca era mucho más grande de cuanto hubiese esperado encontrar en un planeta como Vladet.

Devlia se sentó a la cabecera de la mesa y después alzó una mano para señalar a la mujer que estaba de pie al otro extremo.

—Capitana Iillor, el agente Kirtan Loor. Quiere hacerle algunas preguntas acerca de la emboscada.

—Sí, señor. —La mujer de cabellos castaños dirigió a Kirtan una mirada en la que no había ni rastro de la expresión entre temerosa y acosada que la mayoría de personas adquirían cuando se les decía que alguien del departamento de inteligencia quería someterlas aun interrogatorio—. Le ayudaré en todo lo posible, agente Loor.

Su voz poseía una firmeza cortante que respaldaba el desafío presente en sus oscuros ojos. Kirtan supuso que su falta de miedo se debía a los largos años que había pasado en la galería NH, o No Humana, de la flota. Los prejuicios que el Imperio albergaba contra los alienígenas y las mujeres habían alcanzado niveles de refinamiento sin precedentes en la Armada Imperial. Iillor había sido enviada a servir bajo las órdenes del coronel Thrawn y de toda una serie de otros oficiales superiores alienígenas antes de que se le concediera su propia nave. Además, también habría quedado atrapada en aquel crucero ligero si no fuese porque la derrota de Endor hizo que la necesidad de oficiales competentes llegara a ser tan grande que los supervivientes del Alto Mando reevaluaron al personal y empezaron a asignar los puestos rigiéndose por algo parecido al mérito.

—Estoy seguro de ello, capitana. Me gustaría poder disponer de cualquier informe que haya redactado acerca de esta acción, así como de cualquier registro holográfico de ella, junto con cualquier comunicación interceptada. —Kirtan fue hasta el lado izquierdo de la mesa, y después se volvió hacia Devlia—. Con el permiso del almirante, por supuesto.

El viejo militar asintió.

—Bien, en ese caso vamos a empezar —dijo Kirtan—. Y ahora, tenga la bondad de contarme qué ocurrió.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego. —Kirtan sonrió, pero siguió de pie—. Póngase cómoda.

La capitana Iillor se sentó y luego desplazó su asiento de tal manera que Devlia sólo podía verla de perfil.

—Teníamos información de que una contrabandista que transportaba suministros destinados a los rebeldes era esperada en el sistema de Chorax en un momento determinado, y que partiría después de haber recogido cierto cargamento allí. Envié a una lanzadera para que determinara la situación de la contrabandista mientras estacionaba el *Áspid Negro* en la periferia del sistema. Cuando el *Patinaje del Pulsar* empezó a salir del sistema, hice que el *Áspid Negro* saltara a esas coordenadas y conecté mis graveyectores G7-x.

Kirtan frunció el ceño.

—Recurrir a los saltos intrasistémicos constituye una táctica más bien inusual, ¿no?

Iillor meneó la cabeza.

—La he visto utilizar con gran éxito en el Sector Desconocido. También dio resultado en Chorax, porque así el *Patinaje* no tenía ni idea de cuál era nuestro punto de origen. Tardaron casi seis segundos en iniciar las maniobras evasivas. Me tomé la libertad de aproximarme lo suficiente para poder utilizar nuestros cañones iónicos sobre el *Patinaje* durante ese tiempo… y entonces una docena de ala-X entró en el sistema.

»Desplegué mi escuadrón de interceptores, pero ninguno de los pilotos es demasiado bueno. Los habrían hecho pedazos, así que seguí aproximando al *Áspid Negro* y conseguirnos dejar inutilizado a un ala-X. Pero el resto de cazas ya había formado una pantalla alrededor del *Patinaje*, e hizo llover una salva de torpedos protónicos sobre mi escudo delantero. EI escudo se desmoronó y perdí dos baterías láser. Tenía que elegir entre reforzar mis escudos o seguir utilizando los graveyectores. Elegí lo primero, recuperé a cinco interceptores y pasé a la velocidad lumínica.

Devlia se inclinó hacia adelante.

—Estaban esperando al *Áspid Negro*. Surgieron del hiperespacio prácticamente encima de ellos. Kirtan se acarició el mentón.

—No veo que una cosa demuestre la otra. Tampoco veo ninguna evidencia de que hubiera una emboscada.

Iillor irguió la cabeza.

—Eso es lo que le he estado diciendo al almirante.

—Los dos están ciegos.

—Señor, me parece que está llegando a conclusiones injustificadas… y lo digo con todo el debido respeto. —Kirtan echó a andar junto a la mesa, pasando por detrás del almirante y volviendo sobre sus pasos—. Los cruceros de la clase Interdictor han sido diseñados para sacar naves del hiperespacio. Sólo se los puede estacionar de tal forma que eso resulte posible cuando la ruta es conocida de antemano, por supuesto. En este caso, y dado que el *Áspid Negro* se encontraba en el sistema de Chorax para impedir que una nave entrara en el hiperespacio, usted ha elegido descartar una de sus funciones primarias.

—¡Eso es ridículo!

«Y además es exactamente la clase de error que yo habría cometido ante…»., pensó Kirtan mientras permitía que sus labios esbozaran una tenue sonrisa.

—Examine su razonamiento. Si decidiera tender una emboscada a un crucero de la clase Interdictor, ¿se limitaría a emplear un escuadrón de ala-X?

El rostro de Devlia enrojeció.

—Quizá yo no lo haría, pero cuento con un adiestramiento del que no dispone la mayoría de oficiales rebeldes.

—Cierto, señor, pero los rebeldes no carecen de líderes sabios y eficientes. —Kirtan dejó que las alusiones a Yavin y Endor quedaran flotando en el aire, pero la expresión de Devlia le indicó que el almirante las había percibido de todas maneras—. También podría

preguntar por qué los rebeldes iban a perder el tiempo atacando a un crucero Interdictor. No pretendo faltarles al respeto ni a su nave ni a usted, capitana Iillor, pero los lnterdictores no están causando grandes problemas a la Rebelión. Nuestras grandes flotas de guerra están desempeñando funciones de guarnición en mundos clave como Corellia y Kuat, lo cual quiere decir que es improbable que abandonen esas posiciones incluso en el caso de que los rebeldes escojan a los lnterdictores como sus nuevas presas.

Iillor no sonrió, pero su asentimiento tampoco fue tan rígido como antes.

—Mi teoría es que tuvimos la mala suerte de sacar del hiperespacio a un convoy, pero el almirante opina que semejante coincidencia es altamente improbable.

Kirtan sonrió.

—A pesar de este error de juicio, el almirante sigue siendo un líder tan formidable que creo que los rebeldes cometerían un serio error si decidieran operar en su sector.

Devlia había abierto la boca para emitir una protesta ante la primera parte de la afirmación de Kirtan. La segunda parte, que Kirtan había añadido como un bálsamo para su vanidad, reprimió el comentario del almirante e hizo que sus mandíbulas se cerraran con un chasquido claramente audible.

El agente de inteligencia volvió a concentrar su atención en la capitana Iillor.

—¿De qué manera identificó a esos cazas como efectivos del Escuadrón Rebelde?

—Las comunicaciones interceptadas usaban las señales de llamada de esa unidad. Los datos visuales no son muy buenos, pero la insignia pintada en los estabilizadores puede distinguirse con toda claridad. Las búsquedas preliminares la han correlacionado con una insignia que se afirma es la utilizada por el Escuadrón Rebelde. Además, el *Patinaje* tiene conexiones corellianas, al igual que Wedge Antilles. Y los pilotos luchaban como demonios y eran realmente muy buenos: acabaron con siete de mis interceptores, con los dos últimos siendo eliminados ante un ala-X que había quedado inutilizado.

Devlia se recostó en su asiento.

—Interesante pero circunstancial, y tengo la seguridad de que el agente Loor estará de acuerdo conmigo.

—Circunstancial, sí, pero persuasivo. —Todo lo que la capitana Iillor le había dicho sobre el escuadrón que atacó al *Áspid Negro* parecía señalar al Escuadrón Rebelde. Kirtan dudaba que cualquier otra unidad de la Rebelión estuviera utilizando sus señales de llamada, y los datos referentes a la insignia tendrían que ser comprobados. Aun así, no eran pruebas concluyentes… pero con todo, se trataba de un principio—. ¿Qué hizo su lanzadera, capitana? ¿Permaneció en el interior del sistema y mantuvo bajo vigilancia al escuadrón para registrar su velocidad y su vector de salida?

Iillor frunció el ceño.

—No, y el teniente Potin ha recibido una severa reprimenda por haber huido cuando no se encontraba amenazado. Dispongo del vector de entrada y de los datos de velocidad, y han sido triangulados con los datos de la lanzadera.

—Eso ya es algo.

—Me aseguraré de que reciba esos datos antes de su regreso al Centro Imperial, agente Loor. —Devlia se levantó—. Suponiendo que no quiera hacer nada más aquí, entonces…

—Quiero hablar con los pilotos que se enfrentaron a los alas X, y también quiero examinar cualquier dato registrado procedente de los interceptores que fueron destruidos.

—Me ocuparé de que empiecen a prepararle inmediatamente esas entrevistas.

—Tómese su tiempo, almirante. Me conformaría con poder entrevistarlos dentro de dos o tres días.

La expresión del viejo militar se ensombreció de repente.

—¿Tanto tiempo piensa permanecer aquí?

—Sospecho que todavía más. —Kirtan le dirigió una gran sonrisa—. Si el Escuadrón Rebelde está operando en esta área, y creo que lo está haciendo, sólo me iré después de que los hayamos localizado y destruido… y ni un segundo antes.

16

En sólo dos semanas, y mientras la petición oficial de un nuevo estabilizador lateral fi-invertido languidecía en el limbo de la burocracia, Emetrés encontró un par de estabilizadores laterales fi-invertidos que el *Patinaje del Pulsar* se encargó de traer en su segundo viaje a Talasea. El técnico verpiniano de la unidad utilizó las nuevas piezas para sustituir a las dañadas. Cuando llegó el momento de sincronizarlas Zraii también consiguió introducir ciertas mejoras, con el resultado final de que Corran notó un incremento del cinco por ciento en la impulsión con los sistemas puestos a máxima potencia, junto con una reducción del tres por ciento en el consumo de combustible.

Corran redujo ligeramente el nivel de propulsión, igualando su velocidad a la de Ooryl.

—Ala Tres a guía… Todos estamos en formación, señor.

—Recibido, Nueve. Manténgase a la escucha.

—Entendido. Guía.

Corran no pudo evitar sonreír. Cuando estaba en la Fuerza de Seguridad de Corellia siempre había odiado las misiones de escolta, pero después de dos semanas sin volar se hubiese ofrecido voluntario para atacar Estrellas de la Muerte incluso si éstas se hubieran encontrado suspendidas alrededor de un sistema como perlas en un collar. Incluso durante su huida de Corellia se las había arreglado para volar un mínimo de una vez a la semana, a pesar de que eso quedaba totalmente fuera del perfil de identidad que Gil Bastra había creado para él. Volvió la cabeza para mirar a Silbador.

—¿Qué tal se ha estado portando Emetrés? ¿Ha encontrado alguna información basada en su análisis de la identificación que Gil preparó para mí?

Silbador respondió con un gemido quejumbroso, y la palabra «No» apareció en la pantalla.

—Sí, a mí tampoco me gusta nada la idea de no volver a ver nunca a Gil…

—Corran echó un vistazo al monitor de sensores. —Incrementa un poco tu velocidad, Doce, porque veo que estás empezando a quedarte rezagado. ¿Tienes problemas?

—Ninguna dificultad. Obedeciendo.

—Perfecto. Mantente cerca. Esta misión debería resultar lo suficientemente sencilla para que hasta un pastor de nerfs pudiera llevarla a cabo, pero el otro lado devolverá el fuego, así que tenemos que ir con cuidado.

A pesar de la jovialidad de su tono, Corran sabía que las cosas podían llegar a ponerse feas. Varios operativos de la Alianza habían estado llevando a cabo exámenes de mundos del Núcleo para evaluar el clima político y determinar el poderío de las fuerzas imperiales que los protegían. En uno de los trayectos de vuelta a su base de operaciones —conocida por los pilotos únicamente como «Base de los Bribones Negros» con la localización no especificada por razones de seguridad—, se tropezaron con el crucero de ataque *Devastación*. Los rebeldes descendieron en un pequeño planeta selvático del sistema de Hensara. Habían hundido su nave, una fragata modificada del servicio de aduanas

imperial, en un profundo lago y no disponían del equipo necesario para llevar a cabo las reparaciones que les hubiesen permitido volver a ponerla en movimiento.

El *Devastación* envió a la superficie un caminante imperial y dos exploradores, junto con dos pelotones de soldados de las tropas de asalto. Aunque según los informes sus progresos en la búsqueda de los rebeldes habían sido lentos, empezaron relativamente cerca del lago, por lo que el descubrimiento de la nave sólo era cuestión de tiempo.

La Alianza ya se había resignado a la pérdida de la fragata y pretendía llevar a cabo un discreto rescate de los operativos, pero entonces el *Devastación* había abandonado el sistema, proporcionando así una oportunidad de llevar a cabo las reparaciones y recuperar la fragata *Batalla de Yavin*.

Wedge transmitió al escuadrón las coordenadas para el desplazamiento hasta el sistema de Hensara. A fin de ocultar la situación de su base, el viaje se llevaría a cabo en tres etapas. El primer salto, que no sería muy largo, los llevaría hasta su primer punto de tránsito, un sistema estelar deshabitado que no se encontraba muy lejos del sistema de Morobe. Desde allí volverían a saltar en dirección al Borde para poner rumbo hacia el segundo sistema de tránsito, y luego llegarían al sistema de Hensara.

Los múltiples saltos y cambios de dirección añadirían horas al tiempo de vuelo, pero ocultar su punto de origen era vital. La Alianza ya había descubierto que el primer resultado de dispersar sus fuerzas era hacer que al Imperio le resultara prácticamente imposible asestar un golpe mortal a la Rebelión. Pero si no hubiera sido por los esfuerzos de un puñado de valientes en Hoth, los cuarteles generales de la Rebelión ya habrían sido destruidos… y la Rebelión habría sido destruida junto con ellos. Si no adoptaban precauciones, revelarían la situación de su base y se expondrían a sufrir una severa represalia.

Ejecutaron el primer salto en cuanto Wedge dio la orden, y emergieron en la periferia del sistema de tránsito sin haber sufrido ningún percance. Los ala-X maniobraron rápidamente para entrar en el vector de salida, y luego tuvieron que esperar un rato mientras el *Patinaje* y la corbeta corelliana *Eridain* se reunían con ellos. Corran redujo un poco la velocidad, aumentando la distancia que lo separaba del gandiano.

Las naves de mayores dimensiones comunicaron que ya estaban listas, por lo que todo el convoy entró en el hiperespacio y apareció intacto en el segundo sistema de tránsito. El ajuste de curso llevado a cabo allí no fue tan radical como el efectuado en el primer sistema, y eso les permitió reemprender la marcha rápidamente y aparecer en el sistema de Hensara justo en el límite del tirón gravitacional del tercer planeta.

Corran oyó cómo la voz de Tycho surgía del comunicador.

—Jefe Rebelde, el capitán Afyon comunica que el sistema está limpio. Pueden entrar sin problemas.

—Recibido, Control. El Grupo Tres se encargará de la PCA. El Dos y el Uno irán conmigo.

Corran permitió que sus labios articularan un suave gruñido, Encargarse de la Patrulla de Combate Aeroespacial significaba que su grupo permanecería estacionado fuera de la

atmósfera de Hensara III para montar guardia contra una posible incursión de cualquier fuerza imperial. Los otros ocho cazas del escuadrón escoltarían al *Patinaje* durante el descenso y se encargarían de acabar con los insectos del barro y los perros de duracero que habían estado persiguiendo a Dirk Harkness y sus compatriotas en el planeta. Las misiones de ataque contra tropas de superficie —incluso si se trataba de soldados de las tropas de asalto— no estaban consideradas como acciones muy meritorias, pero aun así siempre eran preferibles a recorrer los estratos superiores de una atmósfera perdiendo el tiempo y disparando contra la nada.

El corelliano se encogió de hombros.

—Bueno, puede que destruir un AT-AT le alegre un poco el día a Jace…

Silbador emitió un trino entrecortado que resultó lo más parecido a una risa que era capaz de producir un androide.

Corran lo acompañó con una carcajada de su cosecha.

—Jace está convencido de que es un auténtico as —dijo después—. No entiende por qué los pilotos de los TIE se niegan a ponerse en fila para que él los vaya convirtiendo en vapor.

La siguiente comunicación de Tycho interrumpió el comentario de respuesta de Silbador.

—Control a todas las unidades. Un crucero de ataque acaba de entrar en el sistema. El perfil encaja con el *Devastación*, pero se han añadido dos hangares de cazas. El crucero está lanzando cazas TIE al espacio.

—Grupo Tres, coloquen los estabilizadores-S en posición de ataque. —Corran echó un vistazo a su diagrama de sensores—. Orientación general del grupo, doscientos setenta y dos grados.

—Aquí Control. Tengo treinta y seis, repito, treinta y seis cazas TIE lanzados al espacio: seis interceptores, seis bombarderos y veinticuatro, repito, veinticuatro cazas estelares. La *Eridain* inicia maniobras evasivas. Un momento… Confirmación: los bombarderos se dirigen hacia la superficie del planeta.

—Recibido, Control —dijo la voz de Wedge, clara y firme a pesar de que estaba siendo mordisqueada por la estática—. Tres y Cuatro, los bombarderos son vuestros. El resto son nuestros. Impedid que se acerquen a la *Eridain*.

—Entendido, Jefe Rebelde. —Corran puso la impulsión al máximo—. Adelante, Grupo Tres. Id hacia el centro, y disparad contra todo lo que no sea un ala-X. Llamad si necesitáis ayuda.

Corran sabía que en circunstancias normales avanzar hacia las fauces de una formación enemiga hubiera sido suicida, pero de todas maneras una relación de fuerzas de treinta a cuatro tampoco resultaba muy beneficiosa en lo referente a la supervivencia a largo plazo. Dado que el huir no era una opción, hacer lo que el enemigo no esperaba que hiciese le proporcionaría uno o dos segundos de sorpresa, y eso le ayudaría a prolongar su vida aunque sólo fuera por ese reducido lapso de tiempo.

Sosteniendo suavemente la palanca de control y desviándola hacia un lado de manera casi imperceptible, Corran hizo que el ala-X iniciara una maniobra de tirabuzón lateral. Los movimientos espasmódicos del morro de la nave significaban que le hubiese resultado más fácil pasar calor en Hoth que acertarle a algo, pero al mismo tiempo eso también hacía que resultara mucho más difícil darle. Corran dirigió más energía hacia sus escudos, y luego se abrió paso a través de una nube de haces láser antes de penetrar en la formación imperial.

Tiró de la palanca de control, deteniendo las ondulaciones para lanzarse en línea recta hacia una bandada de cazas TIE. Centró un caza estelar en sus miras y dejó que recibiera una andanada cuádruple. Luego viró hacia estribor mientras el globo ocular estallaba y terminó el viraje con un vector recto que continuaba su curso original, con una desviación de medio kilómetro hacia la derecha añadida. Mientras la formación de cazas TIE se desmoronaba detrás de su popa, Corran apareció al otro lado de ella.

Invirtiendo su ala-X, hizo que el caza describiera un rizo que le permitió seguir la estela de los TIE aunque lo situó ligeramente por debajo de su formación. Manteniendo el morro hacia arriba, Corran volvió a avanzar. Escogió un interceptor TIE que se había desviado hacia la derecha mientras su compañero de vuelo derivaba hacia la izquierda. Ooryl persiguió al segundo enemigo. El otro interceptor convirtió su viraje en un rizo en forma de lágrima calculado para colocarlo sobre la popa del gandiano.

Los cuatro láseres de Corran redujeron a fragmentos el ala de estribor del interceptor e hicieron estallar uno de los dos motores iónicos gemelos. El otro, operando a plena potencia, alejó al bizco en un vertiginoso e incontrolable girar. Corran no pudo evitar sentir una punzada de simpatía por el piloto, y después se lanzó sobre el centro de la formación de cazas TIE.

Los ala-X que empezaron a abrirse paso a través del enjambre de cazas TIE contaban con una ventaja no esperada, ya que disponían de una relación camaradas-objetivos muy elevada a la hora de disparar. Además, y como los ala-X disponían de escudos, incluso una andanada disparada contra un camarada debido al apresuramiento tenía muchas probabilidades de no resultar fatal. Pero no podía decirse lo mismo de los cazas TIE, porque una ráfaga de sus cañones láser podía matar a un camarada o dejarlo paralizado en el espacio.

Corran lanzó una andanada contra un caza estelar y vio cómo se desintegraba. Un trino de advertencia de Silbador, y el corelliano dejó caer el pie derecho sobre el pedal del timón etérico. La popa del ala-X se desvió bruscamente hacia la izquierda, sacando al caza de la línea de fuego de un interceptor al mismo tiempo que dirigía su morro hacia la nave cuando ésta pasaba junto a él. Corran hizo que el ala-X virase noventa grados, tiró de la palanca de control con todas sus fuerzas y luego completó la inversión y se lanzó sobre la cola del enemigo. El corelliano descargó un devastador diluvio de kilojulios de energía sobre la cabina en forma de cola y contempló cómo la nave estallaba en mil pedazos.

—Nueve, desvíate hacia la izquierda.

Sin necesidad de pensar, Corran dirigió la palanca de control hacia babor y vio cómo los destellos verdosos de los haces láser pasaban por el punto en el que había estado hacía tan sólo unos momentos. Más llamas láser de un vivo tono rojizo se desplazaron a lo largo de esas mismas líneas, y algo estalló en el espacio.

—Gracias, comandante.

—Ha sido un placer, Nueve.

Corran empujó la palanca de control hacia adelante y descendió para mantenerse alejado de la masa de cazas estelares. Con la llegada del resto del escuadrón, el corelliano sabía que no podría seguir las trayectorias de todas las naves y distinguir al amigo del enemigo. Mientras volvía a ascender, Corran empezó a percibir una reducción bastante significativa del número de haces láser que permeaban la nube de cazas en comparación con los que la habían estado atravesando cuando las fuerzas se encontraban mucho menos igualadas.

—Hay tantos virajes y maniobras que nadie puede localizar un blanco y mantenerse pegado a él durante el tiempo suficiente para reducirlo a polvo.

Ascendiendo para seguir con su curva alrededor de la periferia de la batalla, Corran vio cómo un ala-X intentaba alejarse de ella con un caza estelar que se mantenía muy cerca de su cola. Sus sensores le dijeron que la nave de la Alianza estaba siendo pilotada por Gavin. Corran midió la trayectoria de Gavin, y después cambió el curso y empezó a descender en un vector de tangente.

—Rebelde Cinco, desvíate hacia la derecha.

El caza de Gavin se elevó bruscamente sobre su estabilizador de estribor y se alejó en un ángulo tan pronunciado que arrojaba bastantes dudas sobre la existencia de la inercia. El caza estelar que le había estado siguiendo intentó imitar su maniobra, pero ni el piloto ni la nave eran lo suficientemente buenos para conseguirlo. Corran llegó y abrió fuego mientras el TIE viraba. Sus cuatro láseres reventaron el módulo esférico con tanta facilidad como si fuera una burbuja, haciendo que las alas hexagonales se desprendieran de él para surcar el espacio.

Antes de que el joven corelliano tuviera tiempo de sonreír, su ala-X fue sacudido por una potente vibración. Los instrumentos de Corran indicaron que su escudo de popa había sufrido serios daños.

—Dame una fijación sobre ese TIE, Silbador.

Corran invirtió el curso y descendió, y luego tiró de la palanca de control para describir un nuevo rizo en forma de lágrima y aparecer sobre la cola del TIE. Pero en vez de estar allí donde Corran esperaba que se encontrara, el TIE, un interceptor, apareció junto a su estabilizador de babor siguiendo una trayectoria en ángulo recto con su curso. Corran accionó su timón izquierdo y luego ejecutó un rápido rizo que le proporcionó una visión del planeta suspendido encima de su cabeza con el interceptor que se alejaba velozmente de su ala-X.

Justo cuando Corran empezaba a temer que su objetivo conseguiría alejarse lo suficiente para que Tycho o la *Eridain* lo hicieran pedazos, el interceptor ejecutó su

propio rizo en dirección al planeta y empezó a venir hacia él. «Un combate cara a cara… Sabe lo que se hace». Tal como habían observado incontables veces Wedge y Tycho durante los entrenamientos, la mayoría de victorias tenían lugar en los enfrentamientos cara a cara. «Pero yo también sé lo que me hago…».

—Vigila nuestra cola, Silbador.

Corran dio máxima potencia a sus escudos delanteros y se lanzó contra el interceptor. Los números del indicador de distancias del monitor de centrado y puntería se sucedían a tal velocidad que apenas podían distinguirse. La mira se puso verde y Corran disparó, pero no pudo ver qué daños había causado debido al espectáculo lumínico producido por los haces láser del interceptor al chocar con sus escudos en un tozudo intento de atravesarlos.

Corran dejó caer el pie derecho sobre el pedal de dirección, obligando a la nave a describir un giro de 180 grados. Poniendo la impulsión al máximo, disipó su inercia y luego dejó los motores en el nivel cero de propulsión. Desplazó el control de armas a la posición de los torpedos protónicos con el pulgar y obtuvo una potente nota musical cuando logró dejar atrapado al interceptor en el centro de la caja de puntería. Su dedo se tensó sobre el gatillo, y un torpedo se alejó de él cabalgando sobre un chorro de llamas azuladas.

El torpedo no tardó en alcanzar al interceptor, pero el piloto del TIE, confirmando su posesión de las capacidades que Corran había estado dispuesto a otorgarle antes, consiguió que su nave se apartara de la trayectoria del torpedo en el último segundo. Por desgracia para él, sus maniobras y el ataque de que acababa de hacer objeto a Corran le habían llevado hasta la periferia de la atmósfera de Hensara. Aunque ésta no era particularmente densa, el choque con ella a la velocidad a la que se estaba moviendo el interceptor resultó devastador. El ala de estribor quedó hecha pedazos, y el interceptor salió despedido en sentido contrario.

—Control, aquí *Patinaje*. Vamos hacia allá… Tenemos compañía que quiere volver a casa.

—Buen trabajo, *Patinaje*. Jefe Rebelde, misión cumplida.

—Ya lo he oído, Control. Que todos los pilotos se reagrupen para la salida.

La voz de Gavin surgió del comunicador, y Corran sonrió.

—Líder, dos de ellos están huyendo.

—Deje que se vayan, Cinco. Jefes de vuelo, pasen revista a sus grupos.

—Dame los datos de mi gente, Silbador. —Un diagrama de seguimiento sustituyó a los datos de puntería en la pantalla de Corran. «Nueve, Diez, Once y Doce…».—. El grupo tres está entero.

—Control a Jefe Rebelde: tengo una docena de ala-X dentro del sistema, dos interceptores en vectores de recuperación y dos lanzaderas desplegadas en misiones de recuperación de piloto.

Corran se encontró aplaudiendo.

—¿No hemos perdido a nadie?

—¿Se está quejando, Nueve?

—No, señor. No, comandante, en absoluto. Es sólo que…

—¿Sí, Nueve?

—Esto es el Escuadrón Rebelde. Tenía entendido que la mayoría de los pilotos no sobrevivían a las misiones que les encomendaban.

—Eso era cuando aún había un Emperador, Nueve. —El tono sombrío que había estado impregnando la voz de Wedge hasta aquel momento desapareció para ser sustituido por una nueva jovialidad.

—Supongo que ahí está la gran diferencia, ¿no? Volvamos a casa, chicos. Hemos obtenido una victoria que podremos celebrar sin tener que brindar por los camaradas muertos y, digan lo que digan los demás, a mí me encanta este cambio.

17

Wedge estaba sentado con la espalda apoyada en el grueso muro de la Gran Sala de lo que en el pasado había sido el Palacio del Gobernador Planetario de Talasea. El título era bastante más impresionante que el edificio y la estancia que describía. Construido con gruesas vigas de la oscura madera nativa y yeso esparcido sobre tablillas de madera, le recordaba la clase de edificaciones que había visto en los museos de Corellia. «Es algo así corno el colmo de lo primitivo…».

La incongruencia se volvió repentinamente perceptible mientras contemplaba cómo sus pilotos, sentados alrededor de un par de mesas centrales, usaban sus manos para describir los virajes y maniobras que habían ejecutado durante lo que ya habían empezado a llamar la Gran Victoria de Hensara. Hubiesen podido traer sus paquetes sensores y haber introducido el contenido en el holovisor de pantalla panorámica que había en una esquina de la sala, pero el artefacto seguía estando desconectado. Al contar las historias de viva voz los pilotos compartían no sólo lo que habían hecho —algo que hubiera sido mostrado con el máximo detalle posible por los datos sensores—, sino también lo que sentían al respecto.

«Y al hacer eso sabrán que todos forman parte de la misma unidad, y que en realidad son uno sol…». Wedge inclinó su silla hacia atrás hasta que el respaldo quedó apoyado en la pared, y luego volvió la cabeza hacia los dos alderaanianos que compartían su mesa con él.

—Hoy han hecho un buen trabajo ahí fuera.

Tycho sonrió de oreja a oreja.

—Estuvieron mejor que bien, porque la verdad es que estuvieron realmente espectaculares. Registramos treinta y cuatro victorias sobre un máximo posible de treinta y seis, y no hubo ninguna pérdida. Si no hubiera estado allí, creería que era pura propaganda.

Afyon levantó la mirada de una jarra apenas tocada del equivalente local del lum.

—Saben tan bien como yo que tuvieron una suene increíble, caballeros. Puede que esos chicos sean los mejores pilotos de la galaxia, pero vaporizar cazas TIE no hará que Coruscant caiga en nuestras manos. Eso va requerir un tipo de operación situado muy por encima de cualquier cosa que puedan llegar a hacer unos cuantos pilotos.

Wedge dejó su jarra de lum encima de la mesa.

—Capitán, llevo tanto tiempo en esta rebelión como usted. Todavía me acuerdo de la batalla de Endor, y sé que la *Eridain* luchó valerosamente.

—Gracias, comandante Antilles, pero fue a usted a quien exhibieron por toda la Nueva República como el héroe que salvó a la Rebelión.

Los luminosos ojos azules de Tycho se entrecerraron.

—Supongo que ya sabe que el comandante Antilles destruyó la Estrella de la Muerte, y que sobrevivió a la misión contra la otra Estrella de la Muerte.

—Lo sé, y sé que usted también estuvo allí. —Afyon se recostó en su asiento y frunció el ceño—. Oiga, no estoy diciendo que no se merezca el reconocimiento de que ha sido objeto, y tampoco estoy diciendo que su gente no se merezca la pequeña fiesta de que está disfrutando. Meterse en la carlinga de un caza no es lo más fácil del mundo, y los pilotos de caza tienen muchas más probabilidades de morir que la gente que viaja conmigo… pero nuestra contribución a esta rebelión es tan importante corno la suya.

Wedge asintió lentamente.

—Ya lo sé, capitán, y si la *Eridain* no hubiese estado allí hoy para hacer que el *Devastación* se lo pensara dos veces y acaban decidiendo que entablar combate con nosotros no era tan buena idea después de todo, tendríamos que haber huido del sistema dando un salto a ciegas.

Afyon meneó la cabeza.

—No crea que está hablando con un soldado de las tropas de asalto, Antilles, y no se piense que me creo todo lo que me dicen. Estoy seguro de que se habrían lanzado sobre el *Devastación*. ¿Qué es un crucero de ataque para unos tipos que convirtieron dos Estrellas de la Muerte en agujeros negros?

El corelliano inclinó su silla hacia adelante hasta que las cuatro patas volvieron a quedar apoyadas en el suelo.

—La Nueva República podría lanzar una gran campaña publicitaria asegurando que tanto yo como este escuadrón somos inmortales e inmunes al peligro, pero no creo que usted se la tragara. Dos de nosotros, sólo dos, sobrevivimos a Yavin… Media docena sobrevivió a Hoth, y sólo cuatro de nosotros logramos salir con vida de Endor. En lo que a mí concierne, las Estrellas de la Muerte supieron estar a la altura de sus nombres.

—Bueno, pues ahora este escuadrón tiene que saber estar a la altura de su nombre. La Nueva República lo está utilizando como símbolo porque siempre resulta más fácil conseguir que la gente no vea el coste en sangre que tiene la guerra cuando puedes celebrar los esfuerzos heroicos de media docena de personas. Luke Skywalker es fácil de admirar, e inspira el deseo de seguirle. Han Solo es un hombre que surgió de la nada para convenirse en un héroe y casarse con una princesa de sangre real. Yo soy algo así como la quintaesencia del soldado que sabe hacer muy bien su trabajo. Pero ¿en qué consiste ese trabajo? Pues en dos cosas: neutralizar imperiales y, la parte que me tomo más en serio, conseguir que mi gente siga con vida.

Wedge deslizó los dedos por entre sus cabellos castaños.

—El que hoy lo hiciéramos bien o tuviéramos suerte carece de importancia… y preferiría que se tratase de lo primero a tener que confiar en lo segundo. Lo que importa es que todos sobrevivimos, y eso es lo más aproximado a un milagro que espero ver en toda mi vida. Lo que no hay que olvidar es que no puedo confiar en nuestra suene o en nuestra habilidad. No puedo permitirme llegar a creer que lo hicimos todo muchísimo mejor que el adversario, y no puedo permitir que mis pilotos lo crean. Si llegan a creerlo, morirán corriendo riesgos que jamás hubiesen debido correr.

Afyon se chupó los dientes durante un segundo.

—Tiene razón. Supongo que lo que me ocurre es que me acuerdo de las Guerras Clónicas y de la forma en que repartían las etiquetas de «héroe…». Cualquiera pensaría que una docena de Jedis y dos docenas de pilotos temerarios ganaron todas las batallas sin ayuda de nadie, ¿verdad? Ni siquiera todos los años que pasé luchando por la paz, al igual que hizo la mayoría de la gente en Alderaan, han conseguido disipar esa sensación de injusticia en lo que respecta a los méritos de la guerra que se había adueñado de mí. Qué extraño, ¿verdad? Deseaba la paz lo suficiente como para defender el proceso de desarme de mi planeta natal, y sin embargo seguía ardiendo en deseos de que reconocieran mi parte de mérito en lo referente a la guerra…

El otro alderaaniano presente en la mesa meneó la cabeza.

—Uno de los problemas que todos tenemos es el de que intentamos pensar en nosotros mismos utilizando términos generales, y eso disimula algunas de las inconsistencias que nos hacen ser quienes somos. Vemos a todos los imperiales como rancors, y ellos nos ven a todos como nerfs. El mero hecho de que los veamos como un frente unido ya es ridículo, de la misma manera que no todos nosotros estamos unidos… tal como demuestra esta discusión.

Afyon sonrió.

—No había oído esa clase de razonamientos filosóficos desde que nuestro mundo…

Tycho asintió solemnemente y apretó el hombro de Afyon con su mano derecha.

—Lo sé, lo sé. —Sonrió y volvió la mirada hacia los pilotos que ocupaban el centro de la sala—. Me temo que este grupo no inspira ese tipo de filosofía, y agradezco tener la ocasión de poder compartirla con otro alderaaniano.

Wedge miró a los pilotos y después echó su asiento hacia atrás hasta que el respaldo chocó con la pared en el mismo instante en que el twi'lek se levantaba. Nawara Ven extendió una de sus colas cefálicas sobre el hombro igual que si fuera un pañuelo para el cuello, y después se tambaleó ligeramente. Wedge no estaba seguro de si la causa de aquella leve pérdida del equilibrio había que buscarla en la despreocupación con que había manejado su cola cefálica o en la bebida. El lum destilado por el equipo de tierra poseía la potencia del brandy corelliano y —al menos según Gavin— el estimulante aroma de un herbívoro de Tatooine en celo.

Nawara consiguió permanecer casi totalmente erguido mientras avanzaba con paso un tanto vacilante por entre las mesas hasta detenerse delante de Wedge.

—Disculpadme, nobles líderes, pero solicito que vuestras estimadas personalidades actúen como tribunal a fin de que dictaminen sobre una cuestión. —El twi'lek se llevó una mano al pecho—. Debido a mi pasado de profesional de la justicia, se me ha designado como ahogado neutral para que les presente los casos.

Wedge no pudo reprimir una sonrisa.

—Adelante, abogado.

—Gracias, señor. —Nawara se volvió hacia los otros pilotos—. En primer lugar, tenemos el caso del peor piloto de la unidad. Permítanme presentarles a Gavin

Darklighter, quien ha obtenido este galardón en virtud del hecho de no haberse anotado absolutamente ninguna victoria el día de hoy.

El claro alivio que había en los rostros de Lujayne Forge y Peshk Vri'syk resultaba mucho más fácil de interpretar que el fruncimiento de ceño de Gavin. Wedge sabía que el «premio» tenía que haberle herido profundamente, pero Gavin era joven. El resto del escuadrón había estado dispuesto a ser muy indulgente con él debido a su juventud, pero ese privilegio tenía sus límites y una duración determinada. En opinión de Wedge, Gavin no era ni con mucho el peor piloto, pero su falta de victorias iba a permitir que sus compañeros del escuadrón lo pasaran en grande torturándole un poco.

Nawara señaló a Gavin con una mano.

—El acusado se pondrá en pie.

Gavin permaneció sentado.

Bror Jace le agarró por el hombro de su traje de vuelo y le levantó de un tirón.

—Aquí está: el peor que tenemos. Al igual que los pilotos de los TIE, su total de victorias es cero.

El tono seco y cortante de la voz de Jace hizo que Shiel, el compañero de vuelo de Gavin, torciera el gesto. Una oleada de rojo inundó el rostro de Gavin, y los músculos de su mandíbula se tensaron cuando apretó los dientes. Jace se rió y tiró del hombro de Gavin, igual que un titiritero que estuviese manipulando una marioneta.

El twi'lek, que no parecía haber percibido la incomodidad de Gavin, sonrió al tribunal.

—Ya hemos decidido que debería emplearse alguna clase de castigo a fin de estimular una mejora en el comportamiento.

Wedge volvió la cabeza hacia los otros dos miembros del tribunal.

—¿Alguna idea, caballeros?

Tycho levantó un dedo.

—Me parece que convertir a Gavin en el aprendiz oficial del mejor piloto, haciendo que se encargue de sus recados y de todo ese tipo de cosas, quizá le proporcionaría la situación ideal para aprender a mejorar.

«Me gusta, Tycho. Corran no será demasiado duro con él, y la responsabilidad añadida le proporcionará otra cosa en que pensar que no sea tu situación…»., pensó Wedge, y asintió.

—Creo que es una buena idea. ¿Capitán Afyon?

—Claro. Puedo asegurar que me encantaría disponer de un ayudante que redactara todos los informes operacionales de la *Eridain*.

La sugerencia del capitán Afyon arrancó un gemido colectivo al escuadrón, por lo que Wedge decidió archivar en su memoria la amenaza de la preparación de informes con vistas a su futuro uso disciplinario.

—Me parece que ya dispone del dictamen que había solicitado, abogado.

El twi'lek saludó al tribunal con una gran reverencia y después se irguió lentamente y se volvió hacia sus compatriotas.

—Gavin Darklighter, se te sentencia a servir como ayudante del mejor piloto del escuadrón hasta que llegue un momento en el que dejes de ser considerado como el peor piloto.

Bror sonrió y administró un último tirón al traje de vuelo de Gavin.

—Estupendo. Puedes iniciar tu período de servicio trayéndome un poco más de lum.

Wedge frunció el ceño.

—¿Y de qué manera ha llegado a ser considerado usted como el mejor piloto del escuadrón, señor Jace? Sólo obtuvo cinco presas, y el señor Horn ha obtenido seis. Si establecemos un promedio sobre los dos últimos enfrentamientos, entonces el señor Horn dispone de cuatro y media, con usted, el señor Qrygg y yo empatados a dos y media. Si establecemos los totales, entonces usted tampoco obtiene un resultado superior.

Nawara sonrió, mostrando sus puntiagudos dientes.

—Acaba de mostrarnos el punto realmente crucial, señor. El señor Jace afirma que los porcentajes cuentan la verdadera historia. Destruyó a cinco de los seis bombarderos con los que se enfrentó, lo cual significa que eliminó al ochenta y cinco por ciento de los aparatos TIE con los que combatió.

Gavin se sentó y dejó escapar un gruñido.

—Y además se trataba de bombarderos enormes y lentos —dijo—. Nadie podría haber fallado semejantes blancos.

El twi'lek miró a Gavin, soltó una risita y prosiguió con su explicación.

—El señor Horn, por su parte, sólo eliminó a seis de treinta, lo cual le proporciona un porcentaje de presas del veinte por ciento. Wedge meneó la cabeza.

—Esto es ridículo. Los porcentajes no tienen nada que ver con esto.

—Si no le importa, señor… —Corran se levantó y fulminó con la mirada a Bror—. Estoy dispuesto a permitir que se utilicen los porcentajes como método de determinar las cosas.

—Adelante, señor Horn.

Corran se cruzó de brazos.

—¿Quieres una auténtica competición, Jace?

El thyferrano alzó la cabeza y, a su vez, le fulminó con la mirada.

—Es una oferta muy fácil de hacer para quien disfruta de la ventaja de ir en primer lugar.

—También estoy dispuesto a partir de un nivel de igualdad, e incluso te concederé esta ronda… declarándote como mejor piloto hasta nuestra próxima misión. —Corran extendió los brazos y puso la mano derecha sobre el hombro de Gavin—. Lo que estoy dispuesto a hacer es establecer un promedio de las presas de Gavin con las mías. La que se cobró en Chorax se añade a mis nueve, y luego nos repartimos ese total. De esa manera quedamos iguales con un promedio de cinco victorias. Tú y yo somos ases, y ahora él también lo es.

—No hagas esto, Corran.

Corran se inclinó sobre Gavin y le guiñó un ojo.

—Confío en ti, chico. Sé que lo harás estupendamente.

—¿Empezamos estando iguales? —preguntó el thyferrano. Corran asintió.

—Y a partir de ahí o vamos sumando las presas tal cual o hacemos un promedio, según prefieras.

Bror enarcó una rubia ceja.

—¿Sigues estando dispuesto a establecer un promedio entre las presas del chico y las tuyas?

El corelliano volvió a asentir y palmeó el hombro de Gavin.

—¿Estás dispuesto a aceptar el desafío?

Wedge vio cómo las emociones en conflicto se agitaban sobre el rostro de Bror Jace. Resultaba obvio que quería enfrentarse a Corran en un mano a mano singular para demostrar que era mejor que él, pero las reglas que le estaba ofreciendo Corran jugarían en su favor. Cualquier presa que obtuviera Corran sólo contaría como media. A menos que Corran lo hiciera soberbiamente bien —obteniendo dos presas por cada una que obtuviese Bror— o que Gavin iniciara una racha de victorias, Bror ganaría con gran facilidad. La diferencia existente entre sus niveles de habilidades no era lo suficientemente grande para que Corran tuviera una auténtica probabilidad de vencer.

Los ojos azules de Bror se entrecerraron hasta quedar convertidos en dos rendijas árticas.

—Usaremos el promedio para que Gavin pueda seguir jugando. Pero tú y yo podremos pasar al mano a mano en cuanto yo lo decida.

—Por supuesto.

—Y dado que fuimos los que obtuvieron el mayor número de victorias en Hensara, tú y yo compartiremos la corona del mejor Piloto hasta la próxima misión.

Corran sonrió.

—Trato hecho.

Wedge dirigió una inclinación de caben a Corran, y luego alzó la mirada hacia el twi'lek.

—En virtud de este acuerdo, Bror y Corran son «comejores» pilotos, y Gavin tiene cinco victorias. ¿Correcto, abogado?

El twi'lek asintió.

—Si están de acuerdo, miembros del tribunal…

Los tres jueces asintieron y Nawara sonrió.

—Pues entonces todo resuelto.

—¿Y el peor piloto sigue teniendo que ejercer las funciones de aprendiz con respecto al mejor piloto?

Nawara volvió a asentir.

—El peor piloto sigue estando vinculado por ese acuerdo.

—Perfecto. —Wedge se levantó y le dio una palmada en la espalda—. Entonces, y dado que Gavin cuenta con cinco victorias, eso le convierte a usted, que sólo tiene una, en el peor piloto.

La palidez habitual del rostro de Nawara fue sustituida por una blancura digna de un fantasma.

—¿No hay apelación posible?

Wedge sonrió.

—Para usted probablemente no la hay, pero la idea de que sea el abogado y no su cliente quien tenga que cargar con la sentencia constituye una poderosa apelación a mi sentido del humor.

El twi'lek frunció el ceño y se acarició una de sus colas cefálicas.

—Vaya… Puede que eso de que el abogado que se tiene a sí mismo como cliente es un idiota sea verdad después de todo.

—Ésa es la razón por la que ahora es usted piloto, señor Ven —dijo Wedge, dejando escapar una suave carcajada—. Considere suspendida nuestra sentencia, por lo menos mientras dure esta celebración. Hoy hemos demostrado lo buenos que podemos llegar a ser, y mañana volveremos a los entrenamientos para asegurarnos de que sabemos con toda exactitud cómo lo hicimos a fin de poder seguir haciéndolo en el futuro.

**

Kirtan Loor se rascó la zona de carne rojiza y dolorida que tenía detrás de la oreja derecha. Le habían dicho que la roséola de Rachuk era un virus que afectaba a todos los que ponían los pies en aquel mundo. Rascar las zonas afectadas no parecía empeorar su estado, pero la irritación iba disminuyendo con el paso del tiempo. A Kirtan le resultaba particularmente molesta porque le impedía concentrarse, y lo último que necesitaba en aquella fase final de sus cálculos era una distracción.

Volvió a examinar los datos de Hensara, correlacionando las cifras y los registros sensores con los parámetros de eficiencia y actuación conocidos para los ala-X. Todas las naves del escuadrón parecían haber estado operando bajo dos desviaciones estándar de las especificaciones rebeldes. Eso le indicaba que las naves se encontraban en muy buen estado de mantenimiento, lo cual significaba que la Rebelión estaba invirtiendo considerables recursos en aquel escuadrón para asegurarse de que las naves siguieran funcionando.

Ese hecho, combinado con el espectacular índice de victorias, le inducía a creer que el Escuadrón Rebelde había estado en Hensara. La calidad de los datos visuales no era demasiado buena, pero las insignias y los cazas parecían encajar con las imágenes obtenidas por el *Áspid Negro*, lo cual también confirmaba la presencia del escuadrón en Chorax. Kirtan no disponía de ninguna confirmación objetiva de que el escuadrón hubiera sido el Escuadrón Rebelde, pero una comunicación interceptada incluía el nombre «Wedge», y además Kirtan creía haber oído algunos leves vestigios de la voz de Corran Horn en otros mensajes. La maniobra de inversión direccional que había acabado causando graves daños a un interceptor era puro Horn, lo cual proporcionaba a Loor todas las evidencias que necesitaba para etiquetar a los ala-X como el Escuadrón Rebelde.

El almirante Devlia no había quedado demasiado convencido, pero aun así accedió a enviar unidades para localizar la base del escuadrón… si Kirtan era capaz de aislarla. El almirante Devlia había hecho esa oferta empleando un tono de voz que sugería que a Kirtan le sería totalmente imposible proporcionar dicha información.

Hubiese debido serlo, desde luego, y para la inmensa mayoría de personas lo habría sido. Mas Kirtan Loor se acordaba de muchas cosas que podían ser trivialidades para otros, pero que habían demostrado ser muy útiles a la hora de buscar la base del Escuadrón Rebelde. Tuvo que emplear unas cuantas asunciones previas sobre ellos y los efectivos con los que habían llegado, pero sus cálculos podían ser revisados con un cieno número de factores variables incluidos y, finalmente, todos los datos podían ser correlacionados con las situaciones sistémicas conocidas y las preferencias que guiaban a los rebeldes en el establecimiento de sus bases.

Varios ala-X habían entrado en la atmósfera de Hensara, por lo que habían dejado restos significativos de combustible ionizado en ella. El análisis espectral de esas huellas proporcionaba una cantidad de impulsión que, a su vez, proporcionaba una indicación de la cantidad de combustible utilizado por segundo de operación con motores sublumínicos. Todo ello encajaba con las especificaciones conocidas del ala-X. Los parámetros operativos de los motores sublumínicos no habían sido modificados, por lo que Kirtan supuso que los motores hiperespaciales también pertenecían al tipo estándar.

Las fuerzas de superficie de Hensara proporcionaron unos cuantos datos básicos sobre el vector de entrada y la velocidad de la fuerza rebelde. Trazar el curso a partir de ellos no había resultado terriblemente difícil, y los resultados le sugerían a Kirtan que la fuerza había iniciado su último salto desde el sistema de Darek. Utilizando las cifras de consumo de combustible para los motores hiperespaciales del ala-X, Kirtan pudo restar la cantidad correspondiente de combustible del peso de la nave.

Los datos del perfil de impulsión, el vector y la velocidad le proporcionaron pesos cambiantes para los ala-X a medida que iban consumiendo combustible durante su vuelo. El peso y el consumo de combustible finales parecían encajar con los perfiles operativos conocidos. Descartando la posibilidad de que hubieran hecho paradas para repostar durante el trayecto, la cantidad de combustible que Kirtan había calculado para ellos determinaba la distancia recorrida desde su base.

El agente de inteligencia tenía que dar por supuesto que todos los ala-X habían iniciado el viaje con los depósitos totalmente llenos, naturalmente, y eso se aplicaba igualmente al *Patinaje del Pulsar* y la *Eridain*, así como a la lanzadera de la clase Lambda presente en Chorax. El consumo de combustible y los límites de distancia para esas naves habían demostrado que eran más adecuadas para los viajes largos que los ala-X, como se podía esperar de unas naves más grandes, pero a pocas naves les gustaba aventurarse fuera del radio de autonomía de sus escoltas.

Incluso limitando la ruta al radio de autonomía de los ala-X, cada unidad seguía poseyendo la capacidad de recorrer una distancia considerable. Kirtan redujo un poco más el radio de alcance, basándose en la suposición de que los pilotos rebeldes se

reservarían la cantidad de combustible suficiente para que sus ala-X pudieran entablar un combate individual o librar una acción de retaguardia a fin de permitir que las otras naves pudieran escapar. Eso reducía su autonomía aproximadamente a la mitad, y cuando se trazaba un diagrama esférico sobre un mapa de la galaxia para cada uno de los avistamientos del escuadrón, las esferas se intersectaban dentro de un área espacial relativamente reducida.

Esa tajada de espacio superpuesto contenía quinientos sistemas conocidos. Kirtan tachó de la lista todos los mundos realmente leales. También eliminó los mundos abiertamente rebeldes, porque el servicio de inteligencia disponía de espías más que suficientes en los semilleros verdaderamente activos del apoyo a los rebeldes para poder informarle de si el Escuadrón Rebelde había sido visto. La Alianza estaba dispuesta a obtener voluntarios y apoyo de esos mundos, pero prefería no ponerlos en peligro utilizándolos como base de operaciones.

Los mundos inhóspitos fueron trasladados a una lista secundaria. La base establecida en Hoth había demostrado que los rebeldes estaban dispuestos a esconderse prácticamente en cualquier sitio, pero las evaluaciones de la operación de Hoth y los datos obtenidos con posterioridad a la invasión indicaban que los rebeldes habían tenido serios problemas a la hora de modificar su equipo para que pudiese operar allí. De hecho, si los rebeldes no hubieran estado seriamente afectados por la derrota sufrida en Derra IV, probablemente nunca se habrían instalado en Hoth.

Como buenos oportunistas, los rebeldes tendían a preferir los mundos que ya disponían de estructuras que pudieran ser convertidas en instalaciones. Parecía como si cuanto más benigno fuera el mundo y más abandonado estuviese, más probabilidades habría de que la Rebelión fuese a elegirlo como base. Kirtan dudaba de que los rebeldes fueran conscientes de que se estaban dejando llevar por esa predilección a instalarse en las ruinas y utilizarlas para sus propios fines, y suponía que tenía bastante que ver con un deseo subconsciente de renovar la Antigua República. El mismo impulso que les obligaba a oponerse al Imperio exigía que se volvieran hacia aquellas cosas que eran más viejas que el Imperio para proporcionar a su movimiento una legitimidad que no poseía por sí mismo.

La lista final de mundos primarios sólo contenía diez nombres. Kirtan sometió esa lista al último proceso de selección, que había acudido a su mente casi como una inspiración repentina después de haber despertado de un sueño que incluía visiones de Ysanne Isard metamorfoseándose en un fantasma carmesí de Darth Vader.

Cuando llegaron a Chorax, los ala-X no esperaban verse tan bruscamente arrancados del hiperespacio. Eso quería decir que su vector de entrada, si era dibujado como una línea a través del espacio, apuntaría hacia el destino al que habían pretendido llegar. Kirtan incluyó esa línea en sus modelos de datos, y luego pidió al ordenador que clasificara los mundos candidatos según su proximidad a cualquier mundo presente en esa línea.

Un mundo mostraba una correlación perfecta con esa línea. Kirtan sonrió.

—Talasea, en el sistema de Morobe… —Introdujo los resultados que había obtenido en su cuaderno de datos personal y se levantó para ir al despacho del almirante Devlia—. Sabemos dónde estás, Escuadrón Rebelde. Y ahora… os aplastaremos.

18

Corran abrió los ojos. El frío y la oscuridad le indicaron que todavía era de noche. Las hilachas de niebla que entraban por la ventana de la cabaña parecían amplificar el silencio de la noche. Corran sabía que nada, ni el más pequeño rastro de luz o sonido, le había despertado, pero también sabía que algo andaba mal.

Volvió la cabeza hacia el catre de Ooryl y vio que estaba vacío. Eso no suponía una gran sorpresa. Corran ya había descubierto que los gandianos sólo necesitaban una fracción de las horas de sueño necesarias para los humanos, y al parecer además eran capaces de almacenar el sueño para utilizarlo cuando no pudieran dormir. Al corelliano le hubiese encantado saber qué conjunto de presiones evolutivas había proporcionado esa capacidad a los gandianos, pero Ooryl se mostraba decididamente reservado en todo lo concerniente a su especie, y Corran no había intentado arrancarle más detalles.

Su sensación de inquietud no estaba centrada en Ooryl. Seguía siendo una vaga sensación de que algo iba mal, y se trataba de un tipo de sensación respecto al que Corran había acumulado una considerable experiencia. La había sentido cuando se estaba preparando para enfrentarse a unos criminales, o durante misiones secretas cuando su tapadera había saltado por los aires y los enemigos se disponían a hacerle el máximo daño posible. Su padre asintió lentamente cuando Corran le habló de aquella sensación, y le animó a hacer caso de ella siempre que se presentara.

El corelliano abrió su saco de dormir y se estremeció cuando el frío aire de la noche entró en contacto con su piel desnuda. «Bueno, padre, voy a dejarme llevar por mis instinto…». Corran se puso el traje de vuelo, y descubrió que su material sintético conservaba el frío de la noche mucho mejor de lo que su carne era capaz de retener el calor. Después se puso unas botas que también estaban bastante heladas. Hubiese querido correr sin moverse del sitio durante unos momentos para entrar en calor, pero una oleada de malevolencia surgida de la nada le envolvió de repente.

Corran fue hasta la entrada de la cabaña, que carecía de puerta, y se agazapó entre las sombras. Hubiese dado su brazo derecho por un desintegrador, pero había dejado su arma personal en el centro de vuelo de Talasea, junto con su casco, guantes y demás equipo. «Cuando estaba en la Fuerza de Seguridad de Corellia, me hubiese dejado cortar el cuello antes que permitir que me sorprendieran sin llevar alguna clase de arma encima… Ahora ni siquiera tengo una hoja vibratoria. O voy a tener mucha suerte, o voy a acabar muy muerto».

Las únicas ventajas de que podía disponer procedían del aspecto básico de la cabaña. Con su entrada carente de puerta, sus ventanas sin cristales y su techo de aspecto bastante precario, la cabaña no parecía la clase de lugar en el que alguien, y mucho menos un piloto, podía elegir vivir. Desgraciadamente Ooryl y Corran no habían tenido elección, dado que un vendaval había derribado uno de los árboles kaha locales y el tronco atravesó el muro de su habitación en el ala de pilotos del centro de vuelo. Con su falta de

suministro de energía y siendo apenas visible desde el centro del complejo, la cabaña podía pasar desapercibida.

«A menos que alguien esté siendo muy, muy concienzudo…».

El inconfundible siseo líquido del barro oprimido por la suela de una bota alertó a Corran de la presencia de alguien justo fuera de la cabaña. El corelliano alzó la mirada y vio cómo el cañón de una carabina láser asomaba por el hueco de la entrada. Una pierna izquierda recubierta por la armadura gris pizarra que usaban los soldados de las tropas de asalto durante sus misiones de comando siguió al arma. El cañón de la carabina láser se desplazó hacia la derecha, alejándose de Corran, e inició un lento barrido de la habitación.

Corran se incorporó con la violencia de un resorte bruscamente liberado y hundió su puño izquierdo en la garganta del soldado. Utilizando su cuerpo como arma, el corelliano estrelló al soldado contra la jamba de la puerta. Después Corran metió la mano derecha en la axila de la armadura del soldado, giró sobre sus talones y lanzó al hombre hacia el centro de la cabaña. Dando un paso hacia adelante, Corran saltó hacia arriba y permitió que sus rodillas cayeran sobre el estómago del imperial.

El soldado sufrió un acceso de náuseas, e hilillos de vómito surgieron de debajo de su casco. Corran sacó la pistola desintegradora del soldado de su funda, deslizó el cañón por debajo del mentón del soldado y apretó el gatillo. Un chillido ahogado acompañó el destello de luz rojiza que se extendió por los anteojos del casco, y después el cuerpo que había estado debatiéndose debajo del corelliano quedó repentinamente fláccido.

Corran torció el gesto. «Quien lleva encima un desintegrador ajustado para matar acaba siendo muerto por un desintegrador ajustado para matar». Arrojó la pistola desintegradora al suelo junto a la carabina, y después se apartó del abdomen del muerto y abrió el cierre de su cinturón de municiones. Después de haberlo liberado de la presión del cuerpo mediante un tirón, Corran vio que, además de los ergizadores para los desintegradores, el cinturón estaba provisto de una serie de compartimientos, la mitad de los cuales estaban llenos. Abriendo uno de ellos, Corran vio varios gruesos cilindros plateados y sintió cómo un nuevo estremecimiento recorría su cuerpo.

«¡Cargas explosivas! Y algunas ya deben de haber sido colocada…».

Un ruido en la entrada hizo que Corran se volviera. Un soldado de las tropas de asalto estaba inmóvil en el umbral, con la cabeza inclinada hacia él. La mano derecha de Corran buscó a tientas la pistola desintegradora, pero sabía que nunca conseguiría cogerla a tiempo. Un instante después se dio cuenta de que las manos del soldado de las tropas de asalto estaban vacías y, lo que era todavía más importante, vio que sus pies estaban suspendidos en el aire a unos cinco centímetros del suelo.

Ooryl arrojó el cuerpo a un lado, y éste cayó al suelo. El gandiano lanzó una rápida mirada al cuerpo del soldado de las tropas de asalto y luego asintió.

—Ooryl pide disculpas por haberte dejado indefenso. Ooryl estaba dando un paseo cuando la presencia de estos intrusos empezó a resultar evidente.

—¿Cuántos son?

El gandiano meneó la cabeza.

—Ahora hay dos menos. Ooryl vio cuatro más en distintos puntos del perímetro.

—¿Y nuestros centinelas?

—Han desaparecido.

—Mal asunto. Los soldados de las tropas de asalto viajan en grupos de nueve, y con la tripulación de la nave que los ha traído hasta aquí eso da un total de dos docenas. —Corran cogió el cinturón de municiones y se lo puso. Mientras enfundaba la pistola desintegradora, vio que Ooryl también se había apropiado de las armas de su soldado—. ¿Tu chico está muerto?

El gandiano asintió y le dio la vuelta a su soldado hasta dejarlo acostado sobre el estómago. El casco del soldado de las tropas de asalto tenía un agujero manchado de sangre en la parte de la nuca. El aspecto del agujero era un tanto extraño, y Corran enseguida supo que la causa estaba en su forma, y no meramente en las abolladuras e irregularidades de la armadura. «Tiene forma de diamante…». Alzó la mirada hacia el gandiano.

—¿Te has hecho daño en la mano?

Ooryl juntó sus tres dedos, formando un puño que tenía la peculiar forma de la herida.

—Ooryl conserva toda su eficiencia.

—Bueno, pues la noche y la niebla disminuyen considerablemente la mía. Tendrás que ir delante. Debemos suponer que los otros pretenden volar el centro.

—¿Ninguna alarma?

Corran titubeó durante unos momentos antes de responder. Dar la alarma parecía el curso de acción más lógico y efectivo, pero no disponían de tropas que pudieran enfrentarse a los soldados imperiales. Despenar a todo el mundo supondría una invitación a que los mataran mientras corrían de un lado a otro desarmados. Los pilotos intentarían llegar hasta sus naves, y los soldados de las tropas de asalto esparcidos por el centro de vuelo acabarían con ellos en cuestión de segundos.

—Creo que esta vez tendremos que recurrir al silencio —dijo por fin—. Debemos aproximarnos al centro de vuelo desde el lado por el que no pueden vernos.

El gandiano asintió y empezó a guiar a Corran por entre la oscuridad cargada de niebla. Mientras andaba con la carabina láser pegada a su pecho, Corran sintió cómo una legión de pensamientos y emociones encontradas se agitaba dentro de él. Un nuevo plan acudía a su mente con cada paso que daba. Tenía que haber formas mejores de manejar aquella situación que vagar a ciegas por entre las tinieblas en busca de soldados de las tropas de asalto. Los enemigos disponían de todas las ventajas posibles sobre él. No sólo contaban con su armadura para que los protegiera, sino que además el casco aumentaba su capacidad de visión, y el comunicador incorporado significaba que podrían coordinar sus esfuerzos para localizarle y matarle.

El curso de los pensamientos de Corran cambió de repente, y la ambición hizo surgir sueños de gloria. El corelliano se vio a sí mismo convertido en un héroe de la Alianza por haber hecho fracasar la incursión de las tropas de asalto, pero ese sueño murió

rápidamente. Tal como habían demostrado Biggs Darklighter y Jek Porkins, la mayoría de héroes de la Alianza eran elevados a tal estado póstumamente, y el desenlace más probable de aquella expedición era precisamente el póstumo. La idea no le gustaba nada a Corran, pero la sensación de amenaza que se iba extendiendo a través de la noche hacía que resultara muy difícil de negar.

Y, al mismo tiempo, el saber que la muerte era un final casi seguro le proporcionó una sensación de libertad. Su objetivo cambió, dejando de ser el de seguir vivo para convertirse en el de asegurar que sus amigos seguirían viviendo. Corran no estaba luchando por él, sino por ellos. Era el escudo que evitaría que el mal del Imperio llegara a tocarlos, e esa idea le ofreció un refugio en el que estar a salvo de la sensación de catástrofe inminente que había empezado a roerle por dentro.

Ooryl le detuvo mediante una suave presión de la mano sobre su pecho. El gandiano levantó un dedo, y luego señaló hacia adelante. Formó un puño con la mano derecha y después describió un lento arco con la izquierda.

Corran asintió, alzó la carabina y dirigió el cañón del arma hacia la línea señalada por Ooryl. El gandiano dio unos pasos hacia la izquierda y desapareció casi inmediatamente en la niebla. El corelliano esperó, concentrando toda su fuerza de voluntad en un desesperado deseo de poder ver a través de la neblina para distinguir su objetivo. Sabía que las probabilidades de darle a algo eran mínimas, y esperaba tener que dirigir su fuego hacia la fuente de cualquier haz desintegrador que viera. Aun así, Corran se permitió creer que podía percibir la presencia del soldado envuelto en un duro caparazón que se hallaba inmóvil a unos veinte metros delante de él.

Un crujido vagamente líquido llegó hasta sus oídos a través de la niebla. Corran echó a andar, avanzando cautelosamente por entre las plantas y los telones de musgo zarcilloso que crecían en la periferia del complejo. Más o menos en el sitio donde había esperado tropezarse con su objetivo, encontró al gandiano inclinado sobre un soldado de las tropas de asalto caído en el suelo. El casco parecía estar decididamente aplastado por la parte de arriba, y había descendido lo suficiente para llegar a ocultar la garganta del soldado.

Ooryl acabó de abrir el último de los cierres de las placas pectoral y ventral de la armadura, y luego las apartó del cadáver y se las alargó a Corran.

—Tú también tendrás exoesqueleto.

El piloto humano sonrió. Se quitó el cinturón y se puso la armadura. Era demasiado grande para él, pero apretó las correas todo lo que pudo y acabó consiguiendo que le quedara razonablemente bien. Añadir el cinturón de municiones del soldado al suyo ayudó a mantener la armadura en su sitio, aunque el peso de dos desintegradores —uno en cada cadera— hacía que se sintiera un poco torpe.

Ooryl tomó la otra carabina con su mano libre y los dos echaron a andar. Corran siguió al gandiano, y no tardaron en llegar al lado del centro de vuelo que quedaba más alejado del recinto central. Los dos aprovecharon el agujero que el árbol kaha había abierto en la pared para volver a entrar en el edificio. Un hilo de luz relucía por debajo del panel de la puerta que daba al pasillo, y Corran se lo tomó como una buena señal.

—Si los soldados estuvieran en esta sala —dijo mientras extendía un dedo hacia el tenue resplandor—, habrían apagado la luz, porque dejarla encendida significa que quedarán silueteados cuando entren en una habitación que se encuentre a oscuras. Gavin y Shiel están en la habitación de al lado. Vamos a reunirnos con ellos.

El gandiano asintió y entreabrió la puerta. Echó un vistazo y después indicó a Corran que podía avanzar. El corelliano cerró la puerta detrás de él y siguió a Ooryl hasta la siguiente puerta del pasillo. Los dos entraron, y el gandiano fue hacia el sitio en el que estaba durmiendo el shistavaniano mientras Corran iba hacia la cama de Gavin. Pasándose la carabina a la mano derecha, Corran se inclinó y puso la mano izquierda sobre la boca de Gavin.

Sintió cómo el muchacho despertaba con un sobresalto.

—No hagas ruido, Gavin. Soy yo, Corran… No te muevas, ¿de acuerdo?

Shiel despertó con un gruñido ahogado, pero dejó de hacer ruido después de haber olisqueado el aire mediante un par de profundas aspiraciones. Se irguió, y luego se levantó de la cama y se agazapó junto a la cabecera de la cama de Gavin, reuniéndose con Corran y el gandiano.

—Soldados de las tropas de asalto. Sangre.

Corran asintió.

—Tenemos imperiales en la base. Están colocando cargas explosivas para volarla por los aires, y creo que ahora se encuentran en el hangar. Hemos acabado con tres, y pensamos que había un total de dos docenas.

Ooryl le entregó una carabina al hombre-lobo shistavaniano.

—¿Sabes cómo utilizar esto? La risa susurrada de Shiel sonó curiosamente parecida a un gruñido.

—Las marcas de muerte no caen del cielo como la lluvia.

Corran se quitó uno de los cinturones de munición y se lo pasó a Gavin.

—¿Puedes disparar un desintegrador?

El joven asintió, su rostro muy pálido bajo la luz que se filtraba por debajo de la puerta.

—Pero no sé si le daré a algo.

—Apunta y dispara, y luego sigue disparando y no dejes de hacerlo. —Corran miró a los dos alienígenas—. Dado que los dos podéis moveros por entre la oscuridad y que vuestra coloración hace que resulte difícil detectaros, creo que deberíais ir hacia el hangar. —Cogió dos recargadores de su cinturón y se los pasó a Shiel—. Nos abriremos paso por el centro e intentaremos atraer su atención. Si conseguís averiguar dónde está su nave…

La luz del pasillo se apagó.

—Oh, oh.

Gavin desenfundó la pistola desintegradora, y la palanca de selección del nivel de energía produjo un chasquido.

—Déjala en posición de matar, chico. —Corran señaló la ventana—. Y ahora, id a flanquearlos.

Después el corelliano giró sobre sus talones y se deslizó hacia la puerta. Levantó el brazo, hizo girar el picaporte y la abrió unos centímetros. La oscuridad hacía que no pudiera ver nada, pero oyó un chirrido de bisagras en algún punto del pasillo. Acarició el medallón que llevaba para que le diera suerte y luego abrió la puerta, salió al pasillo y disparó una ráfaga.

Dos haces desintegradores se esparcieron sobre el pecho de un soldado de las tropas de asalto e hicieron que saliera despedido hacia atrás y chocara con otro soldado. El dedo del muerto accionó el gatillo de su carabina, enviando una hilera de energía letal pasillo abajo. Corran saltó hacia la derecha para esquivarla, y su hombro chocó con la pared. Un estallido de luz roja surgió de la entrada que se encontraba más cerca del inicio del pasillo, recordándole a Corran el destello que había iluminado las placas oculares del primer soldado al que había matado. En cuestión de un instante, el corelliano supo que la habitación contenía a un tercer soldado de las tropas de asalto y que por lo menos uno de los pilotos del escuadrón yacía muerto en su cama.

La segunda ráfaga de Corran derribó al soldado de las tropas de asalto que estaba emergiendo de debajo del cadáver del imperial. Corran pensó que había chocado con el suelo con una violencia lo bastante grande para poder tener la certeza de que estaba muerto, pero los pequeños fuegos votivos creados en las paredes y los suelos por los haces desintegradores que no lograban encontrar un blanco no proporcionaban la luz suficiente para que pudiera estar seguro. Entonces entró en escena el soldado que había permanecido invisible hasta aquel momento dentro de la habitación del inicio del pasillo y, como si fuera la imagen del imperial reflejada en un espejo, Gavin salió por la puerta de su habitación.

—¡Gavin, no!

El granjero logró hacer un disparo mientras el soldado llenaba el pasillo con un torrente de haces de energía. Corran apretó el gatillo de su arma y desplazó el cañón en un veloz arco a través del pasillo. Oyó cómo Gavin dejaba escapar un gemido ahogado y caía al suelo detrás de él. Los disparos del corelliano dejaron sin piernas al soldado imperial. El último haz atravesó un protector ocular y cubrió de burbujas medio derretidas la armadura en la zona de su nuca.

Todas las puertas se estaban abriendo a lo largo del pasillo. Corran volvió la cabeza hacia la más cercana y vio al twi'lek.

—Gavin ha caído. Ayúdale. Tenemos soldados de las tropas de asalto en la base.

Nawara Ven le miró fijamente.

—¿Y cómo han dado con…?

—No lo sé. Han colocado cargas explosivas. Saca a todo el mundo de aquí. Corran echó a correr por el pasillo, saltando por encima del trío de soldados imperiales muertos. Quitó el alimentador agotado de la carabina y colocó uno nuevo. Cuando se estaba aproximando al hangar, oyó muchos disparos. Las tiras de plástico semitransparente que

colgaban sobre la entrada le mostraron un gran número de haces de energía que se desplegaban para converger sobre dos puntos en la oscuridad, lo que indicó a Corran que Shiel y Ooryl habían conseguido atraer una considerable cantidad de atención mediante su maniobra de flanqueo. «Y también hay disparos procedentes del otro lado de la puerta…».

Sacó un cilindro explosivo de uno de los compartimientos del cinturón, dispuso el cronómetro para que estallara pasados cinco segundos y dejó caer el pulgar sobre el botón activador. Después levantó la vista y localizó la que le pareció era la mayor concentración de disparos dirigidos contra sus dos camaradas. «Seis… Sí, eso tiene buen aspecto».

Corran atravesó el telón de plástico y permitió que el botón activador empezara a subir, poniendo en marcha el cronómetro, y luego lanzó el cilindro explosivo hacia el grupo de comandos, haciendo que se deslizara sobre la lisa superficie de ferrocreto. «¡Tres, dos, uno!».

La explosión dispersó a los soldados, y lanzó a dos por los aires y por encima del generador portátil que habían estado utilizando como cobertura. Corran giró sobre sus talones antes de que sus cuerpos chocaran con el suelo y volvió el cañón de su carabina láser hacia el soldado agazapado a la izquierda de la puerta. La ráfaga de fuego láser se abrió paso a través de la coraza del torso, haciendo que el soldado saliera despedido de detrás de la columna de cajas que le habían estado protegiendo.

Girando sobre sí mismo, Corran esparció un diluvio de dardos desintegradores de color carmesí sobre el soldado de las tropas de asalto del otro lado del umbral. Los haces le dieron en el pecho y las piernas, haciendo que saliera despedido hacia atrás a través de la cortina de plástico y sacándolo del hangar. Prosiguiendo su giro, Corran envió nuevos haces desintegradores contra los distintos fogonazos surgidos de las armas del enemigo, retrocediendo y girando, adquiriendo más velocidad y permitiendo que su cuerpo se moviera casi al azar.

Sabía que hubiese debido estar terriblemente asustado, pero como antes había decidido que ya podía darse por muerto, el miedo no conseguía encontrar ningún asidero en su alma. Corran era capaz de enjuiciar la situación con un distanciamiento emocional que le sorprendía. Eso le permitió ver su entrada en el hangar de una forma muy parecida a como había visto el sumergirse en la nube de cazas TIE en Hensara. «Puedo disparar contra cualquiera… así que más vale que se anden con mucho cuidado».

La carabina de Corran se elevó, y el cañón del arma esparció un palpitar estroboscópico de fuego láser sobre la silueta de un soldado que se había subido a la pasarela del hangar. El imperial se irguió y tembló convulsivamente, y luego inició un vuelo hacia atrás y hacia el suelo que Corran encontró increíblemente grácil. Su aterrizaje, que fue considerablemente violento y ruidoso, echó a perder toda la belleza de su caída y devolvió al corelliano a la horrible realidad en la que se encontraba atrapado.

Un haz láser le dio en la parte derecha del pecho y lo lanzó hacia las sombras. Corran chocó con una pared de cajas de madera, y un telón de estrellas estalló delante de sus ojos

cuando su cabeza se estrelló contra algo sólido. Oyó ruido de madera y cristales que se rompían, y el gorgoteo de alguna clase de recipiente que empezaba a vaciarse. El corelliano esperó que no fuera su cuerpo vaciándose de sangre, pero los dolores que sentía en el pecho y las ondulaciones de fuego que irradiaban de la herida casi constituían una garantía de que él era la fuente del sonido. Un olor desagradablemente dulzón se mezcló con el hedor de la carne quemada, y Corran comprendió que se estaba muriendo.

«Huele a whisky corellian…». Su mente volvió a la interminable sucesión de vasos y copas vaciadas en el velatorio de su padre. Cada ronda de bebidas había puntuado un brindis o un homenaje a su padre ofrecido por miembros de la Fuerza de Seguridad de Corellia, desde el director hasta Gil e Iella pasando por los novatos a los que su padre había tomado bajo su protección. Por aquel entonces Corran había pensado que el que te despidieran celebrando semejante velatorio sería la forma más digna y elegante de marcharse del mundo. «Y ahora estoy alucinando su olor».

Un espasmo de dolor le dejó como herencia un momento de lucidez, y Corran se aferró a él. Sus ojos volvieron a ser capaces de ver con claridad, y vio haces láser que ardían en todas direcciones a través de la oscuridad. Intentó levantar su carabina, pero no podía sentir su peso en la mano. Corran decidió desenfundar la pistola desintegradora, y' fue entonces cuando descubrió que su brazo derecho no estaba funcionando demasiado bien.

Ese descubrimiento llegó un par de segundos antes de que los haces láser siluetearan a un soldado de las tropas de asalto que estaba buscando refugio cerca de él.

Corran deseó que su cuerpo se hundiera en el ferrocreto, pero no ocurrió nada.

El soldado de las tropas de asalto apartó algo con un pie, y un instante después Corran oyó cómo la carabina chocaba con una caja invisible. Intentó incorporarse usando el brazo izquierdo, pero el dolor que sintió en el lado derecho del pecho le detuvo. Corran descubrió que se estaba quedando sin respiración. «Mi pulmón… Debe de estar medio aplastado».

El imperial bajó su carabina, con lo que proporcionó una excelente visión de su cañón a Corran.

—Todo ha terminado para ti, escoria rebelde.

—Para ti también, soldadito. —Corran alzó la mano izquierda, pero mantuvo el pulgar ejerciendo presión sobre el extremo del cilindro explosivo que había sacado de uno de los compartimientos de su cinturón—. Si muero, esto explota.

El soldado de las tropas de asalto titubeó durante un segundo, y luego meneó la cabeza.

—Buen intento. Pero lo estás sosteniendo por el extremo equivocado.

El gemido de un haz desintegrador llenó cl callejón sin salida delimitado por las cajas y los contenedores, y Corran no pudo evitar encogerse sobre sí mismo. Se dijo que aquélla era una forma muy poco digna de morir, y un instante después cayó en la cuenta de que los muertos rara vez son tan vanidosos. El cuerpo del soldado de las tropas de asalto se bamboleó por encima de él, y luego se dobló por la altura de las rodillas y cayó

al suelo junto a él. El agujero abierto en la espalda de su coraza humeaba y echaba chispas.

Wedge llegó a la carrera e hincó una rodilla en el suelo junto a Corran.

—¿Qué tal le van las cosas, señor Horn?

—Bueno, algunas partes de mi cuerpo no me duelen excesivamente…

Wedge sonrió.

—Aguante. Los soldados de las tropas de asalto se están retirando. ¡Médicos!

—Bombas…

—Lo sé. Estamos localizándolas y desarmándolas.

Corran sonrió e intentó respirar hondo.

—¿Gavin?

—En bastante mal estado, igual que usted. Ya hemos iniciado los preparativos para la evacuación.

—Puede darme por muerto. —Corran torció el gesto—. Estoy tan grave que puedo oler el aroma del whisky corelliano.

—Y lo está oliendo Corran, porque está yaciendo en el centro de un charco de ese whisky. —Wedge frunció el ceño—. La caja sobre la que cayó estaba llena de Reserva de Whyren.

—¿Qué? ¿Cómo…?

Wedge meneó la cabeza mientras los androides médicos iban hacia ellos.

—No lo sé. Resolver ese misterio va a ser su nueva misión mientras se recupera de las heridas.

19

Wedge Antilles estaba contemplando cómo Gavin Darklighter y Corran Horn, tan inmóviles que parecían un par de cadáveres, flotaban dentro de los tanques bacta. Verlos allí trajo a su mente recuerdos del tiempo que había pasado en el interior de un tanque semejante, aunque su experiencia no había tenido lugar a bordo del *Aplazamiento* sino del *Hogar Uno*, el navío insignia del almirante Ackbar en Endor. Wedge había permanecido prácticamente inconsciente durante todo el tiempo que pasó dentro del tanque, lo que consideraba como una bendición. Estar despierto y ser capaz de pensar mientras no podía hacer absolutamente nada le hubiese vuelto loco.

—¿Sus pilotos han mejorado, comandante Antilles?

Wedge se volvió y parpadeó, muy sorprendido.

—¿Almirante Ackbar? ¿Qué está haciendo aquí, señor? El mon calamariano juntó las manos a su espalda.

—Leí su informe y lo encontré inquietantemente clínico. Decidí que quería contar con más información.

Wedge asintió.

—No dispuse de mucho tiempo para preparar el informe.

—Y en realidad nunca le han gustado demasiado los cuadernos de datos ni el utilizarlos.

—No. —Wedge se pasó una mano por la cara y descubrió una considerable cantidad de pelos de barba en su mentón y su mandíbula. «¿Cuánto hace que no duermo?».—. Hubiese podido solicitar un informe suplementario, o pedirme que le informara personalmente a bordo del *Hogar Uno* y haberse ahorrado el viaje.

—Ya pensé en ello, pero sabía que otro informe suyo no sería demasiado largo y que se negaría a separarse de su gente, por lo que elegí evitarme el tener que pasar por todas esas molestias. —Ackbar volvió la cabeza hacia el ventanal para contemplar a los dos hombres suspendidos en el líquido—. Y además, la atmósfera habitual de las reuniones del Consejo Provisional está empezando a resultarme insoportable. El destino del Escuadrón Rebelde es lo suficientemente importante para que pudiera ausentarme durante un tiempo sin que se me acusara de estar huyendo.

El corelliano miró a su comandante.

—¿Tan mal están las cosas?

—Probablemente exagero. Los políticos tienden a pensar en sus soldados como si fueran sus perros de guerra cyborreanos.

—Y a los soldados no les gusta ser considerados como mascotas.

Un ligero estremecimiento sacudió las espinas faciales de Ackbar.

—Dado que somos los que reciben los mordiscos, sangran y mueren, tendemos a resistirnos a los planes políticamente aconsejables pero militarmente suicidas. —Puso la mano sobre el ventanal—. ¿Han conseguido aclarar un poco más la imagen general de lo que sucedió allí?

—Todavía no. Los datos básicos siguen siendo los mismos: tres pilotos gravemente heridos y uno muerto, y los seis centinelas muertos. Otros pilotos tienen arañazos y pequeñas heridas. Las cosas tendrían que haber ido mucho peor, pero al parecer los soldados de las tropas de asalto querían colocar los explosivos, retirarse y luego armarlos y detonarlos mediante un sistema de control remoto. Si se hubieran limitado a ponerles cronómetros, habríamos perdido mucho equipo y a mucha gente antes de poder localizarlos todos. La operación de Talasea fue llevada a cabo por todo un pelotón. Eliminamos o capturamos a todos los efectivos, y también nos hicimos con el transporte Delta DX-9 en el que llegaron.

—El precio pagado sigue siendo demasiado elevado, pero aun así eso es una buena noticia.

Wedge asintió.

—Los prisioneros (dos soldados y los cinco tripulantes de la nave) se niegan a hablar. Los tengo encerrados, y están aislados los unos de los otros. Un par de androides médicos están llevando a cabo las autopsias de los soldados que matamos. Con un poco de suerte, algo nos dará una idea de su lugar de procedencia.

—¿Y Talasea fue evacuada?

—Sí, señor. Supusimos que los imperiales vendrían en busca de lo que fuera que hubiese acabado con su gente, así que colocamos unas cuantas trampas explosivas y demás sorpresas para quien nos siga hasta allí. —Wedge dejó escapar un prolongado suspiro—. Tengo una lista de lo que dejamos detrás en el caso de que alguna vez dispongamos de una razón para volver a Talasea.

El mon calamariano asintió lentamente.

—¿Cuál es el estado de ánimo general de su unidad?

Wedge se volvió y apoyó la espalda en el frío panel de transpariacero. Lo único que deseaba en aquellos momentos era cerrar los ojos y dormir, y temía que si llegaba a cerrar los ojos eso era precisamente lo que le ocurriría.

—Todos estamos agotados —dijo después—. Perder a Lujayne fue un golpe terrible. Como piloto no era gran cosa y procuraba no correr riesgos, por lo que ninguno de nosotros la consideraba como una candidata a formar parte de la primera lista de bajas. Imaginarse a Corran, Bror o Shiel teniendo una muerte gloriosa resultaba fácil… y Corran estuvo a punto de tener esa clase de muerte. Aun así Lujayne era una guerrera, por lo que el que muriese mientras dormía en su cama fue… bueno, eso lo hizo todavía peor. Fue asesinada, no muerta en combate, y supongo que había logrado convencerme de que todos poseíamos cierta clase de inmunidad que nos protegía de esa clase de muerte ignominiosa. —Meneó la cabeza—. Eso no tiene ningún sentido, naturalmente.

Ackbar le dio una palmadita en el hombro.

—Sí tiene sentido. Sabemos que la guerra es pura barbarie, pero intentamos no librarla de la manera en que lo harían unos bárbaros. Respetamos una serie de normas que exigen que sólo ataquemos objetos militares legítimos, y que nos obligan a mantenernos

alejados de los civiles y de las fragatas médicas. Nos gustaría ver ese mismo honor que nos exigimos a nosotros reflejado en las acciones de nuestros enemigos.

—Pero si nuestros enemigos fueran tan honorables como nosotros, entonces no estaríamos librando esta guerra.

—Y al decir eso acaba de exponer el centro de todo el problema, comandante Antilles. —El mon calamariano se alejó del ventanal—. ¿Cuándo saldrá su gente de los tanques?

Wedge bajó la mirada hacia su cronómetro.

—Doce horas más para Horn y Darklighter, y entre veinticuatro y cuarenta y ocho para la piloto Andoorni Hui. Me han dicho que es algo relacionado con su metabolismo, pero sus heridas también eran más graves que las de ellos. Quiero celebrar un servicio conmemorativo en recuerdo de Lujayne lo más pronto posible. —Se frotó los ojos—. Gavin será uno de los más afectados, porque Lujayne le estaba ayudando a mejorar sus capacidades de astronavegación.

—Entonces parecería que no se puede hacer nada hasta que no haya transcurrido un mínimo de doce horas, ¿verdad?

Wedge meneó la cabeza.

—No. Tenemos que esperar.

—En su caso, lo único que usted tiene que hacer es dormir.

El corelliano se volvió hacia Ackbar.

—Ya podré descansar más tarde.

—Pero descansará ahora. Considérelo como una orden, comandante, o le ordenaré a un androide dosunobé que le administre un sedante. —El mentón de Ackbar se elevó mientras hablaba, y Wedge supo que el almirante estaba dispuesto a llevar a cabo su amenaza—. Quiero que usted y su oficial ejecutivo vengan a verme al *Hogar Uno* dentro de doce horas. Para entonces el general Salm ya habrá llegado.

—Si hubiera sabido que tendría que enfrentarme a una reprimenda oficial del general Salm, habría permitido que los soldados de las tropas de asalto acabaran conmigo.

—Sí, desde luego… A veces Salm puede producir ese efecto, ¿no? —La boca de Ackbar se abrió para acoger su broma con una carcajada silenciosa—. Pero el propósito de esa reunión no tiene nada que ver con las reprimendas.

—¿No?

—No. —El tono de Ackbar se volvió más calmado y suave, pero todavía más serio—. Alguien del Imperio ha atacado una de mis bases de avanzada. Si no devolvemos el golpe empleando la máxima fuerza posible, los imperiales podrían sentirse animados a seguir con tales actividades. No quiero que eso ocurra. El ala de bombarderos del general Salín debería bastar para infligir el castigo adecuado.

—Si quiere que el Escuadrón Rebelde se encargue de proporcionar cobertura a ese tipo de misión, puede contar con nosotros.

—Ésa era la reacción que esperaba de usted, comandante. Y ahora, váyase a dormir un poco.

—Sí, señor —dijo Wedge, y saludó a su superior.

«Dormiré, y soñar con el castigo que caerá sobre esos imperiales será realmente muy agradable…».

**

Corran no sabía qué era peor, si el regusto entre rancio y amargo que el bacta le había dejado en la garganta o el sentirse como si todavía estuviera flotando dentro del tanque. Le parecía que el bacta sabía exactamente igual que el lum después de llevar demasiado tiempo guardado dentro de la clase de barril de plástico en que solía ser almacenado, ese que le aportaba una cualidad aceitosa que volvía resbaladiza su lengua después de beberlo. El haz desintegrador había atravesado su pulmón derecho y un poco de bacta había sido introducido en el pulmón para que circulara por él, lo cual hacía que el asfixiante perfume del fluido invadiera la nariz de Corran cada vez que exhalaba.

Aparte de eso, se sentía bastante bien. Todavía tenía una mancha rojiza en el pecho para indicar el sitio en el que le habían disparado. Su marca tenía aproximadamente la mitad del tamaño de la de Gavin. Corran ya había comprendido que la armadura le salvó la vida al absorber una parte de la potencia del haz, pero no tenía ni idea de cómo se las había arreglado Gavin para sobrevivir a un disparo en el abdomen sin contar con absolutamente ninguna protección.

Gavin, que ocupaba la cama contigua a la suya, se dio la vuelta hasta quedar acostado sobre el flanco.

—Nunca había hecho eso antes.

—¿Te refieres a lo de entrometerte en un tiroteo lumínico o a pasar algún tiempo dentro de un tanque bacta?

—A las dos cosas. —El joven frunció el ceño—. No pensé que me estuviera metiendo donde no me llamaban, porque…

—Y no lo hiciste. —Corran meneó la cabeza y pegó los pies al cuerpo para poder sentarse—. Hubiese debido darme cuenta de que no sabías que debías esperar hasta que te indicara que el pasillo estaba despejado. Ni siquiera pensé en ello, y por eso acabaste en el suelo. Yo tengo la culpa de que te pegaran un tiro.

Gavin cubrió el área rojiza de su estómago con la mano.

—Me dolía muchísimo, y luego supongo que me desmayé.

—Por suerte para ti, eso fue lo único que hiciste. Ese disparo tendría que haberte matado.

—Sé que disparé contra el soldado de las tropas de asalto. ¿Le di?

—No lo sé, Gavin. A menos que dispongas de una grabación holográfica de un tiroteo, tratar de reconstruirlo después de que haya terminado es prácticamente imposible. —Corran se puso en pie y descubrió que sus piernas eran capaces de sostenerle con sólo unos cuantos temblores menores—. Él y sus compañeros murieron, y eso es lo único que importa.

—¿Mataron a alguno de los nuestros?

Corran se acordó de la inexplicable impresión de muerte que había experimentado en el pasillo, pero meneó la cabeza.

—No lo sé, Gavin.

La compuerta del centro médico se abrió y Wedge Antilles cruzó el umbral. Al principio su sonrisa se volvió un poco más grande, y luego se encogió levemente. El comandante se quedó inmóvil y devolvió los apresurados saludos que Gavin y Corran consiguieron dirigirle.

—Me alegra veros tan sanos y con tantos ánimos.

—Quizá tengamos muchos ánimos, señor, pero tendremos que dedicar un cierto esfuerzo a lo de ponernos realmente sanos. —Corran hizo que su brazo derecho describiera un círculo en el aire—. Una noche de descanso debería obrar auténticas maravillas.

—¿Y tú, Gavin? ¿Qué tal te sientes?

—Estupendamente, señor. Si me necesitan, podría volar ahora mismo.

—Por el momento eso no será necesario. —El rostro de Wedge se ensombreció—. Hemos abandonado Talasea, y hemos conseguido terminar la evacuación sin problemas. Capturamos a los soldados de las tropas de asalto y su nave de transporte. El análisis forense de los cuerpos nos ha proporcionado una buena indicación de su punto de origen. Voy a reunirme con el almirante Ackbar y el general Salm para planear una misión de represalia contra su base.

—Cuente conmigo.

—Y conmigo. —Gavin saltó de la cama. Las rodillas se le doblaron, pero se agarró al borde de la cama y consiguió permanecer erguido—. Quiero cobrar mi parte de esa deuda pendiente que tenemos con ellos.

Wedge asintió, y Corran enseguida supo que se disponía a llegar a la peor parte del informe.

—Al final acabamos dando más de lo que recibimos durante la incursión… pero tuvimos bajas. Seis de nuestros centinelas murieron. Vosotros dos y Andoorni resultasteis gravemente heridos. —Wedge bajó la mirada hacia la cubierta, y luego miró a Gavin—. Los soldados de las tropas de asalto mataron a Lujayne Forge.

Gavin tuvo que apoyarse en la cama.

—¿Lujayne ha muerto?

Corran se sentó en el suelo. La había sentido morir —lo sabía, estaba totalmente seguro de ello—, y sin embargo le resultaba tan imposible de creer como a Gavin. Lujayne siempre había sido el miembro del escuadrón que se preocupaba por el bienestar de los demás, y esa preocupación incluía no sólo el bienestar físico sino también el cómo se sentían. «Formó el corazón de nuestra unidad, y nos ayudó a convertirnos en un todo. ¿Por qué ha tenido que ser la primera de nosotros en morir?».

Bajó los ojos hacia sus manos vacías. «Ni siquiera llegó a cobrarse ese favor que le debía por haber reparado mi ala-X, y ahora ya no esta entre nosotros…».

Gavin meneó la cabeza.

—No puede estar muerta. Me estaba dando clases de astronavegación. Lujayne… —El muchacho apretó los puños y los dejó caer sobre el borde de la mesa—. Muerta…

Wedge suspiró.

—Perder a un amigo siempre es muy duro, Gavin.

Gavin alzó un puño como si quisiera volver a usarlo para golpear algo, pero luego permitió que descendiera lentamente hacia su costado.

—Es la primera vez que alguien a quien conozco muere.

Corran enarcó una ceja.

—¿De veras?

—Gavin todavía es muy joven, Corran.

—Lo sé, señor, pero su primo…

Gavin meneó la cabeza.

—He conocido a personas que luego murieron. Todavía me acuerdo del señor Owen y la tía Beru… Así es como los llamaba el par de veces que Biggs permitió que le acompañara cuando fue a visitar a Luke en la granja de los Lars. Cuando murieron, mi padre se quedó con la granja…

Wedge frunció el ceño.

—Tenía entendido que Luke se la había cedido a un alienígena.

—Sí, a Throgg… Se ocupó de ella durante un par de estaciones, pero mi tío quería añadir esa granja a sus propiedades, así que hizo que el Consejo Municipal de Cabeza de Ancla pusiera en vigor un impuesto para las tierras trabajadas por alienígenas tan elevado que Throgg nunca podría llegar a pagarlo. Mi padre no aprobaba las tácticas de su hermano, así que papá le compró la granja a Throgg, pagándole lo que valía en vez de permitir que el tío Huff la comprara en una subasta por impago de impuestos. —Gavin se encogió de hombros—. Al haber crecido cerca de esa granja podía acordarme de haber visto a los Lars, pero en realidad nunca llegué a conocerlos. Por aquel entonces yo era realmente muy, muy joven. Siempre fueron amables conmigo, pero…

—Pero no los conocías. —Corran subió las rodillas hasta dejarlas pegadas al pecho—. Lo entiendo. Aun así, Biggs, tu primo…

—Biggs tenía ocho años más que yo. A veces le gustaba tenerme cerca, y a veces no. Cuando ocurría lo segundo, yo nunca conseguía entender por qué. —Gavin volvió a encogerse de hombros—. Desde entonces he crecido, así que se podría decir que ahora lo entiendo, pero la verdad es que nunca llegué a conocerle. Y no verle ni a él, ni a los tíos de Luke, después… Bueno, no es como si realmente supiera que se han ido para siempre. Lo sé, claro, pero…

—Comprendo. —Wedge se cruzó de brazos—. Yo estaba allí cuando Biggs murió. Me habían dado, y salí de la fisura siguiendo las órdenes de Luke. Tu primo y yo sabíamos que en realidad estábamos allí para cumplir las funciones de un conjunto de escudos añadidos que protegieran a Luke, pero eso nunca nos molestó. Sabíamos que él hubiese hecho exactamente lo mismo por nosotros, y también sabíamos que teníamos que destruir la Estrella de la Muerte. Biggs se quedó en la canalización, manteniendo a raya a

los cazas TIE, y murió allí. Y aunque murió, le proporcionó a Luke el tiempo que necesitaba para poder llegar a destruir la Estrella de la Muerte.

El comandante rebelde clavó la mirada en la lejanía, y sus ojos estuvieron a punto de cerrarse.

—Ya había volado con Biggs antes de Yavin, y era realmente muy bueno. Parecía como si pudiera leer la mente de los pilotos de Ios cazas TIE. Sabía cuándo había que virar y cuándo había que disparar, y hacía todo lo que fuese necesario para seguir el rastro de sus emisiones iónicas y hacerlos pedazos. Estaba orgulloso de sus victorias y de su capacidad, pero no era arrogante.

Gavin sonrió.

—Pero tenía esa sonrisita… Ya sabe, la que usaba siempre que había hecho algo que tú eras incapaz de hacer.

Wedge soltó una suave carcajada.

—Yo solía odiar esa sonrisita suya, pero no me la dirigía con demasiada frecuencia. En su primera misión nos enfrentamos a un convoy imperial justo después de que hubieran empezado a asignar fragatas de la clase Nebulón B, como la Aplazamiento, a los convoyes para que se encargaran de darles cobertura. La fragata lanzó al espacio dos docenas de TIE contra nuestro escuadrón. Biggs vaporizó a cinco, lo cual le convertía en un as, pero otro piloto reclamó su tercera presa. Esa victoria convenía al otro piloto en un as… Creo que ésa era su misión número quince, por cierto. Biggs le administró la sonrisita y dejó que aquel tipo se saliera con la suya. Y después, cuando Biggs obtenía cinco victorias del tipo que fueran, le regalaba la tercera a aquel tipo. Nunca se burlaba abiertamente y nunca presumía, pero no permitió que ese piloto pudiera llegar a olvidar lo que había hecho.

Gavin asintió.

—Biggs era así… Te volvía loco con sus pequeñas manías hasta que hacías algo al respecto, o hasta que dejaban de molestarte.

—Era su forma de conseguir que todo el mundo diera lo mejor de sí mismo e intentara llegar el primero a la nieta. Por eso solía decirle a Luke que tenía que ingresar en la Academia. No quería que nadie desaprovechara sus capacidades cuando podía sacar más provecho de ellas. —Wedge se rascó la nuca—. Si Biggs hubiera sobrevivido a Yavin, ahora tendríamos que presentarle nuestros informes.

Corran levantó un dedo.

—Sí, pero el tipo de la tercera presa… ¿consiguió llegar a expiar su pecado?

La curva de la sonrisa de Wedge se desplomó.

—Ese tipo… se llamaba Karsk, Amil Karsk. Bien, pues Karsk se encargó de la tercera de la serie de cinco patrullas programadas para Biggs. Era un trabajo bastante sencillo, ya que sólo tenía que acompañar a una burladora de bloqueos en una misión de correo. Incluso prometía un par de días de descanso y diversión. Se trataba de una auténtica ocasión de oro, pero Biggs dejó que Karsk le quitara la misión sin hacer nada

para tratar de evitarlo. Esa misión y ese correo llevaron a Karsk a Alderaan. Estaba en la superficie del planeta cuando apareció la Estrella de la Muerte.

—Uf. —Corran alzó los brazos y se levantó—. Biggs tuvo mucha suerte de que le robaran esa misión.

—Sí, pero la suerte siempre se termina tarde o temprano. —Los ojos castaños de Wedge se endurecieron de repente—. La nuestra todavía no se ha terminado… o no del todo. Me alegro de que volváis a estar con nosotros. Preferiría no tener que añadiros a la lista de amigos que me ha robado el Imperio, porque esa lista ya es demasiado larga.

Gavin tragó saliva y después le ofreció la mano a Wedge.

—Gracias, señor. Ahora tengo la sensación de que conozco un poco mejor que antes a Biggs.

Wedge estrechó la mano del joven.

—Gracias a ti por haberme dado ocasión de recordar todas esas cosas buenas relacionadas con Biggs. La guerra nos obliga a dedicar demasiado tiempo a recordar las pérdidas y ese momento en el que la gente deja de contribuir a esta vida. Biggs, Porkins, Dack, Lujayne… Todos tienen que ser recordados como algo más que bajas. No es algo que haga con la frecuencia suficiente.

Su comandante echó una mirada al cronómetro del mamparo.

—Dentro de poco he de reunirme con el almirante Ackbar. Disponéis de unas cuatro horas antes de que celebremos un servicio conmemorativo por Lujayne y las otras personas que perdimos en Talasea. Y después de eso, como Ackbar lo desea y Salm está tozudamente decidido a ello, cancelaremos las reservas de suerte de unos cuantos imperiales y haremos que nuestros muertos puedan descansar mucho más tranquilos.

20

El nada característico silencio que Emetrés mantuvo durante el vuelo desde el *Aplazamiento* hasta el *Hogar Uno* había hecho que Wedge empezara a preguntarse si la galaxia no habría cambiado súbitamente a su alrededor mientras dormía. El androide no había suplicado, pedido, insistido ni aburrido con detalles sobre lo necesario que era el que fuese al *Hogar Uno* y, de hecho, se había limitado a hacer acto de presencia y a decir que tenía ciertos asuntos que atender a bordo del navío insignia rebelde.

Tycho se había encogido de hombros, por lo que Wedge decidió permitir que los acompañara. El androide parecía desusadamente callado, pero eso no tenía nada de siniestro y, en realidad, constituía una novedad muy bienvenida. Mientras pilotaba la *Prohibido* en su rumbo hacia el crucero mon calamariano, Wedge cayó en la cuenta de que apenas había visto a Emetrés durante su estancia en Talasea, y de que le había oído todavía menos. De hecho incluso había oído menos quejas acerca del androide, y decidió tomárselo como una buena señal. Wedge pensaba que el cuidar de los pilotos ya era una labor bastante dura por sí sola para que además tuviera que agravarla preocupándose por los androides.

La sonrisa que iluminó el rostro del general Salm cuando Wedge y Tycho entraron en la sala de reuniones del almirante Ackbar, incrementó la extraña sensación de distanciamiento de la galaxia que estaba experimentando el corelliano.

—Capitán Tycho, comandante Antilles… Me alegro de verlos. Han sido muy amables al hacer que su androide M-3P0 enviara esa remesa de trajes de vuelo nuevos al Ala Defensora. Aceptamos sus disculpas, y tenemos muchas ganas de colaborar con ustedes en esta misión.

Wedge miró a Tycho, pero su oficial ejecutivo meneó la cabeza en una negativa casi imperceptible. «Si eso hace feliz a Salm, ¿realmente necesito saber qué está ocurriendo?».

—Gracias, general. Después de todo, nos encontramos en el mismo bando.

El rostro de Corran se apartó lentamente de Wedge para volverse hacia Salm y luego volvió a girar hacia Wedge. El almirante parpadeó y juntó las manos-aletas.

—Aguas limpias y poco oleaje… Magnífico. —El mon calamariano se sentó y pulsó uno de los botones del brazo del asiento—. Nuestros androides han vuelto a comprobar los hallazgos del equipo forense que llevó a cabo las autopsias de los soldados de las tropas de asalto que ustedes trajeron de Talasea, y han confirmado que el sarpullido presente en tres de ellos ha sido producido por la roséola de Rachuk. El análisis de ADN del virus muestra una variación con respecto al secuenciamiento comunicado hace dos años y, dada la velocidad a la que tienen lugar las mutaciones espontáneas, eso indica que debería tratarse de la variedad más reciente.

Wedge asintió.

—Así que los imperiales vinieron de Rachuk.

Ackbar señaló la imagen holográfica generada por ordenador que estaba creciendo en el centro del grupo, y que mostraba un mundo relativamente pequeño en el cual había unas cuantas islas selváticas dispersas.

—En sí el sistema de Rachuk carece de importancia, pero su situación en la zona centro de la galaxia significa que un gran número de naves lo atraviesan mientras se dedican al comercio. El Imperio estableció una base en Vladet para mantener alejados a los piratas, una labor que fue llevada a cabo relativamente con éxito. El sistema de Chorax se encuentra dentro del sector controlado por Rachuk, al igual que el sistema de Hensara, por lo cual parece lógico suponer que el comandante del sector decidió que había que eliminar al Escuadrón Rebelde.

—Pero ¿cómo llegaron a enterarse de dónde estábamos?

La expresión del rostro de Salm se ensombreció ligeramente.

—La presencia de un espía en su base no puede ser totalmente descartada.

Wedge lanzó una rápida mirada de soslayo a Tycho, pero no percibió ninguna reacción a la observación del general. «Admirable, desde luego. Aun así, no estoy dispuesto a quedarme callado…».

—El resultado de que no hubiera ningún espía sería que su inexistencia produciría la misma falta de evidencias que la presencia de un espía que conoce muy bien su trabajo, y estoy pensando en alguien tan bien camuflado que no hemos podido dar con él.

—Eso sigue sin constituir una razón por la que no debamos buscar a un espía.

Tycho meneó la cabeza.

—El nivel de seguridad de la base era excelente. Todos los mensajes recibidos o enviados contaban con la autorización correspondiente.

—Que usted sepa.

—No se trata de eso, señor, porque…

—O quizá prefiere limitarse a hablar de ciertos mensajes —dijo Salm, y sonrió.

—General, el capitán Celchu está exponiendo los resultados de toda una serie de comprobaciones que llevé a cabo personalmente. No hubo ninguna filtración por parte del Escuadrón Rebelde.

Ackbar puso punto final a la discusión agitando una mano-aleta.

—Es más que probable que el Imperio colocara unos cuantos sensores pasivos en los edificios después de que Vader matara a los colonizadores. Si esos sensores recogieron datos y luego los transmitieron pasado un tiempo, o utilizando un formato que no reconoceríamos fácilmente, entonces la transmisión lograría escapar a nuestros sistemas de vigilancia. Teníamos varios equipos barriendo la zona, pero detectar la presencia de sensores pasivos no resulta nada fácil.

—También podría haber sido un caso de suerte pura y simple.

Salm miró a Tycho.

—¿Qué quiere decir, capitán?

Tycho apartó un par de mechones de cabellos castaños de su frente.

—Los imperiales tienden a ser poco sutiles. Si yo hubiera estado al mando y supiera dónde se encontraba el Escuadrón Rebelde, habría utilizado todos los recursos a mi disposición. Sabemos que el mando de Rachuk cuenta con un Interdictor y que dispone como mínimo de un crucero de ataque capaz de transportar a tres escuadrones de cazas TIE. Dado que todos esos efectivos no hicieron acto de presencia, sospecho que se limitaron a enviar pelotones de soldados de las tropas de asalto para que reconocieran los sistemas deshabitados del sector… eso presuponiendo, por supuesto, que tienen espías en la mayoría de los sistemas habitados. Un pelotón dio con nosotros, y el comandante decidió ser ambicioso y destruirnos sin la ayuda de nadie.

Ackbar asintió.

—Otra conclusión lógica obtenida de las evidencias disponibles. También ha habido una considerable cantidad de tráfico llevado a cabo por pequeños navíos mercantes que entran y salen de Talasea.

—Sí, señor. Emetrés puede proporcionarle todos los datos sobre ellos.

—Ya lo ha hecho y todos parecen estar limpios, comandante, pero bastaría con que un tripulante cometiese un error para que su seguridad se viera en peligro. Aun así, y en última instancia, la razón por la que la base de Talasea fue localizada no tiene tanta importancia como el hecho de que hayamos descubierto el origen de los soldados de las tropas de asalto. Han transcurrido dos días estándar desde la muerte de esos soldados, por lo que existen muchas probabilidades de que su ausencia haya sido notada.

Wedge se cruzó de brazos.

—La respuesta imperial estándar sería la de enviar las fuerzas necesarias, tomar el planeta e impedir que pudiéramos volver a utilizarlo.

—Esperamos que el *Devastación* y el *Áspid Negro* sean utilizados para impedir que el Escuadrón Rebelde lleve a cabo un ataque rápido seguido por una huida todavía más rápida contra la fuerza expedicionaria de Talasea, lo cual significa que no estarán defendiendo Rachuk. —Salm estiró el brazo y tocó el mundo holográfico con las puntas de los dedos. La isla que había seleccionado fue aumentando de tamaño para acabar sustituyendo al planeta del que formaba parte. A medida que la imagen se iba expandiendo, el ordenador añadió edificios, montañas, baterías de cañones iónicos y demás detalles de importancia militar. Dos cordilleras (los bordes del cráter de un volcán apagado) rodeaban la base a la manera de un par de paréntesis—. Disponemos de otras informaciones sobre las situaciones y rutas de patrullaje de las naves del sector de Rachuk. Creemos que Vladet debería poder ser sometido a un ataque de represalia, y que la Gran Isla nos ofrece el objetivo ideal para ello.

Wedge se acercó un poco más a la isla holográfica suspendida en el aire.

—¿Escudos de defensa?

Salm sonrió, y a Wedge le complació que aquella mueca de depredador no estuviera dirigida hacia él.

—No si quieren disparar sus cañones iónicos. Como puede ver, la isla forma parte de un antiguo volcán. Los generadores son del tipo geotérmico y bastante viejos, y nunca

conseguirían elevar el escudo al mismo tiempo que suministraban energía a los cañones iónicos.

—¿Y si prefieren jugar a hacerse la tortuga en vez de tratar de disparar?

El piloto de bombarderos trazó un círculo alrededor de lo que originalmente había sido el perímetro del cráter. En el sur el muro se había desmoronado hasta casi desaparecer, y una gran parte de la base había sido construida sobre la planicie que unía el volcán con la bahía. En el lado norte del cráter el muro había empezado a erosionarse, pero aun así apenas se trataba de una pequeña mella en comparación con la brecha que había hacia el sur.

—El generador del escudo tiene que proteger desde la playa hasta las cimas de las montañas. En el lado norte debería ser posible abrirse paso a través de la montaña y crear una brecha lo suficientemente grande para que nuestros bombarderos pudieran pasar. En cuanto estemos debajo del escudo, los generadores dejan de existir y todo se ha acabado.

«Parece que debería dar resultado…». Wedge deslizó una mano sobre su mentón.

—¿Nos limitaremos a atacar y luego nos iremos, o tomaremos posesión del objetivo?

—Queremos causar los daños suficientes para que el Imperio tenga que trasladar nuevos contingentes a Vladet. —Ackbar pulsó otro botón del brazo de su asiento, y la isla se desvaneció—. En estos momentos se puede considerar que el sector de Rachuk sólo existe en tanto que símbolo, y como una herida que el Imperio debe taponar de alguna manera. Queremos que la incursión empiece dentro de doce horas. ¿Cuál será el nivel operacional del Escuadrón Rebelde en ese instante, comandante?

—Tendré que prescindir de dos pilotos. Podría entregarle el ala-X de Forge al capitán Celchu.

—No —dijo el general Salm, sacudiendo la cabeza en una firme negativa.

Ackbar abrió la boca para sonreír.

—Lo que realmente quiere decir el general Salm con esa negativa es que utilizaremos a la *Eridain* como centro de mando y de control. El capitán Celchu operará allí para coordinar al Escuadrón Rebelde con el Ala Defensora. Hemos optado por este arreglo a petición del capitán Afyon.

Wedge miró al general Salm y frunció el ceño. «¿Cómo puede estar dispuesto a confiarle todas nuestras fuerzas a Tycho cuando no quiere confiarle la cabina de un ala-X? ¿Acaso no resulta obvio en cuál de los dos sitios puede causar mayores daños?».

—¿Le parece una solución aceptable, capitán? —preguntó, empleando un tono lo suficientemente seco y cortante para poder estar seguro de que Tycho comprendería que su comandante se enfrentaría a Salm en el caso de que el piloto quisiera tomar parte en la incursión.

—Sí, señor. De todas maneras, no he acumulado las suficientes horas de vuelo a bordo de un ala-X para que se me pueda considerar cualificado con vistas a esta misión, así que me encantará ocuparme de la coordinación y el control de vuelo.

Salm tiró de los extremos de su guerrera azul.

—Dispondré de mi propio controlador de vuelo a bordo de la *Eridain*, y usted trabajará con él.

—Por supuesto, señor.

«Y su hombre decidirá si hay que transmitir las órdenes o no», pensó Wedge mientras inclinaba la cabeza en un asentimiento dirigido a sí mismo.

—Haremos que todo salga lo mejor posible.

—Excelente. —Ackbar cerró los ojos durante un instante, lo que Wedge interpretó como un signo de agradecimiento por su cooperación—. ¿Volverán al *Aplazamiento* para el servicio conmemorativo?

—Si no les importa, el general Salm y yo los acompañaremos a bordo de la *Prohibido* para asistir también.

Wedge sonrió, más a causa de la oferta del almirante que debido a la clara expresión de sorpresa de Salm.

—Sería un honor, señor.

—Y honraremos a sus muertos. —Ackbar se volvió hacia el piloto de bombarderos—. Y supongo que querrá que sus pilotos del Ala Defensora también estén allí, ¿verdad, general?

Salm titubeó durante unos momentos antes de asentir.

—Si lloramos juntos antes de volar juntos, nuestras unidades quizá no tendrán tantas pérdidas que llorar después de que hayamos atacado Vladet.

**

Kirtan Loor no pudo evitar encogerse involuntariamente cuando sintió cómo el temblor se abría paso a través del suelo. Un estruendo ahogado llegó a sus oídos un segundo después. El comunicador suspendido de su solapa despidió un siseo de estática antes de que una voz firme y tranquila emitiera su informe.

—Hemos perdido a Cuatro-Dieciocho y a Cuatro-Veinte.

El agente de inteligencia se estremeció, y no debido al frío de la noche talaseana. El soldado de las tropas de asalto que estaba informando había reaccionado como si la pequeña trampa para incautos instalada por los rebeldes hubiera acabado con un par de androides en vez de con un par de personas. «Aunque después de todo los soldados de las tropas de asalto apenas son humanos, ¿verdad?». Educados para ser fanáticamente leales al Emperador, la mayoría de ellos parecían haber quedado ligeramente afectados por su muerte. Eso no había disminuido su nivel de eficiencia, pero al parecer hacía que sus propias vidas les importaran bastante menos que antes.

Y en Talasea cuidar del bienestar continuado de tu propia persona parecía ser una habilidad imprescindible. Los rebeldes habían dejado un montón de sorpresas explosivas para quienquiera que siguiese sus pasos sobre Talasea. «E imaginarse la identidad de ese “quienquiera” no debe de haberles resultado muy difícil…».

Loor se irguió.

—Aunque después de todo, el número de soldados de las tropas de asalto que puedan llegar a morir carece de importancia, naturalmente… En algún sitio tiene que haber una fábrica que los produce a partir de un molde.

El agente de inteligencia empezó a sonreír ante el comentario susurrado que acababa de salir de su boca, pero un instante después una helada daga de miedo se hundió en sus entrañas. Dos soldados de las tropas de asalto acababan de emerger de la niebla como espectros surgidos de la tumba. Las dos armaduras blancas se detuvieron directamente delante de él, pero ninguna de las dos se tomó la molestia de inclinar el cuello hacia atrás para dirigir la mirada hacia el rostro de Loor.

—Agente Loor…

Kirtan asintió e hizo cuanto pudo para convertir sus facciones en una máscara inexpresiva que recordara a las imágenes de Tarkin que había visto.

—¿Sí?

—Mensaje de prioridad desde Vladet. Se le ordena que vuelva a Vladet inmediatamente y que espere nuevas órdenes.

—¿A qué demonios se cree que está jugando ese idiota de Devlia?

Kirtan se había puesto furioso cuando se enteró de que Devlia había enviado un solo pelotón de las tropas de asalto para inspeccionar Talasea. El agente de inteligencia había recomendado utilizar un androide de sondeo, y lanzar un ataque a gran escala después de su inspección. Devlia había ignorado sus recomendaciones y había enviado soldados de las tropas de asalto porque, para usar sus mismas palabras, eran «un recurso renovable». En cambio, no se podía decir lo mismo de los androides de sondeo.

«Y tampoco de los transpones de las tropas de asalto…». Kirtan bajó la mirada hacia el soldado.

—Envíe un mensaje al almirante Devlia y dígale que volveré a Vladet cuando haya terminado de inspeccionar esta base.

—El mensaje procedía del Centro Imperial, señor, no del almirante Devlia.

Kirtan alzó la cabeza con deliberada lentitud y permitió que su mirada se perdiera en la lejanía, más allá de las cúpulas blancas de los cascos de los soldados. Sabía que sus esfuerzos para ocultar la perplejidad y el miedo que sentía estaban resultando totalmente inútiles. «Sospecho que los soldados de las tropas de asalto son capaces de oler el miedo igual que los animales».

—¿Han enviado una nave para que me lleve hasta allí?

—Debe usar una de las lanzaderas, la *Helicón*, e ir directamente a Vladet. Le está esperando en la zona de descenso.

—Gracias por haberme transmitido el mensaje —dijo Kirtan, pero en su voz no había ni el más leve rastro de convicción—. Sigan con la inspección.

Los dos soldados de las tropas de asalto se alejaron a través de los remolinos de niebla, dejando solo a Kirtan para que fuese atacado por la frialdad del aire en el exterior y el hielo del miedo en el interior. «Corazón de Hielo ya debe de haber recibido mi mensaje sobre este fracaso… Si está buscando algún culpable de la catástrofe, no

permitiré que me haga cargar con ella». Kirtan se obligó a sonreír y reafirmó su esfuerzo imaginándose a un tembloroso almirante Devlia.

Y temblarás, hombrecillo —dijo después—. Al ignorarme has irritado a mi dueña y señora, y sospecho que su ira puede ser decididamente letal.

**

Los siete féretros habían sido colocados encima de la plataforma de un elevador de haces repulsores, y cada uno estaba recubierto por una tela blanca a la que se había adherido un emblema azul. Para seis de ellos, aquel emblema era la insignia rebelde. El sudario de Lujayne Forge lucía la insignia del Escuadrón Rebelde, con uno de los doce cazas ala-X recortado. Los féretros habían sido dispuestos en el centro del hangar de cazas de estribor del *Aplazamiento*, con el de Lujayne ocupando la posición central.

Directamente detrás de ellos se encontraban todos los miembros del Escuadrón Rebelde salvo uno. A Andoorni Hui se le había permitido salir del tanque bacta mientras durase la ceremonia, pero todavía se hallaba demasiado débil para poder mantenerse de pie sin ayuda. Hui estaba recostada en un sillón flotante, con los oscuros ojos medio entornados y los miembros casi paralizados. Wedge pensó que se la veía tal como él se sentía por dentro, con todo el cuerpo oprimido por el peso invisible de la pérdida que había sufrido el escuadrón.

Detrás de los pilotos estaban los técnicos y las dotaciones que habían sido evacuadas de Talasea. Flanqueándolos estaban los hombres y mujeres del Ala Defensora de Salm, así como algunos de los tripulantes y una parte del personal médico del *Aplazamiento*. La reunión recordó a Wedge la que había tenido lugar en Yavin 4 para honrar a Luke, Han y Chewbacca por haber destruido la Estrella de la Muerte. «Ojalá el motivo de esta reunión fuera tan maravilloso como el de aquélla…».

Wedge dio un par de pasos hacia adelante, saliendo de entre el almirante Ackbar y el general Salm, bajó la mirada hacia los féretros y volvió a alzarla.

—Hace siete años, muchos de los nuestros se reunieron después de una gran batalla para conmemorar el heroísmo de nuestros amigos. En ese momento, ninguno de nosotros pensaba en cuán desesperada era nuestra situación o en lo larga que llegaría a ser la batalla contra el Imperio. Para nosotros, el futuro era el próximo minuto, hora, día o semana. La esperanza de vida, especialmente entre los pilotos, se medía por misiones y los cálculos rara vez requerían usar más de un dígito.

«Durante esa reunión en Yavin 4 pudimos celebrar nuestra victoria como si, con la destrucción de esa sola arma terrible —la primera Estrella de la Muerte— hubiéramos provocado el desmoronamiento del Imperio. Sabíamos que no era así, y también sabíamos que no tardaríamos mucho tiempo en abandonar Yavin, pero por lo menos en esa ocasión pudimos olvidar lo desesperado y difícil que sería nuestro combate por la libertad.

»Pudimos olvidar que muchos amigos nuestros morirían en el futuro mientras perseguían el sueño común de la libertad para todas las personas y todas las especies que viven en la galaxia».

Wedge tragó saliva, intentando disolver el nudo de tensión que estaba empezando a oprimirle la garganta.

—Ese sueño sigue vivo. Nuestra lucha continúa. El Imperio todavía existe, aunque su fortaleza se tambalea, su tenacidad vacila y su presa sobre los mundos que domina se va debilitando. Aunque esté agonizando, todavía puede infligir la muerte y éstos, los cuerpos de nuestros camaradas, dejan espantosamente claro ese hecho.

»No voy a deciros que Lujayne, Carter, Pirgi o los demás querían que siguierais luchando, o que vuestra lucha hará que su sacrificio haya valido la pena. Todas esas cosas sólo serían viejos tópicos gastados, y nuestros amigos se merecen algo más. Han dado aquello que luchamos por preservar. Nuestro deber, y la petición silenciosa que nos dirigen, consiste en seguir luchando hasta que el Imperio nunca pueda volver a robarle la vida a aquellos que no quieren nada más siniestro que la libertad para todos.

Wedge dio un paso hacia atrás y después dirigió una inclinación de cabeza a un técnico situado junto a la compuerta exterior del hangar de lanzamiento. A su señal, la plataforma se fue alzando lentamente y flotó hacia la vasta abertura. Las hileras de pilotos y dotaciones de tierra se abrieron por el centro para dejarla pasar, y luego volvieron a formarse cuando la plataforma entró en el campo de retención magnético desplegado alrededor de la compuerta exterior. Una vez fuera de la nave, la plataforma se apartó de los féretros y éstos quedaron suspendidos en el espacio, rodeados por las estrellas y el vacío.

El técnico utilizó un rayo tractor para ir impulsando los féretros, uno por uno, en una lenta y majestuosa trayectoria hacia la enana roja que ardía en el corazón del sistema estelar. «Partid en vuestro último convoy…». Cuando los sudarios blancos quedaron iluminados por los destellos rojizos del sol, la línea formada por los siete féretros adquirió la apariencia de otros tantos haces láser que, moviéndose a cámara lenta, trazaban un arco que terminaría hundiéndolos en la lejana estrella.

Ackbar puso la mano sobre el hombro de Wedge.

—Nunca es fácil despedirse de tu gente…

—No, y nunca debería llegar a serlo —murmuró Wedge, asintiendo con repentina firmeza—. Si llega a serlo, entonces nos habremos convertido en el enemigo… y no voy a permitir que eso ocurra.

21

La primera visión que Corran tuvo de Vladet después de haber salido del hiperespacio le reveló una bola azul surcada por franjas blancas y salpicada de manchas de color verde oscuro.

—Creo que deberíamos conquistar ese planeta y quedárnoslo, Silbador. Parece mucho más agradable de lo que jamás llegó a serlo el Mundo de la Niebla en sus mejores momentos.

El androide astromecánico emitió un trino de asentimiento, y después hizo aparecer la pantalla táctica en el monitor de Corran.

El corelliano echó un vistazo a las imágenes y activó su comunicador.

—Grupo Tres informa de una lectura negativa con respecto a los globos oculares. —El joven corelliano levantó la mano izquierda y accionó uno de los interruptores situados encima de su cabeza—. Estabilizadores-S colocados en posición de ataque.

—Recibido, Nueve. Manténgase a la escucha.

—De acuerdo, Control.

Delante de él, y acelerando hacia el planeta, dos de los escuadrones de ala-Y del Ala Defensora volaban con una escolta de cuatro ala-X cada uno. Al grupo de Corran le faltaban dos naves para alcanzar la plena potencia operacional, por lo que él y Ooryl habían sido asignados al Escuadrón Vigilante. Los escuadrones Campeón, dirigido por el general Salm, y Guardián formarían la primera oleada y prepararían el camino para que Vigilante, con sus defensas «rebajadas», pudiera pasar sin ser molestado.

Gracias a la reunión de información, Corran sabía que la Gran Isla no podría resistir el ataque de dos escuadrones de ala-Y Además de dos cañones láser, los ala-Y disponían de cañones iónicos gemelos y dos lanzadores de torpedos protónicos. Cada nave transportaba ocho torpedos, lo cual significaba que un solo escuadrón de bombarderos ya disponía de una potencia de fuego lo bastante grande para convenir el verde y exuberante paisaje de la Gran Isla en una humeante masa negra de roca líquida.

—Rebelde Nueve, continúe siguiendo el vector del Ala Dos y luego orbite en Ángeles 10K.

—Entendido. Llámenos si necesitan algo.

—Lo haremos. Aquí Control, cambio y cierro.

Corran creyó percibir una sombra de su propia frustración reflejada en la voz de Tycho. Las órdenes que acababa de dar a Corran estaban siendo transmitidas a los miembros del Escuadrón Vigilante por el controlador de vuelo de Salm. Se suponía que aquella cadena de mando de naturaleza dual garantizaría un buen control durante la operación, pero Corran dudaba de que fuera a producir esos efectos. «Cuando estaba en la Fuerza de Seguridad de Corellia y teníamos que llevar a cabo una operación conjunta con la inteligencia imperial, el control dual siempre se convenía en un duelo de controles y al final todo acababa complicándose enormemente…».

El descenso a través de la límpida atmósfera se fue volviendo un poco más movido, pero disponer de un poco de resistencia a la que combatir con los controles suponía un cambio bastante agradable después de seis horas de no hacer nada durante el recorrido por el hiperespacio. Corran niveló el ala-X a unos diez kilómetros por encima de la superficie del planeta.

—Control, Grupo Tres en posición. ¿Puede enviarme la señal visual táctica desde abajo?

—Ahí la tiene, Nueve. De Jefe Rebelde… devolviendo el favor.

Corran sintió que le ardían las mejillas cuando se acordó de cómo sus datos sensores habían sido utilizados por el resto del escuadrón en Folor.

—Transmítale mi agradecimiento.

Los datos visuales procedentes del ala-X de Wedge le mostraron cuatro ala-Y que estaban bajando en picado sobre la ladera norte del cráter del volcán. Cuando se encontraban a un kilómetro de distancia del objetivo, cada una de las lentas naves lanzó un par de torpedos protónicos y viró. Las bolas azules avanzaron hacia la ladera montañosa y estallaron sobre ella en un punto donde las abundantes lluvias ya habían erosionado y debilitado la roca.

Las ondulantes series de explosiones llenaron el aire de humo, peñascos y plantas envueltas en llamas. El alimentador visual pasó a la modalidad vectorial, con parrillas verdes que representaban la tierra ocultada por el humo. Allí donde antes había una suave curva en el borde del cráter había aparecido una hendidura de contornos irregulares, como si un hacha vibratoria de dimensiones titánicas hubiera sido utilizada para cortar las rocas. La brecha se fue agrandando ante los ojos de Corran, y de repente comprendió que eso se debía a que Wedge estaba avanzando hacia el objetivo.

**

—Corrija el rumbo, Dos. —El ala-X de Wedge entró en la humareda—. Mynock, asegúrese de que Control está recibiendo un examen topológico de esta hendidura.

El humo se disipó casi al instante, mostrándole un erizamiento de roca volcánica a una docena de metros de cada ala. «Hay espacio suficiente para los bombarderos, pero no queda mucho margen para un error…». Wedge desplazó la palanca de control hacia adelante, distanciándose un poco de los ala-Y que estaban siguiendo su estela iónica, y salió de la angosta cañada rocosa yendo más deprisa de lo que hubiese volado cualquier piloto prudente.

Los haces láser disparados por un cuarteto de cazas estelares TIE iluminaron el aire detrás de él cuando entró en el cráter situado debajo del escudo protector de la cúpula. Wedge invirtió inmediatamente el curso y se lanzó hacia la base del cráter. El viento silbaba en los estabilizadores-S. Wedge describió un giro de ciento ochenta grados, llenando su cabina de cielo, y luego tiró de la palanca de control para volver a nivelar el ala-X.

El androide astromecánico aulló una advertencia a su espalda.

—Ya lo sé: tengo dos globos oculares en la cola.

En el vacío del espacio la presencia de los dos cazas TIE que le seguían hubiera sido muy seria porque su superioridad en lo tocante a las maniobras hacía que resultara muy difícil quitárselos de encima. Pero dentro de una atmósfera, su escasamente aerodinámico diseño y las turbulencias producidas por las emisiones de sus motores gemelos significaban que los TIE sufrían problemas de cabeceo y ondulación significativamente graves. Eso no los volvía menos mortíferos en un combate individual, pero abría toda una miríada de estrategias para enfrentarse a ellos.

—Necesito un poco de ayuda, Dos.

—Voy para allá.

La voz de Bror surgió del casco de Wedge.

—Tres, conmigo. Los tengo.

«Bueno, ya va siendo hora de que le haga derramar unas cuantas lágrimas a uno de esos globos oculares…». Wedge subió cuarenta y cinco grados el ala izquierda y luego tiró suavemente de la palanca de control. La disminución del impulso y la resistencia atmosférica redujeron su velocidad lo suficiente para que su ala-X descendiera cincuenta metros y se desplazara veinte metros hacia la derecha.

El piloto del TIE intentó seguirle y continuar pegado a su cola, pero las alas hexagonales eliminaron la desviación lateral. La resistencia del aire frenó considerablemente al TIE, y la nave empezó a descender hacia la alfombra de jungla que cubría el suelo del cráter. El piloto imperial hizo lo único que podía hacer para evitar perder el control y estrellarse. Iniciando un picado, ganó velocidad y rebasó al ala-X de Wedge, pero sin colocarse lo suficientemente por delante de él para que Wedge pudiera desviarse hacia la izquierda y venir por detrás.

«Y de todas maneras, yo no quería hacer eso…». Wedge presionó el pedal izquierdo del timón e hizo que la popa de su nave se desviase hacia la derecha. Una delicada manipulación de la palanca de control enderezó la nave, y un instante después las miras de Wedge se centraron en el TIE y pasaron al verde. Wedge apretó el gatillo, y los haces de sus cuatro cañones láser convergieron para esparcir fragmentos de caza TIE por toda la Gran Isla.

—He vaporizado uno.

Unos segundos después, Wedge vio cómo un TIE humeante se estrellaba contra la pared de un cráter.

—El camino está despejado, Jefe.

—Gracias, Dos. Informe, Tres.

La voz de Nawara Ven parecía contener un cierto disgusto.

—Cuatro tiene un par. Mis sensores no pueden captar la isla.

—Jefe Rebelde a Control: Campeón puede iniciar su avance.

—Transmito ese mensaje. Nueve da las gracias por la ayuda.

Wedge sonrió. Hubiese preferido que Corran pudiera involucrarse más directamente en la acción, pero esperaban encontrarse con una cierta resistencia y hasta que pudieran incorporar a un nuevo piloto para que sustituyera a Lujayne Forge, su grupo sería

vulnerable a pesar del elevado nivel de capacidad de que habían dado muestras tanto Corran como Ooryl. El general Salm había sugerido utilizar al Grupo Tres para que supervisara al Escuadrón Guardián, que era la que poseía menos experiencia de las distintas unidades que componían el Ala Defensora. Todos tendrían ocasión de acumular experiencia de misión, pero no se expondrían a ningún riesgo excesivamente letal.

—Control a Jefe Rebelde: los escuadrones Campeón y Guardián inician sus aproximaciones.

—Puedo verlos, Control.

Los ala-Y empezaron a entrar por la brecha. Los ala-Y, que nunca eran muy elegantes, parecían poseer las características de vuelo atmosférico de algo que se hallara a medio camino entre un caza estelar TIE y un enorme peñasco. Todos los bombarderos descendieron para ganar velocidad, pero luego se nivelaron con muy poca dificultad aparente e iniciaron sus trayectorias de bombardeo para usar los cañones y lanzar los torpedos.

«¡Puede que sean lentos y poco maniobrables, pero no cabe duda de que los pilotos de Salm saben cómo hacer su trabajo!».

—Control a Jefe Rebelde, tenemos problemas.

—Adelante, Control.

—Dos naves, un crucero medio y una fragata de la clase Lancero, se encuentran en nuestro vector de salida. La *Eridain* está iniciando una maniobra de retirada.

Wedge sintió cómo su estómago empezaba a doblarse sobre sí mismo.

—Control, confirme la presencia de la fragata de la clase Lancero.

«No hay muchas, así que quizá se trate de un error. Oh, por favor, que sea un error…».

Las fragatas de la clase Lancero habían sido la solución que la Armada Imperial dio al problema de los cazas estelares y la amenaza que suponían para los grandes navíos de guerra. Las Lancero, de forma cuadrada y doscientos cincuenta metros de longitud, poseían veinte torretas artilleras, y cada una de ellas contaba con un láser cuádruple Seinar de Sistemas de la Flota. Con su velocidad, que era excepcional para una nave de sus dimensiones, y con aquellas armas, las Lancero eran como rancors entre un rebaño de nerfs. Los turboláseres de la *Eridain* hubieran podido mantenerla alejada, pero el crucero imperial superaba en potencia artillera a la burladora de bloqueos, y eso significaba que la Lancero podría lanzarse sobre los cazas.

Los ala-X eran lo suficientemente veloces para poder huir de ella, pero los ala-Y no podrían ni huir ni enfrentarse a la Lancero. Los cañones de la Lancero la convertían en el equivalente a ochenta cazas TIE. Wedge lanzó una rápida mirada a su indicador de combustible, y vio que no le quedaban reservas suficientes para librar un largo combate con la Lancero y volver a casa. «No dispongo del combustible suficiente para permitir que la *Eridain* vaya en busca de ayuda…». La única esperanza de los ala-Y era que los ala-X entretuvieran a la Lancero mientras los bombarderos huían.

Antes de que Wedge pudiera contestar a la petición de órdenes de Tycho, la voz del general Salm surgió del comunicador.

—Jefe Rebelde, proteja a los escuadrones Vigilante y Guardián y sáquelos de ahí. Campeón le proporcionará el tiempo necesario.

—Negativo, general. De esa manera Campeón será aniquilado… y si atacamos a la Lancero, Rebelde podría ser aniquilado pero ustedes lograrían escapar.

—Es una orden, Antilles.

—El Escuadrón Rebelde recibe sus órdenes del almirante Ackbar, general.

—Jefe Rebelde, aquí Nueve.

—Ahora no, Nueve.

—Comandante, sé cómo podemos acabar con la Lancero. En el peor de los casos, perderíamos una nave.

—¿Qué tonterías está diciendo?

—Calma, general. Adelante, Nueve.

—Las naves tienen que acercarse hasta unos dos kilómetros y medio para obtener una resolución de disparo con un torpedo protónico. Cualquier ala-Y que se acerque a esa distancia de la Lancero quedará convertido en vapor, ¿verdad? Bien, pues un ala-X podría acercarse y enviar datos de puntería a los ala-Y, incrementando así el alcance para su resolución. Es exactamente lo mismo que hizo el capitán Celchu cuando estaba pilotando la *Prohibido* en Chorax. Los torpedos protónicos se ajustarán para treinta segundos, lo cual significa que pueden acertarle a un objetivo situado a un poco más de catorce kilómetros y medio. Eso los mantendrá a salvo de la Lancero.

Wedge frunció el ceño mientras llevaba a cabo un rápido repaso mental del plan de Corran. «Un ala-X que supiera maniobrar lo suficientemente bien podría llegar a acercarse a la Lancero…».

El general Salm vio el punto negro del plan en el mismo instante en que éste era detectado por Wedge.

—Un ala-X que esté haciendo ese tipo de giros no podrá obtener un contacto de puntería sobre la Lancero, Antilles. Esa idea suya es una locura.

La voz de Corran volvió a surgir del comunicador.

—El ala-X no necesita obtener un contacto de puntería, porque lo único que necesita es acercarse lo suficiente. Los ala-Y se encargarán de dirigir la baliza de localización del ala-X. Háganlo bien, pongan a la Lancero entre los cohetes y el ala-X… y podrán borrar a una Lancero de la lista.

—Eso podría dar resultado. —Wedge tiró de la palanca de control del ala-X y empezó a ascender hacia el espacio y los navíos de guerra imperiales que le esperaban en él—. Lo intentaré.

—Negativo, Antilles.

—General…

—Jefe Rebelde, aquí Nueve en vector de salida. Transfiérame el control del Escuadrón Vigilante.

La furia de Salm hirvió a través del comunicador.

—¡Bajo ninguna circunstancia! Deténgase ahora mismo, Rebelde Nueve.

—Transfiérame el control del escuadrón. Estoy siguiendo un vector de salida, y voy a jugar al escondite con la Lancero.

—Esto es traición, Nueve. —La ira hizo temblar la voz de Salm—. Haré que le fusilen.

—No me importa, siempre que sea el Escuadrón Vigilante quien lo haga. Nueve, fin de transmisión.

—¡Haga algo, Antilles!

—Nueve tiene la altitud, general. —«Y la actitud correcta, además…».—. Cédale el control del escuadrón. —Wedge dejó escapar un prolongado suspiro—. Después, y sólo por si su truco no da resultado, haga formar a Campeón para que me siga.

**

Corran activó su comunicador.

—Bien, Vigilantes, voy a explicaros cómo nos convertiremos en héroes. Conectad vuestros torpedos para lanzar dos a la vez, y luego los lanzaréis cuando yo dé la señal. Saber escoger el momento adecuado será decisivo: si los lanzáis demasiado pronto no le daréis a nada, y si los lanzáis demasiado tarde entonces me… Bueno, procurad no lanzarlos demasiado tarde. Diez, necesito que iguales su velocidad y que no permitas que se me acerquen a más de ocho kilómetros y medio. Ah, y que tampoco estén mucho más lejos. Mi baliza de localización estará sintonizada en trescientos doce como cuarenta y tres. Utilizadla como frecuencia para la fijación de objetivo de los torpedos.

—Entendido, Nueve.

—Control, aquí Nueve. Esté preparado para dispersar a los Vigilantes mediante series de maniobras evasivas en el caso de que la Lancero empiece a ponerse agresiva una vez lanzados los torpedos.

—De acuerdo, Nueve. Buena suerte.

La mano de Corran subió hacia el medallón que llevaba colgado del cuello.

—Gracias, Control, y fin de transmisión… Bien, Silbador, el trabajo nos espera. —El piloto accionó interruptores que dirigieron toda la emisión del motor de fusión a los sistemas de propulsión, y después derivó toda la energía disponible para escudos a los escudos—. Voy a tratar de acercarme a ese monstruo siguiendo una trayectoria lo más sinuosa posible. Quiero que hagas pasar mis órdenes por un aleatorizador que añada o sustraiga porciones de cinco grados en todas las dimensiones de mis órdenes. No permitas que la Lancero salga de un cono de veinte grados con respecto a mi proa, pero quiero estar saltando continuamente de un lado a otro dentro de ese cono. ¿Lo has entendido?

El androide replicó con un seco silbido afirmativo.

—Y cuando estemos lo suficientemente cerca de ellos, quiero invertir la nave y hacer un rizo pasando justo encima de la parte superior del casco de la Lancero y bajando por el otro lado. Después deberíamos alejamos en un ángulo de noventa grados con respecto a

nuestra trayectoria actual y volver hacia la atmósfera de Vladet. —Corran suspiró—. Si conseguimos llegar hasta esa fase del plan, claro…

Silbador dejó escapar un graznido reprobatorio.

—Siento haberte metido en esto. —Corran pulsó el botón de la consola que permitía la activación del sistema eyector del androide—. Quizá tu próximo piloto no sea tan estúpido.

La luz verde instalada encima del botón se apagó.

Corran volvió a presionarlo.

—Y quizá tu próxima nave sea inmune a los cortocircuitos… La luz volvió a apagarse.

El piloto se volvió hacia el androide.

—¿Quieres morir o qué?

Silbador replicó con un silbido despectivo.

—No estoy pensando en acaparar toda la gloria. —Corran tragó saliva, para lo que tuvo que luchar con el nudo que se le acababa de formar en la garganta—. Gracias por quedarte conmigo. Mi padre murió sin tener a nadie cerca, y tengo entendido que no se trata de una muerte particularmente agradable.

El androide replicó con una enérgica reprimenda electrónica.

—De acuerdo, de acuerdo… Tú haz tu parte, y yo me aseguraré de que no morimos. —Corran echó un vistazo a su sensor. Los detectores le colocaban a dieciocho kilómetros de la Lancero—. Repasa mis cálculos, Silbador. Cuando vaya a máxima potencia, recorreré seis kilómetros en el tiempo que necesiten los torpedos para alcanzarme. Eso significa que los bombarderos tendrán que Lanzarlos cuando llegue al punto de los seis kilómetros, y para eso deberán encontrarse a unos quince kilómetros de la Lancero. Bien, parece que todos estamos preparados y listos para entrar en acción…

El androide dejó escapar un trino triunfal y una cuenta atrás apareció en la esquina superior del diagrama sensor.

—Nueve a Vigilantes, cuarenta, cuatro cero, segundos para el lanzamiento. Silbador, conecta el aleatorizador cuando me encuentre a dos kilómetros y medio del objetivo. —El armamento de la Lancero había sido tomado de los bombarderos TIE, por lo que padecía las mismas limitaciones de alcance que los cazas—. También quiero que obtengas un registro completo de cómo están funcionando las torretas y que transmitas esos datos a Control y al Jefe Rebelde. Si la Lancero tiene algún punto débil, si cualquiera de las torretas parece no tener muy buena puntería… bueno, en ese caso necesito saberlo.

El cronómetro llegó a los diez segundos. Corran volvió a acariciar su medallón, y después puso la mano derecha sobre la palanca de control y sonrió.

—Y allá va Rebelde Nueve, siguiendo la tradición de aceptar misiones suicidas con una sonrisa en los labios tan apreciada por su unidad… Vigilantes, cuando dé la señal. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Ya. ¡Lanzad los torpedos!

El comunicador emitió una oleada de informes de disparo. Corran no consiguió entender nada, pero pudo oír el último informe. —«Vigilante Tres, torpedos lanzados»— en cuanto el conflicto de voces se hubo disipado.

Lanzó una mirada al cronómetro, que había empezado a recortar los segundos que faltaban para el impacto. «Dos segundos de retraso… Probablemente no será un problema».

—¿Quieres hacer el favor de bajar el volumen de la sirena de advertencia de la fijación de torpedos, Silbador? Te aseguro que ya me he enterado de que se están aproximando.

El ruido de fondo de la cabina cesó de repente. El corelliano contempló la lenta cuenta atrás de los segundos. Dejar atrás el punto de lanzamiento y llegar a la parte central del trayecto hacia la Lancero pareció requerir una eternidad. Mientras su nave seguía avanzando hacia el objetivo, Corran pudo ver cómo hileras de verdosos haces láser empezaban a extenderse en su dirección. Los haces iniciaron una serie de curvas y ondulaciones a medida que los artilleros intentaban seguir la trayectoria de su nave. Al principio la velocidad con la que se estaba aproximando hizo que los primeros disparos de los imperiales quedaran demasiado largos.

Cuando faltaban doce segundos para el impacto, Silbador activó el programa aleatorizador y Corran sintió que la palanca de control empezaba a vibrar. Una minúscula chispa de miedo se deslizó por su cuerpo cuando se imaginó que había perdido el control de la nave. Pero el miedo se disipó casi al instante, dejando tras de sí una calma que le resultó terriblemente familiar porque era la misma que había experimentado aquella noche en Talasea. «Bueno, entonces no morí. Quizá, sólo quizá…».

Desplazando la palanca hacia atrás y hacia la izquierda, Corran hizo que el ala-X fuera siguiendo las ondulaciones. Oleada tras oleada de verde energía láser aparentemente sólida surgió de la Lancero, pero el caza de Corran se fue abriendo paso a través de los huecos y se deslizó por encima de las crestas, flirteando con sus mortíferas caricias. Cortinas de luz resplandecían sobre los escudos del joven corelliano dejándole parcialmente cegado, pero aquellas fracciones de impacto ni le frenaron ni le desviaron de su curso.

No había forma de fallar el objetivo. La fragata de la clase Lancero, Silbador la había identificado como la *Devastadora*, fue aumentando de tamaño hasta convertirse en un rectángulo de contornos nítidamente marcados y recubiertos de pinchos con una proa curvada hacia arriba y un bulboso módulo motriz. Los reflejos verdosos de los láseres cuádruples esparcían pinceladas de color sobre el blanco exterior del navío imperial. Corran alineó —más o menos, evidentemente— el ala-X con la cubierta central de la nave, y después el caza quedó completamente fuera de su control.

Obedeciendo las instrucciones que Corran le había dado antes, Silbador hizo que el caza se inclinase bruscamente hacia estribor. La palanca de control impulsó la mano derecha de Corran contra el lado de la cabina pero luego, y antes de que su cerebro pudiera empezar a percibir el dolor, la palanca se liberó de su presa y le asestó un potente

golpe en el pecho. Con la palanca de control aprisionándole en su asiento de pilotaje, Corran sólo podía alzar la mirada y contemplar cómo el casco de la *Devastadora* se convenía en una masa borrosa que desfilaba vertiginosamente por encima de su cabeza.

A los torpedos les faltaba medio segundo para alcanzar al caza cuando éste ascendió de repente y empezó a describir una curva alrededor de la *Devastadora*. Aunque eran perfectamente capaces de llevar a cabo la misma maniobra que había efectuado el caza, su mayor velocidad hacía que los torpedos necesitaran más espacio para poder imitarla. En el mismo instante en que empezaban a corregir sus rumbos para seguir a Corran, los torpedos chocaron con la *Devastadora* y detonaron.

La primera media docena de explosiones produjo más energía de la que podían absorber los escudos. Las murallas protectoras se derrumbaron, dejando indefensa a la fragata ante el resto del enjambre de torpedos. Los escudos antidetonaciones se doblaron y los ventanales de transpariacero se evaporaron bajo las detonaciones de los torpedos. Las planchas de titanio del casco se derritieron, fluyendo en riachuelos de glóbulos de metal que se endurecerían en la oscuridad helada del espacio para convertirse en esferas perfectas. Las cubiertas se partieron y la bola de fuego que estaba empezando a crecer en el centro de la nave consumió atmósfera, equipo y personal con un voraz apetito.

Salvo dos, todos los torpedos sirvieron para alimentar la burbujeante tormenta de plasma que hervía en el corazón de la *Devastadora*. Al bisectar la nave, los torpedos cortaron todas las conexiones de control y energía entre el puente, en la proa, y los motores, en la popa. Los sistemas de seguridad automáticos entraron inmediatamente en acción y los motores dejaron de funcionar. La *Devastadora* dejó de escupir haces láser, y la fragata herida de muerte inició un rápido escoramiento. La *Devastadora* empezó a ser derrotada en el pulso invisible que mantenía con el planeta que se extendía debajo de ella, y fue cayendo lentamente por el pozo gravitatorio de Rachuk.

Corran, en un ala-X que se alejaba a gran velocidad de la fragata imperial, no podía ver ninguno de los daños que los torpedos habían infligido a la *Devastadora*. El joven corelliano bajó la mirada hacia su monitor de sensores y sonrió mientras éstos le iban informando, línea tras línea, de las muertes de los veintidós torpedos que le habían estado siguiendo.

«¿Veintidós? Pero tendría que haber veinticuatro…». Corran apartó la palanca de control de su pecho.

—¿Dónde están esos dos últimos torpedos, Silbador?

La imagen mostrada por el monitor de sensores cambió. Los dos últimos torpedos habían pasado por debajo de la *Devastadora*, readquiriendo su objetivo cuando éste dejó atrás el lado opuesto de la fragata. «Ya casi los tengo encima… ¡He de virar, y deprisa!».

La palanca de control tembló y vibró como si tuviera vida propia. El horror hizo que un hilillo de electricidad se deslizara a través de las entrañas de Corran.

—¡Anula el sistema, Silbador!

La palanca de control siguió estremeciéndose y oponiendo resistencia a sus dedos. En un instante de nitidez dolorosamente cristalina, Corran comprendió que al no especificar

el sistema al que se refería su última orden había cometido un error igual en magnitud al que suponía haber mantenido toda la energía de los escudos concentrada en su arco delantero. Se dispuso a rectificar ambos errores, pero el indicador de proximidad que mostraba la situación de los torpedos lanzados por Vigilante Tres le informó de que se le había acabado el tiempo.

22

La lanzadera de Kirtan Loor emergió del hiperespacio un segundo antes de que la oleada de torpedos protónicos alcanzara a la *Devastadora*. Suspendido a unos diez kilómetros por encima de la lejana fragata de la clase Lancero, el agente de inteligencia sólo pudo ver cómo un cono verde de potente luz láser hendía el espacio y, después, una intensa claridad surgida de la nada que apareció en la base del cono e iluminó la estructura de la fragata dentro de la que ardía. Estallidos subsidiarios rodearon la nave con murallas de fuego, y después la fragata empezó a alejarse lentamente mientras los módulos de escape salían disparados en todas direcciones para escapar de su deriva.

—¡En el nombre de los Sith! ¿Qué ha ocurrido aquí?

El piloto de la lanzadera meneó la cabeza.

—No lo sé, pero mis lecturas indican que ahí fuera hay una burladora de bloqueos de la Alianza y un número considerable de cazas. ¡Voy a poner rumbo inmediatamente hacia el *Incontenible*!

El miedo que había en la voz del piloto casi consiguió imponerse al sentido de la misión de Kirtan.

—Mientras lo hace capte la máxima cantidad de charla de comunicaciones posible, teniente. Quiero poder disponer de todo lo que se diga. ¿Cuenta con alguna sonda de exploración? Lance una.

—Los sensores nos están diciendo todo lo que necesitamos saber sobre la fragata que los rebeldes acaban de destruir, señor.

—No estoy, interesado en ella, estúpido. Lance la sonda hacia la burladora de bloqueos y los cazas —dijo Kirtan, y si se abstuvo de estrangular al piloto fue únicamente porque no sabía manejar la lanzadera—. Si tuviera un láser por cerebro, ni siquiera podría derretir un trozo de hielo con él.

—Sonda lanzada. —El piloto le miró—. ¿Alguna cosa más, o puedo poner rumbo hacia la cubierta del *Incontenible* para que salgamos de aquí?

—¿Esos cazas suponen una amenaza realmente seria para nosotros?

—Probablemente no. Se encuentran demasiado lejos, pero no quiero correr el riesgo de que nos alcancen.

—Muy bien. Entonces lleve a cabo su maniobra de atraque, pero no interrumpa el flujo de datos de esa sonda.

—Como ordenéis, mi señor.

Kirtan ignoró la obvia burla que contenía su voz y se recostó en su asiento para pensar. La minúscula sonda-cohete proporcionaría escasos datos útiles. Había sido diseñada para que se hundiera en la atmósfera de un planeta y transmitiera datos atmosféricos e información acerca de los vientos a una lanzadera con vistas a determinar cómo dichas condiciones afectarían al vuelo y al descenso. La sonda también disponía de las capacidades básicas imprescindibles para la detección de comunicaciones, y de unos

cuantos sensores visuales que quizá pudieran proporcionarle algunos datos sobre la burladora de bloqueos y los cazas.

Y todo eso sólo serviría para confirmar lo que Kirtan ya sabía: los cazas, o por lo menos una parte de ellos, pertenecían al Escuadrón Rebelde. Su necesidad de devolver el golpe después de la incursión sufrida por su base resultaba tan evidente como el que la Rebelión necesitaba castigar al almirante Devlia por haber osado atacarlos.

Kirtan unió las manos, juntando las puntas de los dedos.

—¿Estamos recibiendo alguna clase de señal de la Gran Isla, teniente?

—Sólo las de las balizas de advertencia automáticas y algunas localizaciones muy tenues procedentes de restos de cazas TIE.

«Excelente… Eso quiere decir que Devlia acaba de conseguir justo lo que se merecía».

Kirtan ya estaba seguro de que el Escuadrón Rebelde y la Rebelión se vengarían de la incursión incluso antes de haber deducido su localización, y ésa era la razón por la que había querido que el envío de una sonda mecánica precediera a un ataque a gran escala. Destruir al Escuadrón Rebelde hubiese creado un serio obstáculo para las operaciones rebeldes en el sector de Rachuk, y no cabía duda de que también hubiera evitado la pérdida de la *Devastadora*, así como de la Gran Isla. «Si las cosas se hubieran hecho a mi manera, ahora el almirante Devlia sería un héroe en vez de un cadáver…».

Kirtan cerró los ojos e hizo acudir a su memoria toda la información de que disponía sobre los efectivos y las ubicaciones dentro de la esfera de espacio que rodeaba a Coruscant. Tanto Corellia como Kuat se encontraban en la porción más densamente habitada de la galaxia y, a causa de sus astilleros, ambos mundos se hallaban muy bien defendidos. Sus respectivos sectores albergaban una actividad rebelde bastante limitada, en gran parte debido a la presencia imperial. Aunque eran lo suficientemente arrogantes para creer que podían destruir el Imperio, los rebeldes no eran estúpidos. Atacar al Imperio allí donde éste disponía de más fuerzas no era una buena forma de ganar la guerra.

Sectores como Rachuk constituían eslabones débiles en el perímetro, pero no eran las claves para obtener la victoria en la guerra civil galáctica. La guerra industrializada exigía la destrucción de la capacidad para librar la guerra de una de las dos fuerzas enfrentadas, y el conquistar mundos primitivos que producían muy poco de cuanto contribuía al esfuerzo de la guerra no era una buena forma de alcanzar ese objetivo. La facilidad con que se podía trasladar a los efectivos necesarios desde otras guarniciones imperiales para que atacaran Rachuk significaba que, como posición ocupada, resultaría muy difícil de defender, y en consecuencia Kirtan había dado por supuesto que los rebeldes no intentarían conservar sus conquistas.

«Y dejarlo en nuestras manos significa que tenemos que dedicar ciertos efectivos a defenderlo, lo cual diluye todavía más nuestra fortaleza…».

La elección ideal para un ataque rebelde sería un sector del espacio en el que la movilidad estuviera severamente limitada debido a la presencia de agujeros negros, nubes

de gases ionizados y otras anomalías gravíticas que volvieran impredecibles y peligrosos los viajes hiperespaciales. Dicho sector también tendría que encontrarse fuera de las áreas más densamente habitadas de la galaxia porque eso minimizaría la cantidad de apoyo que el Imperio podía llegar a dedicarle, pero no se encontraría tan lejos de esas mismas áreas como para que la Alianza, que también obtenía una gran parte de su apoyo de los mundos mas populosos del Imperio, no pudiera proveerlo y defenderlo.

Kirtan rebuscó en su memoria enciclopédica y extrajo de ella los nombres de una docena de sectores-candidatos, y además estaba seguro de que tenía que haber como cuatro veces ese número de sectores sobre los que no sabía absolutamente nada. El agente de inteligencia se abstuvo deliberadamente de seleccionar un objetivo. «Si el engañarme a mí mismo sobre la veracidad de una hipótesis de trabajo realmente es la clase de error que causó la muerte de Gil Bastra, está claro que no puedo permitirme volver a cometer semejante error…».

El piloto accionó un interruptor en la consola de control de la lanzadera y las alas se retrajeron. El aparato de transporte de la clase Lambda se posó sobre la zona dorsal del casco del crucero, y las pinzas de retracción se cerraron con un chasquido. Un temblor hizo vibrar la lanzadera cuando el túnel de atraque golpeó suavemente a la nave desde abajo y formó un sello hermético alrededor de la rampa de salida de la lanzadera.

Kirtan se quitó el arnés de seguridad.

—Grabe todos los datos y transmisiones de la sonda en tarjetas separadas y luego borre la memoria de esta nave, teniente.

—Sí, señor.

Kirtan salió de la cabina y bajó por la rampa hasta la cubierta del *Incontenible*. El capitán Rojahn le recibió con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Bienvenido de nuevo, agente Loor. Ha sabido calcular el momento con una gran precisión, porque no hemos tenido que esperar mucho.

—Me temo que la tripulación de la *Devastadora* verá las cosas desde una perspectiva mucho menos optimista.

Rojahn meneó la cabeza, y luego se puso bien la gorra gris.

—Quizá no. Si se nos permite recuperar los módulos de escape, entonces tal vez podremos preguntárselo.

—¿Si se nos «permite» recuperarlos?

—La mayoría va hacia Vladet, pero algunos se están dirigiendo hacia el espacio. Probablemente suponen que los rebeldes tomarán el planeta. —Rojahn se encogió de hombros—. Yo los recuperaría, pero he recibido órdenes muy estrictas de poner rumbo hacia el sistema de Pyria en cuanto usted hubiera vuelto a bordo.

El sistema de Pyria era uno de los sistemas candidatos que Kirtan había incluido en su lista. El mundo habitado de aquel sistema se llamaba Borleias, y el Imperio mantenía en él una pequeña base supervisada por el general Evir Derricote. Para Kirtan el sistema no tenía absolutamente nada de particular, aparte del hecho de que figuraba en su lista de sistemas que los rebeldes podían llegar a elegir como objetivos.

El agente de inteligencia enarcó una ceja.

—¿Y las órdenes procedían del Centro Imperial, de la directora Isard?

Rojahn asintió.

—Hay órdenes selladas que le esperan en su camarote.

Kirtan reflexionó durante unos segundos y acabó asintiendo.

—Sáquenos de este sistema. Si recogemos algunos módulos de escape antes de saltar, por mí de acuerdo. Tendrá que trazar un rumbo evasivo hacia nuestro destino. Si los módulos pueden concentrarse en nuestro vector de salida, son todos suyos.

El capitán de la armada sonrió.

—Gracias, señor.

—No hace falta que me lo agradezca, capitán. Todos estamos juntos en esto, ¿verdad?

Kirtan se abstuvo de sonreír a pesar de la sensación de poder que estaba empezando a crecer dentro de su pecho. «Lo que hago ahora es renunciar a un poco de tiempo para obtener más lealtad… y eso es algo que no sabía hacer cuando estaba en Corellia. Con cada nueva lección que aprendo me voy volviendo un poco más mortífero para la Rebelión. —Y, finalmente, acabó sonriendo—. Y cuanto más mortífero soy para la Rebelión, más útil me vuelvo dentro del Imperio. Esa utilidad se traduce en poder, y en el Imperio el poder es la esencia de la vida…».

23

Corran se irguió, apoyando la espalda en el mamparo de su litera al mismo tiempo que levantaba las rodillas.

—¿Qué os ha traído hasta aquí, chicos?

Rhysati se sentó junto a sus pies y frunció el ceño.

—Acabamos de enterarnos de que estás arrestado, y de que además quizá tengas que enfrentarte a un consejo de guerra. ¿Qué tal lo estás llevando?

El corelliano se encogió de hombros.

—Oh, muy bien.

Erisi Dlarit apartó unos cuantos mechones de negra cabellera de su cara mientras se sentaba en la cama de Ooryl.

—¿Y no estás furioso? Que te traten de esta manera después de lo que hiciste…

Corran tardó unos momentos en responderle. Wedge había hablado con él después de que hubieran vuelto al *Aplazamiento* y le dijo que el general Salm tenía intención de acusarle de insubordinación, desobediencia a órdenes directas y piratería de un escuadrón de bombarderos. Wedge le dijo que creía que, en vista de como habían ido las cosas en Vladet, podría conseguir que las acusaciones no prosperasen, pero hasta entonces quería que Corran se considerase arrestado y no saliera de su alojamiento. Al haber decidido que esa sesión disciplinaria fuese privada, Wedge estaba permitiendo que Corran mantuviera el asunto en privado hasta que se hubiera tomado una decisión oficial.

—No, creo que no lo estoy. —A Corran le sorprendió oírse decir aquello, pero en realidad no sentía la rabia asfixiante que había caracterizado sus emociones después de que el asesino de su padre fuera puesto en libertad sin ni siquiera una multa—. El general Salm no tiene más remedio que presentar esos cargos por la sencilla razón de que en realidad no le queda otra opción que presentarlos. Lo que hice fue francamente estúpido y muy arriesgado… y además puse en peligro a uno de sus escuadrones.

El twi'lek permitió que una de sus colas cefálicas se curvara sobre el hombro de Rhysati y le acariciase suavemente la garganta.

—Si el general no informara de las acciones de Corran, la disciplina militar se desintegraría. Cualquier piloto al que se le hubiera ocurrido cometer una locura (y con eso no estoy dando a entender que tú cometieras una locura, desde luego), podría desobedecer las órdenes y, muy probablemente, conseguir que lo mataran.

Erisi apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante, y Corran vio que la cremallera de su traje de vuelo estaba lo suficientemente abierta como para formar un escote francamente atractivo.

—Pero Corran no consiguió que le mataran.

Corran sonrió.

—Por poco. Uno de los porquerizos disparó sus torpedos con cierto retraso. Perdieron mi señal, y luego volvieron a captarla cuando ya estaba empezando a alejarme de la *Devastadora*. En cuanto me di cuenta de que venían a por mí, comprendí que Silbador no

había desactivado el programa oscilatorio que había estado utilizando para aleatorizar mi trayectoria de vuelo mientras me dirigía hacia la luz de la Lancero. Yo quería cambiar el curso, pero mi androide astromecánico estaba decidido a mantenerme encerrado dentro de un cono de veinte grados, así que lo único que podía hacer era seguir un vector recto.

—¿Y entonces cómo conseguiste…?

Ni siquiera un fruncimiento de ceño tan visiblemente lleno de perplejidad era capaz de disminuir de manera realmente perceptible la belleza de Erisi.

—Le dije a Silbador que anulara el sistema, y estaba pensando en el maldito código de las oscilaciones. Silbador, que tiende a ser un poco más directo cuando tiene que tratar de resolver un problema, se limitó a desconectar la baliza de localización que estaban usando los torpedos para seguirme el rastro. Los torpedos perdieron su objetivo, no consiguieron readquirirlo y estallaron. El segundo que necesitaron para hacer todo eso bastó para sacarme del radio de sus detonaciones.

Rhysati sonrió y le dio un par de suaves palmaditas a una de las colas cefálicas de Nawara.

—Bueno, pues nos alegramos de que tu unidad R2 cuidara tan bien de ti. Y por mi parte, quiero agradecerte que hicieras lo que hiciste ahí fuera. Si hubiéramos intentado acabar con ella de la manera normal, muchos de nosotros habríamos muerto ante las torretas de esa Lancero.

El twi'lek asintió.

—Al estilo tradicional del Escuadrón Rebelde, ¿eh? Dejar un montón de fragmentos de ala-X esparcidos por todas partes…

La thyferrana de ojos azules miró a Nawara y frunció el ceño.

—Ahora tenemos una nueva tradición, y la acción de Corran constituye una parte realmente gloriosa de ella. Hemos llevado a cabo tres misiones y todavía no hemos perdido a ninguno de nuestros pilotos… y eso a pesar de que el comandante Antilles nos dijo que alguna de nuestras primeras cinco misiones terminaría acabando con un montón de nosotros.

—Hemos perdido un piloto, Erisi. —Corran se rascó el punto del pecho en el que le habían disparado—. Y en Talasea estuvimos a punto de perder tres más, ¿verdad? No empieces a pensar que somos invulnerables. Las misiones que hemos llevado a cabo hasta el momento han sido relativamente sencillas.

—Ya lo sé, Corran. No pienso que ninguno de nosotros esté llevando una vida excesivamente envidiable. —Sus párpados se tensaron ligeramente, pero Corran no percibió ni la más pequeña sombra de ira en aquel repentino cambio de expresión—. Si conoces un poco la historia de la unidad, sabrás que las misiones sencillas siempre han ido bastante bien. Aun así, nuestros índices de victorias y de reparaciones nunca habían sido tan buenos. No dudo de que tendremos que llevar a cabo misiones que nos obligarán a dar lo mejor de nosotros mismos, pero si las estadísticas contienen aunque sólo sea un átomo de verdad… bueno, en ese caso está muy claro que no hemos estado consumiendo toda nuestra suerte en esas misiones.

—Habla por ti —dijo Corran, y le guiñó el ojo—. Yo ya he alcanzado mi límite de crédito en el Banco de la Suerte.

Nawara señaló la puerta con un pulgar.

—Bueno, pues tienes a toda un ala de pilotos de bombardero dispuestos a hacer ingresos en tu cuenta. Ahora mismo se están disponiendo a invitar a los pilotos de los ala-X a un par de rondas en el centro de descanso.

—Ahora están brindando por Bror porque destruyó a dos globos oculares sobre la Gran Isla. —Rhysati puso los ojos en blanco—. En realidad preferirían estar brindando por ti, claro.

—Bror es el héroe de la misión. Dos victorias son más de las que obtuve yo.

Erisi le miró fijamente y frunció el ceño.

—Pero tú acabaste con la fragata.

Corran meneó la cabeza.

—No, no acabé con ella.

—¿Qué estás diciendo?

El twi'lek se encargó de explicárselo.

—Si Corran hubiera disparado aunque sólo fuese un haz láser contra la fragata habría obtenido una parte de la victoria, pero las fracciones que se encuentran por debajo de una mitad no son reconocidas como merecedoras de ser registradas. El Escuadrón Vigilante destruyó la fragata y Corran está en condiciones de verificar esa eliminación, pero en cambio no obtiene nada a cambio de ello.

—Eso no me parece muy justo. —La mirada de Erisi fue de Nawara a Corran y volvió a Nawara—. Deberían reconocerle el mérito de la victoria.

—Erisi, si estás disparando contra un bizco y el bizco cambia el curso de repente y tus disparos acaban iluminando a un globo ocular, ¿te gustaría que el bizco se llevara el mérito de tu victoria? —preguntó Rhysati.

—Entiendo adónde quieres ir a parar, pero sigo pensando que no es justo.

—Sobreviviré a ello. —Corran se encogió de hombros—. Lo que no es justo es que los tres estéis perdiendo el tiempo aquí conmigo cuando deberíais estar abajo divirtiéndoos y pasándole las facturas al Ala Defensora. Vamos, id a pasarlo bien…

Rhysati se levantó y deslizó un brazo alrededor de la cintura de Nawara.

—Bien, en ese caso nos iremos. Informaremos a los demás de que estás bien.

—Gracias.

Rhysati miró a Erisi.

—¿Vienes?

—Dentro de un momento.

—De acuerdo.

Los dos se fueron y la compuerta se cerró detrás de ellos, y después Erisi atravesó la pequeña habitación y ocupó el lugar de Rhysati en el extremo de la cama. De repente a Corran le pareció que el camarote, que para empezar nunca había sido demasiado grande, se había vuelto mucho más pequeño e, incluso, un poco asfixiante. El corelliano hubiese

estado dispuesto a utilizar la palabra «intimidad» para describir aquella sensación, pero la forma en que Erisi puso la mano sobre su rodilla le produjo la impresión de que ella también tenía aquella palabra en la mente y, por alguna razón inexplicable, eso hizo que se sintiera un poquito incómodo.

—Corran, sólo quería que supieras que pienso que… que he contraído una enorme deuda contigo. Cuando nos informaron de que había una Lancero en nuestro vector de salida, supe que… —Erisi titubeó y se llevó la mano libre al cuello—. Supe que no conseguiría salir con vida de allí. No soy el mejor piloto de esta unidad, desde luego, y estaba segura de que moriría enfrentándome a la fragata. Y entonces tú hiciste lo que hiciste, y sentí como si un peso enorme que me había estado aplastando acabara de desaparecer. —Meneó la cabeza, haciendo que sus oscuros cabellos descendieran sobre su frente hasta medio tapar sus ojos azules—. Ya sé que esto supondrá una sorpresa para ti, pero… bueno, el caso es que ahora me siento muy cerca de ti. —Se inclinó hacia adelante, apoyó las manos sobre las rodillas de Corran y puso el mentón encima de ellas—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, y probablemente bastante mejor de lo que crees.

Erisi parpadeó y luego sonrió.

—¿Tú también lo sientes?

—Lo he sentido. —Corran suspiró—. Una gran parte de lo que estás sintiendo tiene su origen en el brusco descenso de la enorme tensión emocional que llegaste a experimentar durante la misión. Sé muy bien lo que se siente en ese tipo de situaciones, créeme… Cuando estaba en la Fuerza de Seguridad de Corellia trabajaba con una mujer llamada Iella Wessiri. Y era bonita: no tanto como tú, pero tampoco era ninguna gamorreana. Entramos en el almacén de un traficante de brillestim, y las cosas empezaron a ponerse francamente feas y al final hubo un tiroteo bastante intenso. Un tipo me tenía centrado en su mira cuando Iella acabó con él. Yo me había dado por muerto, y ella me salvó.

»Después de eso pensé que estaba enamorado de ella… o por lo menos, que la deseaba. Hasta entonces sólo habíamos sido amigos, igual que lo somos tú y yo. Quizá había los primeros chispazos de algo, pero no se trataba de nada que hubiéramos percibido o que nos hubiera impulsado a actuar. Y de repente esa noche… Bueno, el caso es que los dos lo sentimos.

—¿Y qué ocurrió?

Corran frunció el ceño.

—El oficial de enlace imperial nos puso bajo custodia a los dos para interrogarnos. Dos días después volvimos a vernos. El apasionamiento de los primeros instantes ya había pasado y nos reímos de ello, pero nunca llegamos a hacer nada. Y ese miedo, y el haber estado tan cerca de la muerte, hizo que deseáramos poder contar con algo positivo para contrarrestar aquella experiencia.

—¿Y tan malo es eso?

—No, Erisi, no es malo. —Corran se deslizó sobre la cama hasta quedar sentado junto a ella y le tomó las manos—. Pero tampoco es real. Y debo admitir que no estoy muy seguro de que sea excesivamente prudente iniciar una relación con alguien que forma parte de la unidad.

—Rhysati y Nawara no parecen estar teniendo ningún problema con ello.

—Ya lo sé, y creo que esa relación está resultando beneficiosa para ambos.

Erisi se llevó la mano derecha del corelliano a la boca y depositó un beso sobre su palma.

—Creo que quizá tengas razón, Corran, pero he de preguntarte una cosa. Has dicho que entre tú y tu compañera había chispas a un cierto nivel básico, y que eso acabó haciendo que te sintieras atraído por ella. ¿Nosotros también producimos esas chispas?

—Tal vez. No lo sé. —Corran, que estaba empezando a sentirse incómodamente acalorado, tiró del cuello de su traje de vuelo—. Durante los últimos años, y tanto antes como después de que dejara la Fuerza de Seguridad de Corellia, mi vida emocional ha sido un poquito inestable.

—¿Hay alguien más? ¿Todavía sigues pensando en tu antigua compañera?

—No, no hay nadie más. Ni Iella, ni nadie…

Erisi frunció los labios durante un momento y luego acabó asintiendo.

—Acepto lo que me estás diciendo. —Se puso en pie y se desperezó lánguidamente—. Aunque no sabes lo que te estás perdiendo, naturalmente.

Corran dejó escapar un prolongado suspiro, y después se levantó de la cama.

—Ojalá no lo supiera, créeme… Pero ahora me encuentro tan cansado que no sería capaz de hacer absolutamente nada por ninguno de los dos.

Erisi se rió y le besó en la boca.

—Te agradezco muchísimo el que te preocupes tanto por mis sentimientos, Corran. —Después dio un paso hacia atrás, vendo hacia la compuerta abierta—. Que tengas dulces sueños.

Cuando llegó al umbral del camarote, Erisi giró sobre sus talones y se encontró con Mirax Terrik. La hija del contrabandista sonrió afablemente.

—Oh, perdona. No pretendía molestar.

—En absoluto, señorita Terrik. —Todo el calor anterior desapareció de la voz de Erisi—. Me disponía a irme para que el teniente Horn pudiera descansar un poco. No puede salir de aquí, y además no creo que la naturaleza de la orden de confinamiento le permita recibir visitas de civiles.

Mirax señaló el cuaderno de datos guardado en la pequeña funda adherida a su antebrazo izquierdo.

—Su oficial superior me ha dado permiso para visitarle. Si lo desea, Emetrés puede confirmárselo.

Erisi volvió la cabeza hacia Corran, y el corelliano pensó que volver a encontrarse ante los cañones de la *Devastadora* hubiese sido preferible a tener que soportar esa mirada.

—No te preocupes, Erisi —dijo después—. Estoy seguro de que la señorita Terrik no se quedará mucho rato y… bueno, gracias por la conversación.

—De nada, teniente. —Erisi se volvió hacia Mirax y le dirigió una seca inclinación de cabeza—. Señorita Terrik…

—Hasta luego. —Mirax siguió con la mirada a Erisi mientras se iba, y luego añadió un «Hasta dentro de mucho rato» casi inaudible. Después giró sobre sus talones y vio que Corran también tenía los ojos clavados en la compuerta—. Ah, los pilotos… Sólo piensan en el sexo.

—¿Qué?

Mirax le alargó el estuche de plástico, hundiéndolo en su estómago sin excesiva suavidad, y luego pasó junto a él.

—El compartimiento de contrabando más diminuto del *Patinaje* es más grande que este sitio.

—El *Aplazamiento* no fue construido pensando en el contrabando o en los cruceros de placer. Ardo en deseos de llegar a la nueva base, te lo aseguro… —Corran se apartó de la compuerta y permitió que se cerrara detrás de él—. ¿Qué es esto? —preguntó, sopesando el recipiente.

Mirax se dejó caer sobre la cama de Ooryl.

—Wedge dijo que quizá no te encontraras muy bien… pero no había pensado en que la reina del bacta estaría aquí. Pensé que tal vez te gustaría poder disfrutar de algunas cosas de casa, así que preparé este paquetito. —Se encogió de hombros—. Supongo que en realidad mi auténtica intención era presentártelo como una especie de ofrenda de paz.

Corran se sentó en el borde de la cama y desbloqueó los dos cierres del recipiente. Después lo abrió y sonrió. El recipiente contenía media docena de tarjetas de datos en las que había registradas revistas corellianas, así como dos latas de nerf ahumado y aderezado con especias una botella de whisky Reserva de Whyren.

—Uf. Vaya, vaya… Llevaba más de dos años sin ver juntas tantas cosas de Corellia.

Mirax se acostó sobre el costado derecho y apoyó la cabeza en la mano derecha.

—Debajo del whisky hay un ryshcate —dijo—. He tenido que sustituir algunos de los ingredientes, pero creo que me ha salido bastante bueno.

Corran sacó la botella de whisky del recipiente y la dejó junto a él. Debajo de ella, y envuelto en un plástico transparente, estaba el bizcocho de color marrón oscuro tradicionalmente reservado para los cumpleaños, aniversarios y demás celebraciones de todo aquello que merecía ser conmemorado.

—La última vez que tomé ryshcate fue cuando murió mi padre, después del funeral. ¿Dónde has encontrado las nueces vweliu?

—Por ahí.

—¿Por ahí?

—Sí, por ahí. Allí fuera hay todo un floreciente mercado negro de artículos procedentes de Corellia. Hay muchos corellianos fuera del planeta, y gracias al Diktat los imperiales siguen controlando nuestro espacio. Eso significa que tenemos una gran

demanda y una oferta bastante restringida, por lo que hacer circular las mercancías de un lado a otro siempre proporciona muchos beneficios. —Volvió la mirada hacia la compuerta y torció el gesto—. Ese condenado androide de protocolo vuestro tiene… eh… tenía dos cajas de whisky corelliano, y me lo ha estado suministrando de botella en botella. Hubiera podido conseguir una vieja nave del servicio de aduanas para sustituir a la que se quedó en el lago del sistema de Hensara a cambio de toda la remesa, pero vuestro androide me está haciendo sudar. Sacarle dos botellas me costó un hiperimpulsor horizontal y una caja de mezclas de l'lashsh que llegó de Alderaan antes de que el Imperio lo destruyera.

Corran enarcó una ceja.

—¿Emetrés tenía el whisky?

—Obtuve dos botellas de él. Una está junto a ti, y la otra ha servido para el ryshcate. —Mirax se sentó, y sus rodillas y las de Corran casi se tocaron—. ¿Vas a arrestar al androide por dedicarse al contrabando?

—No, no… Supongo que por esta vez me limitaré a hacerle una pequeña advertencia. —El piloto de caza sonrió—. ¿Te apetece un poco de ryshcate? Después de todo tú lo hiciste, así que creo que deberías tomar un poco.

Mirax pareció dudar, y luego acabó asintiendo.

—Un trocito, pero sólo si se nos ocurre alguna razón para disfrutar de una pequeña celebración.

—¿Qué te parecería la de seguir con vida?

—Me parece lo suficientemente buena.

Corran agujereó la envoltura de plástico con el pulgar y arrancó una esquina del bizcocho. Después la partió en dos trozos y le ofreció el más grande a Mirax.

—Compartimos este ryshcate de la misma manera en que compartimos nuestra conmemoración de la vida —dijo, tal como prescribía la tradición.

—Por la conmemoración de la vida.

Le dieron un mordisco al bizcocho y Corran recogió torpemente unas cuantas migajas con la mano izquierda. El bizcocho estaba delicioso. La dulzura suavizaba el potente regusto a madera del whisky, y las nueces vweliu se le derretían en la boca. Corran tragó el bocado y sonrió.

—¡Está realmente magnífico!

—¿Aunque haya tenido que ser confeccionado con ingredientes de contrabando?

—Más razón para comerse todas las pruebas y no dejar ningún rastro de ellas. —Corran meneó la cabeza—. Como ofrenda de paz, no se me ocurre nada mejor.

—Estupendo. —Mirax se levantó y se alisó los cabellos con una mano—. Cuando esta Alianza decida de una maldita vez que ya ha llegado el momento de conquistar Coruscant, prepararé otro ryshcate y podrás llevárselo a quienquiera que crea estar al mando. Eso ayudará a acortar la guerra.

—Este ryshcate hubiera podido volver a convertir a Darth Vader en un Jedi, pero no sé si surtiría efecto con Corazón de Hielo. —Corran dejó el recipiente sobre la cama—. ¿Estás segura de que no quieres más?

—Gracias, pero he de volver al *Patinaje*. —Mirax bajó la mirada hacia el cuaderno de datos—. Dispongo de unas seis horas antes de tener que despegar con rumbo hacia el Núcleo.

—¿Vamos a proporcionarte cobertura?

—Oh, no. Conseguiré salir adelante utilizando mi ingenio y mis agallas.

Corran frunció el ceño.

—No es que pretenda ofenderte, pero… ¿no crees que es un poco peligroso?

Mirax meneó la cabeza.

—Me han tendido una emboscada, y a vosotros os han tendido dos. Tal como están las cosas ahora, sospecho que viajar sin vosotros podría resultar un poco menos peligroso que viajar con vosotros, pero de todas maneras no espero tener complicaciones. —Le besó en la mejilla mientras la compuerta se abría—. Gracias por tu interés. Te veré cuando vuelva.

La compuerta ocultó su figura al cerrarse. Corran cayó en la cuenta de que la marcha de Erisi había supuesto un alivio para él, pero en cambio hubiese preferido que Mirax se quedara más rato. Sabía que no la deseaba, aunque su hermosura no tenía nada que envidiar a la de Erisi. La diferencia con Mirax, y eso era debido a que compartían el mismo mundo de origen, estaba en que Corran se sentía unido a ella por una conexión que él y Erisi nunca llegarían a establecer. De alguna manera inexplicable, incluso el hecho de que sus padres hubieran sido enemigos reforzaba el vínculo existente entre ambos.

—Basta ya, Horn —dijo, sacudiendo la cabeza—. Estás empezando a establecer la misma fijación sobre ella que Erisi ha establecido sobre ti. La hija de Toberas Terrik y el hijo de Hal Horn quizá podrían llegar a ser enemigos que se respetan el uno al otro, y quizá incluso podrían llegar a ser amigos… pero nada más. Recuerda que en primer, último y eterno lugar, ella es una contrabandista. Llegará un momento en el que te convertirás en una carga financiera, y entonces Mirax Terrik decidirá reducir sus pérdidas.

Corran oyó sus palabras, y de repente supo que había una gran parte de verdad en ellas. También oyó mucho de su padre en ellas, y eso le sorprendió un poco. Se metió la otra mitad de su trozo de ryshcate en la boca. «Mi boca tiene cosas mucho mejores que hacer que articular especulaciones que deshonran el regalo que me ha hecho Mirax. Podemos ser amigos, y seremos amigos… Ahí fuera, con el Imperio impidiéndonos volver a nuestro hogar, lo que tenemos en común es más importante que cualquier clase de diferencia que pueda tratar de enfrentarnos».

24

Wedge había acudido a la reunión en el *Hogar Uno* con un mal presentimiento, y éste no había tardado en empeorar. El que no hubiera dispuesto de tiempo para hablar en privado con el almirante Ackbar y el general Salm y llegar a alguna clase de compromiso sobre el caso de Corran le había puesto todavía más nervioso. «Dejarlo atrapado en esa situación durante quién sabe cuánto tiempo es todavía peor que imponerle un auténtico castigo disciplinario…». Pero el almirante parecía tener concentrada toda su atención en la reunión, por lo que Wedge supuso que no dispondría de ninguna ocasión para tratar de defender a Corran.

Wedge era todo un comandante, pero también era el oficial más joven presente en la reunión. Reconoció a varias personas aparte de al almirante Ackbar y al general Salm, pero no conocía a todo el mundo. Vio a un grupo formado por cuatro bothanos —un general, dos coroneles y un comandante— en la parte delantera de la sala, pero no pudo ponerle nombre a ninguna de las caras. Aun así, resultaba evidente que iban a estar al frente de la reunión, y esa convicción inicial de Wedge enseguida quedó claramente confirmada cuando los oficiales de menos rango empezaron a ir y venir por la sala para transmitir la información contenida en sus cuadernos de datos a los de los otros oficiales.

El general bothano ocupó el estrado situado en el fondo de la sala y las luces suspendidas sobre su audiencia se debilitaron. El pelaje blanco del bothano se volvió casi deslumbrante, y sus ojos dorados adquirieron el aspecto de estar hechos de metal fundido. Con un uniforme del ejército de la Alianza y un puntero telescópico plateado sostenido en las manos unidas a la espalda, el general empezó a hablar en un tono cuya calma y suavidad no lograban ocultar su apasionada concentración.

—Soy el general Larin Kre'fey, y voy a ponerles al corriente de la naturaleza de la misión que abrirá el camino de Coruscant a nuestras valerosas fuerzas. Si tienen la bondad de conectar sus cuadernos de datos, verán cuáles son las características básicas de la instalación que vamos a atacar. Por el momento no necesitan saber dónde se encuentra, y bastará con decir que la posesión de esta base es vital para el Núcleo Imperial.

Wedge hizo cuanto pudo para seguir el curso de su exposición. El mundo —conocido con el nombre de código de Luna Negra— era normal y habitable, y bastante parecido a Endor salvo por el hecho de que carecía de formas de vida nativas similares a los ewoks. Los equipos de exploración enviados por la Antigua República lo habían calificado de pobre en minerales u otras riquezas explotables. Se creó una pequeña base porque el sistema demostró ser útil como punto de trazado y cartografía para establecer rutas hacia el Sector Corporativo y más allá, pero el mero hecho de que fuese una encrucijada espacial no bastaba para suscitar un gran nivel de comercio o crecimiento económico. Aparte de algunos intentos experimentales de estimular el desarrollo —todos los cuales fracasaron cuando la aparición del Imperio hizo que las investigaciones exóticas dejaran de disfrutar de las generosas inversiones crediticias que había permitido la anterior política impositiva—, el planeta acabó siendo prácticamente olvidado.

—El Imperio expandió la base y le proporcionó proyectores de campos de fuerza, pero únicamente para que la Rebelión no la considerase como un objetivo excesivamente invitador con vistas a establecer un santuario tan cerca del Núcleo. —El general Kre'fey extendió una mano—. La base también dispone de cuatro cañones iónicos de gran calibre, y cuenta con dos escuadrones de cazas TIE.

Wedge frunció el ceño. Ese nivel de defensas le parecía un poco extraño: resultaban demasiado poderosas para un mundo remoto y carente de importancia, pero al mismo tiempo eran demasiado débiles para un mundo susceptible de colocar a la Rebelión tan peligrosamente cerca de Coruscant. Vladet, un cuartel general de sector, sólo disponía de cuatro cazas TIE, dos cañones iónicos y un conjunto de escudos, pero no contaba con unos generadores de energía lo bastante poderosos para poder utilizar los cañones y los escudos de manera simultánea. Wedge no tenía la sensación de que Luna Negra fuese alguna clase de trampa imperial, pero sí le parecía un objetivo lo suficientemente protegido como para que los imperiales destacados en ella pudieran pedir ayuda a otros mundos cercanos y resistir hasta el momento en que ésta hubiese llegado.

El general bothano siguió hablando, y pasó a describir la modalidad de ataque que proponía emplear. Ésta consistía en utilizar el *Emancipador* —uno de los dos Destructores Estelares de la clase Imperial que fueron capturados en Endor y que habían sido reparados por la Alianza— para derribar los escudos. A continuación el Ala Defensora del general Salm entraría en acción para bombardear las instalaciones y defensas imperiales, con el Escuadrón Rebelde encargándose de mantener alejados de los bombarderos a los cazas TIE. En cuanto la resistencia de superficie hubiera sido debilitada, los transpones de tropas desembarcarían a los contingentes de la Alianza y completarían la conquista del planeta.

—Espero haber alcanzado la fase operacional dentro de dos semanas —concluyó el general Kre'fey—, y la conquista debería haberse completado en quince días estándar a partir de este momento.

Los ojos del general Salm fueron más allá de Wedge para posarse en el almirante Ackbar.

—¿Este plan ya ha sido aprobado?

Ackbar, que estaba sentado junto a un almirante plateado mon calamariano Ragab, del *Emancipador*, no acogió demasiado bien la pregunta.

—Sí, general Salm, este plan…

Kre'fey le interrumpió.

—Discúlpeme, almirante Ackbar, pero creo que puedo responder a esa pregunta. —El bothano se alisó el blanco pelaje facial con la mano izquierda, haciendo que formara una puntiaguda prolongación de su barbilla—. Sí, general, el Consejo Provisional ha aprobado este plan. ¿Tiene alguna objeción a la decisión que su sabiduría le ha impulsado a tomar en lo concerniente al asunto?

—Por supuesto que no, general Kre'fey, pero dos semanas no es mucho tiempo para preparar un asalto.

—Si sus pilotos no son capaces de hacer lo que se espera de ellos, general, hay otros escuadrones de ala-Y en la flota.

—Mi gente estará preparada.

«Me parece que no se aprecian demasiado el uno al otro…»., pensó Wedge mientras levantaba la mano.

—Si se me permite hablar, tengo algunas preguntas que hacer acerca de la operación.

El bothano extendió las manos en un gesto lleno de indulgencia.

—Adelante, comandante.

—Estaba pensando en los escudos deflectores y… bueno, su informe muestra que son vulnerables al bombardeo cuando se los proyecta lo suficientemente lejos como para que cubran instalaciones satélite no esenciales en la superficie. ¿Y si el comandante de la base se limita a reducir el diámetro de la cobertura?

—Daría igual. La base no posee una capacidad generadora lo suficientemente elevada para levantar unos escudos que pudieran soportar nuestro bombardeo.

—¿Incluso si no utiliza los cañones iónicos?

Esa pregunta suscitó un momento de titubeo antes de ser contestada.

—Eso no cambiaría las cosas.

A Wedge no le gustó nada la escasa confianza que había en la voz de Kre'fey. El éxito de la operación dependería de que consiguieran derribar los escudos. Wedge no quería pensar que el general Kre'fey se estuviera comportando como un estúpido, pero su dependencia del bombardeo desde el espacio parecía notablemente miope. En Hoth los imperiales decidieron utilizar un ataque de superficie para derribar los escudos. El bombardeo había dado resultado en otros lugares en el pasado, pero la solución de Hoth pareció ser la más eficiente. Y la presencia de cañones iónicos en la superficie significaba que las naves encargadas de llevar a cabo el bombardeo podrían ver interferidos sus sistemas, lo cual causaría retrasos y haría surgir el espectro de alguna clase de ayuda procedente de otro sistema que quizá llegaría a tiempo de rechazar la ofensiva.

Wedge volvió a levantar la mano.

—¿Sí, comandante Antilles?

—No veo ningún listado de los TIE estacionados en Luna Negra. ¿Son ojos oculares, bizcos, incautos o luminosos?

Los ojos del bothano se endurecieron.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

El general Salm se encargó de efectuar la traducción.

—El comandante Antilles quiere saber si los cazas son cazas estelares TIE, interceptores, bombarderos o modelos avanzados.

—Ah… La mayoría son cazas estelares, y hay unos cuantos ejemplares de otros modelos. —La mirada de Kre'fey recorrió la sala en busca de otras preguntas, pero nadie tenía ninguna pregunta que hacer—. A fin de mantener la seguridad operacional, las coordenadas de su destino no les serán proporcionadas hasta que partan. Los paquetes de simulación que les vamos a entregar satisfarán todas sus necesidades de información

detallada. Ysanne Isard ha elevado el nivel de sus operaciones de contrainteligencia, y esta misión se resentiría considerablemente de la falta del efecto sorpresa.

«Y sin efecto sorpresa, nuestra gente lo pasará bastante mal…»., pensó Wedge mientras meneaba la cabeza.

—Esto no me gusta.

Los ojos del general bothano se entrecerraron hasta convenirse en dos curvas doradas.

—Lo que le guste y lo que no le guste carece de importancia, comandante. El Consejo Provisional ha aprobado este plan, y eso es más que suficiente.

La sequedad de la réplica enfureció al corelliano.

—Puede que los miembros del Consejo la hayan aprobado, general, pero ellos no van a tomar parte en esta misión.

—Pero yo sí estaré allí, comandante, en el primer transpone y abriendo el camino durante el descenso para conquistar Luna Negra… —Las fosas nasales de Kre'fey se dilataron tan súbitamente como si estuviera percibiendo el olor de una presa—. Confío en que no dudará del valor de los bothanos.

«¿Cómo podría hacerlo cuando los bothanos aprovechan cada ocasión que se les presenta para recordarnos a todos que fue su pueblo el que obtuvo la localización de la segunda Estrella de la Muerte y toda la información referente a ella?».

—No, señor. Confío en que usted tampoco dudará del valor de mi gente. Llevarán a cabo la misión que se les encomiende, pero me parece que estoy obligado a tratar de asegurarme de que podrán volver a casa luego.

El labio inferior de Kre'fey se curvó en una mueca despectiva.

—Ya sé que se trata de una obligación con la que siempre ha sabido cumplir en el pasado, comandante Antilles.

Wedge sintió que un puño invisible se cerraba alrededor de su corazón. Los rostros de todos los amigos y camaradas que había perdido a lo largo de la guerra contra el Imperio desfilaron velozmente por su cerebro, y de repente tuvo la horrible impresión de que todos y cada uno de ellos se habían convertido en héroes póstumos única y exclusivamente para que idiotas como Kre'fey tuvieran la oportunidad de convenir a más rebeldes en héroes póstumos. Las filas de los muertos parecían interminables, y en una fracción de segundo la ira abrasadora que Wedge estaba dispuesto a volver contra Kre'fey fue engullida por el vacío que había reclamado a las figuras de sus recuerdos.

Ackbar se puso en pie.

—Me parece que los motivos de preocupación del comandante Antilles son perfectamente válidos, general Kre'fey. Me sorprende que su precisión en las cuestiones de recogida de datos de inteligencia, que normalmente es envidiable, se haya permitido cometer semejante descuido. Admito que nos ha dicho a qué hora subirá la marea, pero algunos de nosotros necesitamos conocer el minuto y el segundo. Usted es perfectamente capaz de proporcionarnos dicha información… y nos la proporcionará.

El bothano miró fijamente al mon calamariano.

—¿O?

—O consideraré necesario cancelar la operación.

—Pero el Consejo la ha aprobado.

El mentón de Ackbar se fue elevando lentamente.

—El Consejo es un organismo político que toma decisiones políticas. A diferencia de lo que sucede en una batalla, donde el desenlace no puede ser reconsiderado, las decisiones políticas pueden ser revisadas una y otra vez. El Consejo decidió que había que emprender una acción contra Coruscant, y su ataque satisfacía los parámetros que habían fijado. Eso no significa que sea el único plan susceptible de satisfacerlos.

—Ya veremos si este ataque sigue adelante o no, almirante. Distribuiré los paquetes de simulación entre todos los mandos para que puedan iniciar el adiestramiento.

El mon calamariano apoyó los puños en las caderas.

—Obtendrá esos datos, o yo mismo destruiré personalmente todos sus paquetes de simulación.

El bothano se mordisqueó el labio inferior, y acabó dirigiendo una inclinación de cabeza a sus oficiales.

—Perfecto. Obtendremos la información de la que quiere disponer… si puede ser obtenida —dijo, y después le ladró una seca orden en bothano a sus oficiales y éstos salieron de la sala detrás de él.

La sala se vació de manera más bien rápida, dejando a Wedge, Salm y Ackbar a solas delante del estrado iluminado. El mon calamariano inclinó la cabeza y clavó la mirada en el rostro de Wedge.

—Siento lo ocurrido —dijo después—. Fue algo tan imperdonable como innecesario.

Wedge todavía se sentía como si le hubieran disparado en el estómago.

—¿Por qué todo el mundo concede a los bothanos el mérito de haber localizado la segunda Estrella de la Muerte y haber anunciado que el Emperador se encontraría a bordo de ella? ¿Acaso todos han olvidado que el Emperador nos atrajo hasta Endor para exterminarnos? Los bothanos cayeron en la trampa, pero ahora van por ahí exhibiendo el haberse dejado engañar tan orgullosamente como si fuera una medalla.

El mon calamariano asintió lentamente.

—He oído expresar esa misma opinión suya a otros… principalmente a aquellos miembros del Consejo que se han encontrado atrapados entre un bothano y alguna disputa por el poder. Los bothanos le dirían que el Emperador sólo concibió la emboscada después de que la información fuese robada y empezara a concebir sospechas. Sólo disponemos de la palabra del Emperador de que engañó a los bothanos y aunque Luke jamás nos mentiría a sabiendas, no puedo otorgar mi confianza al Emperador en lo que respecta a ningún asunto.

Wedge se inclinó hacia adelante y se pasó las manos por la cara.

—Estoy seguro de que tiene razón, almirante. Supongo que lo que me ocurre es que veo esa duda como la sombra oculta detrás de la ilimitada confianza en sí mismos que exhiben los bothanos. Quizá tuvieran razón en lo referente a la Estrella de la Muerte y

ahora Kre'fey quizá tenga razón en lo que respecta a esta Luna Negra, pero si se equivoca… Bueno, entonces mucha gente morirá.

—Comparto su preocupación, comandante. Dispondrá de su información.

El corelliano asintió.

—Bien, ¿puede decirme al menos dónde se encuentra Luna Negra?

Ackbar titubeó antes de responder.

—Sólo si realmente necesita saberlo, comandante, y en este momento no necesita saberlo. Pero antes de que se vaya, dispondrá de todos los datos que necesita. El sistema Luna Negra se encuentra en un sector muy denso, y el número de rutas de entrada y salida es limitado. Computar soluciones de astronavegación resultará bastante sencillo porque el número de soluciones posibles es muy reducido. Eso hace que tender emboscadas también resulte más fácil, por lo que la información le será proporcionada cuando realmente necesite disponer de ella… y no meramente cuando quiera conocerla.

Wedge reflexionó durante unos momentos y acabó asintiendo.

—Comprendo la necesidad de extremar las medidas de seguridad. No me gustan demasiado las limitaciones que impone, pero también las comprendo.

La boca del mon calamariano se abrió para dejar escapar una suave risita.

—Veo que vamos haciendo progresos. Irán a un mundo llamado Noquivzor, y organizará la operación desde allí. Varias unidades más se reunirán con ustedes en ese mundo, el Ala Defensora entre ellas. —Ackbar juntó las manos—. Bien, supongo que querrá hablar con el general Salm de las acusaciones que se van a presentar contra Corran Horn…

Wedge se recostó en el asiento.

—Si vamos a tener que vivir juntos, creo que será lo mejor. ¿Está de acuerdo conmigo, general?

Salm asintió.

—Estoy de acuerdo, pero ahorrémonos la molestia de discutir. Olvídese de las acusaciones.

—¿Cómo ha dicho, general?

El anciano y ya medio calvo piloto de bombarderos alzó las manos.

—Si insistiera en que Horn fuera sometido a un consejo de guerra por lo que hizo, sólo conseguiría ponerme en ridículo… y además así Horn se libraría de tener que tomar parte en el ataque contra Luna Negra. —Una mueca de disgusto contrajo los ojos castaños de Salm—. Sigo pensando que el Escuadrón Rebelde necesita recibir unas cuantas lecciones de disciplina, pero también creo que las cosas no irán nada bien en Luna Negra. Con Horn y el resto de sus pilotos allí, puede que el ataque no acabe convirtiéndose en la pesadilla que me temo va a torturarme durante las próximas dos semanas.

25

El que el general Derricote consiguiera abstenerse de soltar juramentos y maldiciones al hallarse envuelto por la asfixiante atmósfera de Borleias no sorprendió excesivamente a Kirtan Loor. El buen general tenía un porte y unos modales lo suficientemente parecidos a los de un sapo para que el oficial de inteligencia pudiera imaginarse que aquella particularidad le salvaba de derretirse bajo los efectos del calor y la humedad. El obeso comandante de las fuerzas imperiales destacadas en el sistema de Pyria equipó su rostro con una sonrisa, y la brusca curva descrita por su boca fue inmediatamente imitada por la curvatura de las dos papadas que oscilaban debajo de ella.

—Me complace ver que la semana y media que lleva en Borleias no parece haberle afectado excesivamente, agente Loor. —Derricote colocó sus manos de gruesos dedos sobre la oscura madera de la superficie de su escritorio—. ¿Ha encontrado todo lo que necesitaba para su inspección de nuestras defensas?

Kirtan asintió, y después se quedó totalmente inmóvil y contempló en silencio al oficial imperial durante unos segundos. El agente de inteligencia esperó, sin decir nada y sin moverse, hasta que las comisuras de la sonrisa de Derricote empezaron a temblar.

—Mi segunda inspección fue satisfactoria —dijo después—. Todo está tal como debería estar. Sus generadores de escudo se encuentran en buen estado, sus dos escuadrones de cazas TIE están siendo mantenidos en un elevado nivel de preparación, y su programa de adiestramiento obliga a sus pilotos a trabajar tantas horas que sus ejercicios resultarían más que suficientes para el doble de los efectivos de que dispone.

—La preparación es el precio que hay que pagar por una vigilancia constante, agente Loor. —La voz de Derricote mantuvo su tono entre presuntuoso y desafiante, pero los marrones ojos de aspecto bovino del general empezaron a parpadear un poco más deprisa de lo que hubieran debido hacerlo normalmente—. Estamos aquí para detener a la Rebelión, y eso significa que tenemos que estar preparados.

Kirtan sonrió afablemente, y después se inclinó sobre el escritorio del general.

—Y lo están. Ha hecho muy bien al esforzarse por mantener la seguridad de esta base y, de hecho, sus sistemas de seguridad informática son más eficientes que cualquiera de los que he visto hasta ahora fuera del mismísimo Centro Imperial. Y desde la muerte del Emperador no he conocido a ningún oficial que prestara tanta atención a su deber, general…

—Mi vida está consagrada al Imperio.

—Pues yo diría que su vida está dedicada a usted mismo, general. —Kirtan permitió que las yemas de sus dedos tabalearan sobre el cuaderno de datos incorporado al escritorio de Derricote—. Me he tomado la libertad de visitar su despacho cuando usted no estaba aquí, y he consultado los archivos secretos de su cuaderno de datos. Es usted un auténtico artista. Duplica todas las peticiones y solicitudes de suministros y les añade complejas etiquetas de clasificación burocrática… y luego las envía a múltiples mandos, cada uno de los cuales cree que usted se encuentra bajo su supervisión. Ha conseguido

obtener el combustible y los suministros suficientes para mantener cuatro escuadrones de cazas TIE. Dado que aquí sólo hay dos escuadrones, he de suponer que los demás se encuentran en el complejo de biótica de Alderaan.

—No sé de qué me está hablando.

—Lo dudo, general. He leído su expediente. Estudió en la Academia Naval del Imperio, pero se concentró de manera muy especial en todas las asignaturas relacionadas con la biología y la botánica. Se encuentra perfectamente cualificado para dirigir una instalación militar de estas características, desde luego, pero posee cualificaciones realmente únicas en lo referente a conseguir que el complejo de biótica vuelva a estar en condiciones de operar. —Kirtan sonrió—. Y quizá incluso podría conseguir que volviera a dar beneficios, ¿verdad?

El rostro de Derricote se volvió de un gris ceniciento, pero su sonrisa no llegó a desaparecer del todo.

—Esto no supone una completa sorpresa para mí, agente Loor. Dispongo de recursos.

Kirtan se irguió cuan alto era y después bajó la mirada hacia Derricote.

—Eso no me sorprende, general. La instalación hidropónica de Biótica de Alderaan a duras penas llegó a ser algo más que una fuente de ahorro de impuestos para la corporación que la creó antes de que el Imperio cambiara las leyes impositivas. Cuando eso ocurrió, fue confiada al cuidado de los androides de mantenimiento y luego acabó siendo olvidada. Y después Alderaan fue sometido a lo que podríamos llamar un tratamiento disciplinario, y el mercado para los artículos procedentes de Alderaan empezó a florecer… Mis cálculos, que son de naturaleza más bien conservadora y están basados en datos de hace unos doce meses, indican que si usted lleva dos años operando ya debería haber obtenido dos millones de créditos.

—Sólo llevamos quince meses produciendo a nuestro nivel máximo, pero el capítulo de gastos generales es reducido, por lo que en realidad hemos obtenido dos coma setenta y cinco millones de créditos… aunque una gran parte de esa suma se halla inmovilizada en inventarios almacenados en otros mundos.

—Su capítulo de gastos generales es tan reducido por la única razón de que el Imperio está financiando sus actividades, ¿verdad?

El general formó un puente con los dedos.

—Piense en ellas empleando la palabra «nuestras».

—Podría pensar en ellas como mis actividades, general. —Kirtan se cruzó de brazos—. Pero no creo que pudiera mantenerlas durante mucho tiempo. Al repasar su sistema de seguridad percibí evidencias de lo que podría haber constituido un cierto grado de interferencias de la Alianza con los mensajes de la red holográfica.

Los ojos de Derricote se endurecieron, y el general se irguió detrás de su escritorio.

—Eso es cosa de los bothanos. Siempre están intentando interferir todas las comunicaciones de la red holográfica. Yo les proporciono datos, y eso los mantiene contentos.

El repentino filo cortante que había adquirido su voz sorprendió considerablemente a Kirtan, al igual que lo hizo la transformación física del general. El mero hecho de erguirse y alzar el mentón había bastado para que Derricote dejara de ser un sicofante fracasado y servil y se convirtiera en la clase de hombre capaz de organizar el complicado engaño que había posibilitado la existencia de sus actividades agrícolas clandestinas. «Me ha mostrado únicamente lo que quería que viera para que le subestimas…».

Derricote rozó la pantalla de su cuaderno de datos con la punta de un dedo.

—Tanto la frecuencia como la duración de los contactos han estado aumentando últimamente. ¿Debo relacionar ese cambio con su visita, agente Loor, o he de limitarme a pensar que el hecho de que tanto la Alianza como el Imperio estén empezando a sentirse tan interesados por mi pequeño hogar sólo es una coincidencia?

Kirtan entrecerró los ojos.

—El sistema de Pyria es uno de los varios sistemas cuyo perfil indica que pueden ofrecerle un camino de acceso al Núcleo a la Alianza.

—El sistema de Pyria encaja con ese perfil únicamente porque los rebeldes no conocen mis defensas.

—Dos escuadrones de cazas TIE más no significarán gran cosa para ellos.

—Ah, así que después de todo hay algunas cosas que no sabe sobre Borleias… Eso sí es realmente sorprendente, agente Loor. —Derricote sonrió—. Voy a decirle una cosa, hijo: deje que yo me encargue de las defensas. Usted es un agente de inteligencia, no un genio militar.

Kirtan señaló el cuaderno de datos particular del general.

—Cuando examiné sus archivos no vi nada que indicara que es usted un genio militar, señor.

Derricote se golpeó suavemente la sien con la punta de uno de sus gruesos dedos.

—Eso se debe a que soy lo bastante listo para saber que los únicos datos que se encuentran realmente a salvo son los que están almacenados aquí arriba. He estado esperando el inicio de alguna clase de acción contra Borleias desde que descubrí que la estación de biótica seguía hallándose en condiciones de operar, y he trazado mis planes en consecuencia.

El oficial de inteligencia percibió la confianza que había en la voz de Derricote, y también aisló otro componente en el tono que acababa de emplear. «Impaciencia…».

—Está esperando ser atacado, y además arde en deseos de que le ataquen.

—Puede que haya organizado mi pequeño negocio particular, agente Loor, pero soy un hijo leal del Imperio. —El obeso general se encogió de hombros—. Y además, estuve en Derra IV. Allí aprendí a pasarlo en grande matando rebeldes, y durante mi estancia en Borleias he ido dando forma a mis planes con vistas a conseguir que este sistema llegue a ser igual de mortífero para la Alianza.

—Un convoy resultó totalmente aniquilado en Derra IV, general. Fue un acontecimiento muy elogiable, desde luego, pero no se trataba de una tuerza militar. —

Kirtan meneó la cabeza—. En cambio, no dudo de que aquí tendrá que enfrentarse con lo mejor de que disponen los enemigos del Imperio… el Escuadrón Rebelde incluido.

—Que envíen lo mejor o lo peor da absolutamente igual. —El general Derricote sonrió sin inmutarse—. Los rebeldes esperan llegar a Borleias para extinguir una vela, pero cuando lleguen serán consumidos por una nova.

26

El ala-X de Corran emergió del hiperespacio a la sombra del *Emancipador*. El perfil en forma de daga del Destructor Estelar proyectaba una profunda cuchillada sobre la imagen del mundo que el corelliano conocía únicamente como Luna Negra. Más allá del *Emancipador* vio a la *Eridain* y dos cruceros pesados modificados. El *Mon Valle* transportaba al Ala Defensora de Salm, y el *Corulag* serviría como plataforma de lanzamiento para las ocho lanzaderas de asalto que llevarían a las tropas de superficie rebeldes hasta el suelo del planeta.

El *Emancipador* mantendría su posición actual para proteger el vector de salida del sistema. Ninguna de las reuniones de información le había proporcionado el nombre del sistema y del mundo, pero aun así Corran sabía que ejecutar el salto de salida iba a resultar bastante difícil. Durante su última reunión de información, el general Kre'fey había puesto mucho énfasis en la necesidad de observar el máximo nivel de seguridad posible con respecto a la operación y les había prometido que, aunque ignoraban el nombre del mundo en el que iban a luchar, las generaciones futuras lo conocerían y los cubrirían de elogios por haber estado allí.

Mientras le oía hablar Corran había pensado que Kre'fey contaba con unas reservas de confianza lo bastante grandes para conquistar aquel mundo por sí solo, pero eso no consiguió disipar los oscuros presentimientos que tenía acerca de la misión. Las reuniones habían dedicado más tiempo a reforzar la moral que a exponer hechos. Las sesiones de simulador habían permitido que todo el mundo acabara sintiéndose muy cómodo con el papel que desempeñaría en el ataque y, en lo que concernía a Corran, eso era precisamente lo peor que podía llegar a ocurrir en una operación militar.

«Mantened los ojos bien abiertos y volad lo mejor posible… porque de momento eso es todo lo que podéis hacer». Silbador activó la pantalla táctica de Corran.

—Jefe Rebelde, no tengo naves enemigas en el campo de visión, pero la base cuenta con un escudo.

—Gracias, Nueve. Pilotos, inicien la formación para escoltar al Ala Defensora. —La voz de Wedge surgía con nítida claridad de los auriculares del casco de Corran—. Vuelen alto y acompañen al *Emancipador*.

Corran tiró de su palanca de control e hizo que el ala-X iniciara un lento giro que acabó colocándolo encima del Destructor Estelar. El navío de guerra empezó a lanzar andanada tras andanada de fuego turboláser y salvas de haces iónicos. Los rayos rojizos se unían entre sí para crear telones de energía que se abrían paso a través de la atmósfera hasta chocar con la protección de la base imperial. Después el color rojo sangre se iba infiltrando poco a poco en el escudo, oscureciendo la instalación que había debajo de él.

Cuando el escudo empezaba a palidecer para inclinarse hacia el rosado, una manta cerúlea de energía iónica se desplegaba sobre él. El fuego azulado se fragmentaba y chisporroteaba sobre la cúpula de energía, proyectando centenares de relámpagos parecidos a zarcillos. Algunos de ellos se desprendieron de la cúpula, y los edificios que

se encontraban fuera de su santuario estallaron y se derritieron. La jungla empezó a arder, rodeando la base con un anillo de llamas. «Eso la convierte en un objetivo perfecto, aunque los incendios harán que resulte bastante duro volar por ahí abajo…».

—Silbador, proporcióname un esquema general de las corrientes de aire en la superficie. Ah, y comprueba las dimensiones del escudo. Cuando empiece a volverse más pequeño, eso querrá decir que se está desmoronando.

**

Una oleada de energía tras otra descendía a través de la columna de humo que se elevaba hacia el cielo. La energía se estrellaba contra los escudos con un estrépito atronador que creaba vibraciones y las difundía hasta una profundidad lo suficientemente grande para hacer temblar el centro de mando en el que se encontraba Kirtan. Al principio el incesante ataque le había hecho encogerse y temer por su vida, pero los sonidos ya se habían mezclado unos con otros para convertirse en un rugido que no parecía tener fin. Los escasos monitores del centro de mando que funcionaban estaban mostrando imágenes de la flota atacante tomadas por los satélites y el círculo de llamas que había aparecido sobre la superficie del planeta.

Derricote se volvió hacia Kirtan.

—Resulta realmente difícil creer que alguien pueda sobrevivir ahí abajo, ¿verdad?

El oficial de inteligencia asintió.

—Pone a prueba la credulidad de cualquiera, general.

—Y los rebeldes siempre están tan dispuestos a caer en la credulidad… —El general volvió la cabeza hacia uno de los técnicos sentados delante de los controles del escudo—. Situación actual, señor Harm.

—Seguimos al cien por cien, señor.

—Excelente. Inicien una disminución del nivel de energía utilizando porcentajes aleatorios, y empiecen la aleatorización partiendo de siete. Cuando lleguen al setenta y cinco por ciento, reduzcan a cincuenta. Cuando los rebeldes empiecen a disminuir la intensidad de las salvas, bajen a veinte, luego a cinco y después a cero.

Kirtan sintió cómo un hilillo de miedo se iba deslizando a través de sus entrañas.

—¿Está seguro de que no destruirán todo este lugar? En Vladet no dejaron ni los cimientos.

—Ésa es la razón por la que nos encontramos debajo de los cimientos, agente Loor.

Kirtan se encogió sobre sí mismo cuando una detonación particularmente potente hizo temblar el suelo.

—Confío en que sepa lo que está haciendo.

—Dado que no tiene otra elección, le agradezco su confianza. —Derricote se frotó las manos—. Los rebeldes quieren usar este lugar para futuras operaciones, y ésa es la única razón por la que nos están atacando. Pero si lo quieren, entonces tendrán que pagar mi precio para hacerse con él.

**

El graznido de Silbador hizo que Corran volviese la mirada hacia la pantalla táctica. Los escudos que cubrían la base habían empezado a contraerse. Al ver que éstos empezaban a desfallecer, el *Emancipador* fue reduciendo la intensidad del bombardeo láser y se concentró en utilizar los cañones iónicos. Sus descargas no causaban tanto daño como las de los cañones láser, pero si los escudos se desmoronaban de forma inesperadamente rápida, una andanada iónica no destruiría aquello que el general Kre'fey tenía intención de capturar.

Corran colocó su ala-X junto al Escuadrón Vigilante y desconectó la impulsión.

—Grupo Tres en posición.

—Recibido, Nueve. Manténgase a la espera.

La voz de Tycho desapareció bruscamente del comunicador cuando el controlador de vuelo cambió de canal.

Corran sintonizó su unidad de comunicaciones en la frecuencia táctica que compartía con su grupo. Aún no habían conseguido un piloto que sustituyera a Lujayne, por lo que el Grupo Tres seguía teniendo un piloto menos. Pero esa ausencia sólo era uno de los elementos de la operación que no le gustaban nada a Corran. Sabía que encontrar pilotos no resultaba nada fácil, pero también sabía que Tycho hubiera podido pilotar el ala-X de Lujayne sin ninguna dificultad, y estaba convencido de que aquel hombre sería mucho más valioso a bordo de un caza que dirigiendo el tráfico dentro de la *Eridain*.

—Diez y Doce, nos mantendremos aquí. —Corran echó un vistazo a su pantalla táctica—. Sus escudos se están debilitando muy deprisa. Seremos los siguientes en entrar.

El balido triunfal de Silbador sintió de heraldo al desmoronamiento de los escudos de Luna Negra. Los labios de Corran empezaron a curvarse en una sonrisa, pero una preocupación indefinible seguía agazapada en las profundidades de su cerebro. No conseguía identificarla, pero no tardó en roer su sonrisa y hacer que la quemadura de la bilis empezara a abrasarle el interior de la garganta. El corelliano activó su comunicador.

—Control, Nueve sigue mostrando que el enemigo está ciego.

—Recibido, Nueve. Manténgase a la espera. —El eco de una vacilación nada típica de él resonó en las palabras de Wedge—. Orden directa del general Kre'fey, pilotos: escoltarán a las lanzaderas de asalto en su descenso al planeta.

—¿Cómo ha dicho, Control? —La incredulidad que había teñido la voz de Wedge resonó también en la de Corran—. El Ala Defensora está lista para iniciar su barrido.

—Jefe Rebelde, Kre'fey considera que eso ocasionaría un retraso innecesario. Los ala-Y han recibido la orden de volver a casa, y ahora tendrán que escoltar a sus lanzaderas durante el vector de entrada. La resistencia en el planeta ha sido eliminada.

—¿Y qué pasa con los cañones iónicos, Control?

—Si hubieran podido disparar, a estas alturas ya lo habrían hecho —gruñó la voz del general Kre'fey por los canales del comunicador—. La resistencia ha terminado. Ya podemos reclamar lo que hemos venido a buscar.

La estática puntuó el silencio que siguió a la declaración de Kre'fey, y después Wedge volvió a la frecuencia.

—Jefe Rebelde a Escuadrón Rebelde, inicien la formación para servir de pantalla a los escoltas.

El estómago de Corran ejecutó un salto mortal.

—Esto no me gusta nada.

—Nueve, este canal ha sido concebido para el uso militar y no para expresar opiniones. Guardémonos los comentarios para la reunión de análisis en cuanto hayamos terminado la misión. —La voz de Wedge perdió una parte de su tono cortante a medida que seguía hablando—. Y tratemos de volar lo suficientemente bien para que pueda haber una reunión de análisis…

—Ésa es mi intención, Jefe Rebelde. —Corran empujó la palanca de control hacia adelante y accionó un interruptor—. Estabilizadores-S en posición de ataque.

El *Emancipador* empezó a alejarse del planeta, adoptando una posición que le permitiría proteger a la fuerza del ataque de cualquier intruso imperial. Corran se sintió todavía más desnudo mientras contemplaba su retirada. El Destructor Estelar no había sido construido pensando en un enfrentamiento con un contingente de cazas, pero su impresionante potencia de fuego podía mantener alejados a los TIE y, quizá, incluso destruir sus instalaciones de lanzamiento en la superficie planetaria.

«Pero naturalmente Kre'fey les habrá prohibido que emprendan ese tipo de acción, porque quiere que las propiedades inmobiliarias sigan intacta…». La ya considerable inquietud que se había adueñado de Corran aumentó todavía más a medida que se aproximaba a las siluetas cuadradas de las lanzaderas de asalto que se estaban alejando del *Corulag*. Cada una de las ocho lanzaderas transportaba cuarenta comandos y efectuaría tres trayectos de ida y vuelta entre el planeta y el *Corulag* para llevar a todo el contingente hasta la superficie. Aunque no eran muy veloces, las lanzaderas disponían de un armamento lo bastante poderoso para mantener a raya a los TIE durante el tiempo suficiente para que los pilotos de los ala-X pudieran ir acabando con ellos.

La pantalla táctica del corelliano seguía sin mostrar nada en términos de oposición de cazas. Los escudos de la base habían caído. La operación parecía estar yendo mejor de lo esperado, y el comprenderlo hizo surgir un escalofrío en la base de la columna vertebral de Corran. Sabía que sentir miedo cuando todo parecía normal era una auténtica estupidez, pero una parte de su ser no podía aceptar tanta buena fortuna.

De manera totalmente inconsciente, su mano izquierda se cerró sobre el medallón que colgaba de su cuello. «Las cosas estaban yendo tan a la perfección como ahora cuando mi padre murió… Esperábamos tener problemas, no nos encontramos con ninguno y bajé la guardia. Mi padre murió porque yo bajé la guardia… Vi cómo moría, y no hice nada. No lo vi llegar, pero llegó, exactamente de la misma manera en que ocurrirá en este lugar. ¿Qué es lo que anda mal aquí?».

La respuesta a la pregunta le llegó un nanosegundo antes de que viera cómo el primer haz azulado de energía iónica ascendía desde el suelo para estrellarse contra la primera lanzadera de asalto. La energía azul cerró sus garras sobre la *Modaran* y la dejó atrapada en una red de descargas eléctricas. Destellos de luz plateada fueron indicando las

sucesivas explosiones en los motores y los sistemas de armamento. Con el humo surgiendo de una docena de compuertas, la lanzadera inició un lento y tambaleante descenso a través de la atmósfera y hacia el suelo que la esperaba debajo de ella.

No llegó a chocar con el planeta. La lanzadera todavía se encontraba a un kilómetro de la superficie cuando chocó con un escudo de energía renovado y estalló. Los fragmentos de metal fueron arrancando chispazos al escudo mientras se deslizaban sobre su superficie.

Silbador gimió una advertencia. La pantalla táctica estaba mostrando múltiples contactos de cazas que surgían de túneles de lanzamiento esparcidos alrededor del perímetro de la cúpula del escudo. También informaba de que aunque el diámetro del escudo no había aumentado, su nivel de energía era un doscientos por ciento superior al de antes, lo cual significaba por lo menos una mitad más del máximo nivel de energía que se había considerado como posible teniendo en cuenta las estimaciones de la potencia de los generadores presentadas durante las reuniones de información. «Todo eso… y además hay cañones iónicos».

—Control, saque de ahí a los transpones ahora mismo —ordenó Wedge.

—Jefe Rebelde, tendrán que enfrentarse a múltiples contactos de cazas. Dos escuadrones, globos oculares y bizcos.

—Los veo, Control. Escuadrón Rebelde, mantengan a los imperiales alejados de las lanzaderas.

Corran meneó la cabeza.

—Siete lanzaderas, dos docenas de imperiales y once ala-X… Oh, sí, esto va a ser coser y cantar.

El quejumbroso gemido de Silbador estuvo más acorde con los auténticos sentimientos de Corran que sus palabras. El corelliano activó su comunicador.

—Grupo Tres, mantengan la formación. Los bizcos vienen hacia nosotros.

—Ooryl los tiene en pantalla, Nueve.

Andoorni dio un informe similar.

—Doce ha adquirido objetivos.

Corran tecleó un gráfico y lo superpuso a la trayectoria de los interceptores que se estaban aproximando. «Vienen hacia nosotros siguiendo una trayectoria considerablemente oblicua. Bueno, que sea su funeral…».

—Grupo Tres, pasen a torpedos protónicos y adquieran un blanco. Si quieren jugar…

Un trío de andanadas iónicas surgió de la superficie del planeta. Una de ellas avanzó hacia el Grupo Tres, atravesando el vector que los bizcos hubieran tenido que estar utilizando para entablar combate con los ala-X. La segunda chocó con el *Emancipador* y se esparció por encima de su casco con la velocidad de un incendio sobre una pradera resecada por el verano. La tercera ascendió hacia una de las lanzaderas, pero nunca llegó a alcanzar su objetivo. Corran vio cómo el haz sufría una ligerísima pérdida de intensidad, como si hubiera chocado con un escudo, pero la bola que produjo al disiparse no dejó tras de sí ni un solo resto.

—Dos, informe.

La petición de Wedge fue respondida por un silencio absoluto.

—Jefe Rebelde, no tenemos ningún contacto con Rebelde Dos.

«Maldición… Peshk acaba de sufrir el impacto de ese haz. Le hemos perdido».

—Acción evasiva a nivel máximo, pilotos. Control, haga bailar a las lanzaderas.

—Grupo Tres, estado de alerta.

La retícula de puntería de Corran pasó al rojo y la nota musical de una fijación de objetivo llenó sus oídos. El corelliano apretó el gatillo y lanzó un torpedo contra uno de los interceptores que se aproximaban a él. Después pasó a los láseres, conectó los cuatro cañones y escogió otro objetivo. Mientras su torpedo alcanzaba el primer blanco, Corran entró en la zona de alcance del segundo y permitió que recibiera toda la potencia de sus cañones láser.

Los destellos producidos por los haces láser al reflejarse contra sus escudos ocultaron los resultados del disparo, pero Silbador le informó de que un interceptor había sido destruido y otro había quedado dañado. En cuestión de segundos Corran dejó atrás la hilera de interceptores, y después tiró de su palanca de control, giró y volvió a lanzarse sobre ellos. Los bizcos, que habían quedado reducidos de ocho a seis, se dividieron en elementos de vuelo y se dispusieron a entablar combate con ala-X solitarios. Mientras dos de los bizcos empezaban a describir un círculo para ir hacia él, Corran invirtió el curso, inició un picado y luego subió y giró para encararse con ellos.

Derivó toda la energía posible a sus escudos delanteros, y después ejecutó un rizo que elevó al ala-X sobre su estabilizador-S de babor. Eso estrechó su perfil y permitió que la primera andanada de haces láser lanzada por los bizcos se perdiera a los lados del caza. En el último segundo posible, Corran seleccionó un torpedo protónico y lo lanzó en lo que casi era un disparo a quemarropa. El corelliano no había llegado a obtener una fijación de objetivo consistente, pero aun así el torpedo chocó con el primer TIE y lo hizo pedazos.

Corran desplazó la palanca de control hacia adelante y atravesó a toda velocidad el centro de una explosión de llamas. Cuando llegó al otro lado vio que había perdido al compañero de ala del interceptor, pero un problema más inmediato enseguida absorbió toda su atención.

—¡Doce, vire a babor inmediatamente!

El ala-X de Andoorni se desvió hacia la izquierda, pero el bizco que había estado siguiendo las emanaciones de sus motores se mantuvo pegado a ella.

—Con más energía, Doce. Suba.

—No puedo hacerlo. He perdido un estabilizador lateral.

—Serpentee, Doce.

La rodiana hizo que su ala-X iniciara la maniobra de tirabuzones, y los primeros disparos de los interceptores fallaron el blanco por una gran distancia. Después la proa de la nave volvió al vector original, y los haces de los bizcos atravesaron los motores. Una cortina de fuego cubrió el lado derecho de la nave, haciendo pedazos los estabilizadores-

S. Un segundo después todo el caza se estremeció y su piel metálica se desprendió del casco. Un estallido de llamas plateadas surgió de la nada para convertir la nave en un sol en miniatura, y después la bola de gases en ebullición se desplomó sobre su propio agujero negro.

Corran vaporizó al asesino de Andoorni. Una parte de su ser quería prorrumpir en vítores para celebrar el haber podido cobrarse venganza en su nombre, pero Corran reprimió aquellas emociones. Dadas las circunstancias, el disfrutar de la muerte de un imperial le estaba tan prohibido como el llorar la muerte de su camarada. Ya habría tiempo para eso más tarde… «si es que hay un más tarde». Cualquier cosa que apartara su atención del trabajo al que tenía que dedicar todos sus recursos y su capacidad le mataría, por lo que Corran expulsó aquellos pensamientos de su mente y se concentró en la batalla que hervía a su alrededor.

—Grupo Tres, la lanzadera *Devoniana* tiene a cuatro interceptores en vectores de entrada.

—Ooryl ha recibido la transmisión, Control. Ooryl los tiene.

—Estoy en su puerta trasera, Diez.

Los interceptores habían alterado su formación para establecer dos grupos, y habían seleccionado una de las lanzaderas de asalto como objetivo. Ooryl colocó su ala-X detrás de la primera pareja y redujo el nivel de impulsión para igualar su velocidad.

—Ooryl va a usar torpedos.

—Apunte bien, Diez, y buena suerte.

Los TIE rompieron la formación y se alejaron en cuatro direcciones distintas.

—Diez, pase a láseres. Deben de tener sistemas de advertencia de las amenazas.

Un caza provisto de ese equipo advertiría al piloto con una luz indicadora cuando otra nave hubiera obtenido una fijación de torpedo sobre él. Llevar a cabo una rápida serie de bruscos virajes permitiría escapar del centrado antes de que el torpedo fuera lanzado. Estaba claro que los pilotos de los interceptores que tenía delante conocían muy bien su oficio. Sólo unos pilotos muy buenos consiguen sobrevivir para llegar a veteranos en los TIE, y uso hacía que aquellos enemigos fuesen mucho mis mortíferos que cualquier otro de los pilotos a los que los ala-X se habían enfrentado hasta aquel momento.

Corran elevó el ala-X sobre los estabilizadores de estribor e inició el largo viraje que lo colocaría detrás de uno de los bizcos. Silbador graznó una nerviosa advertencia sobre otro interceptor que se estaba preparando a fin de colocarse a la cola de Corran, pero el piloto no hizo nada para librarse de la persecución del caza. El corelliano siguió totalmente concentrado en su ataque, comprimiendo el arco de su giro para reducir al máximo la distancia que lo separaba de su objetivo.

Silbador empezó a ponerse todavía más insistente, y Corran sonrió.

—Corta la impulsión.

Mientras el androide obedecía esa orden, Corran dejó caer el pie sobre el pedal derecho del timón. Eso elevó la popa de su nave, una maniobra que introdujo una nueva

corrección en el curso hacia la nave que había delante de él. Además, la treta le proporcionó un ángulo de tiro terriblemente abierto al bizco que le estaba siguiendo.

—Contraimpulsión… ahora.

Silbador volvió a conectar los motores en el mismo instante en que el ala-X completaba su arco de ciento ochenta grados. Los motores empezaron a emitir su impulsión en contra de la trayectoria de vuelo de la nave, con lo que eliminaron de manera muy efectiva su inercia e hicieron que ésta quedara totalmente inmóvil en el espacio durante una fracción de segundo. Por un momento casi impalpable, el ala-X estuvo centrado en las miras del interceptor.

Pero el piloto del interceptor ya había iniciado su giro combinado con viraje para mantener dirigidos sus cañones hacia el punto en el que hubiese debido estar el ala-X. Corran accionó delicadamente el pedal izquierdo e hizo que el morro de su caza se deslizara a lo largo de la trayectoria de vuelo del bizco. Los cuatro cañones láser escupieron dos estallidos de dardos rojos que perforaron el ala de babor y atravesaron la cabina.

El interceptor alcanzado quedó fuera de control e inició una lenta espiral de caída. Más andanadas iónicas procedentes del planeta se abrieron paso a través de los combates individuales. El *Emancipador* sufrió dos impactos más, y el *Mon Valle* también fue alcanzado. Corran no vio que ningún otro caza o lanzadera fuese alcanzado, pero la hilera de verdosos haces láser que surcó su vector de vuelo le impidió seguir prestando atención al nuevo ataque procedente del planeta.

—¡Ooryl ha sido alcanzado!

Corran aumentó la impulsión y lanzó al ala-X hacia adelante y hacia arriba justo a tiempo de ver cómo la nave de su hombre de ala empezaba a hacerse pedazos.

—¡Ooryl!

El ala-X se desintegró. Los módulos motrices salieron despedidos en direcciones distintas para alejarse en un vertiginoso girar y la carlinga estalló en un millón de fragmentos resplandecientes. Corran vio cómo Ooryl salía de la nave alcanzada, y también pudo ver cómo el gandiano agitaba los brazos. Corran se permitió albergar la esperanza de que se tratara de algo más que un puro reflejo casual, y un momento después vio cómo un trozo de los estabilizadores-S del caza atravesaba el brazo derecho del piloto, amputándolo por encima del codo. El cuerpo empezó a dar tumbos por el espacio, pero ése fue el único movimiento que Corran pudo percibir en él.

—Control, Diez se encuentra fuera del vehículo. Haga que alguien baje hasta aquí para recogerle.

—Nueve. *Emancipador* informa de que la zona está demasiado activa para poder llevar a cabo operaciones de rescate.

—Convénzalos, Control.

La voz de Wedge volvió a la frecuencia.

—Control, tengo a Tres y Ocho fuera de sus vehículos. Necesitamos ayuda.

—Estoy en ello, Jefe Rebelde. Se hará.

«Tres y Ocho… ¡Son Nawara y Erisi! Dos muertos y tres más fuera de combate…».

Una nueva voz surgió de los auriculares de Corran.

—Aquí Control a todas las unidades. Buenas noticias: vuestro rescate va está en camino. Malas noticias: tenemos dos escuadrones de bizcos que se aproximan desde el norte planetario; tiempo de llegada estimado, dos minutos. Las lanzaderas se están preparando para saltar al hiperespacio.

Corran contempló cómo las lanzaderas de asalto iniciaban sus aceleraciones para alcanzar la velocidad lumínica. La *Corulag* va se había esfumado, al igual que lo habían hecho los ala-Y, encabezando así la maniobra de huida del desastre. Dos andanadas iónicas se esparcieron sobre el *Mon Valle*, dejándolo paralizado en el espacio. La *Eridain* estaba empezando a moverse y el *Emancipador* ya había iniciado su avance hacia el norte planetario pero, al hacerlo, se había orientado a sí mismo para la entrada en hiperespacio si el almirante Ragab no conseguía decidirse entre el marcharse o luchar.

«Lárgate. No hay ninguna razón para permanecer aquí».

Un estridente silbido de su androide astromecánico hizo que Corran invirtiera su nave y descendiera en picado. Un par de bizcos pasó a toda velocidad junto a él, y un instante después uno estalló cuando Rebelde Cuatro le dio en la cola.

—Gracias, Cuatro.

—Gracias por haber hecho de cebo, Nueve.

Los TIE restantes se alejaron y pusieron rumbo hacia los cazas que se estaban aproximando por encima del casquete polar del planeta.

—¿Los perseguimos, Jefe Rebelde?

—Negativo. Cubran a nuestra gente hasta la recogida.

Corran activó su comunicador.

—Jefe Rebelde, hay dos escuadrones enteros de bizcos contra media docena de nosotros, y eso quiere decir que las cosas van a ponerse bastante feas.

—Si no puede ocuparse de los cuatro que le corresponden, Nueve, yo me encargaré de ellos.

Corran ignoró la pulla de Bror.

—Hagan lo que puedan. Estamos aquí para proteger a los nuestros. —La voz de Wedge contenía una confianza que dio nuevos ánimos a Corran—. Concéntrense en su misión y dejen que el resto se ocupe de sí mismo.

—Control a todas las unidades: tiempo de llegada estimado de los TIE, treinta segundos. El Tres ha sido recuperado.

Corran sonrió, levantó la cabeza y pudo distinguir a lo lejos el blanco casco triangular de la *Prohibido* suspendido en el espacio. El piloto se había aproximado todo lo posible al sitio en el que había estado flotando Nawara Ven, y luego había utilizado un rayo tractor de rescate para introducir al piloto en la esclusa de emergencia del casco.

El corelliano elevó el morro de su ala-X, viró y fue hacia el punto en el que estaba flotando Ooryl.

—Diez está aquí, *Prohibido*.

—Gracias. Nueve. Tengo las coordenadas, y voy hacia allí.

Corran parpadeó. «Ésa es la voz de Tych…».

—Capitán, ¿es usted?

—Culpable, Diez. Tiene cuatro bizcos aproximándose a su posición. Ocúpese de ellos antes de que yo llegue allí, por favor.

—De acuerdo. —Corran se estremeció. Sólo se le ocurría una acción capaz de superar en nivel de estupidez al hecho de que un ala-X se enfrentara a cuatro interceptores, y era que el piloto de una lanzadera desprovista de armamento se internara en una zona de guerra para recoger pilotos. Después una sonrisa fue curvando lentamente sus labios. «Sólo es una estupidez si morimos haciéndolo. Si logramos sobrevivir, es heroísmo»—. Y hoy tengo la ocasión de convertirme en un héroe.

Corran puso la impulsión a toda potencia y derivó la energía de los sistemas láser a sus motores. Eso hizo que su velocidad se acercara al máximo. Ajustando la palanca de control y manejando los pedales con mucha suavidad, hizo que su nave saltara, ondulara y virara. Después pasó el control de armamentos a torpedos e intentó conseguir una fijación en el primer bizco, pero éste enseguida escapó de sus miras.

El caza de Corran pasó a toda velocidad junto a ellos, y dos de los interceptores iniciaron rápidos rizos para perseguirle. Las maniobras los hicieron subir y alejarse a medida que aumentaban la impulsión para igualar la velocidad de su objetivo. Incrementar la velocidad significaba que sus rizos se volverían más anchos de lo que quizá les hubiese gustado. «Pero su superioridad numérica es tan grande que pueden permitirse el lujo de ser un poquito torpes, ¿no?».

Corran redujo la impulsión a la mitad y describió un brusco viraje.

—*Prohibido*, pinte uno con una fijación de proyectiles.

Poniendo la impulsión al máximo, Corran hizo que su nave avanzara a toda velocidad por el vector que le había llevado a través de la formación de bizcos. Uno de los interceptores interrumpió su ataque sobre la lanzadera, por lo que Corran se concentró en el otro. Centró la nave en su retícula de puntería y esperó hasta obtener una fijación de torpedos. Cuando la retícula pasó al rojo, Corran presionó el gatillo y lanzó un torpedo protónico contra el interceptor.

El piloto enemigo ascendió y se desvió hacia estribor, lo que le sacó del arco de fuego delantero de la lanzadera. Esa maniobra le hubiese alejado de cualquier torpedo disparado por la lanzadera, pero el proyectil de Corran sólo tuvo que ejecutar una pequeña corrección del curso para asegurar el impacto. El torpedo se abrió paso a través de la cola del interceptor y estalló, escupiendo chorros de fragmentos metálicos que se expandieron en todas direcciones desde el centro de una nube incandescente.

Sabiendo que estaba abusando de su suerte, Corran viró y se lanzó en pos del interceptor al que la *Prohibido* había conseguido hacer huir. Reduciendo la velocidad, describió un viraje y apareció dentro del arco del rizo del bizco. Un movimiento de su pulgar pasó el control de armamento a los sistemas láser. El bizco empezó a describir virajes y ondulaciones, pero Corran siguió pegado a él.

Silbador graznó una advertencia sobre el regreso de los otros dos interceptores, mas Corran la ignoró. Lanzó una andanada láser y logró que los haces cayeran sobre una de las alas del bizco, pero el enemigo siguió huyendo. Corran derivó más energía hacia sus motores y empezó a reducir la distancia que le separaba del bizco, mas el androide astromecánico seguía dirigiéndole silbidos llenos de insistencia.

La pareja de interceptores se había aproximado hasta quedar a un kilómetro de él, y se hallaba firmemente pegada a su cola.

—Aquí Nueve: no me iría nada mal un poco de ayuda.

—Estoy en ello, Nueve. Diez va en camino. Vire a babor cuando se lo indique.

«¿Diez? Ése es Ooryl, pero no era su voz… ¿Qué está pasando aquí?».

—Ya.

El timón izquierdo primero y una rápida manipulación de los estabilizadores de babor después sacaron a Corran de su trayectoria de vuelo anterior. El corelliano vio cómo unos haces azules salían disparados hacia las naves que le habían estado siguiendo, y durante un momento se sintió totalmente desorientado. Haces azules significaban andanadas de cañones iónicos, pero el planeta había estado detrás de él y no enfrente. Y los cañones iónicos instalados en la superficie nunca hubiesen disparado contra unos TIE, ¿verdad?

—Sus problemas ya están resueltos, Nueve.

Corran viró, y de repente todo empezó a volverse más claro. Los ala-Y del Ala Defensora llegaron en picado y ascendieron a través del combate, disparando contra los interceptores con furioso abandono. Lo que les faltaba en gracia a las lentas naves del Ala Defensora quedaba sobradamente compensado por su potencia de fuego. Su incorporación al combate destruyó o dejó incapacitada a media docena de interceptores.

—¡Están huyendo!

La voz de Salm surgió del comunicador.

—Nada de celebraciones. Con ellos fuera de la zona, los cañones iónicos volverán a abrir fuego.

—*Prohibido* a Control, tengo a todos los pilotos.

—Puede saltar al hiperespacio, *Prohibido*.

Cuatro andanadas iónicas procedentes del planeta subieron hacia los cielos y volvieron a esparcirse sobre el *Mon Valle*. El crucero pesado modificado empezó a desintegrarse. Los módulos de escape salieron despedidos de la sección que circundaba al puente y se alejaron hacia el espacio, mientras que el resto de la nave empezaba a descender lentamente hacia Luna Negra.

—Espero que caiga sobre la instalación.

—Control a todos los cazas: pueden saltar al hiperespacio.

—¿Necesita cobertura la *Eridain* para recuperar los módulos de escape, Control?

—Negativo, Jefe Rebelde: los módulos ya han iniciado sus trayectorias de salida, y los interceptores están volviendo a casa.

—Gracias, Control. —La voz de Wedge parecía estar saturada de cansancio—. Volvemos a la base, chicos.

—Entendido, Jefe Rebelde. —Corran lanzó una última mirada a Luna Negra, y luego dirigió la proa de su caza hacia las estrellas—. Lo que quiere decir en realidad es que la mayoría de nosotros vamos a volver a la base, Silbador. Dos meses de preparación, y en diez minutos el escuadrón ha quedado reducido a la mitad de sus efectivos… Alguien ha cometido errores muy serios aquí, y nuestros amigos han tenido que pagar por ellos. Eso nunca volverá a ocurrir.

27

Corran volvió la cabeza hacia el ventanal del centro de descanso de la base de Noquivzor. Pequeñas colinas y llanuras en las que no había ni un solo árbol rodeaban al edificio, alejándose kilómetros y kilómetros en todas direcciones. Suaves brisas calientes se deslizaban sobre los pastizales dorados y le hacían cosquillas en la nuca. «Si Erisi no estuviera en el centro médico, flotando dentro de un tanque lleno del bacta de mejor calidad que puede llegar a proporcionar su familia, iría a dar un largo paseo con ella y disfrutaría del paisaje. Pero a pesar de que todo esto es muy hermoso, ahora me resulta bastante difícil pensar en disfrutar de cualquier cosa…».

El corelliano se obligó a sonreír cuando un hombre que llevaba el uniforme de la infantería dejó un tazón de lum encima de la mesa delante de él.

—Gracias, teniente.

El recién llegado asintió.

—Llámeme Page.

Corran empujó hacia el teniente la silla que había al otro lado de la mesa.

—¿Para qué es el lum?

—Pues normalmente es para beberlo —dijo Page—. Mi gente y yo estábamos en la *Devoniana*. Usted y su compañero de ala dispersaron a los bizcos que venían hacia nosotros, así que estamos en deuda con ustedes.

El piloto levantó el tazón, tomó un sorbo de la potente cerveza y dejó que su quemadura se deslizara a lo largo de su garganta.

—Le agradezco la bebida, pero también tendrá que invitar a una copa a Ooryl cuando salga de su inmersión en el bacta.

Page asintió.

—Será un placer. ¿Estaba muy grave?

—Perdió la mitad del brazo derecho. El traje se cerró alrededor de la herida y eso evitó que se asfixiara, pero acabó quedando francamente helado. —Corran dejó el tazón cubierto de escarcha sobre la mesa y se estremeció—. El bacta es para la exposición, claro. Todos los pilotos que acabaron fuera de su vehículo están recibiendo el tratamiento, aunque ninguno de ellos se encuentra tan mal como Ooryl. Los androides médicos no saben si podrán colocarle una prótesis. Nunca habían tenido que atender a un gandiano, y no disponen de miembros adecuados para usarlos como sustitutos.

—El Escuadrón Rebelde lo pasó bastante mal.

—Dos pilotos muertos, tres fuera del vehículo y uno que acabó volando herido.

—He oído hablar de él. El shistavaniano, ¿verdad?

—Un tipo muy duro —dijo Corran, y asintió—. Shiel no pensaba presentarse para recibir cuidados médicos, pero Gavin le obligó a ir. El resultado final es que disponemos de dos tercios de los efectivos, pero sólo si conseguimos encontrar ala-X para sustituir a los que perdimos. Si no, nos quedamos por debajo del cincuenta por ciento.

El oficial de infantería recorrió con la mirada el concurrido interior del pabellón, y después se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—La misión ya era un auténtico cebo para vaporizadores antes de que Kre'fey ordenara que los ala-Y volviesen a casa.

—¿En serio? —El piloto clavó la mirada en el tazón—. Un segundo antes de que los cañones hicieran pedazos a la *Modaran* se me ocurrió pensar que el que los cañones no hubieran disparado hasta entonces no significaba que no pudieran hacerlo.

—Creo que eso ya se nos había ocurrido a todos salvo al general Kre'fey. Estaba ciego a esa posibilidad. —Page meneó la cabeza—. Todos sabíamos que quería tomar Luna Negra para que el Consejo le otorgara el mando de la invasión de Coruscant. Dentro de tres semanas la órbita de ese planeta hará que atraviese la lluvia anual de meteoritos, y yo quería utilizar esa lluvia como cobertura para que mis comandos llevaran a cabo un reconocimiento de superficie de la base. Hubiéramos acabado con esos cañones iónicos.

—Eso tiene sentido. ¿Y por qué Kre'fey no lo aprobó?

—La única luna del planeta, y me refiero a la Luna Negra que le ha proporcionado su nombre de código al sistema, se habría interpuesto en nuestro vector de entrada y de salida. Hubiese actuado como un crucero Interdictor natural, lo cual vuelve las cosas mucho más peligrosas.

Corran se encogió de hombros.

—Los cañones iónicos ya las volvieron lo suficientemente peligrosas, gracias.

—No me diga. —Page sonrió—. Hubiéramos acabado con ellos, créame. Y también hubiésemos descubierto la existencia de la base utilizada por esos escuadrones de bizcos que se añadieron al combate durante la última fase de la batalla.

—Los bothanos ni siquiera sabían que estuvieran ahí.

El teniente de infantería torció el gesto.

—Y hubieran debido saberlo, porque son unos auténticos expertos en el arte de infiltrarse en las redes de comunicaciones imperiales.

—Pues esta vez nos fallaron. —Corran titubeó al ocurrírsele una idea—. O puede que los registros correspondientes a esas fuerzas no formen parte de los expedientes de la guarnición oficial.

Page frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando estaba en la Fuerza de Seguridad de Corellia participé en un barrido de los cuarteles generales de una contrabandista. Esa mujer era muy lista y siempre se había mantenido lo más lejos posible de los almacenes de brillestim, por lo que no podíamos acusarla de nada. Pero esa vez encontramos un par de kilos de brillestim en un almacén de su propiedad. La contrabandista dijo que no sabía nada y nos acusó de haberlos colocado allí, y al final acabó resultando que realmente no sabía nada. Uno de sus ayudantes había estado robando pequeñas cantidades de brillestim de los envíos y las había escondido allí hasta que consiguiera encontrar una forma de venderlo por su cuenta.

—¿Me está diciendo que el Imperio no sabe que esos interceptores estaban ahí?

—Para los contables imperiales, un escuadrón sólo es un error de redondeo. —Corran se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa—. Y los bothanos no sabían absolutamente nada sobre cualquiera que fuese la fuente de energía que utilizaron para volver a levantar los escudos y reforzarlos después de que los hubiéramos derribado, ¿verdad? Quienquiera que esté a cargo del sitio donde se encuentra Luna Negra podría estar dirigiendo cierta operación particular y querer que sus superiores imperiales no sepan nada sobre ella.

Page asintió lentamente.

—Los datos sobre la operación encubierta permanecen ocultos incluso para los imperiales, por lo que los bothanos no tenían ninguna forma de descubrir su existencia.

—No sin poner los pies en la superficie.

—Teníamos datos de inteligencia sobre el espectro de luz visible de la galaxia, pero los infrarrojos y los ultravioletas nos despistaron. —Page golpeó suavemente el tablero de plastiacero con los nudillos—. Si nos hubieran proporcionado todos los datos de fondo necesarios sobre Luna Negra, quizá habríamos podido formarnos una cierta idea de cuál era la información que realmente necesitábamos.

—Comprendo la necesidad de mantener un nivel lo más elevado posible de seguridad operacional… pero ya puede apostar a que la auténtica situación de Luna Negra no será desclasificada hasta que todos llevemos unos cuantos años muertos.

Page asintió.

—Aun así, las simulaciones de un ataque sólo son tan fiables como las bases de datos a partir de las que han sido estructuradas. Un fallo de inteligencia hace que la gente muera.

Corran se pasó una mano por la cara.

—Bueno, ahora ya tenemos una cierta idea de qué es lo que no sabemos sobre Luna Negra. Hay un mínimo de dos escuadrones de bizcos y un generador, escondidos en algún lugar de ese mundo… y alguien los mantiene escondidos tanto a nuestros ojos como a los de los oficiales imperiales.

—La información de los ficheros de exploración imperial es claramente inútil.

—Cierto. Y por lo tanto eso significa que… —El delicado trino musical del comunicador que había encima de la mesa interrumpió el comentario de Corran. El corelliano lo cogió y abrió el canal—. Aquí Horn.

—Aquí Emetrés, señor.

—¿Le ocurre algo a Ooryl?

—No, señor.

—¿Es que Erisi va a salir del bacta?

—No, señor.

Corran frunció el ceño.

—¿Y entonces por qué me llamas?

—Señor, el caso es que Silbador me pidió que le informara de que ya ha completado los cálculos de las corrientes de viento que le había solicitado.

—¿Corrientes de viento?

—En Luna Negra, señor. Dijo que había descubierto algunas cosas muy interesantes.

—Estaremos allí dentro de un segundo. Fin de la transmisión. —Corran alzó la mirada hacia Page—. Puede que sea el equivalente a levantar los escudos después de que hayan bombardeado la base, pero realmente quiero saber algo más sobre el mundo del que acabamos de tener que huir. ¿Y usted?

—Tenía amigos a bordo de la *Modaran*. No me gustó nada verlos morir.

—Bien, pues vamos. —Corran le dirigió una rápida sonrisa—. Tal vez, y sólo tal vez, consigamos encontrar una manera de volver y hacer que esos imperiales lo paguen muy caro.

**

Wedge no estaba seguro de haber oído bien al general Salm.

—¿Acaba de decir que quizá sea una suerte que no consiguiéramos tomar Luna Negra?

Salm asintió lentamente y señaló el cuaderno de datos que había encima de su escritorio con una copa que contenía coñac abrax de color azul pálido.

—Inteligencia nos ha informado de que el Destructor Estelar de la clase Imperial-II *Eviscerador* salió del sistema de Venjagga siguiendo un curso que lo habría llevado a Luna Negra unas seis horas después de que iniciáramos nuestra operación. Sus seis escuadrones de cazas TIE constituyen una fuerza perfectamente capaz de enfrentarse a nuestros cazas, y el *Eviscerador* hubiese hecho pedazos al *Emancipador*. Lo más probable es que hubiéramos perdido nuestra fuerza de ataque y Luna Negra.

El corelliano se quedó boquiabierto.

—¿La misión hubiese tenido que enfrentarse a un Estelar Imperial-Doble situado a seis horas del objetivo? ¿Cómo ha podido llegar a ocurrir eso?

—No lo sé. Corazón de Hielo ha estado trasladando ciertos recursos de un lado a otro, y algunos almirantes tienden a enviarlos todavía más lejos para escapar a su control. Es posible que el *Eviscerador* fuera desplazado al azar.

Wedge frunció el ceño.

—O Corazón de Hielo supo adivinar dónde era más probable que atacáramos.

—O… —Salm contempló a Wedge por encima del borde de su copa—. O alguien le dijo a Corazón de Hielo dónde íbamos a hacer acto de presencia.

—Tycho sabía tan poco sobre nuestro destino como el resto de nosotros… y después estuvo ahí fuera, rescatando pilotos extravehiculares sin disponer de cañones láser o torpedos para defenderse.

Salm alzó una mano abierta.

—Calma, comandante, calma… No estaba acusando a su oficial ejecutivo. No confío en él, pero sé que esta vez era totalmente inocente.

—¿Repasó las grabaciones de los monitores de Tycho?

—Repasé las de todo el mundo. El número de llamadas fue demasiado elevado para mi gusto, pero no había nada incriminatorio. Yo no sabía adónde íbamos antes de que

despegáramos, así que doy por sentado que nadie más lo sabía, pero siempre hay filtraciones. —El general dejó su copa de coñac encima del escritorio y después fue hasta el pequeño bar instalado en uno de los ángulos de su alojamiento—. ¿Le apetece beber algo, comandante Antilles?

—Preferiría que me llamara Wedge.

Salm pareció reflexionar durante unos momentos, y después acabó asintiendo.

—Muy bien, Wedge. ¿Una copa?

—¿Cuántos años tiene el abrax?

Salm sonrió.

—No lo sé. Mi ayudante lo consiguió en el mercado negro, así que sus conjeturas son tan válidas como las mías. Pero la botella tiene los hologramas impositivos de la Antigua República.

Wedge se encogió de hombros.

—Bien, en ese caso correré el riesgo… y gracias.

El general Salm le sirvió una generosa dosis del líquido color aguamarina.

—Siéntese, por favor.

El mobiliario de los alojamientos del general era tan espartano como el de los de Wedge, con cajas de munición y viejos sillones eyectores constituyendo los mejores objetos disponibles para usar en calidad de mesas y asientos. El armarito de los licores de Salm consistía en el estuche de plastiacero de un casco provisto de inserciones de espuma para mantener a salvo las copas y un par de botellas. Wedge reclamó uno de los sillones de eyección y alzó su copa de coñac.

—Y también debo agradecerle que acudiese en nuestro rescate ahí fuera.

—El Ala Defensora paga sus deudas.

Los dos hombres hicieron entrechocar suavemente sus copas y bebieron. Los potentes vapores del licor abrieron la totalidad de los pasajes nasales de Wedge. El corelliano permitió que el charquito de líquido permaneciera sobre su lengua durante unos momentos más, y luego lo tragó. Un delicado centro de calor apareció en su estómago, y empezó a desplegar lentas ondulaciones para ir disipando una parte de la fatiga acumulada en sus miembros.

El general se inclinó hacia adelante y curvó los dedos de ambas manos alrededor de la copa.

—Quiero preguntarle qué tiene intención de incluir en su informe acerca de lo que hice ahí fuera.

Wedge no intentó ocultar su sorpresa.

—Salvó mi unidad, general. He pensado que quizá podría recomendar que le tuvieran en cuenta para la concesión de la Cruz Corelliana. No soy su oficial superior y eso significa que no puedo presentar directamente su candidatura, pero…

Salm meneó la cabeza.

—No estoy hablando de eso.

—¿De qué está hablando entonces?

La frente de Salm se llenó de arrugas.

—Desobedecí una orden directa de salir del sistema.

Wedge parpadeó, sintiéndose cada vez más confuso.

—Si hubiera vuelto al *Mon Valle,* toda su ala habría sido aniquilada.

—Ahora lo sabemos, pero cuando se emitió la orden no lo sabíamos. —Salm hizo girar el coñac dentro de su copa—. El general Kre'fey y yo hemos tenido unos cuantos enfrentamientos, y puede que usted ya lo haya deducido a partir de lo que ocurrió en la reunión. Cuando Kre'fey me ordenó que me fuera, pensé que quería robarme todo el mérito por la operación. Inicié un vector de salida del sistema, pero me acerqué lo suficiente al *Emancipador* para poder alegar que su masa nos impedía efectuar el salto a la velocidad lumínica. No quería marcharme y la proximidad del Destructor Estelar me proporcionaba una excelente excusa, pero las transmisiones de datos efectuadas por los ordenadores de a bordo revelarán la verdad.

—Y eso le colocó en una posición que permitía que el *Emancipador* le protegiera tanto de los sensores de superficie como de los bizcos que venían hacia nosotros. —Wedge se encogió de hombros—. Si me hubieran dado esa orden y se me hubiese ocurrido que ese truco podía permitirme seguir en la zona, es justamente lo que habría hecho.

—Ya lo sé. —Salm se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro—. Ése es el problema, comandante Antilles: lo que hice es exactamente lo que usted hubiese hecho.

—Y dio resultado.

—EI que diera resultado carece de importancia. No soy usted, ¿comprende? Mi gente no es su gente. —El rostro de Salm se convirtió en una máscara de frustración—. Lo único que mantiene con vida a mi gente cuando sale al espacio es la rígida observancia de la disciplina, y esa disciplina es aprendida a través de ejercicios de adiestramiento meticulosamente estructurados que los convierten en una unidad. Mi gente carece del talento natural que tanto abunda en su escuadrón, pero compensamos esa falta sabiendo cubrirnos los unos a los otros y vigilándonos las espaldas mutuamente.

—Tal como hizo con mi gente.

—Sí, lo hice… pero para ello tuve que desobedecer la orden emitida por un oficial superior. Y usted tendrá que explicarlo de esa manera en su informe.

Wedge meneó la cabeza.

—No quiero ver cómo le castigan por hacer algo totalmente lógico y correcto.

—Pero es que no puede evitarlo, Wedge. Puede excusar una acción de alguno de sus pilotos, pero sólo Ackbar y el Alto Mando pueden perdonarme por este acto de motín. —Salm acabó de vaciar su copa—. Así pues, no se conforme con entregarle uno de sus mini informes habituales al almirante… y cuéntele todo lo que ocurrió.

—¿Cómo, y fingir que lo comprendo? —Wedge apoyó la espalda en el acolchado del sillón—. Los interceptores surgieron de la nada, y de repente la base utilizó mucha más energía de lo que hubiera tenido que ser posible incluso en el peor de los escenarios. Si el *Eviscerador* hubiese aparecido de repente y hubiera lanzado dos alas de cazas a la batalla,

hubiéramos perdido todas nuestras naves. Con el Destructor Estelar-II en el área Luna Negra no caerá, naturalmente.

—Probablemente tenga razón, aunque la presencia de un Destructor Estelar-II no constituye un obstáculo insuperable. —Salm se sirvió un poco más de coñac—. Cuando se quedan sin sus cazas, esas naves son vulnerables a la EAT.

Wedge rechazó la oferta de volverle a llenar la copa y sonrió. La EAT era la abreviatura que la jerga de la Alianza empleaba para referirse a la Enfermedad del Ataque de Trinchera, la táctica que había destruido a la primera Estrella de la Muerte. El Imperio había desarrollado las fragatas de la clase Lancero para evitar que la EAT acabara con sus grandes navíos de combate. Los ataques llevados a cabo por los cazas habían demostrado ser relativamente insignificantes a la hora de causar daños a los Destructores Estelares, pero la EAT era muy temida por los oficiales imperiales y éstos hacían cuanto estaba en sus manos para protegerse de ella.

—Oh, estupendo. Saldré al espacio con mi media docena de pilotos y vaporizaremos a los cazas del *Eviscerador* para que usted pueda acercarse tranquilamente y administrarle una dosis de EAT.

—Me encantaría, comandante, pero el Alto Mando querrá hacer un montón de preguntas acerca de Luna Negra y escuchar las respuestas correspondientes antes de que se inicien más operaciones en ese sector del espacio.

El avisador de la puerta emitió una suave nota musical, pero antes de que Salm pudiera decir nada el panel se retrajo y Corran Horn entró a toda pisa, seguido muy de cerca por un teniente de infantería.

—No se lo va a creer, comandante…

La radiante sonrisa que había estado iluminando el rostro de Corran murió en cuanto vio a Salm.

Los dos hombres se pusieron firmes.

—Perdone, general, pero…

—Descansen, tenientes. —Salm entrelazó las manos detrás de la espalda—. ¿Qué significa esto?

La mirada de Corran fue de Wedge a Salm para acabar volviendo a Wedge.

—Emetrés acaba de informarme de que el comandante Antilles se encontraba aquí, señor. No mencionó que éstos fueran sus alojamientos, general.

Salm miró a Wedge.

—¿Sus oficiales entran en su alojamiento sin haber recibido una invitación previa?

—Hasta el momento nunca lo han hecho. Quizá debería empezar a utilizar un poco de esa disciplina de la que me estaba hablando antes, general Salm. —Wedge se levantó y fulminó a Corran con la mirada—. ¿Trae noticias sobre nuestros compatriotas ingresados en la unidad médica?

—No, señor.

Wedge ya se había dado cuenta de que Corran estaba ardiendo en deseos de hablar, y comprendió que el piloto corelliano no podría seguir conteniéndose durante mucho tiempo.

—Más le vale que se trate de algo realmente bueno, señor Horn.

—Sí, señor. —Corran volvió la mirada hacia Salm—. Con el permiso del general…

Salm asintió.

—Adelante.

La sonrisa de Corran volvió a florecer.

—Si realmente queremos conquistarla, Luna Negra es nuestra.

—¿Qué?

El joven oficial corelliano asintió.

—Silbador, mi androide astromecánico, recogió muchos datos mientras estábamos ahí fuera y ha estado pasándolos por los programas que usábamos en la Fuerza de Seguridad de Corellia para analizar las bases de los contrabandistas y saber dónde podíamos encontrarlos.

El rostro se Salm se endureció.

—Estamos hablando de una base imperial, no del escondite de algún bandido.

Page meneó la cabeza.

—Discúlpeme, señor, pero el androide ha descubierto un montón de paralelismos con las bases de los contrabandistas, y eso nos proporciona algunas opciones nuevas. Silbador también indicó la situación de Luna Negra a partir de una carta estelar, y está obteniendo muchos más datos de los que nos proporcionaron en nuestras reuniones. Luna Negra puede caer.

Wedge meneó la cabeza.

—Buen trabajo, caballeros, pero ahí fuera hay un Destructor Estelar Mark II de la clase Imperial que debemos incluir en el escenario. Y eso lo cambia todo, ¿verdad?

Salm alzó una mano.

—Quizá no, comandante.

—¿No?

No del todo. —Salm se cruzó de brazos—. ¿Quién más está al corriente de esta información aparte de ustedes dos, tenientes?

Horn reflexionó durante unos segundos antes de responder.

—Que yo sepa, sólo la conocemos Page, mi R2, la unidad 3PO y yo mismo.

—Quiero que confirme ese hecho. A partir de ahora se encuentran bajo juramento de mantener en secreto dicha información. Si cualquiera de esos datos llega a ser conocido por alguien más, tendrá que empezar a llevar a cabo misiones en solitario contra las fortalezas de los ssi-ruuk. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

Wedge sonrió.

—Me parece que eso es toda una muestra de clemencia por su parte, ¿no, señor?

—Tal vez lo sea, pero creo que ahora saben que hablo en serio. —Los labios de Salm se curvaron en una sonrisa llena de confianza y determinación—. Bien, caballeros, vamos a ver qué es lo que han descubierto… Luna Negra fue elegida como el mejor paso que podíamos dar para echar a andar por el camino que lleva a Coruscant. A menos que no quede otro remedio, no hay ninguna razón por la que debamos renunciar a ese objetivo.

28

Kirtan Loor alzó una mano para protegerse los ojos de la pequeña tormenta de polvo causada por las toberas de descenso de la lanzadera. La *Sifario* descendió en un aterrizaje impecable, con sus luces de descenso creando parpadeos estroboscópicos en el anochecer de Borleia. El zumbido de los motores llenó el aire, ocultando los sonidos de la pasarela que estaba surgiendo de la quilla de la nave.

El agente de inteligencia volvió la cabeza hacia el general Derricote, que acababa de subir el tramo de peldaños de la plataforma de descenso, y le sonrió.

—¿Ha venido a despedirme? Me siento muy honrado.

Derricote le devolvió la sonrisa.

—Su presencia aquí no me ha resultado tan insoportable como tal vez se esté imaginando, agente Loor. —El general le alargó una botella—. Un recuerdo de su visita.

Kirtan la aceptó.

—Whisky corelliano… y Reserva de Whyren, nada menos. —Examinó el tapón y el holograma impositivo—. Parece auténtico. ¿Lo es, o pretende envenenarme y eliminar así a alguien que podría acabar creándole problemas?

Derricote extendió las manos.

—Si quiere abrirlo y beber un sorbo, le acompañaré. Es auténtico, y altamente costoso, pero cuento con ciertas conexiones que han hecho que me resultara posible obtenerlo. Ah, y no está envenenado porque se lo entrego en señal de agradecimiento. Si usted no hubiera venido aquí, los rebeldes quizá me habrían pillado desprevenido. Creo que el resultado final hubiera sido bastante parecido al que presenciamos, pero… Bueno, nunca se sabe. El que haya utilizado las influencias de que dispone para transferir un escuadrón de cazas estelares TIE del *Eviscerador* hasta que mis cazas puedan ser sustituidos también se merece un cierto agradecimiento.

La franqueza del general dejó un poco sorprendido a Kirtan.

—¿No cree que el que me hayan ordenado volver al Centro Imperial supone una amenaza para su pequeña operación secreta?

Derricote se encogió de hombros.

—Soy demasiado realista para imaginar que podría mantenerla en secreto eternamente. Confío en que utilizará lo que sabe acerca de ella en beneficio propio, lo cual debería significar que no seré sacrificado meramente porque sí. Esta operación tiene su utilidad, evidentemente. De hecho, me inclino a pensar que Ysanne Isard tal vez la considere más valiosa que cualquier lección que pueda proporcionar a otras personas destruyéndonos a ella y a mí. —Los ojos de Derricote se endurecieron—. Y además, si realmente le considerase una amenaza… bueno, en ese caso habría muerto durante el ataque rebelde.

«No lo dudo», pensó Kirtan mientras asentía lentamente.

—Acepto su regalo con el mismo espíritu con el que ha sido ofrecido.

«Pero haré que lo analicen antes de tomar el primer trago…».

—También espero que sepa enfocar esta invitación desde el punto de vista del espíritu con el que es ofrecida. —Derricote extendió los brazos como si quisiera abarcar el planeta entero—. El Imperio ha muerto. No sé qué surgirá para sustituirlo, pero el Núcleo se irá calentando poco a poco y el Centro Imperial acabará asándose vivo. Los rebeldes, los señores de la guerra. Cualquiera de ellos podría encargarse del trabajo. El viejo Borleias ya ha pasado por su prueba de fuego, y yo seguiré aquí cuando el Centro Imperial ya no exista. Si necesita un refugio cuando todo empiece a derrumbarse, recuerde que estoy aquí.

Kirtan irguió la cabeza.

—Gracias, general. No le olvidaré, créame… Espero que no tenga que utilizar su invitación, pero en caso de que deba terminar recurriendo a ella, ahora ya sé dónde encontrarle.

—Que tenga un buen viaje al Centro Imperial, agente Loor.

Kirtan alzó la botella en un gesto de saludo.

—Hasta que volvamos a vernos.

**

Wedge estaba sintiendo un aleteo de nerviosa impaciencia en el estómago que no había vuelto a experimentar desde los días de Endor. Volvió la mirada hacia el general Salm, que estaba sentado al otro lado de la mesa de reuniones y tenía los ojos cerrados y asentía para sí mismo mientras ensayaba lo que le iba a decir al almirante Ackbar. El plan que habían trazado a lo largo de la semana podía dar resultado, pero era arriesgado y altamente dependiente del tiempo.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y Ackbar cruzó el umbral. Dirigió una inclinación de cabeza a los dos hombres y después ocupó el asiento situado en la cabecera de la mesa ovalada.

—¿Qué es lo que han tramado, señores?

Salm sonrió y pulsó unas cuantas teclas en su cuaderno de datos. El pequeño aparato envió información al disco de proyección holográfica instalado en el centro de la mesa, y un panorama estelar empezó a relucir y a girar lentamente por encima de ella.

—Hemos encontrado una forma de tomar Luna Negra.

El mon calamariano se recostó en su asiento.

—No recuerdo que se les haya dicho a qué mundo corresponde ese nombre en código.

Wedge meneó la cabeza.

—No se nos ha dicho. Tal como estipulaban las órdenes, las coordenadas fueron introducidas en todos nuestros androides astromecánicos y ordenadores de navegación antes de la operación y fueron borradas después. Infortunadamente para la seguridad operacional, uno de los androides astromecánicos de mi unidad dispone de un paquete especial de circuitos forenses y de investigación criminal. Ese sistema va recopilando pruebas y evidencias y, en este caso, el material acumulado incluía una carta estelar del área.

Un leve temblor recorrió las espinas faciales de Ackbar.

—Habrá que hacer algo para corregir esa situación.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, almirante —dijo Salm—, pero ese androide del escuadrón del comandante Antilles nos ha proporcionado una información preciosa que deja muy claro por qué fuimos derrotados y cómo podemos tomar Borleias.

—Y hay más, señor. —Wedge señaló el panorama estelar—. Ordenador, aísla la tríada.

El panorama estelar creció y las estrellas fueron desapareciendo de los bordes de la imagen. Tres estrellas empezaron a brillar con más intensidad en el centro, y delicadas líneas verdes surgieron de la nada para unirlas. Una pequeña flecha que apuntaba hacia abajo en el punto inferior del triángulo indicaba la dirección que había que seguir para llegar al Núcleo y a Coruscant.

—Estos tres sistemas son, por orden descendente, Mirit, Venjagga y Pyria. El del centro, Venjagga, está siendo utilizado como base de operaciones por el *Eviscerador*. El navío emplea Jagga-Dos como base, y se encuentra allí para proteger las instalaciones de producción de cohetes de alta potencia explosiva. El nivel de producción está considerado como pequeño para los patrones imperiales, pero el hecho de que ese mundo esté produciendo dichos cohetes lo hace digno de ser protegido.

Salm señaló el sistema situado más arriba, el que se encontraba al final de una línea prácticamente recta iniciada en Borleias.

—Ord Mirit se encuentra en el sistema de Mirit. El Imperio abandonó esa base poco después de la batalla de Endor, y trasladó a la guarnición a Corellia para que contribuyera a defender sus astilleros. En realidad, Ord Mirit se encuentra demasiado lejos de cualquier cosa verdaderamente sustancial desde nuestro punto de vista para que pueda ser utilizado en calidad de base, tal como hemos hecho con Ord Pardron. Aun así, forma parte del sector que se le ha encomendado defender al *Eviscerador*.

»Y finalmente tenemos Borleias. —Salm presionó un botón de su cuaderno de datos, y el panorama estelar se disolvió para ser sustituido por la imagen del planeta—. Cuando estuvimos allí, descubrimos que las estimaciones del nivel de generación de energía efectuadas para el planeta se habían quedado cortas por un mínimo de la mitad y dos escuadrones de cazas, formados nada menos que por interceptores, aparecieron sin ninguna advertencia previa. Todos los datos acerca del planeta de que disponíamos habían sido robados de los archivos imperiales por los descifradores bothanos. Desgraciadamente para nosotros, dicha información era incompleta.

Wedge asintió.

—Lo que hicimos fue retroceder en el tiempo y consultar viejos ficheros sobre Borleias, y esos datos nos proporcionaron las respuestas a preguntas que nunca llegaron a formularse antes de la primera operación. Antes de que el Imperio existiera, Biótica de Alderaan estableció un centro de investigaciones en el otro lado del planeta. Dicho complejo incluía una central generadora geotérmica y un espaciopuerto local. Todo se encontraba situado en la parte norte del planeta, por lo que las instalaciones fueron

construidas en el subsuelo a fin de evitar las complicaciones que hubiese ocasionado la dureza de los inviernos. Localizar todas esas estructuras desde el espacio hubiese requerido llevar a cabo una serie de exámenes sensores del planeta.

—Lo que dice el comandante Antilles es totalmente cierto, señor… y el esfuerzo necesario para localizar esas bases desde el espacio hubiese revelado nuestro interés por el planeta al Imperio.

El mon calamariano recibió el comentario de Salm con una inclinación de cabeza.

—¿Y por qué no había ninguna información sobre ese sitio en los archivos imperiales, general?

—La instalación fue clausurada hace años. Sospechamos que el actual comandante de la base, Evir Derricote, volvió a abrirla y que la ha estado utilizando para producir artículos, principalmente alimenticios, que luego son vendidos a la población refugiada de Alderaan a través del mercado negro. Como mínimo sus superiores imperiales considerarían que eso supone proporcionar ayuda y consuelo al enemigo, por lo que el ocultarles la existencia de las instalaciones parece la solución más lógica.

—¿Sospechan que esas instalaciones y su generador fueron la fuente de la energía utilizada para reforzar los escudos de la base?

—Sí, señor. —Wedge señaló una línea roja que unía la base militar con el complejo biótico—. Un túnel de un kilómetro y cuarto de longitud une los dos grupos de instalaciones, conectándolas por debajo de la superficie del planeta. Existe un valle en el que un conducto de ferrocreto une el túnel de un lado a otro. Ése es el punto débil: el generador está enterrado a tal profundidad que los torpedos protónicos no podrían afectado, y si tenemos intención de adueñarnos del planeta entonces resulta evidente que el destruirlo no tendría ningún sentido.

Ackbar asintió, y después se acarició el labio inferior con la punta de una mano-aleta.

—Si cortan la conexión con la base militar, nos devuelven a las estimaciones originales de las defensas obtenidas por los bothanos. Si volvemos a enviar nuestras naves al objetivo, deberíamos ser capaces de derribar los escudos tal como hicimos antes. Podríamos tomar la base, pero después el *Eviscerador* aparecería y la destruiría.

Salm meneó la cabeza.

—No si el *Eviscerador* llega demasiado tarde. Nuestro plan consiste en llevar a cabo una finta en Jagga-Dos. El *Emancipador* y el *Liberador* entran en el sistema, utilizando un vector que los llevará al perímetro exterior del pozo gravitatorio creado por el séptimo planeta, un gigante gaseoso. Despliegan mi Ala Defensora y otra ala de cazas, igualando así la dotación de cazas de que dispone el *Eviscerador*. El *Eviscerador* desplegará sus cazas y, protegido por su pantalla, avanzará para entablar combate con nuestros navíos.

»Incluso a velocidad máxima, harán falta dos horas para que nuestras naves puedan entablar combate. Nuestros cazas no estarán viajando a la velocidad máxima, y nuestros Destructores Estelares estarán retrocediendo. El *Eviscerador* creerá que estamos huyendo ante su aproximación o, como mínimo, que tratamos de evitar el tener que combatir. Cuando el *Eviscerador* llegue a la posición intrasistémica que le permitiría entablar

combate, nuestros navíos pasarán a la velocidad lumínica. Los Destructores Estelares pondrán rumbo hacia Ord Mirit, mientras que los cazas se dirigirán hacia Borleias. Su posición dentro del sistema y la presencia de planetas que actuarán como cruceros lnterdictores naturales harán que el *Eviscerador* no pueda seguir inmediatamente a nuestros Destructores.

Ackbar entrecerró los ojos.

—Y entonces el *Eviscerador* pondrá rumbo hacia Borleias.

—¿Sin sus cazas? —Salm meneó la cabeza—. Los TIE no pueden entrar en el hiperespacio por sí solos de la manera en que sí pueden hacerlo nuestros cazas. Tendrán que ser recuperados, y eso exigirá cierto tiempo. Borleias puede defenderse, y además resultará obvio que la finta llevada a cabo en el sistema de Venjagga pretende mantener alejado de Ord Mirit al *Eviscerador*.

El almirante le lanzó una mirada impenetrable.

—¿Y qué razón podría tener el capitán del *Eviscerador* para llegar a creer que había algo de valor en Ord Mirit?

Wedge sonrió.

—Hemos pensado que algunos de los descifradores bothanos estarán dispuestos a hacer lo que sea con tal de borrar su error. Queremos que entren en las redes imperiales y que introduzcan información capaz de sugerir que una instalación, anteriormente secreta y que acaba de ser descubierta en Ord Mirit, quizá contenga la clave que podría permitir localizar la flota Katana.

Apenas vio el efecto que sus palabras habían tenido sobre Ackbar, Wedge sintió cómo un escalofrío helado descendía por su columna vertebral. Hubo un tiempo en el que la flota Katana había sido totalmente real, pero ya se había convertido en una leyenda antes de que empezaran las Guerras Clónicas. Formada por más de cien navíos conectados por circuitos esclavos, la flota entró en el hiperespacio y nunca volvió a ser vista. Con el Imperio desmoronándose, la posesión de esa flota convertiría a su poseedor en el auténtico gran poder de la galaxia. Si la Alianza lograba dar con ella, la Nueva República se volvería invencible. Si era encontrada por un oficial imperial, verían nacer a un nuevo Emperador.

—Ningún oficial que esté en su sano juicio creerá que la flota Katana pueda ser encontrada. —La boca de Ackbar se abrió para formar una sonrisa—. Pero ningún oficial que esté en su sano juicio puede permitirse rechazar la posibilidad de que pueda ser encontrada. El *Eviscerador* tendría que ir a Ord Mirit y Ord Mirit se encuentra a… ¿a doce horas de Borleias yendo a velocidad de flanqueo, quizá?

—Añada las cuatro horas necesarias para ir desde Venjagga hasta Ord Mirit, y disponemos de un mínimo de dieciséis horas para tomar Borleias. —Wedge asintió solemnemente—. El inicio de la incursión contra Borleias será muy sencillo. El Escuadrón Rebelde llega y destruye el conducto. Esperarnos que nuestra aparición y nuestra retirada atraigan una considerable cantidad de atención, porque mientras estemos combatiendo el teniente Page y sus comandos, así como varias unidades similares más,

utilizarán el conducto para entrar en la base de Borleias y dejarla incapacitada. También atacarán el espaciopuerto de la estación de biótica. Si lo hacen todo bien, los pilotos de los TIE enviados para detenernos no se enterarán de que la propiedad ha cambiado de manos hasta que vuelvan a casa. En cuanto los comandos hayan logrado acceder a sus objetivos, mi gente se irá.

—La llegada de mi Ala Defensora y de los otros cazas de Venjagga proporcionará una distracción lo suficientemente grande a la base de Borleias para que la gente de Page pueda tomar el control rápidamente, sin necesidad de dañar nada de cuanto utilizaremos posteriormente para defender la base.

Las espinas faciales de Ackbar temblaron de manera casi imperceptible.

—Este regreso a Luna Negra exigirá adoptar unas medidas de seguridad realmente excepcionales.

—Sí, señor, pero contamos con ciertas ventajas en ese terreno. La luna se encuentra en tal posición que obstruye nuestra ruta de escape, por lo que Derricote no se imaginará que vayamos a volver. Estamos preparando un paquete simulador que oculta la identidad de nuestro objetivo. El vuelo sobre la superficie lunar será disfrazado como la travesía de un campo de asteroides, lo cual hará que nuestra gente crea que vamos a atacar un planeta rodeado de anillos. —Wedge sonrió—. Esta vez nuestros pilotos no sabrán adónde van a ir, pero por lo menos sí sabrán con qué van a encontrarse cuando lleguen allí. El mon calamariano asintió.

—Tendrá que ocultar su situación a su oficial ejecutivo.

—Lo sé, y él también lo sabe. No forma parte de la operación, por lo que ha aceptado esa ignorancia forzosa.

El mon calamariano se levantó.

—Creo que es un buen plan, y todavía puede ser mejorado. Pero hay una cosa que me preocupa, comandante Antilles. Es algo que tiene que ver con su Escuadrón Rebelde y con los comandos.

—¿Sí, señor?

—Si las operaciones son iniciadas de manera simultánea, y debo suponer que así será para impedir que una posible alarma dada por el *Eviscerador* no coloque a Borleias en un estado de alerta máxima a tiempo de echar a perder todos sus esfuerzos, transcurrirán como mínimo cuatro horas antes de que podamos hacer llegar más contingentes a Borleias. Los sistemas de apoyo vital de un traje de vuelo disponen de energía para tres horas, y eso significa que quien quede a la deriva en el espacio morirá.

—Lo sé, señor.

—¿Y su gente lo sabe?

Wedge meneó la cabeza.

—Pero lo sabrán antes de despegar. Cuento con seis naves en condiciones de operar, así que la misión será de naturaleza voluntaria.

—Y terriblemente arriesgada. —El almirante Ackbar asintió con lenta solemnidad—. Volvamos a repasar el plan para estar totalmente seguros de que los beneficios justifican

su probable coste. Me parece que ahora ya podría convencer al Consejo Provisional de que lo aprobara, pero unas cuantas modificaciones asegurarán dicha aprobación. Y si las cosas van bien, el camino hacia Coruscant por fin quedará abierto para nosotros…

29

Corran mantenía el rostro medio escondido detrás de la mano derecha, y sólo se atrevía a contemplar el holograma flotante del mundo mítico de Phenaru Primera con el ojo izquierdo. Aparte de la adición de un anillo de asteroides y un océano allí donde estaba el continente del sur, y de algunos ajustes en los perfiles costeros, era exactamente igual a Borleias. El mundo proyectado por el ordenador giraba lentamente por encima del cilindro en el pozo de la sala de reuniones de los pilotos. Tenía un aspecto tranquilo y casi apacible, especialmente sin las superposiciones de las corrientes de aire que Silbador acostumbraba a proyectar sobre él.

«Pero por muy apacible que parezca, no es el sitio en el que quiero morir…», pensó Corran.

Wedge prosiguió con su exposición.

—Nuestro objetivo es un conducto de ferrocreto de aproximadamente cuatro metros de diámetro y cuarenta metros de longitud. Está reforzado, y dispone de cables de suspensión que ayudan a sostener su peso. Un solo torpedo protónico debería bastar para destruirlo, pero no estamos muy seguros de hasta qué punto aparecerá con claridad en los ordenadores de puntería. Suponiendo que consigamos obtener una fijación de blanco para hacer el disparo, probablemente habrá que efectuarlo a una distancia muy reducida.

Nawara Ven se acarició lentamente el extremo de una de sus colas cefálicas.

—¿Meterse por ese valle tan estrecho y acertarle a algo que tiene un tercio del tamaño de un ala-X, y eso sin poder contar con la ayuda de un ordenador de puntería? No puede hacerse.

Gavin meneó la cabeza.

—Eso no es nada. En el Cañón del Mendigo…

El joven se apresuró a callarse en cuanto Wedge le dirigió un enarcamiento de ceja.

—Creo que ningún piloto procedente de Tatooine ha pensado jamás que una misión pudiera ser realmente difícil de llevar a cabo, especialmente cuando la misión consiste en volar por el interior de un cañón.

—Bueno, señor… Realmente el objetivo no es tan, tan pequeño, ¿verdad?

Corran se echó a reír.

—Par de metros más o menos, el objetivo tiene el tamaño de un hutt acostado. Y además, el conducto probablemente podrá moverse bastante más deprisa que un hutt.

Incluso Wedge celebró el comentario con una carcajada, pero Corran sabía que la reacción de hilaridad general no se debía al más bien escaso humor que contenían sus palabras. Todos los presentes en la sala —los nueve pilotos del Escuadrón Rebelde que seguían con vida y Tycho Celchu— sabían que la misión que les estaban presentando era muy difícil. El origen de las carcajadas había que buscarlo en la tensión nerviosa que producía el mirar a la muerte cara a cara, y en el hecho de saber que la muerte era la que tenía más probabilidades de salir vencedora en aquella nueva partida.

—El auténtico problema de esta misión es el tiempo de que dispondremos sobre el objetivo —dijo—. Vamos a utilizar una lluvia de meteoros como cobertura para nuestra inserción en la atmósfera. Eso significa que tendremos que maniobrar a través de los asteroides tanto para llegar a Phenaru como para salir de allí. También tendremos que recorrer un vector bastante largo hasta que nos sea posible alcanzar la velocidad lumínica, a fin de poder ejecutar el salto que nos sacará del pozo gravitatorio. Todo eso significa que dispondremos de algo así como media hora encima del objetivo. Si consumimos demasiado tiempo y demasiado combustible combatiendo con el enemigo, entonces nunca saldremos de allí.

Bror Jace se rascó el inicio de barba de un rubio casi blanquecino que cubría su mentón.

—Eso supone unos márgenes de maniobra realmente muy estrechos, ¿verdad? El recorrido por el valle debería consumir una tercera parte de ese tiempo. Si sólo seis de nosotros vamos a ir, eso equivale a una pasada por cada elemento de vuelo.

—Jace tiene razón, comandante. —Rhysati frunció el ceño—. ¿No podríamos disponer de algunos depósitos de combustible auxiliares para nuestros T-65?

Wedge volvió la mirada hacia Emetrés, que permanecía inmóvil en un rincón de la sala.

—Según la última comprobación llevada a cabo sobre nuestro inventario no disponíamos de ninguno, y una consulta al sistema de peticiones de la Alianza indica que hay un montón de solicitudes pendientes de ser atendidas en la lista de espera. Eso es lo que dijiste, ¿verdad, Emetrés?

—Sí, señor. —El androide levantó una mano e inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero ahora disponemos de unos cuantos, señor.

—¿Qué estás diciendo? —Wedge frunció el ceño—. Creí entender que habías dejado muy claro que el solicitarlos sólo serviría para perder el tiempo.

—Cierto, señor. —El androide llevó a cabo un encogimiento de hombros que no tenía nada de mecánico, y que consistió básicamente en hacer que su cabeza subiera y bajara sobre su cuello—. Vi que los necesitábamos, así que me los agencié.

—¿Te los «agenciaste»?

—Costaron un par de las armaduras de las tropas de asalto que todavía nos quedaban de Talasea, el equipo para climas fríos que no estamos utilizando en Noquivzor, y unas cuantas piezas sueltas y sistemas de repuesto para los que hay muy poca demanda.

El comandante del escuadrón contempló en silencio al androide durante unos momentos.

—¿Cuántos depósitos has conseguido? —preguntó por fin.

—Media docena.

Wedge meneó la cabeza.

—¿Y sólo conseguiste seis depósitos de combustible auxiliares a cambio de todo eso?

—Señor, cuando se interna obtener mercancía utilizando esa clase de métodos puedes conseguirla rápidamente, en buen estado o barata… pero sólo tienes derecho a elegir dos

de esas opciones. —La cabeza en forma de concha del androide volvió a su posición habitual—. Los depósitos se encuentran aquí, y Zraïi ya está preparado para instalarlos en las naves. Además, los está equipando con un dispositivo de eyección rápido para que los pilotos puedan lanzarlos al espacio en cuanto hayan quedado vacíos. Tal acción les librará de tener que cargar con un cierto peso muerto cuando se estén enfrentando con los bizcos, y esos depósitos auxiliares aumentarán en un cincuenta por ciento el tiempo que podrán pasar encima del objetivo.

Cuarenta y cinco minutos sonaban como una eternidad, y en algunos aspectos lo eran. Dentro de una atmósfera los motores consumían mucho más combustible que en el espacio debido a la fricción y la resistencia del aire. Como cazas, los ala-X eran bastante superiores a los TIE en un combate atmosférico, pero los dos escuadrones de TIE estacionados en la superficie proporcionaban una superioridad numérica de cuatro a uno al enemigo. «Las probabilidades estarán en nuestra contra, y ya agotamos todas las reservas de suerte durante nuestra visita anterior a Luna Negra…».

Rhysati levantó una mano.

—¿Y ese valle dispone de alguna clase de defensas?

Wedge meneó la cabeza.

—Que nosotros sepamos no, pero es posible que haya unas cuantas. Quien entre el primero tendrá que ir con mucho cuidado. Es muy improbable que la primera pasada consiga quedarse con el gran premio.

—No me cuesta nada creerlo. —Corran se rascó la nuca—. ¿Qué va a hacer la gente de Page? ¿Descenderán mientras estamos llevando a cabo nuestras pasadas?

—Suponiendo que fueran a hacerlo, teniente, la respuesta a esa pregunta estaría considerada como alto secreto. —Wedge titubeó durante un momento, y después asintió—. Pero es el curso de acción que parece más lógico, ¿verdad? De todas maneras, si alguno de nosotros tiene que quedarse allí, entonces… Bueno, el caso es que lo pasará francamente mal, porque tanto el combustible como la suerte se le habrán terminado antes de que se inicie el ataque para el que se nos ha encargado llevar a cabo los trabajos de preparación.

Bror Jace asintió lentamente.

—Es una misión suicida.

—No, y eso es precisamente lo único que no quiero que sea. Todos los hechos disponibles indican que va a ser una misión muy peligrosa. —Wedge entrelazó las manos—. Tenemos seis naves y ocho pilotos. Lo siento, Ooryl pero me temo que hasta que no dispongas de una prótesis adecuada no puedo considerarte lo suficientemente recuperado como para tomar parte en esta misión.

El compañero de ala de Corran se hundió un poco más en su asiento. Los androides médicos habían provisto al gandiano de un extraño artilugio que recubría su muñón con lo que parecía —y olía— como un puchero de bacta hirviendo. Debajo de él, un rudimentario brazo protésico terminaba en unas pinzas que se abrían y cerraban.

—Qrygg presenta disculpas por el fracaso de Qrygg.

—Entendemos tus sentimientos, Ooryl. —Wedge se cruzó de brazos—. Tres de vosotros pueden volar, pero no disponen de nave. El ala-X de Lujayne se encuentra en condiciones de volar. Si todos os ofrecéis voluntarios para esta misión, elegiré a uno de vosotros al azar para que pilote esa nave. Si alguien más no quiere ir, recurriré a vosotros. ¿Todos queréis ir?

Los tres pilotos asintieron.

—Efectúa una elección aleatoria, Emetrés —ordenó Wedge.

El androide emitió un suave zumbido.

—Nawara Ven —dijo después.

Shiel soltó un gruñido, y Erisi le dirigió un encogimiento de hombros a Rhysati.

Wedge sonrió.

—Bienvenido a bordo, señor Ven. Volará con el señor Jace, suponiendo que él se ofrezca como voluntario.

El thyferrano le lanzó una rápida mirada de soslayo a Erisi y después sonrió.

—Será un gran placer para mí contribuir a la gloria del pueblo thyferrano como representante suyo en esta misión.

—En cuanto a usted, señor Darklighter, le recuerdo que esto no es el Cañón del Mendigo…

—Ya lo sé, señor. Es más grande, y no vamos a ir ahí para divertirnos. —Los labios de Gavin se curvaron en una lenta sonrisa—. Quiero tomar parte.

Wedge volvió la cabeza hacia Rhysati.

—Y usted, Ynt…

—Alguien tiene que aportar un poco de variedad al club de los muchachos, ¿no?

Wedge se volvió hacia Corran.

—¿Hace falta que se lo pregunte?

—¿Quiere saber si estoy dispuesto a ir a un planeta dominado por el enemigo en el cual tendré que volar a través de una especie de zanja creada por la erosión para destruir una cañería de alcantarillado mediante un torpedo protónico mientras los interceptores zumban a mi alrededor, debiendo hacer todo eso sin ninguna esperanza de ser rescatado en el caso de que cometa algún error?

—Eso es exactamente lo que quiero saber —replicó Wedge en un tono lleno de gélida calina.

Corran sintió un extraño sabor amargo en la boca, y notó que se le formaba un nudo en el estómago. A pesar de las protestas de Gavin, Nawara Ven estaba en lo cierto: aquella misión era totalmente imposible. Llevar a cabo alguna de las hazañas mencionadas quizá fuera posible, pero ejecutarlas todas obligaría a los pilotos a dar el máximo de sí mismos. El que alguno fracasara era inevitable, y lo único que todavía no estaba claro era cuántos y quiénes fracasarían.

Todos lo sabían. Lo sabían tan bien como él, y aun así todos se habían ofrecido voluntarios sin pensárselo dos veces. La misión tenía que ser llevada a cabo, y la llevarían a cabo. No se trataba de una cuestión de supervivencia, sino de cuál era la mejor

forma de asegurar el éxito de la misión. Todos habían decidido que eran capaces de hacer lo que se les pedía, y finalmente le había tocado el turno a Corran de llegar a la misma conclusión.

—Un enemigo abrumadoramente superior en número, un objetivo difícil, escasas probabilidades de supervivencia… La típica misión para el Escuadrón Rebelde, ¿eh? —Corran asintió—. Iré, pero con una condición.

—Tome parte en la misión o quédese aquí, señor Horn, pero no habrá acuerdos especiales.

—Pues entonces véalo como una consideración táctica. —Corran se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas—. Seré el primero en entrar en el valle.

Wedge meneó la cabeza.

—Esa posición ya se encuentra ocupada.

—Necesita un hombre de ala, comandante. —Corran señaló a los otros pilotos con el pulgar—. Ellos han tenido ocasión de adquirir una cierta práctica en el uso de la telemetría obtenida por otra nave para llevar a cabo una misión, y yo no. Haremos la primera trayectoria juntos.

Wedge apartó la mirada de su rostro durante unos momentos, y después sus ojos volvieron a clavarse en Corran.

—Me alegro de tenerle con nosotros, señor Horn. Shiel, Dlarit: trabajarán con el capitán Celchu, y se encargarán de servirnos de oposición mientras llevamos a cabo las prácticas con el simulador. Tendrán que hacer cuanto puedan para matarnos antes de que partamos. Si no consiguen acabar con nosotros… bueno, en ese caso quizá consigamos regresar para agradecerles todos sus esfuerzos.

30

Corran se apoyó en el simulador y le dirigió una tenue sonrisa a Wedge Antilles.

—Esta vez lo hemos conseguido, jefe, pero por los pelos.

—Ese último tramo es muy difícil. La única manera de salvarlo es mediante un descenso de frenada, pero luego nivelar la nave para lanzar el torpedo resulta realmente complicado.

El joven teniente corelliano asintió. La única vez que había intentado tomar la última curva hacia el objetivo utilizando el timón y deslizándose alrededor de ella, su ala-X acabó estrellándose contra uno de los muros del desfiladero. Hacer ese viraje y escapar de la colisión requería una manipulación muy delicada de los niveles de impulsión y de la palanca de control. Corran era capaz de llevarla a cabo, pero cuando consiguió salir de la curva y recuperar el control de su nave, ya había dejado atrás el objetivo.

—La idea de subir a la entrada de esa última curva y bajar en una especie de vuelo planeado me gusta bastante, pero eso podría atraer a algunos de los TIE que el chico del bacta está iluminando.

—Estoy de acuerdo en que subir y salir del valle para evitar el tener que pasar por esa última curva probablemente sea la forma más sencilla de enfrentarse al problema, pero si vamos los primeros es precisamente para proporcionar a los demás los datos que necesitarán cuando tengan que hacer sus pasadas. Después el señor Jace y el señor Ven decidirán si quieren subir para evitarse esa última curva o si quieren ir a través del valle.

Bror Jace salió de detrás de la esquina del simulador de vuelo de Corran en compañía de su hombre de ala.

—Creo que prefiero el valle, a menos que nuestras disponibilidades de combustible sean más bajas de lo esperado debido a los combates que hayamos tenido que librar.

Corran le guiñó el ojo.

—No te preocupes. Los mantendremos alejados de ti mientras te introduces en el túnel.

—Haré lo que debo hacer.

El twi'lek puso una mano sobre el hombro de Bror.

—Haremos lo que debemos hacer.

Wedge sonrió.

—Únicamente porque nuestros impactos aproximados se encargarán de debilitar la estructura y les pondrán las cosas un poco más fáciles.

—Por supuesto, comandante. —Bror miró a Corran—. Incluso los disparos que no consigan aproximarse al objetivo deberán ionizar la atmósfera y causar ciertos daños.

El teniente corelliano se apartó del simulador.

—La última vez que miré, descubrí que le había acertado a más blancos que tú.

Gavin y Rhysati se unieron al grupo.

—Si no fuera porque estoy cumpliendo con mi parte del trato, Corran ya estaría ganando vuestra pequeña competición, Bror.

El thyferrano desdeñó ese comentario con un gesto de la mano.

—Corran cuenta con una victoria más que yo. Si esta simulación es mínimamente precisa, eclipsaré su marca por tres victorias.

—¿Y eso quiere decir que la competición va a convenirse en un mano a mano entre tú y yo?

Bror bajó la mirada hacia Corran.

—Sólo tú y yo, el uno contra el otro… Tal como ha sido siempre, ¿verdad?

Wedge se interpuso entre ellos.

—Tengan un poco de calma, caballeros, y permítanme que les recuerde dos cosas. En primer lugar, Gavin cuenta con el mejor nivel de aciertos en lo referente a darle al túnel, lo cual significa que la segunda unidad no lo ha hecho tan bien. Y además, nuestro objetivo es ese túnel y no todos los globos oculares y bizcos que revolotean a su alrededor. —El comandante puso una mano sobre el hombro de cada piloto—. No he intentado poner fin a esta competición porque no hay forma humana de impedir que intenten obtener las mejores puntuaciones posibles. Eso les ha proporcionado un estímulo competitivo que resulta muy beneficioso, ya que ninguno de los dos ha permitido que el otro se dejara llevar por la complacencia o el aburrimiento. Un piloto aburrido termina cayendo en el exceso de confianza y el descuido, y no tarda en acabar muerto. Y, a pesar de que he planificado y promovido esta misión tan enormemente difícil, no quiero ver morir a ninguno de nosotros.

Wedge retrocedió un paso y se cruzó de brazos, y durante una fracción de segundo pareció tener muchos más años de los veintisiete que tenía en realidad. Corran vio ese cansancio como las huellas dactilares dejadas por la muerte. «La muerte nunca ha conseguido alcanzar a Wedge, pero ha llegado a estar lo suficientemente cerca de él para dejarle unas cuantas señales… Estoy seguro de que hay una pesadilla para cada piloto que el Escuadrón Rebelde ha perdido, y apuesto a que nuestro comandante pasa por todas ellas con mucha más regularidad de lo que le gustaría».

El comandante del escuadrón consiguió obligar a sus labios a que formaran una sonrisa.

—Cuando les di la bienvenida a este escuadrón por primera vez, les dije que la mayoría de pilotos muere durante una de sus primeras cinco misiones. En las primeras tres tuvimos muchísima suerte, pero después todas las deudas pendientes que habíamos contraído con el azar fueron reclamadas de repente en Luna Negra. Si echamos un vistazo a las cifras, enseguida veremos que no hay ninguna razón para suponer que las cosas vayan a irnos mejor esta vez.

Corran asintió e intentó reprimir el escalofrío helado que estaba recorriendo su columna vertebral. En la primera misión habían dispuesto de once cazas para enfrentarse a los cazas de Luna Negra. Pero de repente tuvieron que enfrentarse a dos escuadrones, y probablemente esta vez tendrían que enfrentarse a una oposición igual de poderosa. Los mejores pilotos del Escuadrón Rebelde tomarían parte en la misión, desde luego, pero las

consideraciones de combustible limitarían su capacidad para actuar al máximo de su capacidad.

—Quiero que sepan que he volado con los mejores pilotos de los que dispone la Alianza. Luke, Biggs, Porkins, Janson, Tycho… Sí, he volado con todos ellos. No siento su falta. No vamos a enfrentarnos con una Estrella de la Muerte, y esta misión no se halla envuelta por esa aureola de urgencia. Eso se debe a que por aquel entonces estábamos luchando por la mismísima supervivencia de la Rebelión.

»Pero en realidad esta misión es tan importante como lo fueron esos dos ataques contra las Estrellas de la Muerte. —Wedge clavó la mirada en sus manos, y después volvió a levantar los ojos—. Esta vez estamos luchando por el futuro de la Rebelión y el de todas las personas que quieren verse libres del Imperio. Eso constituye una meta mucho menos inmediata que aquella por la que luchábamos en los viejos tiempos, pero en muchos aspectos es una meta enormemente más noble.

Corran no pudo evitar sonreír. La indefinible sensación de duda y catástrofe inminente que había estado royendo su mente no desapareció, pero perdió una gran parte de su intensidad. Las palabras de Wedge habían conseguido robarle mucha fuerza. El miedo y la inseguridad eran problemas centrados en sí mismo, pero su misión giraría alrededor de otros. Corran haría que el futuro fuese un poco más luminoso para gente como Iella Wessiri y su esposo, y Gus Bastra y su familia. «E incluso para tipos como Toberas Terri…».

La repentina comprensión de que aquel golpe asestado al Imperio le facilitaría considerablemente la vida a la clase de criminales a los que él, su padre y su abuelo habían perseguido en el pasado no podía empañar el evidente atractivo de la misión. Corran nunca había creído en el mito del «bandido virtuoso» en el que tanto le gustaba envolverse a la mayoría de los criminales: despojar de sus riquezas a los ricos para repartirlas entre los pobres era una pauta de conducta que solía ser pregonada en voz muy alta, pero el corelliano jamás había visto ni una sola evidencia de que realmente existiera. Aun así, tampoco podía negar la contribución que hombres como Han Solo o Miran Terrik habían hecho a la Rebelión. ¿Y cómo se podía comparar el mal menor de un hutt con el mal gigantesco de un gobierno capaz de concebir, construir y utilizar armas que podían destruir planetas?

«Si logramos taponar el origen del manantial del mal, resultará mucho más fácil secar todos los charcos y las pequeñas lagunas que ha ido dejando tras de si…».

Wedge miró a los pilotos.

—Esta misión no va a ser nada sencilla, pero sé que podemos llevarla a cabo.

—Si fuera sencilla, no sería una misión para el Escuadrón Rebelde —dijo Corran, dirigiéndole una inclinación de cabeza.

—Y si no se la hubieran encomendado al Escuadrón Rebelde —añadió Bror—, no existiría ni una sola posibilidad de que pudiera ser llevada a cabo.

—Si el ego pudiera proporcionar energía a los escudos de un caza, el señor Bror sería realmente invencible. —Wedge meneó la cabeza—. Disponen de doce horas antes de que

tengan que subir a sus naves. Nada de beber, y les recomiendo que intenten dormir un rato. Por obvias razones de seguridad no podrán usar la red holográfica, pero si quieren grabar unos cuantos mensajes para sus amigos o su familia y dejárselos a Emetrés, él se ocupará de que sean enviados en el caso de que llegara a ocurrir lo peor. Ya pueden irse, y les veré a las ocho.

—Estaremos allí, comandante —dijo Corran, dirigiéndole un rápido saludo—. Y más nerviosos que un engendro sithiano al ver el resplandor de la espada de luz de un Jedi, pero listos para enfrentarnos a todo lo que el Imperio pueda lanzar contra nosotros…

**

Wedge contempló alejarse a sus pilotos y vio que tanto Shiel como Erisi se unían a ellos. Después se volvió hacia Tycho y le sonrió.

—Lo del simulador ha sido toda una exhibición. Pero si ese depósito inferior no me hubiera frenado durante la subida, jamás habrías conseguido liquidarme.

El piloto alderaaniano se encogió de hombros.

—La quinta vez siempre acaba conviniéndose en un auténtico amuleto de la suerte.

Wedge señaló con un dedo al grupo de pilotos que se iba alejando de ellos.

—¿Nunca te parecen unos críos que no deberían andar metidos en este tipo de cosas?

—Oh, Gavin sí y Ooryl también, pero en su caso es debido a la clase de vida extremadamente aislada que han llevado. Los demás sólo nos entregan un año o dos.

—Ya lo sé, pero casi parece como si la muerte del Emperador hubiera supuesto el final de una era. Todos se unieron a nosotros después del establecimiento de la Nueva República, ¿verdad? Antes de que eso ocurriera, no éramos más que unos fuera de la ley que se enfrentaban al gobierno legítimo. Ahora somos un movimiento que le está devolviendo la libertad a un número incontable de planetas. —Wedge meneó la cabeza—. A veces pienso que se han unido a nosotros únicamente por el atractivo romántico que envuelve al hecho de que la Rebelión le asestara un golpe mortal al Imperio. Acabamos con Darth Vader, matamos al Emperador y destruimos las Estrellas de la Muerte.

Tycho se apartó un mechón de cabellos castaños de la frente.

—Espero que tu mente no esté avanzando hacia la idea de que realmente no saben en qué se van a meter, Wedge. Me parece que recuerdo haber escuchado esa misma especulación sobre los pilotos que acababan de incorporarse al escuadrón antes de Endor, y fue justo entonces cuando tuviste ocasión de presenciar la destrucción de la primera Estrella de la Muerte como lo que marcó el final de toda una época.

Un torrente de recuerdos volvió a la cabeza de Wedge.

—Sí, supongo que ése era justo el tipo de cosas que pensaba entonces… Pero la situación era distinta.

—No, no lo era. Oye, Wedge, ninguno de nosotros ha pasado por todas las experiencias que tú has llegado a vivir. Me uní al escuadrón después de Yavin y eso quiere decir que llevo mucho tiempo aquí, pero para mí Biggs, Porkins y los demás sólo son leyendas. En cambio para ti son recuerdos… amigos a los que perdiste. —Tycho

deslizó un brazo sobre los hombros de Wedge—. Esos tipos también han perdido amigos. Todos saben que las probabilidades de sobrevivir a esta misión son…

Wedge alzó una mano.

—No me vengas con eso de las probabilidades. Ya sabes que los corellianos no soportamos tener que oír hablar de las probabilidades.

—Y ésa es la razón por la que hay tantos corellianos dispuestos a jugar al sabacc.

—Y por la que tantos de nosotros formamos parte de la Rebelión.

Los dos se echaron a reír y Wedge sintió cómo una gran parte de su tensión empezaba a disiparse. Mientras se secaba las lágrimas que la risa había hecho afluir a sus ojos, vio que una teniente del servicio de seguridad de la Alianza venía hacia ellos.

—¿Sí, teniente?

—Disculpe la intromisión, señor, pero quería recordarle al capitán Celchu que sólo puede entrar en esta zona cuando esté tomando parte en un ejercicio.

—No pasa nada, teniente. El capitán Celchu está conmigo.

—Sí, señor. —La teniente lanzó una mirada llena de preocupación a la entrada—. Esperaré ahí fuera.

—Enseguida me reuniré con usted, teniente.

Wedge frunció el ceño.

—Asumo personalmente cualquier posible responsabilidad en todo lo referente al capitán Celchu, teniente. Puede irse.

—Señor, mis órdenes proceden del general Salm y…

—Ya lo sé. Puede presentar una protesta oficial ante él.

—Sí, señor.

Wedge alzó la mirada y vio que Tycho estaba frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —Volvió los ojos hacia la teniente, que ya se estaba alejando, y luego miró nuevamente a su amigo—. ¿Has establecido alguna clase de relación con ella? ¿Acabo de romper algo?

Tycho meneó la cabeza.

—Oh, no se trata de nada de eso. La teniente es una chica muy agradable y pasó varios años en Alderaan, así que podemos hablar de sitios que nunca volveremos a ver. Y además trabaja con dos hombres alistados, uno de los cuales me vigila continuamente. Confieso que la encuentro interesante, pero no estoy dispuesto a iniciar una nueva relación sin saber si la antigua ha tocado a su fin o todavía sigue en pie.

—Puedo entenderlo, desde luego.

Wedge todavía se acordaba de la mujer de la que Tycho se había enamorado hacía un par de años. Aquella mujer trabajaba en el departamento de suministros y aprovisionamiento de la Alianza, y se pasaba la mayor parte del tiempo llevando a cabo misiones secretas y dirigiendo operaciones en mundos enemigos para «liberar» materiales en poder del Imperio. La importancia de su trabajo y su naturaleza altamente delicada hacían que averiguar acerca de ella a través de los servicios de inteligencia fuese

totalmente imposible, y la peculiar situación de Tycho incrementaba ese nivel de dificultad en todo un orden de magnitud.

Tycho incrustó un dedo en el pecho de Wedge.

—Me parece que estás cambiando de tema para evitar hablar del verdadero motivo que ha originado tu pregunta anterior.

Wedge enarcó una ceja.

—Oh. ¿Y cuál es el auténtico motivo?

—Temes estar empezando a volverte un poco demasiado viejo para lo que siempre nos hemos dicho a nosotros mismos que es un juego reservado a los jóvenes.

—Si eso es lo que crees, estás tan hecho un lío como un gamorreano colocado entre dos jarras de lum llenas hasta el borde. —El corelliano frunció el ceño—. En primer lugar, eres un año más viejo que yo.

—Nueve meses.

—Lo cual se acerca bastante a un año, amigo mío.

—Cierto, pero los años no son la única forma de medir el paso del tiempo. —Tycho extendió la mano, y las puntas de sus dedos rozaron la insignia de rango adherida al cuello del traje de vuelo de Wedge—. Eres comandante, ¿no? Antes de que renunciara a su rango, Luke había llegado a general. Han Solo y Lando Calrissian son generales. La mayoría de los oficiales que llevan tanto tiempo con la Alianza como tú ya son coroneles… y eso como mínimo.

—Y tú sólo eres capitán, Tycho.

—Y si Salm tiene algo que decir al respecto, nunca iré más allá.

—Bueno, pues yo tuve derecho a decir lo que pensaba acerca de mi rango y ahora me encuentro muy a gusto donde estoy. Me gusta dirigir un escuadrón.

—Ya lo sé. —El alderaaniano se encogió de hombros y cruzó los brazos delante de su pecho—. Pero no puedes evitar preguntarte si rechazar todos esos ascensos realmente era la decisión correcta.

—Eso es verdad. —Wedge alzó la mirada hacia su amigo—. Bien, ¿soy demasiado viejo para esto?

—Wedge, durante los últimos cuatro meses me he enfrentado a todos y cada uno de los chicos que tomarán parte en esta misión… y los he derribado. Tú has hecho exactamente lo mismo, ¿no? —Tycho permitió que una risita ahogada surgiera de las profundidades de su garganta—. Si eres demasiado viejo para esto, creo que la Nueva República haría bien dándose por vencida ahora mismo. Dejando aparte el que un escuadrón de Caballeros Jedi llamara a nuestras puertas para unirse a nosotros, eres lo mejor de que disponemos. Eso tal vez no te impresione, pero ahí fuera hay muchos pilotos imperiales que se pasan la noche en vela porque tienen miedo de soñar contigo.

31

Corran sonrió cuando Erisi se unió al grupo.

—Lo hiciste bastante bien en el simulador, Erisi.

—Tratar de derribarte hizo que me sintiera un poco rara.

—Pon un poco más de énfasis en el «tratar» —dijo Bror, dirigiéndole una sonrisa de depredador—. Tuviste tan poco éxito en tu intento como lo tendrán ellos mañana.

Nawara Ven fulminó con la mirada a su hombre de ala.

—Si has encontrado una forma de alimentar tus escudos con las energías de tu ego, desearía que la compartieras conmigo. Rhysati meneó la cabeza.

—Bastará con que le pidas que expanda sus escudos para que nos cubran a todos. Tiene reservas de ego más que suficientes para poder hacerlo.

Bror se volvió hacia Corran.

—¿No te parece que los maullidos de nuestros inferiores están empezando a volverse un poco pesados?

Corran no pudo evitar quedarse boquiabierto durante unos segundos. No estaba muy seguro de qué le sorprendía más, si la forma en que Bror había rebajado a los demás o el hecho de verse repentinamente ascendido al grupo de sus iguales.

—Yo no los llamaría «maullidos», y no los considero inferiores a nosotros. Todo el mundo se ha esforzado muchísimo y ha tenido que pasar por pruebas muy duras. Gavin y yo hemos sido heridos, al igual que Shiel, y sólo tú y Rhysati habéis conseguido evitar sufrir daños personales o que los sufrieran vuestras naves. Quizá hayamos acumulado unas cuantas victorias más que ellos, pero el tiempo acabará eliminando esa pequeña ventaja inicial.

El thyferrano puso cara pensativa durante unos momentos, y luego asintió.

—Es algo que considerar, ciertamente. Y con mi comentario no pretendía insultaros a ninguno, aunque resulta obvio que ha sido tomado como un tanto despectivo. Os respeto a todos y creo que todos sois capaces de mucho más. Me honrará poder volar con vosotros mañana.

—Y aprovechando la ocasión de unirme a esa despedida… —Nawara Ven saludó a sus compañeros con una inclinación de cabeza, permitiendo que sus colas cefálicas se extendieran sobre sus hombros—. Os veré a todos mañana por la mañana.

—Un momento. —Rhysati extendió la mano hacia él—. Yo también me iré. Dormid un poco, porque nos va a hacer falta.

Gavin sonrió, y luego se desperezó y bostezó.

—Quiero grabar un mensaje para mis padres. Biggs nunca tuvo ocasión de hacerlo, y el tío Uff nunca se lo perdonó.

Corran le guiñó el ojo.

—Harás que se sientan orgullosos de ti, Gavin.

Bror le hizo una pequeña reverencia.

—Yo también grabaré un mensaje para mis padres.

Todos se fueron, dejando a Corran a solas con Erisi.

—Bien…

—Exacto, Corran. —Erisi extendió el brazo y le tomó la mano izquierda—. Ojalá pudiera ir contigo mañana.

—Nos gustaría poder contar con tu ayuda. —Corran permitió que Erisi tirase suavemente de él hacia los alojamientos que compartía con Rhysati—. Pero tal como están saliendo las cosas, quizá debas considerarte afortunada por no ir.

—No digas eso. —Erisi bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro, y una lágrima se formó en su ojo derecho—. Sobrevivir a esta misión aquí será bastante peor que morir en ella. Si la misión fracasa, si no volvéis… Bueno, en ese caso no podré evitar preguntarme si mi presencia hubiese podido contribuir a cambiar el curso de los acontecimientos.

—Morir ahí fuera quizá resulte menos agotador en el aspecto emocional, pero no creo que estemos ante el menor de dos males.

Erisi se limpió la lágrima con la yema de un dedo.

—Tienes razón, por supuesto, y yo estoy siendo muy egoísta porque… —Se interrumpió y volvió el rostro hacia él—. ¿No te molesta un poco que ni siquiera conozcas el nombre del mundo en el que puedes morir?

«Bueno, de hecho conozco el nombre… Wedge y yo somos los únicos que lo conocemos, aunque no creo que eso haga que esta misión sea más fácil».

—Si quieres que te sea sincero, Erisi, la verdad es que no he pensado demasiado en ello. Los imperiales estacionados en ese sitio quieren verme muerto, y yo tampoco tengo muchas ganas de querer hacerme amigo suyo. El lugar en el que acabemos enfrentándonos no tiene excesiva importancia para mí.

—Pues para mí sí la tiene. —Erisi echó a andar de nuevo, y su mano ascendió hasta la parte interior del codo de Corran para guiarle hacia adelante—. Si las cosas van mal, he pensado que iría a ver ese sitio o que me aseguraría de que erigiesen un monumento conmemorativo. Incluso…

Y entonces se le quebró la voz de repente, y Corran sintió cómo un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Eh, Erisi, todo va a ir estupendamente. ¿Te acuerdas de que el comandante nos advirtió de que nunca conseguiríamos llegar a superar en heroísmo a todos los que ya han muerto en acto de servicio formando parte del Escuadrón Rebelde?

—Sí —resopló Erisi.

—Bien, pues estaba equivocado. Podemos ser más grandes, pero sólo viviendo más tiempo y haciendo las cosas mejor de lo que jamás consiguieron llegar a hacerlas ellos. Tal como estaba diciendo el comandante Antilles hace un rato, en esos días luchaban por la supervivencia. Nosotros estamos luchando por el futuro. Si hacemos bien esto, Biggs y el resto no serán recordados como los héroes más grandes del Escuadrón Rebelde, sino como los predecesores de los héroes más grandes del Escuadrón Rebelde. —Corran le

dirigió una gran sonrisa—. Mis planes incluyen seguir por aquí para conseguir que esa predicción se convierta en realidad.

Erisi también sonrió, pero las comisuras de sus labios estaban temblando.

—Y probablemente lo hagas, Corran. Espero que así sea. Ojalá supiera hacia dónde vais a poner rumbo… ¿Es que no sientes ni la más mínima curiosidad?

—Puede que para mis memorias… Oh, claro que sí. —Corran extendió el brazo y le secó las lágrimas de las mejillas—. Dentro de unos cincuenta años la operación dejará de estar considerada como alto secreto, y la desclasificación llegará justo a tiempo para que pueda incluir el lugar en mi autobiografía.

—Aunque tuviera que esperar cincuenta años, haría que te construyeran un monumento conmemorativo. —Erisi se detuvo delante de la puerta abierta de su alojamiento—. Corran, ya sabes que Rhysati no va a volver por aquí esta noche. Si quieres, puedes quedarte.

—No debería hacerlo, Erisi.

—¿Estás seguro? —La decepción que había en su voz se convirtió en una jovialidad forzada—. Considéralo como un capítulo para tus memorias.

—Estoy seguro de que harían falta dos capítulos enteros para contarlo —dijo Corran, y dejó escapar un prolongado suspiro—. El problema está en que me temo que entonces no dormiría ni cinco minutos, y eso me mataría. Moriría feliz, pero me temo que nuestros compatriotas no.

Erisi asintió lentamente y bajó la vista.

—Comprendo.

«Debo de estar loco. Acabo de decirle “no” a una de las mujeres más deseables que he conocido jamás —pensó Corran, y sonrió—. Por supuesto que estoy loco. Me he ofrecido voluntario para volver a Borleias, ¿no?».

—¿A qué viene esa sonrisa?

Corran le acarició la mejilla.

—Estaba pensando que eres un incentivo más que suficiente para impulsarme a hacer todo lo posible con vistas a volver.

Erisi se inclinó hacia adelante y le besó en la boca.

—Pues si no vuelves, entonces me sentiré horriblemente mal durante todo el resto de mi vida.

—Y no puedo permitir que eso ocurra, ¿verdad?

—Desde luego que no. —Erisi volvió a besarle, y después retrocedió lentamente—. Que duermas bien esta noche, Corran Horn, y mañana… Mañana vuela mejor que nunca.

La puerta de su alojamiento se cerró y Corran giró sobre sus talones para volver por el pasillo que llevaba al que compartía con Ooryl. «Aunque con Ooryl estando ingresado en el centro médico para que puedan mantener bajo observación su brazo, estaré totalmente a sola…».

Una punzada de miedo le atravesó las entrañas, y estuvo a punto de volver sobre sus pasos para ir en busca de Erisi. Desde la muerte de su padre, Corran había pasado mucho

tiempo solo. No se trataba de que cuando su padre vivía siempre se hubieran estado haciendo compañía el uno al otro, pero el mero hecho de saber que podía hablar con él y que su padre entendería sus problemas significaba que no tendría que enfrentarse a ellos sin ninguna ayuda. A diferencia de la mayoría de jóvenes de su edad que conocía, Corran se llevaba muy bien con su padre. Tenían sus discusiones y peleas ocasionales, pero nunca llegaban a ser algo que pudiera desgarrar la textura de su relación. Esa relación, reforzada por la pena mutua que habían sentido cuando murió la madre de Corran, consiguió soportar todas las adversidades y éstas sólo sirvieron para fortalecerla todavía más.

Corran y su padre siempre habían sido como una pareja de banthas uncidos al mismo trineo gravitatorio. Cuando estaban juntos, no había ninguna meta que no fueran capaces de llegar a alcanzar. De repente Corran comprendió que desde la muerte de su padre había estado haciendo todo lo posible para seguir avanzando pero, sin la presencia de éste, se había encontrado con grandes dificultades para decidir cuál de todas las direcciones posibles era la que correspondía al avanzar. Gil Rastra había tratado de ayudarle, y había sido realmente muy efectivo, pero desde que abandonó la Fuerza de Seguridad de Corellia, Corran había carecido de una brújula moral. «De hecho sí la he tenido, pero estaba tan acostumbrado a cotejar sus indicaciones con lo que mi padre pensaba de las cosas que ahora no estoy seguro de que siga estando calibrada correctamente…».

En lo más profundo de su ser, Corran sabía que su padre hubiera apoyado su decisión de unirse a la Rebelión, pero que su aprobación habría resultado bastante difícil de obtener. Corran estaba casi seguro de que al final hubiese acabado obteniéndola, pero la muerte le había impedido cerciorarse de que su padre seguía estando orgulloso de él. Sabía que su padre habría pensado que la misión a Borleias era tan estúpida como innecesariamente peligrosa, pero también habría sido uno de los primeros en ofrecerse voluntario para tomar parte en ella.

—Supongo que en realidad no te has ido, ¿verdad, viejo? —El joven corelliano acarició su medallón—. Tengo tu sentido del deber y tu amuleto de la buena suerte, así que eso me da una clara ventaja en este pequeño juego.

Abrió la puerta de su alojamiento y accionó el interruptor de la luz. Ya se había bajado la cremallera del traje de vuelo hasta el ombligo cuando sus ojos vieron removerse el bulto cubierto de negrura que ocupaba la cama de Ooryl.

—¿Cómo has entrado aquí?

Mirax se irguió y apartó largos mechones de cabellos negros de su cara.

—Tu amigo gandiano me dejó entrar.

—¿Dónde te encontraste con él?

—En el centro médico. Una bomba de refrigerante del *Patinaje* se averió e inundó el sistema de ventilación. Mi androide está reparando la avería, pero acabé con un poco de refrigerante dentro de un pulmón. Tu amigo estaba allí y me reconoció. Los androides médicos dijeron que no me preocupara por mi pulmón, pero no podía volver a la nave, y

como estáis preparando una operación ahora hay muy poco espacio libre por aquí. Tu amigo todavía tendrá que seguir una temporada con los androides médicos, así que me ofreció su alojamiento. —Bostezó—. Supuse que tú pasarías la noche con la reina del bacta, así que decidí aceptar su ofrecimiento.

Corran parpadeó sin decir nada.

—¿De veras pensaste eso? —preguntó por fin.

—Vi cómo te miraba cuando subí al *Aplazamiento*. Hubiese podido darle un par de lecciones sobre el tema de la posesividad a cualquier hutt, créeme.

El tono de presuntuosa seguridad en sí misma que impregnaba su voz no le gustó nada a Corran.

—Debes de haber conseguido aspirar más refrigerante de lo que creías.

—¿Qué clase de vector intentas trazar?

—Estoy aquí, ¿no?

—Eh, Corran, yo sería la primera en afirmar que el nivel de inteligencia del hijo de Hal Horn supera al de hermosura de Erisi.

—Pero pensabas que estaría con ella.

—Todo el mundo comete errores, y tú habrías cometido uno si te hubieras quedado en su habitación.

—Ella es posesiva y ahora tú estás siendo… ¿Qué? ¿Protectora, quizá? —preguntó, sonriendo sarcásticamente.

—No hay muchas de nosotras por aquí, Corran. —Mirax tiró del hombro de su chaleco—. Esa mujer no te conviene.

—¿Y cuál me conviene? ¿Tú?

—Sigue soñando, agente de la ley.

La expresión de sorpresa que apareció en el rostro de Mirax coincidió con el aguijonazo que la observación produjo en el corazón de Corran. El corelliano nunca se hubiese imaginado que una respuesta tan automática, lanzada además con la velocidad de un reflejo que había sido muy ejercitado, pudiera afectarle tanto. En su carrera anterior Corran había oído pronunciar con mayor o menor vehemencia esas mismas palabras centenares de veces a todas las criaturas que habían intentado articular el básico con sus bocas. Siempre las había ignorado sin llegar a oírlas en realidad, y esa reacción se había producido tantas veces que Corran ni siquiera podía tratar de contarlas.

La expresión de sorpresa claramente visible en el rostro de Mirax le indicó que en realidad la contrabandista había hablado sin pensar. De hecho, ella estaba tan concentrada en tratar de comprender el porqué de su comentario como lo estaba él en el efecto que había tenido sobre su persona. «El rechazo automático me ha dolido porque esperaba merecerme algo más que eso. Y ella se ha mostrado tan seca y cortante porque me atreví a sugerir que me convenía tan poco como Erisi… ¡y su propia reacción la ha dejado muy sorprendida!».

Corran atravesó la habitación y se sentó en el extremo de la litera de Ooryl.

—Oye, Mirax, hemos tenido un día muy largo y el día de mañana va a ser francamente duro. No quería ofenderte.

—Ya lo sé. En realidad pensaba en alguien de tu unidad, y me estaba desahogando. En estos momentos estoy un poquito enfadada con los thyferranos. El precio del bacta está subiendo, ¿sabes? Le echan la culpa a un ataque asherniano contra una planta procesadora. Antes solía obtener unos beneficios bastante razonables de los envíos, pero ahora no consigo reunir el dinero necesario para comprar una cantidad de bacta lo suficientemente grande. Me he visto reducida a transportar comida y componentes, y con eso nunca llegas a hacerte rico.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Por supuesto. —Mirax meneó la cabeza sin dejar de sonreír—. Si quisiera matar a mi padre, le enviaría un holograma y le diría que el hijo de Hal Horn me ha dicho que le encantaría poder ayudarme a hacer unos cuantos negocios.

—Las cenizas de mi padre están tratando de volver a adquirir forma en algún punto de la órbita entre Corellia y Selonia para detenerme. —Corran sonrió y le dio unas palmaditas a una rodilla cubierta por la manta—. Pero hablaba en serio.

—Te creo. No sé adónde vais a ir mañana, pero si cuando estés en la superficie te encuentras con alguien que pueda firmar un acuerdo de importación/exportación exclusivo, piensa en mí y sácale una tarjeta de datos.

—Si acabo en la superficie de ese sitio, lo único que acabará siendo exportado será mi persona… y me exportarán a Kessel.

—Bueno, en ese caso te ofreceré un buen precio por la especia que saques de las minas.

—Eres toda corazón.

Mirax alzó las rodillas y las pegó al pecho.

—Va a ser bastante duro, ¿verdad?

—Lo único que tenemos a nuestro favor es que no saben que vamos a ir allí.

—Bueno, eso ya es algo. —Mirax extendió el brazo y sus dedos acariciaron el medallón de Corran—. ¿Es lo que creo que es?

—No lo sé. Era el amuleto de la buena suene de mi padre. —Corran se lo quitó y se lo alargó, con la cadenilla de oro incluida—. Es una moneda rodeada por una especie de colgante que me permite suspenderlo de una cadenilla. Mi padre solía llevarla en el bolsillo, pero cuando llevo algo en el bolsillo casi siempre acabo perdiéndolo. Bien, ¿es lo que creías que era?

Mirax lo hizo girar sobre su palma y lo examinó atentamente.

—Es un credijed.

—¿Qué dices que es?

Mirax frunció el ceño.

—Mi padre los llamaba así. Procede de un crédito de los Jedi. Parece una moneda, pero en realidad es un medallón conmemorativo acuñado cuando un Jedi corelliano

llegaba a convenirse en un Maestro Jedi. Acuñaban cosa de una docena y los repartían entre la familia, los amigos más íntimos, el Maestro Jedi y sus estudiantes favoritos.

Corran enarcó una ceja.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre los credijeds?

Mirax le sonrió con dulzura.

—Mi querido amigo… ¿Acaso has olvidado que me gano la vida proporcionando lo que normalmente es raro a aquellos que quieren tenerlo? Este tipo de piezas de colección pueden venderse a muy buen precio, sobre todo desde que el Emperador monopolizó el mercado de todo lo referente a los Caballeros Jedi. ¿Cómo lo consiguió tu padre?

—La verdad es que no lo sé. —Corran reflexionó durante unos momentos—. Sé que mi abuelo solía reunirse con los Jedi a fin de coordinar sus acciones con las de la fuerza de Seguridad y que tenía un amigo entre ellos, pero eso era antes de las Guerras Clónicas. Supongo que este tipo era alguien a quien conocía. En una ocasión me dijo que el único Jedi al que había llegado a conocer realmente bien murió en las Guerras Clónicas.

Mirax le devolvió el amuleto.

—Espero que te dé más suerte de la que le dio al Jedi cuya cara estamparon en él.

Corran volvió a colgárselo del cuello, agradeciendo la sensación de su peso sobre su esternón.

—Yo también lo espero. —Se levantó y reprimió un bostezo con la mano—. Lo siento. No creas que es por haber estado hablando contigo, ¿eh?

—Lo sé, lo sé. Es tarde, y el día ha sido agotador.

—Me levantaré temprano para grabar unos cuantos mensajes, pero ahora necesito dormir.

—Yo también.

—Bien, pues entonces voy a acostarme.

—Es lo que me había imaginado que harías.

Mirax se tumbó y tiró de la manta hasta dejarla recogida debajo de su mentón.

Corran fue hasta su cama, se sentó y se quitó las botas. Después empezó a quitarse el traje de vuelo, pero se detuvo cuando vio que Mirax le estaba observando.

—Creía que ibas a dormir.

—Y es lo que voy a hacer, pero me estaba preguntando…

—¿Sí?

—¿No tienes miedo de pasar frío esta noche?

Corran tiró del traje de vuelo hasta deslizarlo a lo largo de la mitad inferior de su cuerpo. La pregunta de Mirax parecía de lo más inocente, pero la peculiar inflexión de su voz había conseguido impregnarla de toda clase de matices e invitaciones. Visiones de los dos estrechamente abrazados en su cama desfilaron por la mente de Corran.

La tentación era muy fuerte. Los brazos de Mirax le ofrecerían un refugio donde estar a salvo de la soledad y el miedo que sentía, pero en cuanto a lo que hicieran. Bueno, Corran lo haría únicamente por y para él mismo, y eso no estaría bien.

—Sí, Mirax. Creo que no tendré frío.

—Oh, bien. —Mirax le sonrió mientras Corran se tapaba—. Sólo era una pregunta.

—Gracias.

Corran accionó el interruptor de la luz, y la oscuridad se adueñó de la habitación.

—¿Corran?

—¿Sí?

—¿Estás seguro de que no tendrás frío?

—Segurísimo —dijo Corran, lamentando cada sílaba.

—Estupendo —dijo Mirax en un tono lleno de traviesa malicia—. En ese caso no te importará pasarme tu otra manta, ¿verdad?

—En absoluto. —Corran dejó escapar una suave risita y lanzó la manta del pie de su cama a la oscuridad—. Buenas noches, señorita Terrik.

—Que duerma bien, señor Horn. El nuevo día le traerá cielos despejados y blancos fáciles.

32

Wedge puso el pulgar sobre la pantalla del cuaderno de datos que le estaba ofreciendo Zraii, el técnico verpiniano, y ejerció una suave presión.

—Gracias por haber instalado los depósitos auxiliares de combustible tan deprisa. Van a significar mucho en esta misión. —El técnico insectoide respondió con un zumbido que hizo que Wedge sonriera y asintiese con la cabeza, ya que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo el técnico. Supuso que se trataría de algo relacionado con las vainas ablativas que había colocado sobre el morro de los ala-X. Éstas se quemarían cuando los cazas entraran en la atmósfera de Borleias, proporcionándoles la apariencia de meteoritos que se estuvieran consumiendo ante cualquier posible observador de la superficie—. Has hecho un trabajo magnífico, Zraii.

Por encima de la cabeza del técnico vio que Mirax entraba en el hangar acompañada por Corran. Le dio un beso en la mejilla, y después el piloto echó a correr hacia la silueta verde y blanca de su ala-X. Mirax le siguió con la mirada, ciñéndose una chaqueta de vuelo de los rebeldes alrededor de sus hombros.

«¿Mirax y Corran? Vaya, quizá sea verdad eso de que los extremos se atraen. —Wedge pensó que aquella atracción mutua parecía tan improbable como la que unía a la princesa Leia y Han Solo, y el pensamiento hizo que sintiera un repentino y desagradable vacío en el estómago—. Si su relación tiene tantos altibajos emocionales como la de ellos…».

Mirax fue hacia él y le contempló en silencio y con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres que alguien te preste unos cuantos problemas, Wedge?

—¿Me estás leyendo la mente?

—¿Eh?

—Bonita chaqueta… Te queda mucho mejor que a Corran.

Mirax sonrió, pero no se ruborizó.

—Somos amigos. Anoche Ooryl me ofreció su cama y acepté el ofrecimiento. Corran y yo hablamos, pero no ocurrió nada. —Volvió la cabeza y vio acercarse a Erisi—. Y por suerte Corran no ronca. Eso me ha permitido descansar un poco.

Wedge meneó la cabeza.

—Estamos a punto de partir, Mirax. He dejado un mensaje para ti y para tu padre por si no vuelvo.

—Volverás, Wedge. Has devorado lo mejor que podía llegar a ofrecer el Emperador, así que no hay ninguna razón para imaginar que las migajas se te puedan atragantar. —Mirax le abrazó y le besó en la mejilla—. Bien, veremos si consigo encontrar suficiente pintura para adornar tu T-65 con las nuevas presas…

—Gracias, Mirax. —Se volvió hacia Erisi—. ¿Tiene algo para mí, Dlarit?

—Control de Misión comunica que el Caso Verde ha entrado en vigor.

—Bien, eso quiere decir que podemos partir. —Wedge dejó escapar un potente silbido, alzó la mano derecha y la movió en un rápido círculo por encima de su cabeza.

Los pilotos del Escuadrón Rebelde le miraron durante un segundo, y luego se metieron en sus cabinas—. Siento que no vaya a venir con nosotros, Dlarit.

—Yo lo siento todavía más. Que la Fuerza los acompañe.

Wedge sonrió.

—Gracias. Y no se metan en líos, ¿de acuerdo?

Después se puso el casco y subió a la cabina de su ala-X. Se instaló en el asiento de eyección e introdujo la secuencia de ignición en el ordenador. Los motores cobraron vida con sólo la sombra de un gemido. Wedge cerró la carlinga y luego volvió la cabeza.

—¿Preparado, Mynock?

La unidad R5 emitió un pitido y Wedge proyectó una sombra de miedo en la estridente réplica. «Pero si no nos sintiéramos así, esto no sería una misión…».

—Aquí Jefe Rebelde a Control de Misión: solicito permiso para el despegue.

—Control a Jefe Rebelde, usted y su escuadrón pueden despegar. Que la Fuerza los acompañe… y buena puntería.

—Lo haremos lo mejor que podamos, Tycho. Los veremos dentro de diez horas.

—Los estaré esperando.

Wedge alzó una mano con el pulgar levantado en un gesto dirigido a la silueta de Tycho, tenuemente visible en la ventana del centro de control, y después empezó a proporcionar energía a los haces repulsores. El ala-X se fue elevando lentamente del suelo, y una suave presión sobre los pedales del timón hizo que girase hacia la izquierda y se alineara con la puerta del hangar. Wedge dio un poco más de impulsión y empezó a avanzar. Permitió que el morro del ala-X descendiera un tanto para poder ver mejor la zona a través de la que volaba, retrajo el tren de aterrizaje y salió del hangar.

Las sabanas doradas de Noquivzor se extendieron a su alrededor, alejándose en todas direcciones con sus largos tallos de hierba delicadamente agitados por las suaves brisas. La nave de Wedge parecía ser inmune al viento, de la misma manera en que era inmune a la paz del planeta. Varios puntitos marrones se fueron acercando unos a otros en la lejanía para formar una especie de marea oscura cuando un rebaño de nerfs salvajes invadió el valle. En lo alto de un árbol enorme, el único visible para Wedge, una manada de taoparis medio escondida entre el follaje esperaba a que la presa se aproximara un poquito más antes de iniciar su cacería.

«Tycho tenía razón: no soy demasiado viejo para esta clase de juego. Aun así, ya llevo demasiado tiempo jugando a él. Cuando vuelva, saldré a dar un paseo por estas llanuras y disfrutaré de un poco de vida y un poco de paz. —Wedge asintió lentamente—. Si llego a permitirme olvidar por qué estoy luchando, entonces el seguir luchando va no servirá de nada».

La voz de Corran surgió de los auriculares del casco.

—Escuadrón Rebelde en formación, señor.

Wedge elevó el morro de su caza.

—Gracias, Rebelde Nueve. Velocidad máxima hacia el punto de salto, chicos. Tenemos una cita, y no podemos llegar ni con un solo minuto de retraso.

Wedge puso la impulsión al máximo, dejando tras de sí tallos de hierba agitados por el viento y un hervir de nubes como la única señal de que había estado en el planeta.

Y Noquivzor borró esas huellas sin el más leve esfuerzo.

**

Mirax se estremeció y se rodeó el torso con los brazos. Después giró sobre sus talones hasta quedar de espaldas a la entrada del hangar, y al hacerlo vio que Erisi le estaba lanzando unas miradas cuya intensidad no tenía nada que envidiar a la de un haz iónico. «Ahora ya sé por qué estaba teniendo tanto frío…». Deslizó los brazos dentro de las mangas de la chaqueta, y la ciñó alrededor de su cintura para que la cinta con el nombre de Corran pudiera ser vista encima del bolsillo del pecho.

—Creo que lo harán estupendamente.

—Yo no lo creo, sino que lo sé. —La thyferrana volvió a fulminarla con la mirada—. Pero tu pequeña diversión con Corran podría hacer fracasar la misión, naturalmente. Corran necesitaba descansar.

—Y descansó. —Mirax le sostuvo la mirada sin inmutarse—. Corran y yo sólo somos amigos. Su padre conocía a mi padre.

—Su padre perseguía a tu padre.

—Y acabó capturándole, ¿verdad? No deberías inquietarte, ya que eso garantiza que no puede llegar a surgir nada entre nosotros.

—Me alegro. Asegúrate de que sea así.

El desafío implícito en sus palabras enfureció a Mirax.

—¿Y si no lo hago?

Los ojos azules de Erisi despidieron un chispazo de ira.

—Eres una contrabandista. Puedo hacer que nunca vuelvas a transportar un cargamento de bacta. Puedo hacer que cualquier persona que quiera ganar un poco de dinero mediante los cargamentos de bacta no vuelva a hacer ninguna clase de tratos contigo. En resumen, que puedo poner fin a tu carrera aquí y ahora.

La expresión de la thyferrana se volvió un poco menos sombría y amenazadora, pero la energía que iluminaba sus ojos no disminuyó en lo más mínimo.

—Y, a la inversa, también se te puede recompensar por haber decidido mantenerte alejada de Corran. Esa misma influencia que podría llegar a utilizar en tu contra puede ser utilizada en beneficio tuvo. Podemos ser amigas, y en tal caso descubrirías que esa amistad te sería muy útil.

Mirax reprimió el deseo de alzar la mano para borrar la sonrisa de satisfacción del rostro de Erisi mediante una bofetada. «Quedó a la deriva en el espacio y ahora no va a tomar parte en esta misión con su escuadrón, así que no puede estar pensando con demasiada claridad».

—Lo consideraré como una especie de consejo. Aun suponiendo que llegara a sentir algo más por Corran… Bueno, me gano la vida vendiendo toda clase de cosas de las que podría llegar a gustarme disponer para mi propio uso. De hecho, ahora mismo debería estar atendiendo mis negocios. Si me disculpas…

—Por supuesto. —Erisi sonrió dulcemente, pero la sonrisa no logró ocultar el veneno que había en sus ojos—. Ya volveremos a hablar.

Mirax le devolvió la sonrisa y después echó a andar hacia el *Patinaje del Pulsar*. Subió por la rampa y olisqueó el aire en busca de vestigios de refrigerante. No encontró ninguno, lo cual hubiese debido hacerla feliz, pero la breve conversación con Erisi la había dejado un poco preocupada. «Y si me siento así, es por algo más que por esa manera tan imperiosa en la que me habló», comprendió.

Mirax había aprendido a vérselas con toda clase de actitudes hacia ella por parte de los clientes, pero eso le había resultado muy fácil porque se trataba de negocios y no era nada personal. Erisi le estaba dando órdenes en materias concernientes a su vida personal, e incluso había llegado a amenazar con ejercer presiones comerciales para conseguir que Mirax cambiara su vida personal. Lo que Erisi le ofrecía era realmente muy tentador, pero el resultado práctico sería que Mirax estaría vendiendo un trozo de sí misma, y eso era algo que ya se había jurado no volver a hacer jamás.

Quería convencerse a sí misma de que su preocupación surgía del principio en que se basaba todo aquel asunto, pero no podía disipar los inicios de ciertos sentimientos que empezaba a experimentar hacia Corran. No se trataba de amor —de eso estaba bastante segura—, pero sí era algo que podía acabar desplazándose en esa dirección. Como mínimo, Corran representaba algo perteneciente al pasado de Mirax que le proporcionaba una ilusión de continuidad a la vida.

Sabía que odiar a Corran hubiese podido resultar tan fácil como lo había sido el permitir que le gustara, y en realidad había esperado experimentar más sentimientos negativos hacia él… pero esos sentimientos sencillamente no estaban ahí. Mirax había creído que Corran se pondría furioso cuando la viese aparecer con el ryshcate y los artículos del mercado negro. Eso habría sido una razón más que suficiente para formarse un pésimo concepto de él, pero Corran había aceptado los regalos con una sincera gratitud. Esa misma noche Mirax ya había empezado a sentirse mucho mejor dispuesta hacia él, y por eso había huido.

Mirax tenía que admitir que había aceptado la oferta de Ooryl para tener otra oportunidad de producir sentimientos negativos. Había estado preparada para acostarse con Corran, y para odiarle al día siguiente en el caso de que la hubiera seducido con algún pequeño discurso de la variedad «Mañana puedo morir». El hecho de que Corran no hubiese intentado seducirla, y de que hubiera esquivado diestramente todas sus invitaciones para darle calor durante la noche, confirmaba lo que Mirax había sabido desde el principio: Corran era un poco más complejo que el típico agente de la ley corelliana.

Se estremeció. «Ni necesito ni quiero tener una relación emocional con nadie, y mucho menos con el hijo del hombre que envió a Kessel a mi padre… Y tampoco quiero que una reina del bacta se crea con derecho a darme órdenes».

Mirax irguió la cabeza cuando se dio cuenta de que su piloto sullustano acababa de decirle algo.

—¿Qué has dicho?

Liat Tsayv, el piloto de orejas de ratón, soltó una nueva serie de quejidos y chirridos.

—No, no sé adónde vamos porque no sé qué es lo que vamos a transportar.

El sullustano inclinó la cabeza hacia un lado y dejó escapar un murmullo claramente reprobatorio.

—Bueno, para tu información te diré que no me he acostado con un piloto, y aun suponiendo que lo hubiera hecho, no es el oficial de intendencia de la unidad. ¿Se te ha ocurrido pensar que podías pedirle una lista de demandas a Emetrés? ¿No? —Señaló la consola de comunicaciones—. Pues hazlo ahora mismo.

Liat sintonizó una frecuencia de comunicaciones y después empezó a soltar graznidos y chillidos. Mirax presionó otro botón, y una lista holográfica de iconos y precios de compra y venta surgió de la placa holográfica y fue creciendo en el centro de la cabina del *Patinaje*. Mirax la recorrió rápidamente con la mirada y vio que casi todo era equipo militar, el cual era pagado con promesas y aportaba un margen de beneficios muy reducido a la ecuación. Aun así, estaba dispuesta a traerlo siempre que encontrara algún cargamento de elevado valor que mereciese hacer el viaje.

La lista de artículos de consumo apareció ante ella, y Mirax enseguida la encontró mucho más prometedora que la lista militar. Después empezaron a aparecer unos cuantos productos bastante raros.

—Liat, solicita confirmación de los precios correspondientes a los apartados del quince al veinticinco.

El sullustano obedeció su orden, y después asintió y se frotó las manos con una clara codicia.

—Maldición, esto no me gusta nada. —Mirax hizo entrechocar sus palmas—. Dile al androide que compraremos todo lo que tenga de los apartados del quince al veinticinco. Sí, todo.

Liat respondió con un chirrido lleno de irritación.

—Ya sé que no cabrá. Negocia un contrato de exclusividad con él y dale lo que quiera, sea lo que sea… incluso suponiendo que quiera que vayamos a medias en los beneficios. Venga, hazlo. —Sacó un comunicador del hueco de recarga de la pared de la cabina—. Avísame cuando hayáis terminado. Estaré fuera buscando al oficial ejecutivo de Wedge. Tenemos un problema muy grande, y si no consigo encontrar alguna forma de resolverlo… bueno, entonces unos cuantos amigos míos están yendo hacia la muerte.

33

Wedge activó su comunicador en cuanto el escuadrón emergió del hiperespacio y se preparó para iniciar el segundo y último tramo de su travesía hacia el sistema de Pyria. El corelliano ajustó la difusión de energía del sistema de tal manera que su señal se volviera débil y distorsionada en cuanto saliera de la esfera de un kilómetro dentro de la que se estaban moviendo las naves. El comunicador alteraría la transmisión y haría que al Imperio le resultara prácticamente imposible descifrarla, pero aun así Wedge quería adoptar esa precaución suplementaria para asegurarse de que la señal no pudiera ser captada de ninguna manera.

—Aquí Jefe Rebelde para comunicarles que hay una última faceta de nuestros planes que deberían conocer. No existe ningún sistema con el nombre de código de Phenaru. Vamos a volver a Luna Negra. —Wedge guardó silencio durante unos momentos a la espera de los comentarios y protestas, pero sus auriculares sólo emitieron silencio. El comandante se lo tomó como un voto de confianza en su persona por parte de su gente, y eso trajo una sonrisa a sus labios—. La misión tal como ha sido simulada era totalmente exacta con una sola excepción: el trayecto simulado a través del cinturón de asteroides estaba basado en una travesía por los desfiladeros de la única luna de Borleias. Entraremos en el sistema ocultándonos detrás de ella, describiremos un viraje sobre su superficie y luego seguiremos un vector de aproximación directo hacia el lado nocturno del planeta. La luna es lo que hará que la salida del sistema resulte bastante difícil, pero cuando lleguemos a Borleias también nos servirá como escudo contra cualquier recepción poco amistosa por parte del planeta. Los fragmentos cometarios están causando lluvias de meteoros, por lo que las estaciones de detección con base en el planeta no deberían poder captar nuestra presencia. ¿Alguna pregunta?

—¿Nos está diciendo que vamos a tener otra ocasión de disparar contra los bizcos que se nos escaparon la última vez? —gruñó la voz de Bror a través de los auriculares.

«Y yo que tenía la impresión de que la última vez fuimos nosotros los que escapamos…».

—Digamos que se trata de eso, sí. Y también habrá fuerzas amigas en la zona, pero no estarán a bordo de unos cazas y se mantendrán en silencio. Nuestra misión consiste en darle muy duro a ese conducto y largarnos después. Las limitaciones de combustible son exactamente las mismas que regían durante las simulaciones. —Wedge presionó un botón de su consola—. Acabo de transmitir la velocidad y las coordenadas para el salto al hiperespacio. Tardaremos tres horas en llegar a Borleias, así que utilicen ese tiempo para repasar las trayectorias.

El escuadrón pasó a la velocidad lumínica y Wedge comprobó su nivel de combustible. Teniendo en cuenta los parámetros de la misión, la distancia entre la luna y el objetivo y el ritmo de consumo calculado, de momento lo estaba haciendo realmente bien. Durante el trayecto de la luna a Borleias empezaría a tomar combustible directamente del depósito auxiliar, utilizándolo para sustituir las pequeñas cantidades de

combustible que el despegue de Noquivzor y los saltos hiperespaciales habían sustraído de su depósito principal. Eso le permitiría vaciar el depósito auxiliar más deprisa y desprenderse de él poco después de haber terminado el último tramo del recorrido hacia el objetivo. Los demás seguirían el mismo procedimiento, aunque el segundo y el tercer grupo se librarían de sus depósitos auxiliares antes de iniciar sus trayectorias por el valle.

Wedge confiaba en que su gente conseguiría destruir el túnel. Eso permitiría que los comandos, que llegarían al sistema siguiendo una dirección distinta y en un momento distinto, pudieran entrar en el área y hacer su trabajo antes de la llegada del Ala Defensora. No se le había informado del momento exacto en que los comandos llevarían a cabo su parte de la operación, pero Ackbar le había dicho que agradecerían que su gente pudiera echarles una mano. Wedge interpretó que eso significaba que los comandos y su llegada coincidirían con la operación del Escuadrón Rebelde pero, siendo realistas, la única ayuda que se podía esperar de sus pilotos consistía en que dispersaran a los cazas locales, y Wedge sabía que de todas maneras tampoco hubiese podido evitar que su gente lo hiciera.

—Somos buenos, estamos bien entrenados y sabemos que tenemos que conseguirlo. —Wedge sonrió y llenó su pantalla con una simulación visual del recorrido por el valle—. Con un poco de suerte y montañas de esfuerzo, nada podrá impedir que hagamos lo que hemos venido a hacer.

**

—¡Pero es que tiene que decirme dónde están, capitán Celchu! —exclamó Mirax mientras agitaba un cuaderno de datos delante del rostro del piloto—. Creo que el éxito de la misión corre un serio peligro.

Tycho meneó la cabeza.

—Eso es imposible.

Mirax alzó la mano para señalar la puerta de sus alojamientos con el pulgar.

—Claro, y los oficiales del servicio de seguridad que le vigilan me dijeron que no podía hablar con usted. Pero estoy aquí, ¿no?

—Supongo que existen varios grados de imposibilidad. —Tycho deslizó los dedos de su mano por entre sus cabellos castaños—. El problema estriba en que no puedo decirle adónde han ido… porque no lo sé.

—¿Y cómo es eso? —Mirax le observó con gran atención—. Usted es el oficial ejecutivo de la unidad, así que tiene que saber adónde han ido.

—Lo siento.

—¿Quién sabe adónde han ido?

—¿Aquí? Emetrés.

—Pues tráigalo.

—Oiga, Terrik, ya sé que es amiga del comandante Antilles y también sé que él tiene mucha confianza en usted y que la aprecia muchísimo, pero…

Mirax alzó una mano.

—He venido a verle por la única razón de que creo que el éxito de la misión está en peligro, y porque pienso que tal vez estén a punto de meterse en una trampa. Si le estoy pidiendo que haga venir al androide es porque pienso que forma parte de todo el asunto. Se lo explicaré cuando haya llegado, y si no le gusta la explicación entonces podrá echarme a patadas y decirle al androide que se vaya por donde ha venido. Se lo ruego… No quiero que sus amigos y los míos mueran.

—Muy bien. Siéntese, por favor. —Tycho sacó un comunicador de su bolsillo—. Capitán Celchu a Emetrés: preséntate en mis alojamientos. Es urgente.

—Voy hacia allí, capitán.

Mirax se sentó en una silla de campaña de lona, sacó un montón de tarjetas de datos del contenedor para torpedos protónicos que Tycho usaba como mesita de trabajo y dejó su cuaderno de datos encima de él.

—¿Dispone de una placa holográfica para proyectar datos?

Tycho meneó la cabeza y recogió otro montón de tarjetas de datos de la mesa que había a los pies de su cama, y luego se sentó junto a ellas.

—Pero cuento con una buena imaginación. ¿Qué es lo que quiere enseñarme?

Mirax echó un vistazo al cuaderno de datos e intentó organizar un poco sus pensamientos.

—Poco después de que el Escuadrón Rebelde saliera del sistema hice que mi piloto obtuviera una lista de peticiones comerciales de Emetrés. La lista contiene un montón de material militar y algunos artículos del mercado negro. Había nuevas adiciones a la lista normal, y en todos los casos se trataba de productos que sólo podían obtenerse en Alderaan. Esos productos se han ido volviendo francamente raros durante los últimos cinco años, pero todos sus precios de venta eran ridículamente bajos.

Tycho entrecerró los ojos.

—Lo cual sólo tendría sentido si todavía los estuvieran produciendo, ¿verdad?

—Exacto. —Mirax se inclinó hacia adelante para dar más énfasis a sus palabras—. Y ahora escúcheme bien: ninguno de ellos tenía un precio de venta. A lo largo de los años he visto poner precio a sus mercancías a un montón de gente, y esta pauta me indica que Emetrés ha logrado encontrar una fuente de aprovisionamiento de dichos materiales de una naturaleza tan peculiar que en realidad los está obteniendo por muy poco dinero o totalmente gratis. Dado que nadie del Escuadrón Rebelde ha mencionado que hubiera descubierto algún almacén perdido de mercancías alderaanianas, y al tratarse de una lista actualizada y en vigor, he pensado que el androide estaba proyectando la disponibilidad de ciertos productos con posterioridad a esta misión.

Tycho se echó hacia atrás y frunció el ceño.

—Puedo entender cómo ha llegado a esa conclusión, pero…

—Pues únala a esto: últimamente había estado circulando un rumor sobre la existencia de una nueva fuente de artículos alderaanianos, pero los precios han sido prohibitivamente elevados. Di por sentado que el Imperio estaba dando salida a ciertos excedentes acumulados para hacerse con los créditos que siguen en manos de los

expatriados alderaanianos, negándole así una fuente de dinero muy necesaria a la Rebelión. Pero si realmente existe una fuente, ya sea un almacén imperial o alguna otra cosa… bueno, entonces creo que el Escuadrón Rebelde ha puesto rumbo hacia ella. Y teniendo en cuenta el número de alderaanianos condenados a llevar una existencia de nómadas a los que les encantaría recuperar un trocito de su mundo, no hace falta ser ningún genio para darse cuenta de que semejante sitio constituiría un objetivo de primera categoría para la Alianza.

—Cuénteme entre ellos. Ese almacén sería un objetivo altamente invitador para una incursión, y un emplazamiento lógico para una trampa imperial. —Tycho se pasó las manos por la cara y dejó escapar un prolongado suspiro—. Esto no tiene muy buen aspecto, ¿verdad?

—He hecho los trámites necesarios para adquirir todos los lotes de esos artículos que Emetrés puede llegar a proporcionar, por lo que han desaparecido de la lista. Nadie más puede tener acceso a ella. Que yo sepa nadie más conoce su existencia, así que ahora la filtración debería haber quedado eliminada.

—Aun así, sigue habiendo una probabilidad de que esa información ya se haya filtrado de alguna manera.

—Exactamente —dijo Mirax, y se levantó de un salto cuando la puerta se abrió y Emetrés entró en la habitación.

—Buenos días, capitán Celchu y señorita Terrik. ¿En qué puedo servirles?

Mirax cerró la mano sobre el brazo izquierdo del androide.

—Tienes que decirme hacia dónde se está dirigiendo el Escuadrón Rebelde.

—Me temo que esa información está considerada como alto secreto, señorita Terrik. Ni usted ni el capitán Celchu están autorizados a conocerla. Proporcionársela supondría poner en peligro el…

—La lista que me diste esta mañana ya pone en peligro el éxito de la misión, Emetrés.

—Me temo que lo que me pide es totalmente imposible.

Tycho se irguió.

—¿De dónde estás sacando todos esos artículos alderaanianos que pones a la venta?

El androide se estremeció, y el tono de su voz sufrió una ligera variación.

—Si revelo mis fuentes, entonces se quedarán con todo mi mercado. Ni lo sueñen.

Mirax le lanzó una mirada llena de incredulidad al androide y después volvió la cabeza hacia Tycho.

—¿Puede creérselo?

—No, de hecho no puedo.

—Sólo estoy protegiendo mi margen de beneficios.

—Se trata de una cuestión de vida o muerte, Emetrés.

—Oh, desde luego que sí. Se trata de la vida o la muerte de mi negocio, señorita Terrik.

Tycho se puso en pie.

—Cierra el pico, Emetrés.

El androide, inclinando la cabeza hacia un lado, le miró de una forma muy extraña.

—No estaba diciendo nada, señor.

—Su voz ha cambiado.

—Ya me he dado cuenta. —Tycho entrecerró los ojos—. Cierra el pico.

—¿Cómo dice, señor?

—Cierra el pico.

Los brazos del androide descendieron hacia sus costados con tal rapidez que Mirax perdió su presa sobre él. La cabeza en forma de concha se desplomó hacia adelante, haciendo que el androide doblara el cuello hasta que su mentón entró en contacto con su pecho. En la parte superior de su cuello, que anteriormente quedaba oculta por la cabeza. Mirax vio un botón rojo que relucía.

—¿Qué está pasando, capitán?

Tycho se encogió de hombros.

—Realmente no estoy seguro, pero el androide parece hallarse en un estado de espera. Descubrí este pequeño truco cuando lo estaba llevando al sistema de Talasea y no había forma de que dejara de hablar. Acabe gritándole que cerrara el pico y después de la tercera vez, esto es lo que ocurrió. Emetrés permanece en este estado hasta que se lo saca de él. Lo realmente importante en estos momentos es que hasta que pulsemos el botón rojo y lo reinicialicemos, queda reducido a poca cosa más que una especie de mando a distancia que tiene acceso a todo el contenido de la memoria de Emetrés.

—Lo cual me parece bastante peligroso para un androide que está llevando a cabo trabajos militares.

—Por razones obvias, no se trata de una modificación estándar. Hay unas cuantas cosas raras en este androide, y ese cambio que se produce en su voz cuando empiezas a interrogarle sobre las peticiones y las solicitudes no es precisamente la menor de ellas. Pero eso siempre puedo investigarlo más tarde. Ahora esta anulación forzada debería permitirnos obtener lo que usted quiere saber. Emetrés, quiero que me des el nombre del sistema en el que estará operando el Escuadrón Rebelde.

—Sistema de Pyria, Borleias, cuarto planeta, una luna que contiene una fortaleza imperial y varios complejos agrícolas e industriales que no obtuvieron el éxito necesario y fueron abandonados. —La voz cambió ligeramente—. También alberga una instalación de manufactura agrícola para productos agrícolas alderaanianos dotados de un alto valor de intercambio comercial reservado.

Mirax sintió que se le helaba la sangre.

—Emetrés, la lista de productos que se pueden obtener de esas instalaciones… ¿Cuántas personas han tenido acceso a ella?

—Su acceso ha sido el único, señorita Terrik.

—¿Y qué me dices de un experto en sistemas de desciframiento? ¿Hubiera podido obtener una copia sin que tú te enteraras?

El androide tardó un par de segundos en replicar.

—Es imposible determinar una respuesta a esa pregunta.

Mirax volvió la mirada hacia Tycho.

—El Imperio podría haber sido advertido. Tenemos que hacer algo.

—¿El qué? Si les enviamos un mensaje, hay tantas probabilidades de que advirtamos al Imperio de que están yendo hacia allá como de que avisemos a nuestra gente de que se dirigen hacia una emboscada.

—Pues entonces iremos allí. Dispongo de un medio de transpone bastante rápido, y quizá incluso podamos llegar antes que ellos.

—¿Para que nuestra presencia advierta al Imperio de la inminencia de la incursión? —Tycho meneó la cabeza—. Cualquier mensaje podría ser interceptado incluso si nos encontramos dentro del sistema y tratamos de enviárselo mediante un haz protegido. No, eso no serviría de nada…

Mirax apretó los puños y los dejó caer sobre sus muslos.

—Debemos hacer algo. No podemos quedarnos cruzados de brazos y no hacer nada.

—Por supuesto, pero lo que hagamos tiene que ser lo correcto. —Los labios de Tycho se fueron curvando en una lenta sonrisa, y su mano avanzó hacia el botón disimulado en la parte de atrás del cuello de Emetrés—. Y creo que ya sé qué es lo correcto…

34

Cuando el escuadrón volvió al espacio real, la bola oscura que apareció suspendida en el vacío delante de los cazas redujo Borleias a un delgado creciente lunar de un azul verdoso surcado por franjas blancas. La tenue atmósfera de la luna velaba la imagen de Borleias y la volvía hermosa, a pesar de que ésa no era la forma en que la recordaba Corran. El joven corelliano invirtió su ala-X y después alzó la mano derecha para accionar el interruptor que colocaría sus estabilizadores-S en posición de ataque. El ala-X de Wedge desplegó sus alas de manera similar delante de él, virando e iniciando el veloz descenso hacia la luna.

Los ala-X mantuvieron un silencio de comunicaciones absoluto mientras se iban nivelando y sobrevolaban la negra superficie lunar. Corran colocó su caza detrás del de Wedge y un poco a la derecha. Con sus sensores ajustados en la modalidad pasiva para evitar ser detectados, sólo captarían la presencia de aquellas amenazas cuyos sensores estuvieran activados y andaran buscando objetivos. Como resultado de ello, la observación visual llevada a cabo por los pilotos y los androides astromecánicos se convertía en la defensa principal contra cualquier posible emboscada.

—Aunque no debería haber mucho peligro de eso…

Las simulaciones habían representado aquella travesía como un abrirse paso a través de un anillo de asteroides esparcido alrededor de un planeta para permanecer escondidos, pero todos los parámetros utilizados habían sido tomados de Borleias. Que supieran, los imperiales no habían estacionado cazas o unidades de detección remota en la luna. Pero aun así esa posibilidad continuaba existiendo, por lo que el escuadrón hizo cuanto pudo para mantener en secreto su presencia.

Dientes de cristal volcánico se elevaban en las brechas de las paredes del cráter. No reflejaban una gran cantidad de luz de las estrellas, pero aun así extrañas figuras aparecían silueteadas contra el panorama estelar. Avanzar a lo que casi era una velocidad máxima en la profunda oscuridad del lado nocturno de la luna parecía tan estúpido como temerario, pero en realidad no lo era más que el resto de la misión. Los ala-X iniciaron una veloz carrera a través de la negrura, dirigiendo sus proas hacia un punto del horizonte eternamente cambiante.

Cuando el horizonte apareció bajo la forma de una corona blanca, el ala-X de Wedge levantó el morro y se alejó velozmente de la luna. En Borleias la luna sólo parecía estar medio llena, y los ala-X efectuaron su aproximación utilizando como telón de fondo el lado oscuro de la luna y se sumergieron en el pozo gravitatorio de Borleias. Los pilotos permitieron que el planeta los atrajera, pero antes de que entraran en contacto con las capas periféricas de la atmósfera del planeta, Corran hizo que su ala-X describiese un prolongado viraje hacia estribor y luego invirtió la inclinación del caza para que el lado oscuro de Borleias quedara suspendido encima de él.

El joven corelliano tiró de la palanca de control e introdujo el morro del caza en la atmósfera. La vaina ablativa que Zraii había aplicado a su ala-X empezó a relucir con un

potente resplandor rojizo, y un instante después se desintegró en un estallido de chispas que cubrieron la carlinga durante unos momentos. Cuando la nube de fogonazos se hubo disipado, Corran hizo retroceder todavía un poco más la palanca de control e inició un descenso más pronunciado hacia la noche de Borleias.

La vaina ablativa había proporcionado a su nave la apariencia de otro de los meteoros que estaban surcando el cielo nocturno. Corran echó un vistazo a sus sensores y no encontró ninguna indicación de que hubiera sensores hostiles dirigidos contra él. «La entrada está despejada». Con una mirada a sus instrumentos, el corelliano volvió al vector de aproximación y redujo la velocidad para llegar al punto de cita exactamente en el momento fijado.

Accionando un interruptor, Corran conectó la bomba del depósito de combustible auxiliar para que empezara a llenar su depósito de combustible interno. La línea roja de un mensaje de error apareció en su pantalla principal.

—Silbador, la bomba T65-CPA no funciona. ¿Puedes hacer algo al respecto?

Un graznido negativo replicó a su pregunta.

Corran se encogió de hombros. «Tendré que seguir cargando con el depósito durante un rato más… Bueno, no es grave».

La voz de Nawara Ven surgió repentinamente de los auriculares del casco.

—Jefe Rebelde, doce, repito, uno-dos, globos oculares aproximándose desde el oeste, ángeles diez. Se disponen a interceptar el vector, y vuelan en formación de patrulla.

Corran sintió un repentino nudo de tensión en el estómago. «Bastardos afortunados… —Sonrió—. O muy poco afortunados».

—Grupos Dos y Tres, láncense sobre ellos. Nueve, vamos a seguir el vector previsto. ¿Preparado?

—Transmisión de telemetría iniciada y todo listo para seguir las indicaciones. —Corran apretó con más fuerza la palanca de control e hizo que el caza iniciara un veloz picado—. Vamos allá, Silbador… Mantén agachada esa cúpula que tienes por cabeza y disfruta del viaje.

**

Wedge ajustó sus sensores en la modalidad activa e introdujo su ala-X en el extremo más angosto del valle. El ordenador utilizó suaves tonos verdosos para cubrir la carlinga de realces holográficos que se correspondían al terreno exterior. Desplazando la palanca de control hacia babor y estribor, Wedge hizo que su caza fuera avanzando por el silencio del desfiladero. Se elevó sobre su ala de babor para deslizarse por un tramo bastante estrecho, y un instante después se dio cuenta de que Corran había mantenido nivelado su caza detrás de él para recorrer el mismo tramo.

—No hay ninguna necesidad de exhibirse, Nueve.

—Bien, señor —dijo Corran, y después tardó un par de segundos en volver a hablar—. Guía, tengo un par de hostiles que se aproximan por detrás de nosotros.

Wedge accionó un interruptor en su consola.

—Energía a los escudos deflectores traseros.

—Hecho.

—Muestra los datos disponibles sobre el seguimiento, Mynock.

El monitor empezó a ofrecerle imágenes de los dos cazas TIE.

«Maniobrar en la atmósfera debería permitirnos ser más rápidos que ellos, pero aun así preferiría que no estuvieran aquí…».

Wedge activó su comunicador.

—Cuatro, tenemos dos aquí abajo. ¿Puede ayudar?

Bror respondió inmediatamente.

—Negativo, Guía. Tenemos las manos llenas, y los datos de larga distancia indican la presencia de bizcos que se aproximan.

—Recibido, Cuatro.

Wedge frunció el ceño. Que hubiera interceptores y que se dispusieran a intervenir no era una buena noticia. Si los dos escuadrones que habían surgido de la nada al final de la última batalla se enfrentaban al Escuadrón Rebelde, entonces nadie volvería a casa. «Pero ése no es el objetivo de esta misión. Hemos venido aquí a hacer pedazos ese conducto, no a luchar…».

—Aumente la velocidad, Nueve.

—Entendido.

Los ala-X salieron del desfiladero que conducía al valle. A la derecha, grandes llanuras recubiertas de hierba se extendían hacia la lejanía hasta perderse en la oscuridad. A la izquierda, una serie de estribaciones montañosas llenas de estrías se alzaban casi un millar de metros hacia el cielo. La escarpada superficie reflejaba una cantidad de luz lunar lo suficientemente grande para que Wedge pudiera ver el ala-X de Corran como una silueta cuando el caza se colocó casi en paralelo a su estabilizador de babor. El valle volvía a estrecharse a veinticinco kilómetros de aquel punto, y su objetivo se encontraba cinco kilómetros más allá de aquella angostura.

Haces láser de un delicado color verdoso pasaron junto a ellos, hendiendo el espacio que separaba a los cazas rebeldes. Wedge ascendió y se desvió hacia estribor, mientras que la nave de Corran desaparecía en un brusco alejamiento hacia la izquierda. Inclinando su nave y permitiendo que volviera a dirigirse hacia el centro del valle, Wedge vio cómo un TIE bajaba en picado, con sus haces láser arrancando grandes fragmentos del suelo del valle para esparcirlos por delante de la ondulante trayectoria del ala-X de Corran.

Wedge redujo el nivel de impulsión a la mitad y viró a babor. Después volvió a empujar la palanca de control, elevó a la nave sobre su estabilizador-S derecho y la dirigió a través de otro brusco viraje. Nivelándola hacia la izquierda, se introdujo en la estela de popa del TIE que había estado siguiéndole. El dedo de Wedge se tensó sobre el gatillo, y un haz escarlata de fuego láser hizo estallar al caza imperial.

—Nueve, informe.

—Adelante, Guía. Estoy inmediatamente detrás.

—¿Situación?

—Dentro de un segundo podré seguir adelante.

Wedge elevó el ala-X sobre el estabilizador de estribor y lanzó su caza hacia las angosturas del extremo norte del valle. Un potente fogonazo pintó todo un panorama de sombras sobre las rocas blancas, delimitándolas con esquelética claridad. El ala-X se bamboleó cuando fue alcanzado por la onda expansiva de la explosión, pero la firme mano de Wedge consiguió mantenerlo alejado de las paredes del desfiladero.

—¿Qué ha sido eso, Nueve?

—Un depósito de combustible que acaba de estallar.

—Aclaración.

—Los disparos que fallaron el blanco levantaron columnas de partículas de roca y restos que chocaron con mi depósito inferior, y empecé a tener una filtración. Lo he lanzado. El depósito estalló, y el tipo que iba detrás de mí se encontró con la mayor parte de la potencia de la explosión.

Wedge echó un vistazo a sus indicadores de combustible. Su depósito todavía estaba a un cuarto de su capacidad.

—¿Situación de combustible?

—Estoy bien.

—¿Cuánto le queda?

—Tres cuartos de la capacidad. —La ira que había estado impregnando la voz de Corran se transformó en resolución—. Suficiente para hacer el trabajo.

—Recibido. —«Una pasada y después saldrás inmediatamente de aquí, Corran. Estás utilizando tu reserva de combustible». Wedge pasó el control de armamento a la posición de los torpedos protónicos—. Un kilómetro, y armando dos.

—Entendido. Dos armados. ¿Es esa luz que se ve ahí arriba?

Wedge asintió lentamente.

—Abra bien los ojos. Energía a los escudos delanteros.

Virando a estribor, hizo que el caza tomara la última curva antes de iniciar el recorrido final hacia el conducto. Desplazando la palanca de control hacia la izquierda, Wedge niveló bruscamente su ala-X y después, accionando el pedal derecho del timón, inició un rápido deslizamiento hacia la izquierda. Una andanada de haces láser estalló sobre sus escudos delanteros.

Wedge apretó el gatillo y lanzó dos torpedos protónicos que se alejaron con un estridente chirrido, pero en ese mismo instante ya sabía que fallarían el blanco por un considerable margen de altura. Mientras los torpedos estallaban sobre las paredes del desfiladero más allá del túnel de ferrocreto, Wedge activó sus haces repulsores e hizo que el caza saliera despedido del cañón y empezara a ascender. Ajustando el nivel de impulsión a máxima potencia, el comandante corelliano tiró de la palanca de control y salió disparado hacia el cielo.

Mientras se alejaba a toda velocidad de Borleias, Wedge vio cómo los fogonazos de otras dos explosiones se iban desplegando por debajo de él.

—Nueve, informe.

—El mío quedó demasiado bajo. Eso era un vehículo de asalto Juggernaut, y es él quien se ha encargado de proporcionar toda esa iluminación.

—Y además parecía como si estuvieran reforzando el conducto.

—Ya lo he visto. Conseguí destruir una de sus mezcladoras de ferrocreto.

Wedge echó un vistazo a sus sensores.

—Tenemos a todo un escuadrón de interceptores viniendo hacia nosotros.

—¿Qué quiere que haga? Puedo efectuar otra pasada.

—Otra pasada sería un suicidio, Nueve, y no dispone del combustible suficiente para intentarlo.

—Puedo efectuar otra pasada, señor.

Wedge meneó la cabeza.

—Lo que va a hacer es volver a casa mientras todavía puede llegar allí de una pieza.

—No.

—Eso era una orden, Nueve, no una invitación a iniciar una discusión. —Wedge pudo percibir con toda claridad la decepción de Corran. «Es exactamente lo mismo que sentí cuando Luke me ordenó que saliera de esa canalización de la primera Estrella de la Muerte…».—. Váyase, Corran. Ya no puede hacer nada más aquí.

Cuando volvió a hablar, el abatimiento casi hizo temblar la voz de Corran.

—Entendido, señor. ¿Qué va a hacer?

—Nuestra misión consiste en volar ese conducto, y los demás no pueden dejar lo que están haciendo para destruirlo. —Los labios de Wedge Antilles dibujaron una lenta sonrisa—. Lo que los imperiales han instalado allí abajo detendría a casi cualquier piloto, ¿no? Bien, pues voy a recordarles que en el Escuadrón Rebelde no nos conformamos con el primer piloto que llama a nuestra puerta…

35

Kirtan Loor estrujó nerviosamente el extremo de su guerrera entre los dedos y tiró de la visera de su gorra para ajustarla sobre su cabeza. Hubiese querido enfrentarse a la orden de volver a Coruscant con firme confianza y sin sentir ningún temor, pero no se atrevía a permitirse ese lujo. Se le había encomendado la misión de destruir al Escuadrón Rebelde. La mitad del escuadrón había muerto en Borleias, pero la otra mitad vivía y Wedge Antilles y Corran Horn todavía estaban en condiciones de volar. De hecho, la unidad había acumulado una considerable lista de presas durante el tiempo en que Kirtan había estado tratando de destruirla, por lo que no podía imaginarse que Ysanne Isard estuviera de muy buen humor.

El agente de inteligencia se dio cuenta de que estaba sonriendo. «De hecho, no puedo imaginármela de buen humor en ninguna circunstancia…».

La puerta del despacho de la directora se abrió ante él, y la sonrisa de Kirtan desapareció. Isard volvía a llevar su uniforme escarlata de almirante, con la tira negra rodeando su brazo izquierdo incluida. Se había peinado hacia atrás y había recogido sus cabellos sobre la nuca mediante un pasador negro. Isard movió la mano en un gesto de invitación, pero la supuesta naturaleza afable y educada de su saludo únicamente estaba presente en la mano. Sus ojos de distinto color profetizaban el desastre, pero Kirtan tuvo la impresión de que la inmediatez de tal destino quizá pudiera ser retrasada.

—Entre, agente Loor. Confío en que el viaje desde Borleias no haya resultado demasiado agotador.

Kirtan meneó la cabeza, haciendo cuanto podía para ocultar cualquier rastro de fatiga.

—Le pido disculpas por no haber podido presentarme antes. Mi planificación original se vio interferida, y de ahí esta semana de retraso en mi llegada.

—Ya lo sé. Otra operación exigió ciertos recursos que había planeado utilizar para su regreso. —Después descartó cualquier motivo de preocupación relacionado con el retraso mediante un gesto de la mano, algo que Kirtan encontró levemente irritante porque ella era la causa directa tanto de éste como de la semana que había pasado en Toprawa—. Confío en que haya sabido aprovechar su estancia en Toprawa.

—¿Aprovecharla?

Toprawa había sido un punto de transferencia rebelde para los datos robados sobre la primera Estrella de la Muerte. Como castigo por su complicidad con la Rebelión, la población vio reducido su mundo a un estado preindustrial en el que los banthas eran el medio de transporte más rápido y el fuego era el nivel de producción de energía más elevado accesible a los nativos. Las fuerzas imperiales vivían en ciudadelas resplandecientes que permanecían iluminadas como faros durante toda la noche, conviniéndose de esa manera en monumentos visibles de lo que los habitantes de Toprawa habían perdido a causa de su perfidia.

—Estudió su sufrimiento, ¿verdad? —Las oscuras cejas de Ysanne Isard se unieron para formar una línea recta a través de su frente—. Vio en qué se han convertido.

Kirtan tragó saliva.

—Los he visto, sí. Eran realmente patéticos y lamentables.

—¿Y presenció una de sus celebraciones?

Kirtan asintió lentamente. La «celebración» había consistido en que una compañía de soldados de las tropas de asalto llevara una carreta llena de sacos de trigo hasta el centro de una aldea. Para recibir el trigo, los aldeanos tenían que arrastrarse sobre el estómago y avanzar hacia él como si fueran gusanos mientras lloraban y gemían estridentes lamentaciones por la muerte del Emperador. El reparto del trigo se basaba en la creencia de sinceridad que algún soldado de las tropas de asalto otorgara a esa exhibición de luto colectivo. Kirtan no dudaba de que muchas de aquellas personas habían acabado creyendo que lamentaban sinceramente la muerte del Emperador.

—Esas gentes conspiraron con los asesinos del Emperador, agente Loor. Ahora han aprendido que sus acciones tienen ciertas consecuencias, y lamentan su pasada deslealtad. —Un espasmo de tensión frunció las comisuras de sus ojos—. En su arrogancia anterior, se atrevieron a creer que el Imperio era superfluo y podía ser sustituido. Ahora saben que no es así. Todo lo que hay de bueno en sus vidas procede del Imperio. Se les ha mostrado la verdad, y ahora sus vidas se reducen a esperar una oportunidad de que se les permita volver a formar parte de nuestra hermandad.

—Lo vi. No lo he olvidado.

La expresión de Isard se suavizó ligeramente.

—Yo tampoco he olvidado su excelente índice de retención visual.

«Así que Toprawa pretendía ser una lección en el arte del arrepentimiento…». Kirtan alzó ligeramente el mentón, exponiendo su garganta.

—Señora directora, lamento profundamente no haber completado mi misión.

—¿De veras? —Isard extendió las manos hacia él, y la sorpresa agrandó sus ojos—. ¿Y por qué cree que ha fracasado?

—Me envió a destruir al Escuadrón Rebelde. —Kirtan inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado—. No he conseguido alcanzar ese objetivo.

—Es cierto que el Escuadrón Rebelde todavía existe, aunque la cuestión de durante cuanto tiempo seguirá existiendo debería ser seriamente discutida. El ataque a Borleias les causó graves pérdidas, y su informe lo dejaba muy claro. —Sonrió, y Kirtan tuvo que reprimir un estremecimiento—. Pero la información que proporcionó sobre la empresa privada que el general Derricote ha establecido en Borleias es todavía más importante. No podía ocultarme su existencia, naturalmente, dado que era la clave de la defensa que hizo huir a los rebeldes sin que hubieran podido alzarse con la victoria.

Kirtan Loor inclinó la cabeza ante ella.

—Me alegro de que esté complacida.

Cuando volvió a alzar la cabeza vio que la expresión de la directora estaba cambiando de nuevo, y que no indicaba nada que se aproximara ni de lejos a placer por su parte. La nueva emoción también estaba muy lejos de ser un leve disgusto, lo que convirtió la boca de Kirtan en un desierto y su estómago en el hogar ideal para un sarlacc.

«¿Qué es lo que he hecho? —Cuando tragó saliva, su laringe le arañó el interior del cuello con tanta violencia como si esas dos partes de su cuerpo estuvieran hechas de piedra—. ¿En qué he fracasado?».

—Esperaba algo más de usted, agente Loor. ¿Es capaz de imaginarse el qué?

Kirtan meneó la cabeza.

—No.

—No, por supuesto que no puede imaginárselo. ¿Y sabe por qué no puede hacerlo?

—No.

—Pues porque su imaginación se ha atrofiado hasta tal punto que ya casi está muerta —siseó Ysanne Isard, y sus palabras crearon ecos que resonaron por toda aquella estancia casi vacía—. Tenga la bondad de recordar lo que pensaba Gil Bastra de usted.

Kirtan sintió que le empezaba a arder el rostro.

—Rastra opinaba que yo confiaba excesivamente en mi capacidad para retener los conocimientos y que la usaba para compensar la falta de análisis. Lo recuerdo, y he intentado cambiar mi forma de actuar. Había llevado a cabo un análisis de las estrategias rebeldes más probables, y aislé un número de mundos que me parecía podían atacar después de su incursión contra el sistema de Hensara. Y tenía razón, porque Borleias figuraba en esa lista.

—¿Y qué fue lo que le llevó a Borleias?

—Usted me envió allí.

—Yo le envié allí. —Isard extendió la mano derecha como si quisiera alejarla de su cuerpo, y después hizo que su mano izquierda adoptara la misma posición mediante un gesto similar—. ¿Y a qué conclusión llegó?

—A la de que su análisis de la estrategia rebelde había seguido un curso paralelo al mío, y que por eso me había enviado a Borleias.

Ysanne Isard juntó las manos y entrelazó los dedos.

—Inició el análisis, encontró lo que le pareció era una corroboración de él y luego, en vez de seguir sometiendo su análisis a nuevas pruebas y, de dicha manera, corroborar la evidencia, lo que hizo fue dejar de pensar. Y ahora, piense un poco en el completo y total absurdo al que logró llegar mediante su conclusión.

—¿Qué quiere decir?

—Kirtan Loor, ¿realmente es tan estúpido como para suponer que si yo fuera capaz de predecir dónde iban a atacar los rebeldes le enviaría a usted, y únicamente a usted, para que estuviera allí y observan su ataque? Bien, pues en ese caso le aseguro que no tengo un concepto tan elevado de sus capacidades combativas.

El sarlacc agazapado en el estómago de Kirtan se puso repentinamente nervioso y empezó a tratar de salir de su prisión a mordiscos. «Borleias hubiese debido caer, y si no cayó fue únicamente porque Derricote disponía de recursos ocultos para defenderlo. Si Ysanne Isard fuera capaz de predecir dónde harían acto de presencia los rebeldes, hubiese enviado una fuerza significativamente mayor para oponerse a ellos y les habría asestado un golpe realmente serio».

—Desde el primer momento, agente Loor, la gran dificultad en lo concerniente a la Rebelión ha radicado precisamente en cómo localizados. Desde la muerte del Emperador, los rebeldes han podido desplegarse y diversificar sus bases, lo cual hace que resulten más difíciles de destruir. El esfuerzo que usted llevó a cabo contra la base de Talasea fue bastante meritorio… y si el almirante Devlia no se hubiera comportado como un estúpido, el Escuadrón Rebelde tal vez habría sido eliminado. La importancia de ese ejemplo, sin embargo, estriba en que le muestra a qué vasto problema hemos tenido que enfrentarnos a la hora de localizar a los rebeldes a los que queremos matar. —Ysanne Isard se llevó las manos a la espalda—. Borleias sólo es uno entre las dos docenas de mundos que proporcionan acceso a los planetas del Núcleo, e incluso al mismísimo Centro Imperial, a los rebeldes. Organizar una defensa contra esos ataques resulta casi imposible, y además se vuelve totalmente ridículo en cuanto se es consciente de que la destrucción de la Rebelión es el único camino que permite llegar a la preservación y restauración del Imperio. Ése objetivo ocupa el primer lugar en mi mente, y fue basándome en esta consideración como decidí enviarle a Borleias.

Kirtan se concentró durante unos momentos. «Lo único que hice en Borleias fue descubrir que Derricote había organizado una compleja operación clandestina. Pero si Ysanne Isard hubiera conocido su existencia previamente, entonces se habría ocupado a título personal de ello…».

—¿Me envió allí para que espiara al general Derricote?

Isard asintió de una manera casi mecánica.

—Derricote posee ciertas capacidades que me resultan útiles. El que consiguiera reparar y devolver al estado operacional a la antigua instalación de la Biótica de Alderaan indicó que sus capacidades no se habían atrofiado. Después de haber recibido el informe que usted me envió, le hice venir aquí y dejé a mi gente a cargo de Borleias. De hecho, en estos momentos el general Derricote se encuentra aquí…

—Y mi retraso se debió a que para traerle utilizó naves que originalmente habían sido reservadas para mi transporte.

—Magnífico, agente Loor. Su informe indicaba que Derricote disponía de los recursos necesarios para poder resistirse a una invitación casual. La llegada de un Super Destructor Estelar bastó para convencerle de que debía venir a verme. Ahora tengo a mi gente protegiendo su operación particular para él, y ya están mejorando las defensas y todo lo demás.

«Las instalaciones de Derricote se han convertido en un rehén que asegurará su cooperación». Kirtan cerró los ojos durante un momento, esperando que la confusión y el conflicto de pensamientos que se habían adueñado de su mente se disiparan por sí solos.

Pero no fue así. Kirtan abrió los ojos y vio que Ysanne Isard le estaba observando de la misma forma en que un carroñero observaría a un cadáver que estuviera empezando a pudrirse.

—Discúlpeme, señora directora, pero ya no tengo demasiado claro cuál era la misión que quería encomendarme.

—Su misión, agente Loor, sigue siendo la que se le ha encomendado desde el primer momento: debe destruir al Escuadrón Rebelde. El hecho de que elija encargarle otras misiones de vez en cuando no debería apartarle de su deber principal.

—¿Piensa volver a enviarme a recorrer la galaxia para que les siga el rastro hasta dar con ellos?

—No. Se quedará aquí y colaborará con el general Derricote.

Kirtan abrió la boca y se dispuso a formular una pregunta, pero enseguida se apresuró a cerrarla. Contempló en silencio a Ysanne Isard durante un par de segundos, y después inclinó la cabeza.

—Como desee, señora directora.

—No se trata de lo que yo desee, sino de lo que tiene que ser. —Ysanne Isard le dio la espalda para volverse hacia las ventanas que daban a la Ciudad Imperial—. No hay ninguna necesidad de enviarle en pos de ellos, porque no tardará en ver cómo aparecen por aquí. Y cuando lo hagan, se encontrarán con la bienvenida que usted les habrá preparado…

36

—No se duerma, Nueve. Si no puede correr entonces defiéndase, pero salga de ahí. —Wedge inclinó su caza para lanzar una última mirada al ala-X de Corran—. Se ha portado muy bien.

—Esperaré a que los demás hayan iniciado la salida —respondió el otro piloto, acompañando sus palabras con un levantamiento del pulgar.

—Le veré entonces.

Wedge inclinó el ala-X hasta rebasar la línea de la vertical y vio cómo el planeta descendía para llenar su carlinga. Los cuatro torpedos protónicos que él y Corran habían lanzado contra el conducto no lo habían destruido, pero la mezcladora de ferrocreto envuelta en llamas marcaba la situación del objetivo de una manera muy clara. Sabiendo que la sorpresa había sido irrevocablemente perdida, Wedge hizo que su caza descendiera en una espiral que lo alejó cinco kilómetros del objetivo y lo dejó justo por debajo de la cota de los cuatro kilómetros.

«Como me dijo Han en una ocasión, el sigilo y la sutileza dan muy buenos resultados, pero si quieres dejar una impresión duradera sólo necesitas un desintegrador… —Wedge siguió un curso más o menos paralelo al valle, bajó el morro del ala-X para que quedara dirigido hacia el incendio que ardía en la lejanía e inició el descenso—. Y en este caso, tengo muy claro que quiero dejar una impresión lo más duradera posible».

Los verdosos haces láser del vehículo de asalto hendieron la noche para subir hacia él. Mynock dejó escapar un gemido, pero Wedge se limitó a descender para situar el caza por debajo de la línea de fuego o a subir para quedar por encima de ella, obligando a los artilleros a desplazar continuamente sus miras hacia arriba y hacia abajo o de un lado a otro. «Disparar contra un caza significa que has de tomar en consideración una cantidad de movimiento mucho más grande. Hay muy pocos vehículos de superficie que sean capaces de bailotear de esta manera… y ninguno de ellos puede llegar a hacer lo que pienso hacer».

El indicador de la distancia que lo separaba del objetivo incorporado a su consola fue restando los metros por centenares a medida que Wedge se lanzaba sobre el conducto. Una extraña sensación de paz se adueñó del comandante corelliano a pesar del diluvio de fuego imperial que estaba siendo dirigido contra él. Sabía que no estaba entrando en ninguna clase de trance Jedi porque, a pesar de lo mucho que Wedge admiraba a Luke, también era consciente de que nunca conseguiría llegar a dominar las artes místicas de su amigo. La sensación de serenidad parecía surgir de la profunda convicción de que debía salir triunfante en su último intento de destruir el conducto y, lo que era todavía más importante, del hecho de que toda una vida de experiencia le había asegurado que las fuerzas de superficie no podrían detenerle.

Wedge redujo la velocidad e invirtió la impulsión cuando se encontraba a un kilómetro del objetivo, y el ala-X cayó como una piedra en el mismo instante en que las baterías láser del vehículo de asalto hacían converger sus haces para abrasarlo en el cielo.

Descendiendo en lo que prácticamente era una caída libre, el caza se precipitó hacia el suelo del desfiladero. Los artilleros del Juggernaut, quizá creyendo que habían logrado darle, o quizá horrorizados por aquel descenso tan claramente incontrolado, dejaron de disparar.

El que hubieran seguido disparando no habría cambiado en nada el curso de los acontecimientos, por supuesto. Wedge conectó los haces repulsores cuando se encontraba a unos cien metros del suelo, y su estridente gemido ahogó el alarido de terror lanzado por Mynock. La caída del caza terminó en un brusco rebote, dejándolo suspendido a apenas cinco metros del suelo arenoso del desfiladero. Una nube de polvo se arremolinó alrededor del ala-X y los cañones láser de la torreta delantera del Juggernaut empezaron a descender. Detrás del vehículo, visibles gracias a la luz rojiza y dorada que irradiaba la mezcladora en llamas, las siluetas de los soldados de las tropas de asalto y las cuadrillas de trabajadores de la construcción empezaron a dispersarse.

Poniendo los motores a nivel cero, Wedge usó el timón para alinear el morro del ala-X con el Juggernaut y después presionó el gatillo de su palanca de control. Un torpedo protónico salió de su tobera para lanzarse sobre el vehículo de asalto. El proyectil de cegadora energía azulada atravesó el parabrisas del Juggernaut, inmoló a la tripulación de la cabina y mediante una veloz fusión, se abrió paso hacia la estructura principal del vehículo. Una vez allí detonó dentro de ella, expandiendo el Juggernaut con un incontenible estallido de energía y redondeando todos sus ángulos antes de hacerlo pedazos. La metralla en que había quedado convertido el blindaje se esparció por toda la zona. El diluvio de restos metálicos hizo que los escudos del ala-X chisporrotearan durante unos instantes, pero a través de ellos Wedge pudo ver cómo el extremo posterior del vehículo salía disparado hacia arriba para pasar por encima del conducto y acabar cayendo al otro lado.

La enorme masa envuelta en llamas del Juggernaut silueteó el conducto.

El pulgar de Wedge desplazó el control de armamento a la posición de los cañones láser, y después presionó el gatillo. Utilizando los pedales del timón, el comandante corelliano hizo que el caza oscilara violentamente hacia un lado y hacia otro y roció los vehículos de construcción y las formas de plastiacero con un diluvio de haces de energía carmesíes. Los andamiajes se derrumbaron, y chorros de ferroacero en estado semifluido rezumaron de las estructuras incendiadas. Los soldados de las tropas de asalto corrían en todas direcciones, buscando cualquier refugio que pudieran encontrar. Wedge no hizo ningún intento de elegir objetivos específicos, ya que usar el armamento de un caza estelar para matar a un individuo equivalía a usar una espada de luz para eliminar los extremos de los hilos que asomaran de una prenda. Sus armas podían hacer ese trabajo, pero había formas bastante más sencillas que también resultarían mucho más económicas.

Volvió a pasar el control de sistemas de armamento a los torpedos protónicos y armó dos. Centrando su retícula de puntería en la cañería de ferrocreto, apretó el gatillo y después desvió la energía a los haces repulsores para lanzar su caza hacia las alturas.

Los dos torpedos emparejados chocaron con el conducto y lo atravesaron entre una lluvia de chispas. Después estallaron diez metros más allá de la cañería, creando una estrella artificial enloquecida en pleno centro del desfiladero. La onda expansiva sacudió al caza. También desintegró la cañería, arrancándola de las sujeciones por los dos extremos, y después siguió avanzando en una oleada tan incontenible que extinguió los incendios que habían empezado a consumir los vehículos. Las paredes del desfiladero temblaron, creando pequeños desprendimientos de rocas y polvo. El intenso resplandor de la explosión permitió que Wedge echara una última mirada a la completa destrucción de la zona del objetivo, y después la implosión de la bola de fuego dejó sumido al desfiladero en una oscuridad tan absoluta como impenetrable.

Wedge se permitió la sombra de una sonrisa.

—El conducto ha desaparecido. Ahora podemos empezar a ocuparnos de mi objetivo. —Puso la impulsión al máximo y lanzó el depósito de combustible vacío—. Aquí Jefe Rebelde: misión cumplida.

—Aquí Cuatro, Jefe Rebelde. Todos los globos oculares han perdido la visión, y todos nuestros pilotos están bien. Bizcos y ala-X se dirigen hacia su posición. —La voz de Bror se interrumpió durante un instante—. Llegaremos allí antes que ellos.

—Es hora de volver a casa, chicos. Vamos a dejarlos atrás. —Wedge hizo que su ala-X iniciara un curso que lo reuniría con los otros cuatro cazas del escuadrón—. Nueve encabezará el vector de salida e informará si hay problemas.

—Negativo, Jefe Rebelde. —La preocupación que impregnaba la voz de Nawara hizo que un escalofrío helado atravesase la columna vertebral de Wedge—. Acabo de comprobarlo: Nueve no aparece en mi pantalla delantera.

**

Furioso consigo mismo, Corran pensó en desobedecer la orden del comandante Antilles y seguirle de todas maneras. Ese pensamiento sobrevivió aproximadamente el mismo tiempo que había logrado sobrevivir Peshk durante su primer combate en Luna Negra. «Antilles tiene razón. Tus reservas de combustible están muy bajas. Te ha encomendado una misión, y lo que debes hacer es completarla. Sal de aquí, y asegúrate de que el camino está despejado…».

—Dale toda la potencia que puedas a mis sensores, Silbador. Quiero una imagen lo más completa posible del teatro de operaciones, y acompáñala con una evaluación completa de todas las amenazas presentes.

El androide astromecánico respondió con un alegre trino. Su primera lista de cazas mostraba únicamente tres ojos oculares supervivientes del combate con el Escuadrón Rebelde. Todo un escuadrón de bizcos se estaba aproximando, pero las evaluaciones de amenaza correspondientes a esos cazas estaban expresadas en decimales. No suponían ninguna amenaza para Corran, y muy poca para sus compañeros de escuadrón. El corelliano no podía permitirse el lujo de ignorarlos, pero no había ninguna razón por la que debieran interferir con su salida del sistema.

Y de repente los números correspondientes a dos de los bizcos iniciaron un leve ascenso.

—¿Qué pasa con esos dos?

Silbador respondió a su pregunta haciendo aparecer un diagrama táctico en la pantalla de Corran. Dos de los bizcos se habían apartado de la formación para efectuar una pasada y, posiblemente, interceptar a un cuerpo que se estaba desplazando a través de la atmósfera. Los números que Silbador utilizó para describir ese objeto descendente indicaban que su caída se hallaba bajo control, y Corran enseguida comprendió que aquel pequeño detalle no podía haberles pasado desapercibido a los pilotos de los cazas TIE.

—¿Piensas que se disponen a atacar a una de nuestras lanzaderas de asalto, Silbador?

Una estridente nota musical le respondió cuando Silbador identificó a la lanzadera como la *Devoniana*.

—Oh, claro. Ya me lo parecía… —Corran tiró de la palanca de control hasta dejarla pegada a su esternón e hizo que el caza describiera un gran rizo—. Esta vez sí vas a contraer una enorme deuda conmigo, Page.

El androide dejó escapar una cascada de suaves zumbidos.

—Sí, sé lo que estoy haciendo. Si permitiera que la inercia me impulsara en vez de quemar combustible, todo iría sobre ruedas. —Corran redujo la velocidad—. Y no, no quiero que calcules el nivel de probabilidades de esta maniobra. Nunca te he pedido que me informes de cómo estaban las probabilidades, y no quiero saber cómo están ahora. Las probabilidades sólo tienen importancia cuando estás metido en algún juego de azar, y si queremos que la gente de Page tenga alguna oportunidad de hacer su trabajo, no podemos permitir que esto se convierta en un juego de azar.

El vector emprendido por Corran le estaba llevando velozmente hacia arriba en un ángulo que terminaría colocando su caza en el arco trasero de los interceptores. El corelliano centró su atención en el segundo bizco. No podía pasar el control de armamento a la posición de los torpedos protónicos porque una fijación de blanco advertiría a los bizcos de la amenaza a la que se enfrentaban. Si quería que su plan diera resultado, necesitaba que todo ocurriera muy deprisa… y eso significaba que el primer interceptor tenía que morir con la primera pasada de Corran.

Cuando se encontraba a un kilómetro de distancia, Corran aumentó la impulsión y niveló su ala-X para lanzarse directamente sobre los interceptores. «Un poco más de ángulo y tal vez conseguiré acabar con los dos al mismo tiempo…». Ajustó el control de armamento en la posición de los cañones láser y los conectó para que dispararan en tándem. Corran centró sus miras de puntería en la última nave y cuando éstas pasaron al verde, presionó el gatillo y mantuvo el dedo encima de él.

Cuatro pares de dardos de energía rojiza perforaron al interceptor. Los primeros impactos en el ala derecha hicieron que la nave empezase a girar sobre su eje, y un instante después la elevaron directamente hacia la línea de fuego de Corran. Cuatro haces láser convergieron, atravesando la cabina y llenando de fuego el interior de la nave. Una tremenda explosión hizo pedazos al bizco y obligó a Corran a virar y descender para

esquivar la parte más compacta de la nube de restos. Volviendo a su orientación anterior, el corelliano alzó los ojos hacia el lugar en el que hubiese debido estar el otro interceptor. No lo vio, pero ni siquiera había tenido tiempo de empezar a preguntarse si también había sido aniquilado cuando una andanada láser chocó con su escudo posterior.

«Oh, estupendo… ¡Ahora lo único que necesito es que ese bizco esté pilotado por algún temerario convencido de que es un genio del vuelo!». Corran reforzó el escudo posterior, inclinó la nave, presionó el pedal izquierdo del timón y después viró bruscamente para tratar de obtener un ángulo sobre el interceptor. No podía verlo en su imagen delantera o posterior, por lo que volvió a tirar de la palanca de control e inició un rápido ascenso.

El interceptor apareció justo en el centro de la imagen posterior de Corran y, una vez más, volvió a recubrir su escudo trasero con un diluvio de fuego verde.

«¿Quién es este payaso?». Corran elevó la nave sobre el estabilizador-S de babor, y después redujo la impulsión y permitió que el ala-X descendiera hacia el planeta.

—Ajusta la comunicación a un radio de un kilómetro, Silbador. Dile al transporte que descienda hacia la superficie lo más pronto posible, porque este tipo es realmente bueno. Quiero disponer de mucho espacio para operar.

Un estridente silbido hizo vibrar los oídos de Corran, y una pregunta apareció en su monitor.

—Sí, claro que soy mucho mejor piloto que ese tipo. Sólo estoy jugando con él, ¿entiendes? Y ahora, refuerza esos escudos y agárrate bien…

El interceptor empezó a aproximarse a la cola de Corran. El corelliano tiró de la palanca de control hasta nivelar su nave, y el interceptor siguió pegado a él. Corran esperó hasta que el interceptor estuvo a quinientos metros de distancia y después desvió su nave hacia estribor. Dejando caer el pie izquierdo sobre el pedal correspondiente del timón y poniendo la impulsión al máximo, Corran hizo que el morro de su ala-X se volviera hacia el bizco.

Aunque era más maniobrable que sus predecesores de alas verticales, la considerable anchura de las alas del interceptor seguía creando ciertos problemas de control. El viraje del bizco tardó en llegar, y le ofreció un blanco realmente maravilloso a Corran. Su primer disparo dio de lleno en el ala de estribor y abrió dos feos agujeros en ella. El bizco empezó a oscilar y Corran volvió a disparar, pero los haces carmesíes se perdieron en el espacio después de haber flanqueado la cabina en forma de bola.

El piloto imperial terminó su maniobra. Corran elevó el ala-X sobre su estabilizador-S de babor y se apresuró a seguirle. El piloto que tenía delante permitió que su nave oscilara y se bamboleara de un lado a otro, pero la resistencia aerodinámica creada por los paneles solares del ala dañada enseguida hizo que todos los desplazamientos hacia la derecha fueran más rápidos y que resultara más difícil recuperarse de ellos.

Corran colocó su retícula de puntería a estribor del caza alcanzado. El interceptor empezó a derivar hacia la derecha, y Corran disparó. Los haces láser arrancaron el ala derecha del fuselaje. El bizco inició una vertiginosa serie de giros hacia babor, quedando

atrapado en una secuencia de tumbos tan incontrolable como imposible de detener. Corran ascendió antes de ver estrellarse al interceptor, y una parte de su ser esperó que el piloto fuera lo suficientemente inteligente para escapar a la muerte eyectándose.

El corelliano echó un vistazo a su monitor y alteró el curso de su nave para seguir un vector que interceptaría la trayectoria de salida del resto del escuadrón.

—Nueve a Jefe Rebelde: todavía estoy aquí.

—Se supone que debe ir delante en vez de seguirnos, Nueve —replicó Wedge, y Corran percibió con toda claridad la considerable ira que vibraba en sus palabras.

—Recibido, comandante. Me disponía a hacerlo, pero dos bizcos efectuaron una pasada.

—Así que usted también decidió efectuar una pasada, ¿no?

—Para vengar al general Kre'fey, sí. —Corran pensó que Wedge captaría la referencia y comprendería que los interceptores se estaban disponiendo a caer sobre un transporte cuando detectó su presencia. Echó una rápida mirada a su indicador de combustible—. Tengo un problema, comandante.

—Lo sé, Nueve. Su unidad astromecánica acaba de responder a una petición de datos que le envié.

La voz del twi'lek entró en la frecuencia.

—Guía, otra docena de bizcos acaba de despegar y está siguiendo la ola detrás de nosotros.

—Aquí Cuatro, Guía. Quedémonos por la zona un ratito más. Sólo son veintidós.

—Aquí Cinco, Guía. Estoy de acuerdo.

Corran sonrió.

—Gracias, chicos.

—Silencio. Esto no es una democracia, y lo que queramos no tiene ninguna importancia. Hemos recibido órdenes, y el destino de otros depende de que esas órdenes sean obedecidas. —La estática invadió la frecuencia durante unos momentos, y después Wedge volvió a hablar—. Pero disponemos de cierto margen de libertad a la hora de obedecerlas. Cambio de planes. Iremos hacia el sol y haremos que los imperiales nos sigan. Nueve, se dirigirá hacia el lado oscuro y se aproximará a la superficie. La atmósfera es tenue, pero su equipo de apoyo vital puede concentrarla lo suficiente. Si consigue esquivarlos, volveremos a buscarle.

—Haré cuanto pueda, comandante. —Corran hizo que su ala-X ocupara la posición que le correspondía junto al resto del escuadrón—. ¿Cuántos has vaporizado, Cuatro?

—Seis. ¿Y tú?

—Tres, si contamos el del desfiladero.

—Ése también cuenta, Nueve. No fue una victoria convencional, pero cuenta.

—Gracias, comandante.

Rhysati intervino en la conversación.

—¿Qué fue lo que hiciste, Nueve?

—Es un poco complicado. Ya lo explicaré más tarde. —En el mismo instante en que pronunciaba las palabras «más tarde», Corran sintió cómo se convenían en polvo dentro de su boca—. Sólo llevo diecisiete. Me llevas dos de ventaja, Cuatro. Voy a contabilizar las que obtuve en el lado oscuro.

—Por supuesto, Nueve.

—Nueve, ahora Gavin es un as —dijo Nawara Ven.

—No lo había dudado ni por un minuto. Bien hecho, chico. —La luna de Borleias ya empezaba a ser visible delante de ellos—. Bienvenido al club.

—Diez segundos para el punto final, pilotos. Nueve, no crea que está obligado a tratar de ser un héroe.

—¿Tratar de ser un héroe? Soy un piloto del Escuadrón Rebelde. Creía que lo de ser un héroe iba incluido con la admisión.

—Desde luego que sí, Nueve. Inicio de la separación.

Corran se desvió hacia la izquierda mientras el resto del escuadrón continuaba avanzando hacia la derecha y llenaba su sensor de popa.

—Hasta luego, amigos míos.

Si hubo alguna réplica, no consiguió salvar el horizonte para llegar hasta él.

Corran redujo la impulsión e hizo que el ala-X descendiera hasta quedar muy cerca de la superficie lunar. Después desconectó su unidad de comunicaciones y pasó los sensores a la modalidad de captación pasiva.

—Bueno, Silbador, nos hemos quedado solos… Vamos a ver si encontramos un agujero dentro del que meternos, ¿eh? No, no un agujero que permita esconderse, sino uno desde el que se pueda tender una buena emboscada. El comandante sabía tan bien como yo que esta separación no engañará a todos los pilotos imperiales. Tarde o temprano vendrán a por nosotros. Nunca he querido morir solo, y llevarme a unos cuantos de ellos conmigo será una forma magnífica de decirle adiós al mundo.

37

«Aquí vienen, tan inevitables como los impuestos y tan lentos como los papeles…». Con su ala-X instalado en el interior de un tubo de lava congelada en la ladera de un volcán, Corran contempló cómo las parejas de interceptores iban describiendo pautas de búsqueda sobre la superficie lunar. Los pilotos imperiales habían transferido la cantidad suficiente de energía a sus sensores para que incluso teniéndolos directamente centrados hacia abajo, éstos desprendieran unas radiaciones tan intensas que era inevitable que fueran registradas por los receptores pasivos del ala-X.

Silbador había detectado diferencias en las firmas energéticas de cada unidad sensora, y había aislado una docena de interceptores distintos. «Eso significa que diez bizcos no han vuelto de su persecución. Teniendo en cuenta que el Escuadrón Rebelde sólo ha dispuesto de quince minutos para actuar, no cabe duda de que ha hecho un trabajo realmente magnífico».

Corran extendió el brazo y golpeó suavemente el panel de transpariacero de la parte posterior de su cabina.

—Silbador, ya llevan casi media hora con ese patrón de búsqueda. ¿Todavía no has conseguido encontrar la solución?

El androide replicó con un trino sarcástico.

—Eh, sólo era una pregunta. —Corran conectó los motores, transfirió energía al control de armamento y armó dos torpedos protónicos—. Listo cuando tú lo estés.

Un reloj de cuenta atrás apareció en su consola e inició el lento descenso de cifras. Los bizcos siguieron con su pauta de búsqueda en forma de parrilla, acercándose cada vez más a su posición en su incesante avanzar y retroceder. En cuanto Corran vio lo que estaban haciendo, pidió a Silbador que cronometrara las pasadas. Estas se mantuvieron constantes tanto en velocidad como en duración, lo que indicó a Corran que los pilotos habían hecho exactamente lo mismo que habría hecho él en su caso: habían programado el patrón de búsqueda en sus ordenadores de navegación, y estaban permitiendo que el piloto automático se encargara de llevarla a cabo.

«Lo cual significa que sabemos dónde estarán dentro de treinta y cinco coma tres segundos… —El joven corelliano asintió sombríamente—. Estoy muerto, de acuerdo. Pero ellos morirán antes que yo, y no cabe duda de que eso ya es una pequeña victoria…».

Y de pronto Corran comprendió que estaba furioso porque sabía que iba a morir. A primera vista esa emoción parecía bastante lógica, pero las emociones rara vez lo eran. Si alguien le hubiese descrito su situación actual y le hubiera preguntado qué sentía, Corran habría respondido diciendo que estaba aterrorizado. Pero la realidad era un poco distinta, porque la ira se imponía al miedo.

Hizo una profunda inspiración de aire y se obligó a relajarse. «El miedo y la ira no me van a servir de nada en esta situación». Corran sabía que abandonar su escondite para hacer bajar a los interceptores y poder llevarse consigo a unos cuantos más de ellos

cuando muriera no era el curso de acción más adecuado. Corran ignoraba si los pilotos eran clones, voluntarios, reclutas alistados a la fuerza o mercenarios… y en realidad eso carecía de importancia. La única razón de que disponía para justificar el enfrentarse a ellos era la misma que le había impulsado a lanzarse sobre los bizcos en Borleias.

«Quiero impedir que el Imperio siga causando más muertes. No soy un vengador: estoy aquí para proteger a otros… Corran sonrió. No hubiese sabido explicar por qué, pero de repente le parecía curiosamente adecuado que él, hijo y nieto de hombres que habían protegido a otros en la Fuerza de Seguridad de Corellia, los hubiera seguido al seno de la Fuerza de Seguridad y hubiera acabado allí, con la Rebelión. Su vida, la de su padre y la de su abuelo habían estado consagradas a proteger a otras personas. —Y ahora los chicos del suelo y los pilotos de los bombarderos de Salm disfrutarán de esa misma clase de protección…».

La cuenta atrás llegó al cero.

Corran apretó el gatillo.

Dos torpedos protónicos surgieron de los tubos de lanzamiento instalados en los flancos del ala-X. Los torpedos habían sido programados para llegar a cierto punto en cierto tiempo, por lo que Corran no necesitaba disponer de una fijación de blanco sobre la pareja de bizcos que estaba pasando por delante de él. Un kilómetro los separaba del ala-X y los torpedos pasaron del tubo de lanzamiento al blanco en menos de medio segundo.

El primer torpedo se abrió paso a través del interceptor más próximo y detonó. La explosión vaporizó al bizco, reduciéndolo a sus moléculas componentes. El segundo torpedo llegó a rebasar el objetivo, pero estalló en cuanto hubo recorrido la distancia programada. La detonación aplastó el ala de estribor del caza imperial. El interceptor inició una vertiginosa espiral de caída, chocó con un monolito de basalto y estalló.

Corran aumentó el nivel de impulsión y mantuvo la palanca de control firmemente sujeta mientras su caza salía disparado del tubo de lava. Una vez fuera de él, el joven corelliano tiró de la palanca de control y empezó a ascender. Vio que otros interceptores interrumpían sus patrones de búsqueda, pero ninguno de ellos mostró la reacción inmediata de avanzar hacia él. «Sus sensores siguen estando orientados hacia el suelo».

Corran pasó el control de armamento a la posición de los cañones láser y los ajustó para el fuego cuádruple. Eso disminuiría su velocidad de disparo, pero haría que un buen impacto significara la destrucción del blanco y Corran necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener. Invirtiendo el ala-X, lanzó un rápido vistazo a los interceptores mientras sobrevolaba el cráter del volcán. Localizando un par de objetivos que se estaban dirigiendo hacia el punto en el que habían caído los primeros bizcos, Corran elevó el caza sobre el estabilizador-S de estribor y describió una gran curva.

Ejecutó un picado y niveló la nave en un pequeño valle entre el volcán y un cráter meteorítico. Ascendiendo en el último segundo, Corran se elevó sobre la gran llanura lunar y lanzó dos haces de fuego láser contra la quilla de un bizco. El caza estelar le complació derritiéndose en una neblina metálica que se condensó al instante para caer sobre la luna bajo la forma de una fina lluvia.

Silbador emitió un trino lleno de orgullo.

—Y tienes toda la razón: Horn ha conseguido colocarse por delante del chico del bacta.

Un veloz serpenteo permitió que Corran esquivara la represalia del compañero de ala del bizco. Niveló su nave durante un segundo, y después ejecutó un brusco viraje hacia la derecha. Volvió a nivelar el ala-X cuando se encontraba a noventa grados de su trayectoria original, y luego ascendió y ejecutó un giro a babor que dejó el morro del ala-X dirigido hacia el interceptor que había estado intentando mantenerse pegado a su cola. Corran giró, disparó, fundió unas cuantas planchas del blindaje del bizco y ejecutó un nuevo viraje hacia la derecha.

Después el joven corelliano respondió a la pregunta de Silbador meneando la cabeza.

—No, me parece que no he acabado con él. Pero le he hecho unas cuantas quemaduras.

Corran hizo que el ala-X ejecutara una segunda maniobra de inversión y presionó el pedal izquierdo para volver a atravesar su propia trayectoria. Lanzas de verdosa luz láser hendieron la tenue atmósfera de la luna mientras los interceptores convergían sobre su nave. Silbador mostró un total de nueve en el monitor, e hizo que los enemigos más cercanos parpadeasen en rojo. Un chirrido de estática brotaba de los auriculares del casco de Corran cada vez que algún que otro impacto ocasional debilitaba sus escudos, pero la energía transferida de los láseres enseguida bastaba para reforzarlos.

Corran echó una mirada a su indicador de combustible.

—Está claro que podemos enseñarles unas cuantas cosas sobre el volar, pero ya va siendo hora de cambiar algunas de las reglas. —Viró hacia la izquierda, ascendió y luego niveló el ala-X, dejándolo invertido, y después dirigió el morro de su caza hacia el cono del volcán—. ¡Vamos a ver si estos chicos siguen siendo tan valientes en un sitio del que solían salir chorros de fuego y lava!

El androide astromecánico se apresuró a hacer aparecer un mensaje en la consola.

—Sí, invitarlos a entrar en la caldera volcánica sería una buena idea. La falta de espacio los perjudicará bastante más que a mí, de la misma manera en que perjudicó a todos esos cazas TIE que Wedge destruyó en Rachuk…

Corran hizo que el caza descendiera hacia el cráter y dejó la impulsión a cero. Después activó los haces repulsores y fue aumentando su potencia hasta quedar suspendido en el centro de la arena de obsidiana.

Mientras dirigía el morro de su caza hacia el cielo, Corran echó un rápido vistazo a la réplica con la que Silbador había contestado a su afirmación anterior.

—Sí, un nivel de probabilidades de nueve contra uno no parece muy justo…

El ala-X tembló violentamente, como si un niño titánico lo hubiera agarrado con su puño invisible. Silbador dejó escapar un trino lleno de preocupación, y Corran sintió cómo su estómago intentaba volverse del revés. «¡Un rayo tractor! Ahora sí que todo ha terminado…».

El androide astromecánico emitió un gemido quejumbroso.

Corran leyó el mensaje que acababa de aparecer en su consola y meneó la cabeza.

—Eh, no ha sido culpa tuya. El que me dijeras qué tal estaban las probabilidades no es la razón por la que han decidido nivelarlas. —Corran volvió a colocar el control de armamento en la posición de torpedos en el mismo instante en que el primer interceptor dejaba atrás el borde del cráter del volcán—. Sensores hacia adelante, Silbador. Ya va siendo hora de recordarles que dejar atrapado a un piloto del Escuadrón Rebelde no lo convierte en un cadáver… y que sólo sirve para volverlo mucho más mortífero.

38

Confinado en el silencio del hiperespacio, Wedge volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro y frunció el ceño.

—¿Estás totalmente seguro en lo que respecta al marco temporal de ese patrón de búsqueda?

Mynock volvió la cabeza en su dirección y dejó escapar un balido claramente imploratorio.

—De acuerdo, de acuerdo.

Los números del androide indicaban que un patrón de búsqueda imperial estándar de un kilómetro cuadrado necesitaría dos horas y media estándar para examinar el lado oscuro de la luna. «Si Corran consiguiera mantenerse por delante de ellos y pasar al lado iluminado, entonces también tendrían que registrarlo. Eso significa que todavía podría estar escondido. Si no… —Wedge echó un vistazo al cronómetro del caza—. Si no, tienen que haberlo encontrado hace hora y media como mínimo».

La frustración convirtió las manos de Wedge en dos puños tensamente apretados. Sabía que habían hecho cuanto podían hacer dentro de los parámetros de la misión para ayudar a Corran. Los primeros diez interceptores lograron alcanzarlos porque redujeron el nivel de impulsión y esperaron. Los cinco ala-X habían destruido a sus enemigas sin ninguna dificultad, pero el combate los dejó reducidos a unos niveles de combustible realmente críticos. Los ala-X pasaron a la velocidad lumínica, dejando tras de sí a una docena de bizcos para que buscaran a Corran.

Cuando llegó el momento de efectuar el primer salto de tránsito, Wedge ordenó a todo el mundo que dedicara el tiempo que tardarían en llegar a Noquivzor a trazar planes para volver y rescatar a Corran. Durante las últimas tres horas, Wedge había organizado una operación de rescate y había pensado en todas las clases de contingencias posibles según cuales fueran los datos que pudieran obtener sobre Borleias. El Ala Defensora todavía no habría llegado a Borleias cuando los ala-X descendieran sobre las pistas de Noquivzor, pero había una posibilidad de que la gente de Page pudiera tener alguna noticia y hubiera accedido a la red holográfica imperial para transmitirla.

Eso dependería mucho de la suerte, pero el obtener información de la red holográfica ya era otra cuestión. Borleias habría informado de que estaba siendo atacado, y ese informe podía contener detalles que indicaran cuál era la situación actual de Corran. Apenas volviera al espacio real, Wedge haría que Emetrés examinara las últimas informaciones procedentes de Borleias. «Necesito saber con qué he de esperar encontrarme cuando volvamos…».

El núcleo de su plan era arriesgado, y Wedge sabía que Ackbar nunca lo aprobaría. Los riesgos de la misión ya habían sido expuestos previamente, y Corran se había ofrecido voluntario para ir. Se le echaría de menos, pero poner en peligro las vidas de otras personas para efectuar un rescate que probablemente no saldría bien sería una auténtica locura.

Por mucho que supiera que Ackbar tendría la razón de su parte cuando le hiciera ver todas esas cosas. Wedge también sabía que no podía abandonar a uno de los suyos. «El Imperio me ha arrebatado tantos amigos que ahora he de hacer todo lo posible para salvar a los que se encuentren en peligro». Wedge sabía que su insistencia en que Tycho formara parte del Escuadrón Rebelde constituía una especie de rescate, y no pudo reprimir una sonrisa sardónica. «Y salvarle de Salm resultó bastante más difícil de lo que nunca podrá llegar a serlo sacar a Corran de Borleia…».

En Noquivzor los ala-X podrían repostar y volver a despegar en cosa de media hora. Wedge suponía que en realidad el viaje de regreso empezaría pasada una hora, porque recordaba que ése era el tiempo mínimo que los técnicos necesitarían para volver a instalar los cañones láser en la *Prohibido*. Con Tycho pilotando la lanzadera y los ala-X como escolta, se convertirían en un enemigo más que temible para la docena de interceptores que había en el sistema de Borleias.

«¿Una docena? Apuesto a que Corran se encargará de reducir a la mitad ese número para facilitarnos el trabajo…».

Wedge apoyó la espalda en el asiento y se dio cuenta de que estaba pensando en Corran como Corran, y no como el teniente Horn. La distancia que había interpuesto entre su persona y Corran se había derrumbado sobre sí misma. Wedge había decidido distanciarse de todos los nuevos reclutas para mantener su autoridad sobre ellos. El Escuadrón Rebelde era una unidad peculiar y no excesivamente disciplinada, pero si quería que los pilotos le siguieran, Wedge debía mantener esa distancia.

Pero aun así, de repente se dio cuenta de que en realidad también se había aislado de ellos para protegerse a sí mismo. Después de haber perdido a tantos amigos y haber experimentado el dolor de sus muertes, Wedge apenas se atrevía a permitir que nadie llegara a estar demasiado cerca de él. No convenirse en un amigo de sus pilotos significaba que el dolor de verlos morir no sería tan agudo. Wedge lamentaba mucho que Lujayne Forge, Andoorni Hui y Peshk Vri'syk hubieran muerto, pero sus muertes no le habían herido tan profundamente como las de Biggs, Porkins o Dack.

«La distancia emocional es como un blindaje para el corazón». Ese blindaje era necesario porque sin él la abrumadora naturaleza de la lucha contra el Imperio acabaría aplastándole. Después de haber visto morir a tantos, hubiese resultado muy fácil suponer que todo había sido en vano. «Pero si hubiéramos empezado a pensar eso, ahora las Estrellas de la Muerte estarían destruyendo planetas y el Emperador seguiría gobernando la galaxia…».

Corran se había ganado la amistad que Wedge sentía hacia él, y no meramente gracias a su capacidad como piloto de un ala-X. El joven corelliano se había tomado muy en serio todo lo que Wedge le había dicho sobre llegar a formar parte de la unidad. Era evidente que Corran sabía que seguir a los interceptores que se disponían a atacar a una lanzadera de asalto significaría quedar abandonado, y había hecho esa elección porque en realidad no se trataba de una elección. «El resto de la unidad habría hecho exactamente lo mismo… Y ahora querrán volver allí para rescatar a Corran, naturalmente».

Saltar de Noquivzor a Borleias siguiendo un vector directo sin llevar a cabo un salto lateral previo les permitiría llegar al planeta en poco menos de tres horas. Eso expondría a Noquivzor a un considerable riesgo de ser descubierto por las fuerzas imperiales, pero Wedge esperaba que la gente de Page estuviera dándoles otras cosas en las que pensar. Aun así, un salto a la periferia del sistema de Borleias y luego otro salto de aproximación harían que emergieran del hiperespacio siguiendo una dirección que ocultaría su punto de origen. «O eso espero…».

Un botón verde empezó a parpadear en la consola de mando. Wedge lo presionó, y el hiperespacio desapareció para ser sustituido por el sistema de Noquivzor. El comandante corelliano activó inmediatamente su comunicador.

—Jefe Rebelde a Emetrés.

—Aquí Emetrés, señor. Tengo un mensaje urgente para Bror Jace.

—No es tan urgente como mis órdenes, Emetrés. Que Zraii se prepare para llenar nuestros depósitos, y que haga que unos técnicos empiecen a instalar cañones láser en la *Prohibido*. Volveremos a despegar dentro de una hora como máximo.

—Sí, señor.

—Y contacta con los de inteligencia. Quiero poder disponer de cualquier dato de la red holográfica procedente de Borleias.

—Sí, señor. —El androide parecía un tanto nervioso—. Señor, disponemos de alguna información sobre Borleias.

—¿De veras? —El corazón de Wedge empezó a palpitar frenéticamente dentro de su pecho—. ¿De qué se trata? ¿Tiene algo que ver con Corran?

—Sí, señor.

—Envíamela.

—Es un holograma.

Wedge frunció el ceño.

—Haz que el ordenador lo comprima a dos dimensiones y transmítelo.

—Quizá desee esperar un poco, señor.

—¡Emetrés!

—Iniciando inmediatamente la transmisión tal como ha solicitado, señor.

El monitor pasó a mostrar una imagen de Corran Horn, y Wedge meneó la cabeza. «¿Qué demonios…?».

—Si está viendo esto, comandante Antilles —dijo Corran solemnemente—, eso querrá decir que no he conseguido volver…

39

Corran disparó un torpedo protónico y vio cómo el primer interceptor se evaporaba. Pasando el control de armamento a la posición de los láseres, empezó a seguir la trayectoria del siguiente TIE. El haz tractor limitaba la libertad de movimientos de su nave, pero un pie dejado caer con fuerza sobre uno de los pedales del timón empezó a volverla hacia la dirección correcta. «Sólo un poquito más…».

Y de repente el interceptor estalló una fracción de segundo después de que una serie de rojos haces láser atravesaran su cabina.

Corran bajó la mirada hacia su mano y se dio cuenta de que no podía recordar haber apretado el gatillo.

Más haces láser transformaron otro TIE en una bola de fuego. «Maldita sea la capa del Sith… ¿Qué demonios está pasando aquí?».

Silbador empezó a emitir una frenética serie de trinos y gemidos.

Corran titubeó, no entendiendo nada, y después volvió a activar su unidad de comunicaciones mientras su caza empezaba a ascender en el interior del volcán e iba adquiriendo velocidad.

… Repito: ¿todavía puedes utilizar el hiperimpulsor?

Corran reconoció la voz.

—¿Mirax?

—Sí. ¿Estás listo para ser sacado de aquí como si fueras una partida de artículos de contrabando?

—El hiperimpulsor está en condiciones de funcionar.

—Ajústalo a mi señal.

—Hazlo, Silbador.

Corran no podía permitirse el lujo de volver la mirada hacia la nave que había atrapado a su caza con aquel rayo tractor, porque el campo de visión delantero contenía entretenimiento más que suficiente para él. La luna de Borleias estaba retrocediendo rápidamente dentro del panorama estelar, al igual que lo hacían los bizcos. Jabalinas de verdoso fuego láser se desplegaban hacia él, pero todas se esparcían inofensivamente sobre sus escudos. Las andanadas con las que Corran replicó al ataque dispersaron a los TIE y un imperial más cayó, presa del artillero del *Patinaje*.

Silbador le lanzó un silbido de advertencia, y un instante después el panorama estelar se estiró en una serie de columnas y entraron en el hiperespacio. Un par de segundos más tarde volvieron al espacio real en un punto que se encontraba bastante por debajo del plano elíptico del sistema de Pyria.

—Acerca tu caza a la nave y entra en la bodega, Corran.

—Será un placer, *Patinaje*.

Corran obedeció la orden y descubrió que los doce metros y medio de longitud del caza podían introducirse en la bodega sin ninguna dificultad. Esperó a que Mirax represurizase el compartimiento después de haber cerrado las compuertas de carga, y a continuación abrió los cierres de su carlinga y salió del ala-X dando un ágil salto. Aterrizó sobre la cubierta con un golpe sordo, y luego sonrió mientras veía abrirse la esclusa de la bodega.

—Permiso para subir a bordo, capitana Terrik.

—¿Me prometes que no se lo dirás a mi padre? —Mirax sonrió y cruzó la cubierta para ir hacia él—. Si pudiera ver un ala-X con insignias de la Fuerza de Seguridad de Corellia en la bodega de mi nave, el pobre se moriría.

—Y si a mi padre no lo hubieran matado hace años, el que mi nave esté aquí también habría acabado con su vida. —Corran envolvió a Mirax en un gran abrazo—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo mismo digo, Corran.

Corran no permitió que sus brazos se aflojaran hasta que sintió que Mirax empezaba a romper el abrazo.

—Y te felicito por tu excelente puntería. Destruiste tres interceptores en cuestión de momentos.

Mirax se apartó de él y alzó una mano para señalar la esclusa.

—Fue él quien los destruyó.

La silueta que los había estado observando desde el hueco de la esclusa se encogió de hombros.

—El *Patinaje* te ofrece una plataforma de artillería francamente muy estable, y los pilotos de esos bizcos no eran exactamente los mejores del Imperio.

Corran se sacó el casco, atravesó la cubierta y le ofreció su mano al hombre que acababa de hablar.

—Aun así fueron unos disparos realmente magníficos, capitán Celchu.

«Con ese tipo de habilidades, no consigo entender por qué no está volando con nosotros. El comandante Antilles me dijo que no se lo preguntara, y éste no es el momento más adecuado, pero quiero conocer la respuesta».

Mirax le dio una palmadita en la espalda y permitió que su mano permaneciera sobre ella durante un momento, y Corran descubrió que la sensación le resultaba bastante agradable.

—Subid al puente. Saltaremos al hiperespacio y volveremos a Noquivzor antes de que lo hagan los demás.

—Ah, ¿sí?

Mirax le administró una potente palmada al mamparo más cercano.

—El *Patinaje* puede superar la velocidad de la luz en cero coma seis puntos. No es tan rápido como el *Halcón*, pero no cabe duda de que como nave es mucho más bonito. Con nuestra velocidad, podemos recortar el trayecto de vuelta a Noquivzor y seguir un curso no tan largo. Llegaremos una hora antes que ellos, igual que hicimos al venir aquí.

Corran frunció el ceño.

—Pero ¿cómo han podido llegar aquí si se suponía que nadie debía saber dónde estaba ese «aquí»? El comandante Antilles no informó a los demás hasta nuestro segundo salto.

La contrabandista le dirigió una sonrisa llena de dulzura.

—No tengo la culpa de que hables en sueños, ¿verdad?

Tycho se echó a reír.

—Mirax descubrió una posible filtración de seguridad. Llegamos y descendimos en el lado oscuro de la luna. Sintonizamos las transmisiones del control de tráfico de Borleias y

no encontramos ninguna actividad inusual ahí abajo, así que mantuvimos un silencio de comunicaciones absoluto cuando llegó el escuadrón.

Corran se sentó enfrente de él.

—Si nos hubieran dicho dónde estaban, eso podría haber alertado a los imperiales.

—Exactamente. —Tycho siguió a Mirax al interior de la cabina del *Patinaje* y se dejó caer en uno de los asientos de salto—. El escuadrón estaba utilizando unas transmisiones lo más débiles posible, por lo que no podíamos oírlo que había planeado hacer Wedge cuando llegara al lado solar, pero logramos averiguar unas cuantas cosas gracias a los interceptores imperiales: cierto androide verpiniano posee unas habilidades descifradoras tan grandes que no necesitó mucho tiempo para abrirse paso a través de los códigos imperiales. Nos mantuvimos ocultos cuando los bizcos iniciaron su búsqueda, y pensamos que siempre podíamos salir corriendo en cuanto llegaran al volcán.

Mirax volvió la mirada hacia Corran.

—Y entonces apareciste tú con todos esos imperiales pegados a tu cola, así que te recogimos y te sacamos de allí.

Corran soltó una risita mientras se ponía el arnés de seguridad.

—Creía que ya estaba muerto.

—Me imagino que eso es lo que pensará el resto del escuadrón cuando lleguen a Noquivzor. —Tycho le palmeó la rodilla—. Menuda sorpresa se llevarán, ¿eh?

—Sí, supongo que se quedarán muy sorprendidos. —Corran entrecerró los ojos—. Y estoy pensando que eso significa que podemos divertirnos un rato con ellos.

Mirax conectó la consola y dirigió una sonrisa a su piloto sullustano.

—Sácanos de aquí, Liat, y deprisa. El *Patinaje del Pulsar* será la primera nave que ha logrado sacar a un hombre de la tumba para devolverlo a la vida, y además quiero que lo hagamos en un tiempo récord.

40

—… de la luna de Borleias —siguió diciendo la imagen de Corran—. Sé que la decisión de dejarme allí no fue fácil.

Wedge entrecerró los ojos.

—«¿La luna de Borleias? ¿Cómo puede haberlo sabido? Un momento, un momento…».

—Quiero que sepa que no le reprocho mi abandono. Para demostrárselo, le he sacado un poco de Reserva de Whyren a Emetrés y un ryshcate debería estar a punto de salir del horno para cuando aterrice.

—¡Wahoooo! —aulló Gavin por el comunicador.

Wedge activó su unidad de comunicaciones.

—Horn, si no estás muerto… Bueno, te juro que pronto lo estarás. La imagen de Corran se echó a reír.

—Yo también me alegro mucho de verle, comandante. Bienvenido a casa.

**

Wedge se recostó en su asiento y alzó el vaso medio lleno delante de él para que la luz del centro de la sala de descanso hiciera brillar el líquido ambarino que contenía. Su calor químico, ayudado y reforzado por el hecho de poder ver a Corran con vida e ileso, había conseguido expulsar los escalofríos de su estómago y había derretido la tensión acumulada en sus hombros y su cuello. Wedge subió los pies hasta dejarlos apoyados en la mesa y empezó a relajarse por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Pensándolo bien, el mensaje de Corran había tenido bastante gracia. Wedge contempló cómo su joven teniente de ojos verdes cortaba el ryhscate caliente y lo iba repartiendo entre los otros pilotos del escuadrón. Todos estaban muy emocionados por su supervivencia y por el éxito alcanzado. Wedge sabía que todos se habían sentido tan horrorizados como él en cuanto las pantallas de sus cabinas empezaron a mostrarles el mensaje, pero nadie se había sentido más aliviado que su comandante cuando la verdad les fue finalmente revelada.

«La broma no ha estado nada mal, Corran. La pagarás muy cara, desde luego, pero ha tenido su gracia…».

Wedge le lanzó una rápida mirada de soslayo a Tycho.

—No puedo creer que le permitieras enviar ese mensaje.

El alderaaniano se encogió de hombros.

—La expresión de perplejidad que apareció en tu cara mientras le escuchabas hablar fue todavía más deliciosa de lo que me había imaginado.

—No olvidaré esto, capitán Celchu.

—Y además, ardo en deseos de ver cómo se lo haces pagar a Corran. —Tycho tomó un sorbo de su lum—. Confío en que se te ocurrirá una buena venganza.

—Puedes estar seguro de ello. —Wedge tomó otro sorbo de whisky y permitió que el líquido reposara sobre su lengua durante unos momentos. Tragar aire con los labios ligeramente entreabiertos hizo que el potente aroma a maderas invadiera su cabeza, y después Wedge tragó el whisky y sonrió—. Corran ha vuelto de entre los muertos, y además tengo entendido que tú también has resucitado. ¿Tres bizcos?

Tycho asintió solemnemente.

—Dos de ellos estaban tan cerca que incluso Emetrés hubiese podido destruirlos. El tercero se encontraba a una distancia media, así que no fue un mal tiro.

—El equipo de seguridad de la Alianza no se ha tomado demasiado bien eso de verse confinado en tus alojamientos, naturalmente.

—No, desde luego. Cuando los hicimos prisioneros se pusieron bastante furiosos. —El oficial ejecutivo torció el gesto—. El problema era que teníamos una posible filtración de seguridad, pero explicar todo lo que hubiésemos tenido que explicar nos habría impedido llegar a Borleias a tiempo de advertirte, suponiendo que eso fuera lo que necesitábamos hacer, claro.

—Pedir perdón siempre resulta más fácil que pedir permiso —dijo Wedge, y soltó una risita—. Yo había estado planeando hacer más o menos lo mismo para el viaje de vuelta a Borleias. Bien, espero que ese problema de seguridad ya esté bajo control…

—Creo que sí. Pero acabar de atar los cabos sueltos significará pasar mucho tiempo con Emetrés.

—Haz que Corran se ocupe de ello.

Tycho meneó la cabeza.

—Uuuuf… Ni siquiera yo creía que estuvieras dispuesto a ser tan repugnantemente vengativo.

—Bueno, después de todo dirigir una unidad no es un juego adecuado para jóvenes. —Wedge bajó los pies al suelo y dejó su vaso encima de la mesa al ver que Corran venía hacia ellos con dos trozos de ryshcate—. Huele muy bien.

—Lo ha hecho Mirax. —Corran le alargó el otro trozo a Tycho—. Los corellianos lo utilizan para las celebraciones.

Wedge contempló su trozo de pastel.

—Haber conseguido sacarle con vida de Borleias es algo que merece ser celebrado, como también merece ser celebrado el que el nuevo gran piloto de la Alianza sea un miembro del escuadrón.

Corran puso cara de sorpresa.

—¿Está hablando de mí?

—No. —Wedge dirigió una sonrisa al hombre que acababa de incorporarse a la celebración con un cierto retraso—. Felicidades, Bror Jace. El trío de presas que se cobró entre los interceptores que nos estuvieron siguiendo durante nuestra salida del sistema de Pyria le ha colocado en veintidós victorias. Ha superado al teniente Horn por una.

Una gran sonrisa iluminó el rostro del thyferrano, y sus ojos azules resplandecieron de puro orgullo.

—Gracias, comandante. —Bajó la mirada durante unos momentos, y después aceptó el trozo de pastel que le estaba ofreciendo Mirax—. Es una buena noticia, y me ayuda a soportar un poco mejor la que acabo de recibir.

Wedge dejó su pastel junto a su vaso de whisky.

—¿Cuál es esa otra noticia?

—El mensaje que me estaba esperando procedía de Thyferra. Mi tío abuelo, nuestro patriarca, se está muriendo. Los androides médicos le dan dos semanas de vida como máximo. Ni siquiera el bacta puede curar la vejez.

—Lo siento muchísimo, señor Jace… Bror. —Wedge volvió la mirada hacia su oficial ejecutivo—. Tycho, ¿podría…?

—No habrá absolutamente ningún problema, Wedge. —Tycho se levantó—. El permiso por razones de compasión no sería admitido, pero si enviamos a nuestro piloto a casa para que lleve a cabo una gira de reclutamiento, creo que el cuerpo diplomático nos prestará su apoyo. Podrá partir tan pronto como haya terminado de ocuparse de su ala-X, señor Jace.

—Gracias.

Corran le ofreció la mano a Bror.

—Lamento saber que tu tío está tan enfermo. También lamento perderte, pero en cambio me alegro enormemente de que volaras tan bien.

—Y yo también me alegro de que tú volaras tan bien. —Bror estrechó la mano de Corran—. Me encantaría poder darte otra oportunidad en este tipo de competición, pero no quiero que exista ni la más mínima sombra de división dentro de este escuadrón.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Corran, y después cogió un trocito de pastel de la bandeja y se lo metió en la boca.

Todo el mundo siguió el ejemplo de Corran y mientras masticaba, y durante un segundo, Wedge se sintió como si hubiera vuelto a Yavin 4 y estuviese engullendo a toda prisa una frugal comida antes de que él y sus amigos despegaran para iniciar el ataque contra la Estrella de la Muerte. Sabía que no era el sabor del ryshcate lo que había hecho volver aquel recuerdo a su mente, porque en Yavin 4 no disponían ni del tiempo ni de los ingredientes necesarios para crear algo tan cercano al capricho. «No… Es la sensación de unidad la que me ha hecho volver al pasado. El espíritu del núcleo va existía incluso antes de que se formara el Escuadrón Rebelde. Fue el alma del escuadrón, y sigue estando ahí. Esta unidad sigue siendo el Escuadrón Rebelde. No es que haya renacido, sino que se limita a seguir existiendo tal como debía ser…».

—Si se me permite me gustaría hacer un brindis, amigos míos. —Wedge levantó su vaso, y los demás se le unieron—. Por el Escuadrón Rebelde, por los amigos que hemos perdido y las batallas que hemos librado, y por el terror que nuestro regreso traerá a nuestros enemigos.

Epílogo

Kirtan Loor hincó una rodilla en el suelo delante del holograma de tamaño natural de Ysanne Isard.

—Disculpe que la moleste, señora directora, pero me dijo que quería ser informada inmediatamente de cualquier novedad.

Ysanne Isard le dirigió un fruncimiento de ceño lleno de impaciencia.

—Ya he visto la solicitud enviada por el general Derricote en la que pedía más gamorreanos. ¿Ha habido algún cambio importante en la situación?

—No estoy seguro.

—Pero usted aprobó su solicitud.

—Sí, señora directora. —Aunque Ysanne Isard estaba proyectando su imagen desde la torre en que tenía su despacho, la cual se encontraba a casi tres kilómetros por encima del pequeño recinto en el que trabajaba Kirtan, la distancia no bastaba para aislarle de su ira. «No entiendo cómo lo consigue, pero sus ojos parecen ser capaces de proyectar veneno a través de la red holográfica…».—. Perdóneme, señora directora, pero el general Derricote todavía está bastante afectado por la pérdida de sus instalaciones en Borleias. Me dijo que usted le había prometido que éstas le serían devueltas si lograba completar su trabajo dentro de los parámetros fijados.

—Y así es. El que la Alianza haya logrado hacerse con un cierto grado de control sobre Borleias apenas afectará al curso de los acontecimientos. ¿Está intentando decirme que no ha habido ningún progreso en lo referente a Derricote?

—No que yo sepa, señora directora.

—¿Y entonces qué le ha impulsado a ponerse en contacto conmigo, agente Loor?

—Nuestra fuente de información en el Escuadrón Rebelde nos ha proporcionado ciertas informaciones de utilidad. El Escuadrón Rebelde va a trasladarse a Borleias, y la base se convertirá en un gran centro de operaciones para iniciar un avance hacia el Núcleo.

Ysanne Isard se golpeó suavemente los dientes con una uña.

—Ya nos esperábamos algo parecido.

—También nos ha informado de que el mejor de los nuevos pilotos, Bror Jace, va a volver a Thyferra para visitar a su familia. —Loor extendió el brazo hacia atrás, cogió un cuaderno de datos que había dejado encima de su escritorio y le echó un vistazo—. Dada la precariedad del equilibrio existente entre los lealistas y los simpatizantes de los rebeldes en Thyferra, me parece que la visita de un héroe de la Rebelión puede acabar volviéndose bastante problemática. El curso de su viaje también nos ha sido comunicado, por lo que he preparado órdenes para que el crucero Interdictor *Áspid Negro* lo intercepte y destruya.

—Muy buena idea, agente Loor. —Ysard, los ojos clavados en la lejanía, asintió lentamente—. Modifique las órdenes para que le capturen con vida si ello es posible. Dispongo de una instalación que suele tener mucho éxito a la hora de convencer a

ardientes rebeldes de que en realidad deberían estar de nuestra parte. También tengo espacio para el tal Jace en Lusankya. Ese piloto demostrará ser muy útil en el futuro.

—He ordenado que el interceptor parta hacia un sistema en el que las actividades de los contrabandistas son lo suficientemente intensas como para justificar la presencia del *Áspid Negro*. Un incremento en el nivel de interceptación general ocultará el que estábamos enterados del curso que iba a seguir Jace.

La gobernante de Coruscant le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Realmente lo cree?

—No la entiendo.

—¿No teme que su Corran Horn pueda empezar a sospechar?

Kirtan reflexionó en silencio durante unos momentos y acabó inclinando la cabeza.

—Sentirá una cierta suspicacia, pero no es lo suficientemente inteligente como para ser invulnerable a ciertos métodos de distracción.

—Su conclusión encaja con mi interpretación del expediente de Horn —dijo Ysanne Isard, y sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible—. Pero eso requeriría emplear una información que fuese lo suficientemente importante, ¿no?

—Sí, señora directora.

—Excelente. —Ysanne Isard entrelazó las manos detrás de su espalda—. He permitido que una filtración difundiese la información de que usted mató a Gil Bastra.

—¡¿Cómo?!

—Y además la filtración incluye datos que sugieren que, de hecho, ahora Kirtan Loor se encuentra en el Centro Imperial.

Kirtan sintió que se le aflojaba la mandíbula. Había visto furioso a Horn en más de una ocasión, y sabía que el joven corelliano perseguiría implacablemente a quienes hubieran asesinado a otros miembros de la Fuerza de Seguridad. Horn incluso había logrado encontrar una forma de capturar al asesino de su padre, un cazador de recompensas trandoshano llamado Bossk. Kirtan se había sentido encantado de poder dejar en libertad a Bossk, para lo que había aducido la falta de destreza manual del trandoshano como explicación del por qué Hal Horn había perecido bajo un diluvio de fuego desintegrador que sólo pretendía matar al contrabandista con el que estaba hablando en aquellos momentos. Bossk había estado operando bajo una orden de búsqueda imperial totalmente válida y legal, con lo que la muerte de Hal Horn sólo fue una infortunada baja colateral.

—Pero, señora directora… ¿no había dicho que el Escuadrón Rebelde vendría aquí, al Centro Imperial?

—Así es, y creo que vendrá. —La sonrisa de Ysanne Isard se volvió un poco más grande—. Y creo que mi predicción acabará siendo confirmada por los hechos.

—Entonces Horn vendrá aquí.

—Y buscará a Kirtan Loor. —Isard se lamió los labios—. Más distracciones de su misión principal para el teniente Horn, y más motivaciones para que Kirtan Loor logre destruir al Escuadrón Rebelde.

«En este caso, no estoy demasiado seguro de que esos fines justifiquen los medios empleados…».

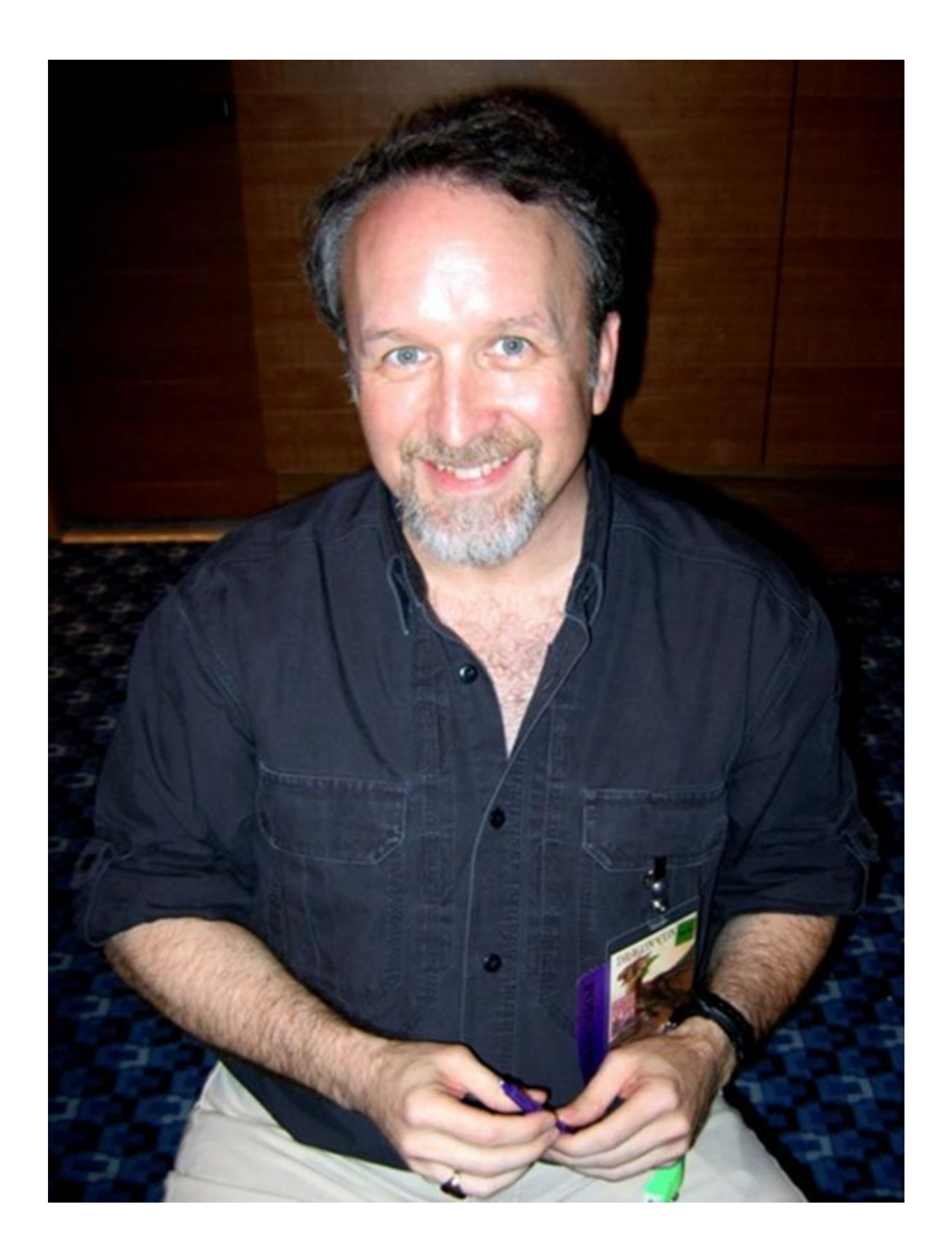
—Comprendo, señora directora.

—Estoy segura de ello, agente Loor. No es necesario que me envíe más informes concernientes a las rabietas del general Derricote. Sólo quiero resultados, y además quiero que esos resultados consistan en éxitos.

—Como desee, señora directora —se encontró diciendo Kirtan Loor entre la oscuridad creada por Ysanne Isard al poner fin bruscamente a la transmisión.

Kirtan se fue inclinando lentamente hacia atrás y acabó sentándose en el suelo. Durante una fracción de segundo, anheló un regreso de los días en que él y Horn habían sido adversarios en la Fuerza de Seguridad. Kirtan y Horn se odiaban el uno al otro, especialmente después del incidente de Bossk, pero por aquel entonces la tensión aún no se había vuelto letal. Un instante después Kirtan se dio cuenta de que en realidad no temía el posible castigo de Corran Horn. «Su éxito significaría que yo quedaría libre de las garras de Ysanne Isard. Si Horn lo supiera, naturalmente, encontraría una forma de clonarme para así poder tener el placer de matarme sin que ello le impidiera obligarme a seguir trabajando para Ysanne Isard hasta el fin de los tiempos».

—Sí, tendría la posibilidad de llegar a esos extremos de crueldad… pero Horn nunca será capaz de cometer tales crueldades. Ésa es su gran debilidad. —Kirtan Loor se agarró al borde del escritorio y se incorporó—. Mientras me encuentre en el Centro Imperial y tenga que actuar dentro de los dominios de Isard, ni estoy obligado a observar ninguna clase de límites o restricciones ni siento el más mínimo deseo de hacerlo. Ven a Coruscant, Corran, y tráete contigo a tus amigos y a tu enemigo secreto. El Centro Imperial es el último sitio que podrías pensar en llegar a visitar, y yo haré cuanto pueda para asegurarme de que sea el último sitio que visites en tu vida…



MICHAEL A. STACKPOLE, (nacido en 1957) es un autor de ciencia-ficción y fantasia. Ha escrito I, Jedi, Dark Tide Duology y la mayoría de la serie de libros X-Wing. También ha escrito los cuentos Missed Chance y Elusion Illuion. Co-escribió el cuento Side Trip y el cómic Mara Jade: By the Emperor's Hand junto con otro autor favorito de los fans, Timothy Zahn.

Stackpole ha creado los conocidos personajes de Barón Soontir y Corran Horn. Accedió a figurar como este último para Star Wars Customizable Card Game, a pesar de que no se parece en nada al personaje.

Desde 1977, ha trabajado como diseñador de juegos de rol para varias compañías de juegos, y ha escrito docenas de artículos de revistas para la industria. Durante esta época,

en respuesta a las acusaciones de Patricia Pulling y de otros pocos más que tuvieron la sensación de que los elementos «ocultos» en Dungeons & Dragons inducían a la gente al satanismo, al asesinato y al suicidio, quizás incluso como parte de una gran conspiración satánica de rituales de abusos, Stackpole realizó un estudio de investigación sobre todos los casos jurídicos americanos en los que la muerte o las lesiones se hubieran atribuido al juego, y encontró que no solo los vínculos a los juegos eran muy débiles, si no que incluso si todos los informes hubieran sido válidos, habrían mostrado que los jugadores violentos o suicidas eran mucho menos habituales que el público general.

En los 80, Stackpole comenzó a diseñar juegos de ordenador para Coleco e Interplay Productions. El más conocido fue Bard's Tale III.

En 1986 escribió su primera novela, la historia de fantasía Talion: Revenant. Sin embargo, el manuscrito no sería publicado hasta 1997 por Bantam Books. Sus editores creían que un libro de 175.000 palabras era demasiado largo para un autor desconocido y que la historia no era particularmente atrayente. La historia permaneció inédita durante los siguientes 11 años hasta su reelaboración por su editora Anne Lesley Groell. Stackpole clarificó todas esas cuestiones en el epílogo de la versión publicada de Talion.

En 1987 comenzó a escribir novelas ambientadas en el universo de Battletech para FASA, y se convirtió en uno de los autores más populares en ese género. Algunos de sus libros de Battletech se utilizaron como fuente para series animadas de televisión.

Debido a su popularidad entre los aficionados de ficción, fue elegido para escribir varias novelas del universo de Star Wars para Bantam Books.

Además, ha escrito varias novelas y cuentos con una configuración original. Una de sus series más recientes es el DragonCrown War Cycle. Estos libros pretendieron romper las convenciones de la fantasía, incluyendo la introducción de armas de fuego en una ambientación de fantasía, lo cual, no es universalmente reconocido como un avance positivo.

El 21 de marzo de 2008, el asteroide 165612 del cinturón de asteroides del sistema solar se bautizó Stackpole.